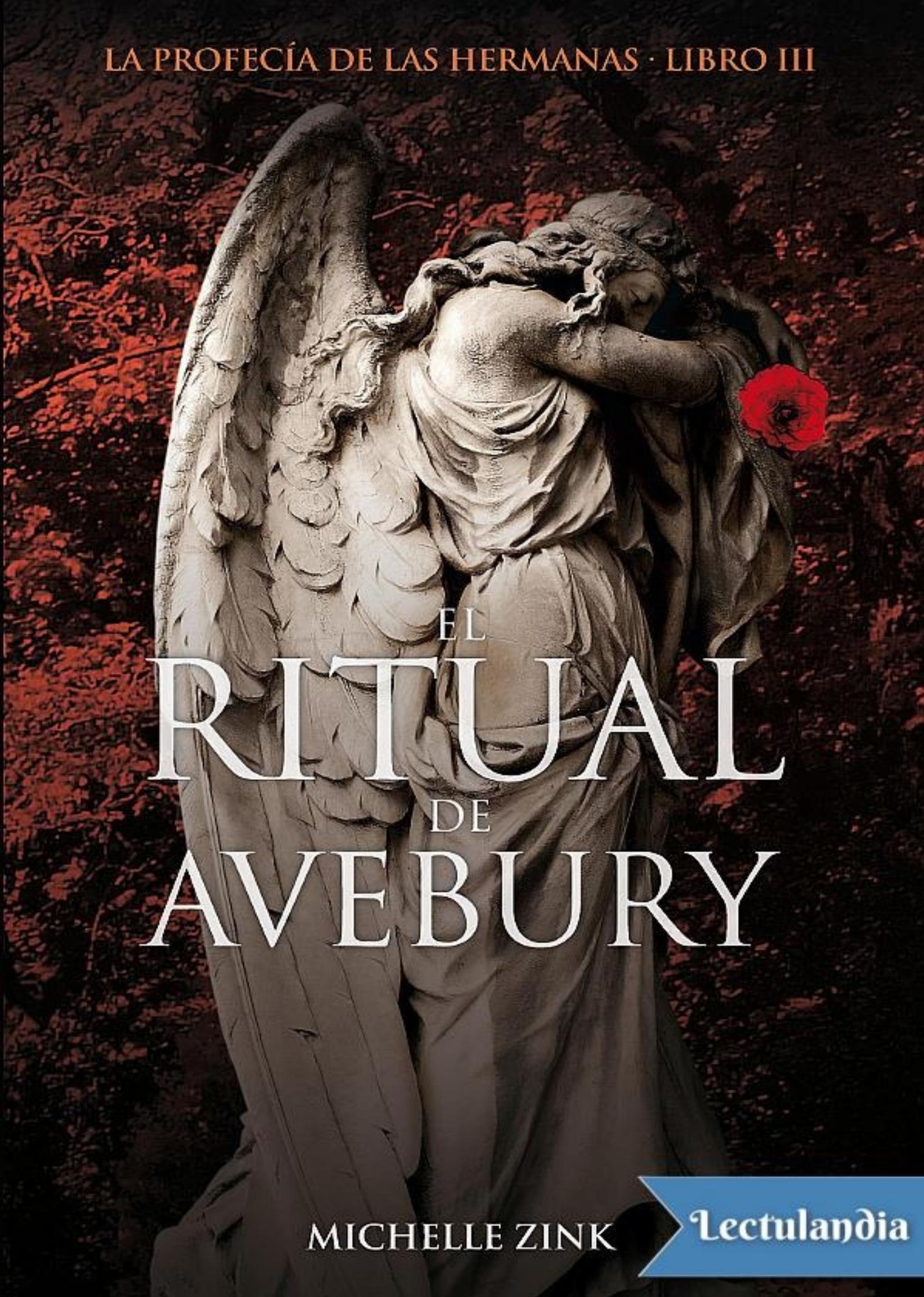


LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO III



EL
RITUAL
DE
AVEBURY

MICHELLE ZINK

Lectulandia

Lia no puede olvidar las misteriosas palabras de la página final de la profecía, pues recuerdan que aún es posible un futuro en el que las almas no acechen sus sueños y esperanzas.

Debe encontrar la piedra escondida por las hermanas de Altus, sus antecesoras, y completar el ritual de Avebury para cerrar la puerta a Samael y liberar a futuras generaciones de hermanas y a la humanidad del oscuro caos que resultaría de su llegada a nuestro mundo.

Pero Alice sigue esforzándose por impedir esa liberación y aún no ha encontrado a la cuarta llave.

¿Llegará el día señalado?

Lectulandia

Michelle Zink

El ritual de Avebury

Saga: La profecía de las hermanas - 3

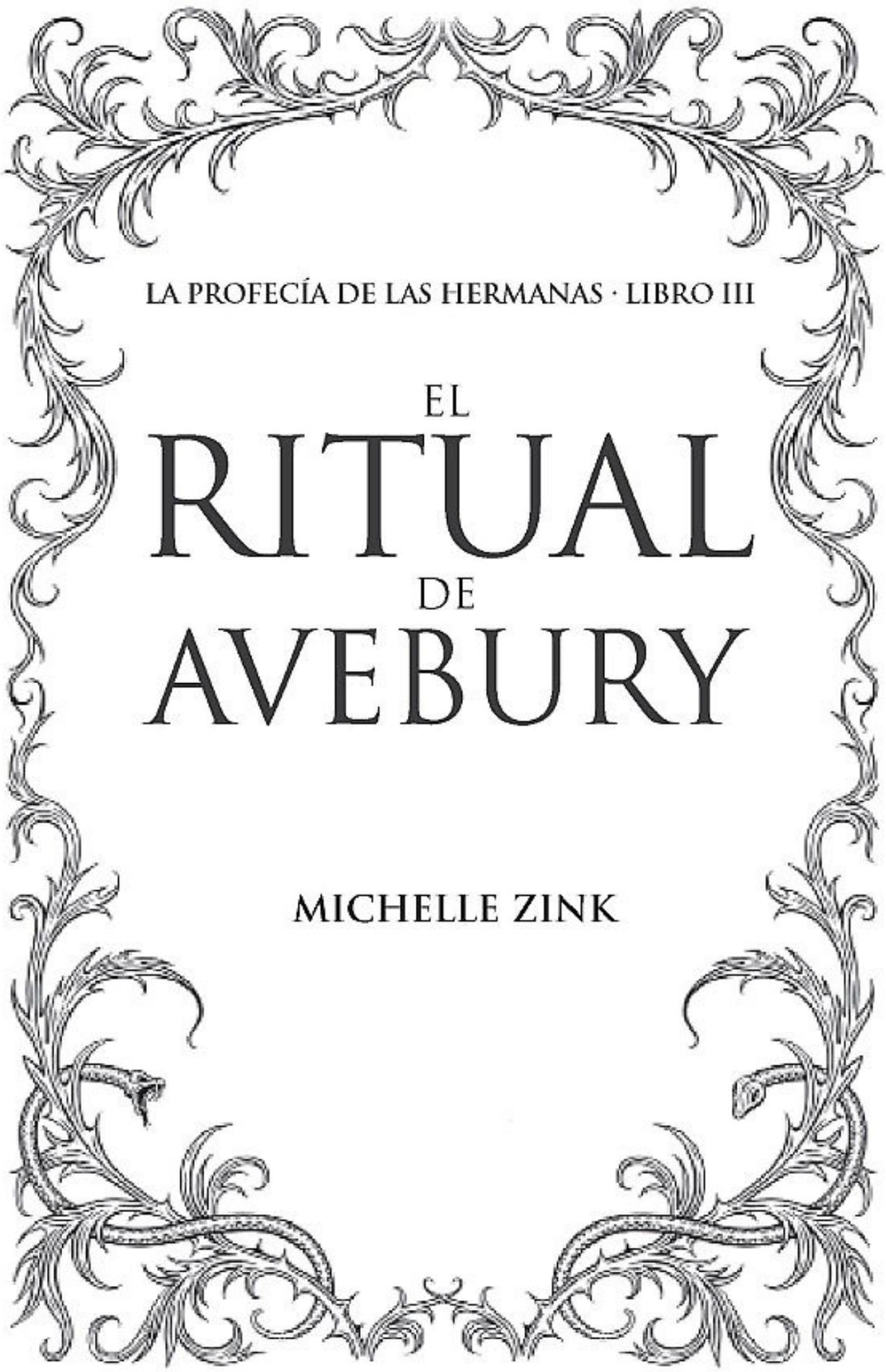
ePub r1.0

macjaj 13.07.14

Título original: *Prophecy of the Sisters. Circle of Fire*
Michelle Zink, 2011
Traducción: María Teresa Marcos Bermejo
Ilustraciones: Leah Palmer Preiss
Fotografía de cubierta: Marcela Lieblich (Escultura)
Diseño de cubierta: Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

Editor digital: macjaj
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

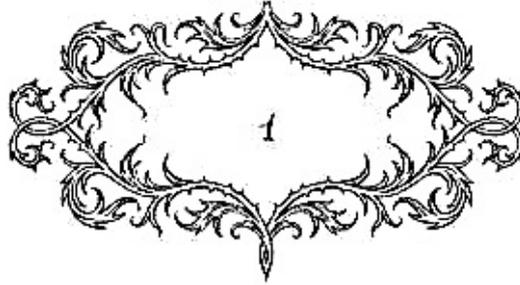


LA PROFECÍA DE LAS HERMANAS · LIBRO III

EL
RITUAL
DE
AVEBURY

MICHELLE ZINK

*A mi padre, Michael St. James,
por esas maravillosas tinieblas.*



Siento el peso de los vestidos en los brazos cuando salgo de mi habitación. No hay ventanas por las que entre la luz. Recorro con sigilo el pasillo suntuosamente empapelado bajo la titilante luz de los apliques de las paredes. Milthorpe Manor pertenece a mi familia desde hace generaciones, pero aún no me resulta tan acogedor como Birchwood, mi hogar neoyorquino, donde nací y me crie.

Sin embargo, esta casa no alberga fantasmas del pasado. Aquí no tengo que recordar a Henry, mi hermano pequeño, tal como era antes de su muerte. No he de preocuparme por si oigo a mi hermana gemela, Alice, susurrando en la habitación oscura mientras invoca cosas aterradoras y prohibidas. Ni existe el peligro de que me la encuentre merodeando por los pasillos a cualquier hora del día o de la noche.

Al menos, no en persona.

Ha sido idea de tía Virginia que me aconsejen Sonia y Luisa acerca del vestido para la fiesta de disfraces de esta noche. Sé que mi tía trata de ayudarme, pero el cambio operado en la naturaleza de mi amistad con ambas lo evidencia el hecho de que ahora haya de prepararme para soportar su presencia. O, para ser más exactos, la presencia de Sonia. A pesar de que hace semanas que ella y Luisa regresaron de Altus, aún no se ha disipado la tensión que se notaba en los primeros días después de su regreso. He intentado perdonar a Sonia por su traición en el bosque camino de Altus. Aún lo estoy intentando. Pero cada vez que contemplo el frío azul de sus ojos, lo recuerdo.

Recuerdo haberme despertado con el agradable rostro de Sonia sobre mí, mientras sus calientes manos presionaban el odioso medallón sobre la delgada piel del reverso de mi muñeca. Recuerdo su voz familiar, tras tantos meses de confidencias compartidas, susurrando febrilmente las palabras de las almas acerca de cómo me usarían a modo de puerta para traer a Samael.

Lo recuerdo todo y siento cómo se me endurece un poco más el corazón.

El baile de máscaras del club es uno de los acontecimientos más celebrados del año. Sonia, Luisa y yo llevamos esperándolo desde que regresaron de Altus, pero mientras que ellas decidieron rápidamente sus trajes, yo sigo indecisa.

Lo de mi máscara, decidida y confeccionada desde hace tiempo, no fue complicado. Enseguida supe qué aspecto tendría, a pesar de que jamás he asistido a un baile de disfraces y de que no hago concesión alguna a la moda. No obstante, me la imaginé tan fácil y claramente como si la hubiese contemplado en un escaparate. Poco después se la encargué a la costurera. Se la describí y vi cómo la esbozaba sobre un fino trozo de papel hasta convertirse en lo que yo había ideado.

Pero a pesar de lo fácil que fue saber cómo quería que fuera mi máscara, mi indecisión me obligó a renunciar a hacerme un traje. En vez de eso, he escogido dos de los que colgaban en mi guardarropa. Tal como me sugirió tía Virginia, voy a pedirles ayuda a Sonia y a Luisa para decidirme. Pero si en otros tiempos se habría tratado de algo propio de amigas y habría disfrutado con ello, ahora me da cierto temor. Tendré que mirar a Sonia a los ojos.

Y tendré que mentir y mentir y mentir.

Al llegar a la puerta de la habitación de Luisa, levanto la mano para llamar con los nudillos, pero vacilo al escuchar las altas voces que provienen del interior. Identifico una como la de Sonia y oigo que pronuncia mi nombre decepcionada. Me apoyo en la puerta, no voy a negar que pienso ponerme a escuchar.

—Ya no puedo hacer nada más. Le he pedido perdón una y otra vez. Me sometí sin rechistar a los ritos de las hermanas en Altus. Pero, haga lo que haga, Lia no me perdona. Y empiezo a pensar que no lo hará jamás.

Al sonido hecho por una tela le sigue el ruido seco de las puertas de un armario. Después oigo responder a Luisa.

—Bobadas. A lo mejor deberías pasar más tiempo a solas con ella. ¿Le has pedido que vaya a montar contigo a Whitney Grove?

—Más de una vez, pero siempre tiene alguna excusa. No hemos vuelto allí desde antes de que tú vinieras de Nueva York. Antes de Altus. Antes de... todo.

No sabría decir si Sonia está enfadada o, simplemente, triste. Siento un instante de remordimiento al recordar las veces que me ha pedido que vayamos a Whitney Grove. La he evitado hasta cuando he ido sola a practicar con el arco.

—Tienes que darle tiempo, eso es todo —Luisa es muy directa—. Ahora lleva ella todo el peso del medallón, además de cargar con la responsabilidad de descifrar la última página de la profecía.

Bajo la cabeza para mirarme la muñeca, que asoma entre metros de seda y encaje. La cinta de terciopelo negro se burla de mí desde el interior de la manga de mi vestido. Por culpa de Sonia ahora debo cargar yo sola con el medallón. Por su culpa tengo que evitar que se abra camino hasta la marca que tengo en la otra muñeca, el

Jorgumand, la serpiente que se muerde la cola con una C en el centro.

Por mucho que Luisa excuse a Sonia, da lo mismo. Hay cosas que seguirán siendo ciertas.

A mi incapacidad de perdonar se añade una poderosa mezcla de resentimiento y desesperación.

—Bueno, pues ya me estoy cansando de plegarme a sus caprichos. Todas nosotras somos parte de la profecía. No es ella la única que carga con ella.

El tono de indignación de Sonia aviva el fuego de mi enfado. No tiene derecho alguno a sentirse indignada. Como si fuese tan fácil perdonarla.

Luisa suspira con tanta intensidad que la oigo desde el pasillo.

—Intentemos disfrutar del baile de disfraces, ¿vale? Dentro de dos días llegará Elena. Nos queda esta noche para ser tan amigas como antes.

—Yo no soy el problema —murmura Sonia desde el fondo de la habitación.

Una oleada de sangre caliente mis mejillas y trato de controlar los nervios antes de levantar la mano para llamar a la gran puerta de madera.

—Soy yo —exclamo, tratando de calmar el temblor de mi voz.

La puerta se abre. Luisa aparece en el umbral con sus oscuros cabellos iluminados por un destello rojizo a causa de la luz de la lámpara y del fuego de la chimenea.

—¡Ya estás aquí!

Su alegría suena forzada. Supongo que está tratando de dejar a un lado la conversación que acaba de tener con Sonia. Durante un instante de locura se me antoja que es cómplice de la traición de Sonia. Entonces recuerdo la lealtad de Luisa y el dolor que debe de sentir al encontrarse en medio del conflicto que existe entre Sonia y yo. Mi mal genio se disipa y de pronto me sorprende al ver que no resulta tan difícil sonreír.

—Aquí estoy. Traigo dos trajes para que los inspeccionéis.

Los ojos de Luisa se fijan en el montón de tela que llevo en las manos.

—Ya veo por qué no puedes decidirte. ¡Los dos son preciosos! Entra —retrocede un paso para dejarme pasar.

Cuando entro en la habitación, los ojos de Sonia se topan con los míos.

—Buenos días, Lia.

—Buenos días.

Mientras me dirijo hacia la cama de caoba tallada que está en el centro de la habitación, trato de sonreírle con convicción. La timidez de que hace gala mi mejor amiga es nueva, pues antes hablábamos de todo y de nada. Antes, Sonia y yo estuvimos juntas en Londres, mientras Luisa continuaba en Nueva York con tía Virginia y Edmund, nuestro leal amigo y chófer de la familia. Rememorar todos esos días que Sonia y yo pasamos montando a caballo en Whitney Grove, hablando de nuestro ansiado futuro y riéndonos de las remilgadas muchachas de la sociedad

londinense es una de las muchas maneras que tengo para tratar de recordar el cariño que siento por ella.

—¡Vengo cargada de vestidos!

Deposito los trajes encima de la colcha y Sonia se acerca a la cama.

—¡Son preciosos!

Me echo hacia atrás para contemplar los dos vestidos con ojo crítico. Uno es carmesí, una apuesta audaz para cualquier jovencita, aunque el otro, de un intenso color esmeralda, resaltaría mucho mis ojos. Me es imposible no pensar en Dimitri al imaginarme con cualquiera de ellos puesto.

Como si me leyera la mente, Luisa dice:

—Escojas el que escojas, Dimitri va a ser incapaz de quitarte los ojos de encima, Lia.

Siempre se me levanta el ánimo cuando pienso en los ojos de Dimitri, oscuros y llenos de deseo.

—Sí, bueno, supongo que de eso se trata.

Sonia se inclina sobre los vestidos para tocar la tela. Durante los siguientes treinta minutos no hablamos de nada más que de vestidos y de máscaras, hasta que, por fin, me decido por el de seda escarlata. Durante la siguiente media hora fingimos que todo es como solía ser y que no se interpone entre nosotras el engranaje de la profecía. Fingimos, porque no nos haría ningún bien decir en voz alta lo que todas sabemos, que ya nada volverá a ser igual.



Estoy sentada frente al tocador de mi cuarto. Solo llevo puestas unas enaguas y las medias mientras me preparo para el baile de disfraces.

Para escándalo del servicio doméstico, desde mi regreso de Altus, hace ya casi tres meses, me resisto a usar corsés y a que me ayuden las criadas. No era mi intención rechazar los lujos de la moda. Durante un tiempo consentí en que una criada me ayudase a vestirme para las grandes ocasiones, como corresponde a una señorita de mi clase. Permanecía callada y resentida mientras me inmovilizaban, me metían dentro de un corsé y embutían mis pies en complicados zapatos que me apretaban hasta el punto de tener que controlar mis ganas de arrojarlos al otro extremo de la habitación.

Pero no sirvió de nada.

Únicamente podía pensar en las vestiduras de seda de Altus, apenas un susurro sobre mi piel desnuda, y en la lujuriosa libertad de los pies descalzos o metidos en

unas simples sandalias.

Por fin, tras una noche particularmente intensa con los espiritualistas y druidas del club, regresé a casa, a Milthorpe Manor, y anuncié mi intención de vestirme yo sola a partir de aquel momento. Las protestas que recibí fueron meramente formales. Todo el mundo había notado ya cambios en mí y nada de lo que hacía era una sorpresa. El servicio pareció resignarse a tener una señora excéntrica.

Tomo un bote de polvos y me miro al espejo mientras me esparzo las finas partículas por la frente, las mejillas y la barbilla. Apenas reconozco en la joven que me devuelve la mirada a aquella muchacha que vino a Londres, que huyó de su casa, de su hermana, del hombre al que amaba.

Aun así, esta nueva persona me resulta familiar. Sus ojos esmeralda brillan como los de mi difunta madre, sus pómulos angulosos y bien marcados parecen recordarme los sacrificios que he hecho en nombre de la profecía.

No tiene nada de extraño que de aquella muchacha de rostro redondo que llegó a Londres no quede sino un recuerdo.

El brillo apagado de la piedra de víbora de tía Abigail atrae mi atención en el espejo. La levanto, cierro los dedos a su alrededor y me pregunto si no me estaré imaginando que está un poco caliente.

Comprobar la temperatura de la poderosa piedra que me dio tía Abigail se ha convertido en un ritual diario, pues a pesar de que he ido recuperando mis propias fuerzas, sigo convencida de que poco más que eso es lo que se interpone entre las almas y yo. Tía Abigail entregó su vida para protegerme impregnando la piedra con todo el poder que le quedaba como señora de Altus. Cuando por fin se haya agotado el calor de la piedra, desaparecerá toda la protección que pudiera recibir de ella.

Y cada día está más fría.

Me alejo del espejo. No tiene sentido pensar en cosas que escapan a mi control, así que me paseo por la habitación y reflexiono acerca del misterio de la página final de la profecía. Esa página, que encontré en la gruta sagrada de Chartres, desapareció para siempre cuando la quemé para asegurarme de que jamás caería en manos de Samael o de sus almas perdidas. Pero nunca olvidaré las palabras que estaban escritas en ella y que me recuerdan que aún es posible un futuro en el que la profecía no aceche mis sueños y esperanzas.

Recuerdo las palabras casi inconscientemente y las recito en mi mente mientras cavilo sobre su significado:

Pero del caos y de la locura alguien surgirá
para guiar a los ancianos y liberar la piedra,
arropada por la santidad de la comunidad de las hermanas,
a salvo de la bestia y de sus ataduras,
libre de la profecía,
de su pasado y su inminente fatalidad.

Piedra sagrada, liberada del templo,
Sliabh na Cailli',
portal de los otros mundos.
Hermanas del caos,
volved al vientre de la serpiente,
al final de Nos Galon-Mai.
Allá, en el círculo de fuego iluminado por la piedra,
reuníos cuatro llaves marcadas por el dragón,
ángel del caos, marca y medallón.
La bestia será desterrada
a través de la puerta de la guardiana
por la comunidad de las hermanas con el rito de los caídos.
Abre tus brazos, señora del caos,
para anunciar la confusión de los tiempos,
o ciérralos y prívale de su sed de eternidad.

Ya sabemos algunas cosas. Por ejemplo, que yo soy la llamada a encontrar la piedra escondida por las hermanas de Altus, mis antecesoras; que liberar lo que está ligado a la profecía significa liberarme tanto a mí misma como a las llaves, a Sonia, a Luisa y también a Elena, y significa liberar a futuras generaciones de hermanas y a la humanidad del oscuro caos que resultaría de la llegada de Samael a nuestro mundo.

Y también sabemos que Alice sigue esforzándose por impedir esa liberación.

Sin embargo, Dimitri y yo parecemos incapaces de descifrar la localización de la piedra, y debo conseguirla para completar el ritual en Avebury. Suponemos que «arropada por la santidad de la comunidad de las hermanas» significa que se encuentra oculta en un lugar que se considera espiritualmente relevante. Puede que estemos equivocados, pero puesto que la última página de la profecía fue enterrada en la gruta de Chartres —y esta, a su vez, albergaba un templo subterráneo que en el pasado fue lugar de culto para las hermanas— parece la mejor de todas las hipótesis.

El reloj de la mesa da las siete. Me dirijo al armario para sacar el vestido escarlata, mientras continúo pensando en las posibles localizaciones que ya hemos eliminado y en las nueve que quedan. Al meterme el vestido por la cabeza tratando de que no se me vayan las horquillas del pelo, me irrito porque no podemos descartar definitivamente los lugares que hemos tachado de la lista. Hemos estado buscando un lugar de culto importante para nuestros antepasados, al que pueda ir ligada la historia de nuestra gente o la profecía. Pero tan solo podemos basar nuestras conclusiones en nuestras investigaciones. Y una parte insignificante del pasado podría cambiarlo todo.

Además, hay otra cosa que se interpone en nuestro camino para descifrar la página final: «... volved al vientre de la serpiente, al final de Nos Galon-Mai». Por el significado que tenía Avebury, parece claro que el vientre de la serpiente está allí, pero hemos sido incapaces de encontrar alguna referencia a la fecha en que se supone que debemos reunirnos para cerrar la puerta a Samael. Yo tenía la esperanza de encontrarla en alguno de los libros de mi padre, pero hemos revisado todos los de la

casa y también hemos rastreado en vano las librerías de Londres.

Una llamada a la puerta hace que me ponga en marcha.

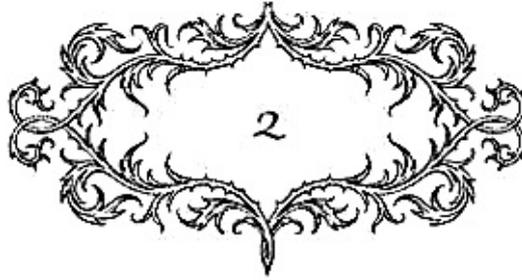
—¿Sí? —pregunto, levantando la voz y buscando los zapatos que me he hecho a medida para ir cómoda y, al mismo tiempo, aceptablemente moderna.

—Edmund tiene preparado el carruaje —dice tía Virginia al otro lado de la puerta—. ¿Necesitas ayuda para vestirte?

—No. Estaré abajo dentro de un minuto.

Menos mal que no sigue insistiendo. Al dejarme caer en la cama entre el frufrú de la seda, veo asomar mis zapatos debajo del colchón. Apenas dedico un instante a añorar la comodidad de andar descalza antes de meter los pies en los zapatos de tacón bajo.

Podría ser peor. Y hay cosas que ni yo puedo cambiar.



Voy en el carruaje camino del baile de disfraces cuando me parece verla.

Sonia y Luisa están sentadas frente a mí mientras recorremos las calles londinenses sujetando nuestras máscaras. Los lujosos tejidos de nuestros vestidos llenan el carruaje. La seda azul marino de Sonia contrasta con la de Luisa, de color ciruela. Bajo la vista hacia mi falda color escarlata y me siento indiferente por haber tomado la decisión de ponérmela. Hace un año habría escogido sin dudarlo el color esmeralda. Me digo a mí misma que el vestido escarlata era la elección más adecuada para la máscara que había encargado antes de pensar siquiera en el traje, pero sé que no es del todo verdad.

El vestido rojo es algo más que un elemento a juego con la máscara. Es un reflejo de mi propia sensación de poder desde lo que ocurrió en Chartres, desde que me enfrenté a uno de los más mortíferos esbirros de Samael, un miembro de su guardia. Me pregunto cómo puedo disfrutar de ese poder si hasta tengo dudas de que sea suficiente para afrontar el futuro.

En eso estoy pensando cuando me giro para echar un vistazo a las bulliciosas calles por la ventanilla cubierta por una cortina. La oscuridad acecha a la ciudad filtrándose por las esquinas en dirección al centro. Los numerosos ciudadanos de Londres deben de sentir su presencia, pues parecen apresurar aún más el paso mientras van camino de sus casas y lugares de trabajo. Parece como si sintiesen su aliento en su cuello, como si sintiesen que viene a buscarlos.

Aparto esa tenebrosa idea de mi cabeza cuando veo a una mujer joven parada bajo una farola de gas, cerca de una concurrida esquina. Lleva un peinado que podría calificarse de complicado incluso para el gusto de Alice y su rostro es más delgado que el que en mis recuerdos tiene mi hermana. De todos modos, hace tiempo que no la veo en persona y cada mañana yo misma me enfrento a mi propio reflejo cambiante.

Me echo hacia delante en el asiento, sin saber si es miedo, rabia o amor lo que galopa por mis venas mientras busco una perspectiva mejor de la joven. Casi estoy a punto de gritar su nombre cuando se vuelve ligeramente hacia el carruaje. No se me coloca de frente. No del todo. Pero se gira lo bastante como para que pueda contemplar su perfil. Lo bastante como para que no me quepa duda de que no es Alice.

Se da la vuelta para continuar andando por la calle y desaparece entre la humareda de las farolas. Me reclino en el asiento del carruaje sin saber si es alivio o decepción lo que me oprime el pecho.

—Lia, ¿te encuentras bien? —me pregunta Luisa.

Consciente de que tengo el pulso acelerado, respondo con voz calmada:

—Sí, gracias.

Ella asiente con la cabeza y yo intento sonreír. Luego cierro los ojos, tratando de calmar mi agitada respiración.

«Solo ha sido tu imaginación —me digo—. Alice y las almas llevan demasiado tiempo persiguiéndote. Las ves en cualquier esquina, en cualquier calle».

De pronto deseo tener a Dimitri a mi lado, su musculoso muslo pegado al mío, su mano acariciando mis dedos bajo los pliegues de mi falda. Y mientras lo deseo, me obligo a relajar mi respiración, a aclarar mi mente. No es muy prudente depender demasiado de los demás.

Ni siquiera de Dimitri.



Mientras Edmund conduce el carruaje en dirección a St. Johns, no puedo evitar asombrarme de lo normales que parecen todos. Desde luego que los miembros del club son normales en muchos aspectos, pero, a pesar de todo, nunca he visto a tantos de nosotros reunidos al mismo tiempo en un solo lugar. Casi esperaba que hubiese un resplandor, un murmullo, algo que hiciese destacar a los asistentes que tienen poderes sobrenaturales.

Pero no. Esta reunión se parece a cualquiera de gente adinerada y elegante de Londres.

—¿Cómo habrá conseguido Elspeth una iglesia?

Oigo la voz de Sonia muy cerca de mi oído y me doy cuenta de que las tres nos hemos echado hacia delante y estiramos el cuello hacia la ventanilla para intentar conseguir ver mejor a los hombres y mujeres que bajan de los carruajes y echan a andar por el sendero empedrado.

—¡No tengo ni idea de cómo consigue Elspeth la mitad de las cosas que hace! — Luisa suelta una carcajada con esa risa escandalosa, encantadora y desinhibida que me recuerda el nacimiento de nuestra amistad, ya hace más de un año.

—Debo confesar que no pregunté nada sobre el lugar donde se celebra el baile de disfraces, pero me parece que ahora siento bastante curiosidad —digo—. Seguramente, a la reina le disgustaría toparse con una reunión de paganos en una de las iglesias de Londres.

—¡Psa! —suelta Sonia antes de continuar—: Byron me contó que en St. Johns se celebran muchos conciertos y bailes.

Pronuncia esas palabras con tal calma que me cuesta un poco darme cuenta de lo que acaba de decir. Al parecer le ha pasado lo mismo a Luisa, pues de pronto ambas nos volvemos hacia Sonia.

—¡Byron!

Ella se ruboriza y a mí me sorprende que después de todo lo que ha pasado aún pueda ruborizarse por la mención de un caballero.

—Le vi en el club cuando regresamos de Altus —su mirada se dirige desafiante a Luisa—. Él fue la primera persona que me habló del baile de disfraces.

Una ráfaga de aire frío invade el interior del carruaje cuando Edmund, muy elegante con su traje de etiqueta, abre la puerta.

—Señoritas...

Temblando, Luisa se enfunda los hombros en su chal.

—Vamos allá, ¿no? ¡Me parece que Dimitri no es el único caballero que espera ansioso nuestra llegada!

Qué fácil es sonreír con ella. A nadie más que a Luisa se le ocurriría ser tan cortés como para desearnos suerte a Sonia y a mí, habiendo dejado ella a su propio pretendiente en Altus.

El recuerdo de la isla me alegra el corazón con una serie de sensaciones: el aroma de las naranjas, las olas rompiendo sobre las rocas debajo del santuario, las túnicas de seda sobre la piel desnuda.

Sacudo la cabeza y me dispongo a estar con la única persona que me trae el recuerdo más cercano de todos, a pesar de que me encuentro en otro universo.



Nos ponemos las máscaras en el carruaje antes de abandonar su calor y encaminarnos a la oscura entrada. Al atravesar la multitud que la atesta por completo, no puedo evitar sentirme dentro de un extraño espectáculo. Los rostros enmascarados de los

que me rodean se me antojan de pronto estridentes y mi propia máscara demasiado ceñida a mi cara. Las máscaras dificultan la conversación y siento alivio cuando un hombre alto y delgado como una espiga se quita la máscara. Se trata de Byron. Se inclina para saludarnos, toma a Sonia de la mano y ella sonríe tímidamente mientras se dirigen a la pista de baile. Un instante después, Luisa se marcha con un caballero rubio que no le quita los ojos de encima. Veo a mis amigas deslumbrantes bajo las miradas de adoración de los hombres que revolotean a su alrededor en la pista y apenas alcanzo a comprender que podamos ser las mismas chicas que se conocieron en Nueva York no hace tanto tiempo.

Estoy pensando si merece la pena ir a por un refresco cuando me fijo en un hombre parado a cierta distancia en medio de la multitud. S  que es Dimitri a pesar de que acordamos mantener en secreto nuestras máscaras hasta esta noche. Me parece que son sus hombros, su erguida postura, siempre dispuesto a defenderse a sí mismo —y a mí—, y me convengo de que es él.

Se da la vuelta sosteniendo mi mirada momentos antes de abrirse paso a zancadas entre la multitud con decisión.

Su máscara es exquisita, grande y adornada con piedras de  nice colocadas entre brillante purpurina plateada y plumas de intenso color rojo.

Como si hubiera sabido que iba a escoger el vestido escarlata desde el primer momento.

En cuanto se me acerca, me toma de la mano, aunque no se inclina para bes rmela. Dimitri no finge seguir las reglas londinenses. Su mano grande envuelve la mía, más pequeña, y tira de mí hasta que noto la dura superficie de su cuerpo. Me mira intensamente a los ojos antes de bajar su boca hasta la mía. Su beso es apasionado e intenso y, sin pens rmelo, levanto la mano para acariciarle el pelo negro y ensortijado de la nuca. Nos separamos muy a nuestro pesar, mientras algunas de las personas que est n más cerca nos miran con asombro para volver luego a ocuparse de sus asuntos.

Dimitri se me acerca al oído para que solo yo escuche su voz.

—Est s deslumbrante.

— Vaya, caballero, es usted un atrevido! —levantando la barbilla para mirarle a los ojos, parpadeo fingiendo timidez. Un instante después, no pierdo más el tiempo y me echo a reír—.  C mo podías estar tan seguro de que era yo?

—Yo podría preguntarte lo mismo —me dedica una sonrisa—.  O debo entender que siempre miras embobada a cualquier caballero que lleve una máscara enjoyada y con plumas?

—Jamás —hay seriedad en mi tono de voz—. Solo tengo ojos para ti.

Los ojos de Dimitri se oscurecen. Reconozco esa expresión de deseo por las muchas horas que hemos pasado abrazados desde nuestro regreso de Altus.

—Ven —extiende una mano—. Vamos a bailar. No será como en Altus, pero podríamos imaginar que estamos allí si cerramos los ojos.

Me arrastra entre la multitud, abriéndose paso con su sola presencia. Cuando nos aproximamos a la pista de baile, Sonia pasa como un remolino en brazos de Byron. Parece feliz y no le reprocho que disfrute.

—Buenas noches, señorita Milthorpe. He oído que tal vez necesite cierto tipo de información —la voz, que viene justo de detrás de mí, no es enérgica, pero atrae mi atención.

Tirando del brazo de Dimitri, dejo de avanzar y me vuelvo hacia el hombre parado entre la multitud que se divierte. Es un anciano, como evidencian sus cabellos blancos y las arrugas que surcan sus manos. Su máscara es negra y verde con plumas de pavo real, pero lo que le delata es la túnica azul marino, ya que es muy aficionado a llevarla puesta hasta en las reuniones más privadas del club.

—¡Arthur! —sonríó al reconocer al anciano druida—. ¿Cómo me ha reconocido?

—Ay, señorita. Mis sentidos ya no son lo que eran, pero sigo siendo un druida de la cabeza a los pies. Ni siquiera su extravagante disfraz puede ocultar su identidad.

—¡Qué sabio es usted, ya lo creo que sí! —me vuelvo hacia Dimitri, intentando hacerme entender por encima del alboroto sin gritar—. Supongo que ya conocerás del club al señor Frobisher, ¿no?

Dimitri asiente con la cabeza y extiende una mano.

—Hemos coincidido en varias ocasiones. Arthur se ha mostrado siempre muy cordial desde que ocupó una habitación allí.

Arthur estrecha la mano de Dimitri con un destello de admiración en sus ojos. Habla pausadamente, inclinándose hacia delante para hacerse oír.

—Siempre es un honor ofrecer hospedaje a la fraternidad.

Terminados los saludos, le recuerdo a Arthur sus palabras de antes.

—¿Ha hablado de información?

Él asiente. Se saca algo del bolsillo y me lo entrega.

—Dicen por ahí que está buscando ciertos datos. Esta es la dirección de unos conocidos míos. Tal vez puedan ayudarla.

Extiendo la mano. Noto la superficie suave y crujiente del papel doblado cuando lo deposita sobre mi palma.

—¿Quién le ha comentado que necesitábamos información, Arthur? —la preocupación ensombrece la mirada de Dimitri—. Se supone que mantenemos nuestras indagaciones en la más absoluta reserva.

Arthur asiente y se inclina al agarrar el hombro de Dimitri para tranquilizarle.

—No hay que preocuparse, hermano. Por aquí las palabras circulan despacio y con discreción —se endereza señalando con un gesto el papel entre mis manos—. Hágales una visita. La estarán esperando.

Tras darse la vuelta para marcharse, desaparece entre la multitud sin añadir nada más. Me encantaría abrir ahora la nota para ver quién puede ser el depositario de las respuestas que buscamos, aunque va a ser imposible leer el nombre y la dirección con los empujones del baile. Dimitri me observa mientras doblo la nota antes de abrir la limosnera que llevo colgada de la muñeca. Introduzco el papel entre el forro de seda y tiro de los cordones para cerrarla.

La presencia de esa nota me arrebató el goce que sentía apenas hace unos momentos. Me recuerda que aún queda mucho por hacer, que ninguna mascarada, ningún baile, ningún hombre de ojos oscuros puede redimirme de la profecía. Eso es algo que solo yo puedo hacer.

Como si intuyese mi preocupación, Dimitri vuelve a cogerme de la mano.

—Ya habrá tiempo de sobra para eso mañana —sus ojos me miran fijamente—. Ven. Vamos a bailar.

Me dejo llevar por él hasta el centro de la gran sala, donde no duda en arrastrarme a la pista de baile. No hay lugar para la preocupación mientras damos vueltas entre los trajes de llamativos colores, entre las plumas y la bisutería de las máscaras, y me dejo llevar por él, aliviada por permitir que alguien esté al mando, aunque no sea más que durante un baile.

La música va *in crescendo* y luego da un vuelco espectacular. Esta vez soy yo quien tira de Dimitri cogiéndole de las manos para sacarle de la pista de baile.

Le hablo pegada a su oído.

—Vamos a beber algo, ¿me acompañas?

Él asiente con una sonrisa.

—¿Está sedienta por mi culpa, señora?

—Podría decirse que sí —digo enarcando las cejas.

Él alza la cabeza y se echa a reír. Oigo el eco de su risa incluso por encima de la música y las conversaciones de la sala.

Nos abrimos paso entre la multitud en busca de refrescos cuando la visión fugaz de unos pómulos me llama la atención. Angulosos y femeninos, se elevan hasta unos ojos tan verdes que distingo su brillo desde el otro lado de la sala. No debería poder reconocerla desde tan lejos, teniendo en cuenta que su rostro se encuentra casi enteramente oculto entre destellos de purpurina dorada y de bisutería de color púrpura.

Sin embargo, estoy casi segura y comienzo a moverme en su dirección sin decirle una sola palabra a Dimitri.

—Lia, ¿adónde vas? —oigo que dice su voz a mi espalda.

Pero mis pies se mueven por sí solos, sin que nada importe salvo la mujer que está parada a unos pies de distancia en una pose increíblemente familiar.

En cuanto llego hasta ella, la agarro del brazo sin pensar siquiera que podría estar

equivocada.

Ella no parece sorprendida. Lo cierto es que ni se molesta en bajar la vista a la mano con la que sujeto su fino brazo. No. Se vuelve despacio hacia mí, como si haberla encontrado no fuese en absoluto una sorpresa.

Lo sé antes de que se haya dado la vuelta por completo. Lo veo en el orgulloso perfil de su barbilla, en el desafiante brillo de sus ojos.

—Alice —dejo escapar su nombre. No es una pregunta. La he visto en los otros mundos y en el mío. He contemplado su fantasmal presencia durante los meses en los que su poder fue creciendo lo bastante como para permitirle pasar de un mundo a otro. Dormía a su lado de niña y de noche escuchaba su suave respiración. Incluso bajo la máscara, estoy segura de que se trata de Alice.

Sonríe tranquila y despreocupada. Mi hermana siempre ha disfrutado de la intuitiva capacidad de saber las cosas antes que los otros. Sin embargo, aún hay algo más. Algo oculto e indefinible.

—Buenas noches, Lia. Qué casualidad encontrarte aquí.

Hay algo en sus ojos, algo oscuro y secreto que me asusta más que saber que se halla ahora en Londres con su notable poder.

Muevo la cabeza, tratando de reponerme de la impresión de ver por primera vez a mi hermana en persona desde que me fui de Nueva York.

—¿Qué estás haciendo aquí? Quiero decir... ¿Por qué has venido?

Hay otras cosas que debería decir. Cosas que debería exigir y decir a gritos. Pero el baile de disfraces y la impresión conspiran para que no pierda la compostura, aun a pesar de que un chillido amenaza con abrirse paso por mi garganta.

—He venido a hacer algunas compras para los preparativos —lo dice como si fuese obvio y no puedo evitar sentir que he ido a parar a los otros mundos, a un lugar con la misma apariencia y los mismos sonidos que mi propio mundo, pero que es, de hecho, una visión distorsionada y falsa.

—¿Preparativos? ¿Para qué?

Me siento como la tonta del pueblo. Está claro que Alice está jugando conmigo y, a pesar de ello, soy incapaz de marcharme. Me tiene a su merced, igual que siempre.

Incluso aquí. Incluso ahora.

Sonríe y por un momento casi me parece sincera.

—Para mi boda, claro.

Me trago el presentimiento que se forma en mi garganta como una piedra, mientras Alice se vuelve hacia el caballero que está a su lado. He estado tan concentrada en ella que ni he reparado en su acompañante enmascarado.

Pero ahora sí que me fijo en él. Lo hago y nada más verle siento un vacío en mis entrañas.

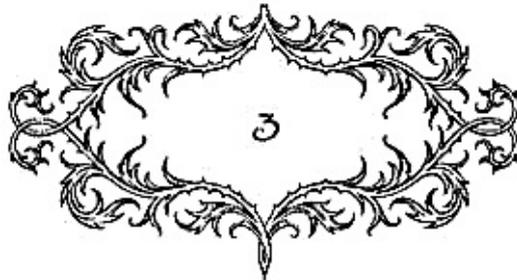
Levanta la mano para quitarse la máscara. Tarda demasiado, su rostro y sus

cabellos van quedando a la vista poco a poco, hasta que pierdo la esperanza de haberme equivocado.

—¿Lia? ¿De verdad eres tú? —su expresión de sorpresa es indudable y sus ojos buscan en los míos respuestas que no puedo darle.

—Te acuerdas de James Douglas, ¿no? —Alice se coge de su brazo en una clara muestra de posesión—. Vamos a casarnos esta primavera.

Y, entonces, la sala comienza a moverse y los rostros de los invitados se transforman en algo extraño y espantoso.



Yo no soy de esa clase de jovencitas que se desmayan. He viajado por caminos aterradores y peligrosos. He defendido mi vida y las de aquellos a quienes quiero. Lo he sacrificado todo en nombre de la profecía y por el destino del mundo.

Pero esto casi consigue hacer que me caiga de rodillas.

No me he dado cuenta de la llegada de Dimitri, pero allí está cuando mi brazo sale lanzado por sí solo, buscando ciegamente algo a lo que agarrarse, mientras hago lo que puedo por orientarme.

—¡Oh! —dice Alice—. ¿Es tu novio?

No puedo mirar a James, pero cuando me vuelvo hacia Dimitri, que muestra una expresión empañada por la confusión mientras nos mira a James y a mí, tampoco puedo mirarle a él.

Decido concentrarme en Alice, luchando contra el inoportuno impulso de reír a carcajadas. Desde luego, se trata de una situación desesperada si prefiero mirar a mi hermana que a uno de los dos hombres.

—Te presento a Dimitri. Dimitri Markov —me trago la vergüenza y continúo, pues se lo debo tanto a Dimitri como a James—: Y sí, es mi novio.

Alice extiende la mano en dirección a Dimitri.

—Es un placer conocerle, señor Markov. Yo soy Alice Milthorpe, la hermana de Lia.

Dimitri no se muestra sorprendido por la presentación, pues ¿quién si no iba a tener un rostro idéntico al mío? Pero no le estrecha la mano, sino que se inclina para que la gente que está cerca no pueda escuchar lo que va a decir.

—No tengo la menor idea de a qué ha venido usted aquí, señorita Milthorpe, pero le sugiero que se mantenga alejada de Lia —su tono de voz es duro.

—Escuche —interviene James—, no hay ningún motivo para ser maleducado. A pesar de lo extraña que es esta situación, me gustaría que nos lleváramos bien. Sin

embargo, no puedo quedarme al margen si usted insulta a mi novia —su tono de voz es entrecortado, confuso. Entonces me doy cuenta de por qué.

«Él no lo sabe —pienso—. Alice no le ha hablado de nosotras, de la profecía, de lo que nos separa».

Saber que James es el prometido de mi hermana ya es bastante difícil de aceptar. Pero que lo sea sin comprender el peligro al que se expone resulta inconcebible.

Me vuelvo para mirar a Alice, esperando ver en su cara las malas intenciones que, sin duda, debe de tener. Ha seducido a James, se lo ha traído a Londres y, sin previo aviso, me habla de sopetón de su compromiso. Para fastidiarme. No hay ningún motivo para que sea la prometida del hombre al que yo amaba, el hombre con el cual tenía planeado casarme, aparte de apoderarse de algo que hace tiempo me fue muy querido. Como si no me hubiese arrebatado ya bastantes cosas.

Sin embargo, no veo nada de eso cuando Alice levanta la vista hacia James. Tan solo hay dulzura en sus ojos.

En ese momento me acuerdo de Henry. Me acuerdo de su agradable sonrisa, de su olor a niño pequeño y de nuevo recuerdo de lo que es capaz Alice.

Me enderezo aún más y tomo a Dimitri del brazo.

—Quisiera irme ya, por favor.

Él asiente con la cabeza poniendo su mano sobre la mía.

En cuanto nos damos la vuelta dispuestos a marcharnos, oigo la voz de James a mi espalda.

—Lia...

Vuelvo la vista para encontrarme con sus ojos y veo en su mirada mi misma sensación de inutilidad.

Suspira.

—Me alegro de que estés bien.

No puedo sino asentir con la cabeza. Luego, Dimitri me conduce deprisa a la entrada de la sala.



—Pero ¿qué está haciendo aquí?

De camino a Milthorpe Manor, el carruaje está oscuro y la voz de Sonia surge de entre las sombras que están frente a mí. Dimitri se ofreció a acompañarnos a casa, pero ya es bastante difícil hacer frente a las preguntas de Sonia y de Luisa. No estoy segura de tener valor para enfrentarme también a la mirada inquisitiva de Dimitri. Esta noche no.

Agradezco que Luisa intervenga antes de que me dé tiempo a contestar.

—Estoy segura de que Lia no tiene ni idea de lo que está haciendo Alice aquí. ¿Cómo va a saber nadie lo que se trae Alice entre manos? ¿Alguna vez lo hemos sabido?

—Supongo que no —replica Sonia.

—Todo cuanto hace Alice tiene un propósito —intervengo yo—, pero aún no sé de qué se trata esta vez.

—No me lo puedo creer —comienza a decir Luisa. Luego, bruscamente, deja de hablar.

Muevo la cabeza en la oscuridad, observando las calles cargadas de humo y las figuras sin rostro que caminan por ellas.

—Ni yo tampoco.

—A Alice la creo capaz de cualquier cosa, pero... ¿casarse con James? —dice Luisa—. ¿Cómo es capaz? ¿Y él?

—Yo me fui —mi voz es un murmullo y me pregunto si después de todo deseo que Sonia y Luisa me escuchen. Si deseo que alguien escuche la verdad acerca de cómo abandoné a James—. Me fui sin decirle una palabra. Y tampoco respondí nunca a sus cartas. No me debe nada.

—Tal vez no —dice Sonia—. Pero con todas las chicas que hay en Nueva York, ¿cómo puede casarse con Alice?

Aparto la vista de la ventanilla. Más allá del cristal solo hay oscuridad.

—Él no lo sabe.

Noto lo impresionada que está Luisa justo antes de que comience a hablar.

—¿Cómo estás tan segura?

—Lo estoy, simplemente. No tiene ni idea de lo que se interpone entre Alice y yo. No tiene ni idea de la vida que le espera con Alice si ella sigue su camino.

Sonia se echa hacia delante entre el roce de la seda hasta que su rostro queda iluminado por la escasa luz de las farolas de la calle.

—Pues se lo tendrás que decir tú, Lia. Tienes que decírselo para que pueda salvarse.

Me invade la desesperación como una marea.

—¿Y si no me cree?

Sonia estira el brazo y me agarra de la mano.

—Tienes que conseguir que te crea. Tienes que hacerlo.

Miro nuestras manos entrelazadas, pálidas en contraste con el azul del vestido de Sonia y con el rojo del mío. Apoyando la cabeza contra el asiento, cierro los ojos. Los cierro y veo a Alice de pie, como una reina envuelta en seda de color esmeralda, un contraste perfecto para el vestido escarlata que me cubre hombros y caderas.

«Pues claro —pienso—. Claro».

Con el vestido de intenso color verde de Alice y cogida del brazo de James tendría que haber estado Lia. Nos veo a ambas codo con codo en el baile de disfraces y hasta en mi imaginación me resulta difícil decir quién es mi hermana y quién soy yo.



De pie frente a la puerta, en bata y camisón, con el frío del piso filtrándose por mis zapatillas, me espantan las voces provenientes del interior de la habitación.

Aguardé pacientemente a que la casa se quedara en silencio antes de dirigirme al cuarto de tía Virginia, pero, al parecer, no he esperado lo bastante. Ahora ya no es cuestión de regresar a mi habitación. Necesito el consejo de mi tía. Más que eso, necesito su comprensión, pues solo tía Virginia puede entender de verdad el horror que he sentido al estar cerca de Alice mientras hablaba de su compromiso con James.

Tras alzar la mano, llamo con los nudillos lo más silenciosamente que puedo. El murmullo de voces cesa y un instante después tía Virginia abre la puerta con un gesto de sorpresa en su rostro.

—¡Lia! —sus cabellos sueltos casi le llegan a la cintura. Tiene un aspecto bastante joven y se me viene a la cabeza el retrato de mi madre que hay encima de la chimenea en Birchwood Manor—. Entra, querida.

Retrocede sosteniendo la puerta mientras entro en la habitación y busco al dueño de la otra voz. Cuando lo encuentro, estoy más que sorprendida. No estoy segura de lo que me esperaba, pero desde luego no a Edmund, cómodamente sentado frente al fuego en un sillón de respaldo alto, tapizado con un grueso terciopelo de color burdeos.

—¡Edmund! ¿Qué estás haciendo aquí?

Tía Virginia ríe con calma.

—Edmund me estaba hablando tan solo de la aparición de Alice en el baile de disfraces. Me alegro de que estés aquí. Seguramente, estarás dispuesta a contarme algo más.

Le echa una mirada a Edmund y me da la impresión de que no es la primera vez que mantienen una conversación en la habitación de tía Virginia en la oscuridad de la noche.

Tras adentrarnos en el cuarto, nos sentamos en el sofá frente al fuego. Como cada cual está dando vueltas a sus propios pensamientos, no nos ponemos a hablar de inmediato. Es tía Virginia quien rompe el silencio, su voz llena de ternura se oye a mi lado.

—Lo siento, Lia. Sé lo mucho que James significaba para ti.

—Sigue significándolo —digo mientras miro fijamente el fuego—. Que me viera obligada a dejarle marchar y que haya conocido a Dimitri no significa que ya no me preocupe de lo que le suceda a James.

—Por supuesto —mi tía alarga el brazo para cogerme la mano—. ¿No sabías nada sobre su relación con Alice? ¿No lo mencionó él en ninguna de sus cartas?

Niego con la cabeza.

—Dejamos de escribirnos hace algún tiempo, incluso antes de que me marchara a Altus.

—Lo que no puedo entender es su compromiso con Alice. La última vez que la vimos, antes de venir a Londres, prácticamente ya ni me podía comunicar con ella.

—James Douglas es un buen hombre. Un hombre inteligente —dice Edmund—. Pero, al fin y al cabo, es un hombre. Alice tiene el mismo aspecto que usted, Lia. Y James se quedó muy solo cuando usted se marchó —su mirada no es acusadora. Simplemente, constata unos hechos.

—Edmund me ha contado que crees que James no sabe nada acerca de la profecía —dice tía Virginia—. ¿Qué te hace pensar que es así?

Me quedo mirando el fuego, recordando a James, su dulce sonrisa mientras tocaba mis labios con los suyos, su empeño por protegerme a toda costa, su ingenua bondad.

Al volverme de nuevo para mirar a tía Virginia, estoy más segura que nunca.

—James jamás tomaría parte en un asunto así. No del lado de Alice.

Tía Virginia asiente con la cabeza.

—En ese caso, ¿no podrías contárselo sin más? ¿Contárselo todo y rogarle que se alejase lo más posible de Alice por su propio bien?

Jugueteo con mi labio inferior entre los dientes y trato de imaginarme hablándole a James de la profecía.

—Piensa que no la creería —interviene Edmund.

Le miro a los ojos.

—¿Y qué piensas tú?

—En cierta ocasión usted no confió en él y no parece que haya conseguido asumirlo. Tal vez sea hora de que lo intente de otra forma —contesta despacio, sopesando sus palabras.

Bajo la vista hacia mis manos, hacia la odiada marca de la muñeca, hacia el medallón que rodea la otra.

—Tal vez.

Continuamos sentados en silencio otro instante antes de que tía Virginia tome de nuevo la palabra.

—¿Y qué hacemos con Alice? ¿Crees que habrá venido porque estamos a punto

de reunir a las cuatro llaves?

—Aunque lo supiera, parece poca cosa para hacerla venir hasta Londres desde tan lejos. A Alice apenas le preocupará que tengamos casi todas las llaves. Podríamos pasarnos años buscando la última, por no hablar de la piedra.

—Y el rito —añade tía Virginia, refiriéndose a la ceremonia ritual necesaria para terminar con la profecía en Avebury, una ceremonia de la que nadie parece haber oído hablar—. Mañana voy a tomar el té con Elspeth en el club para revisar los antiguos libros de magia que hay por allí. Tal vez encuentre alguna referencia.

—Eso espero —me pongo en pie para marcharme, de repente exhausta y abrumada solo de pensar en las tareas que aún quedan por hacer—. Arthur Frobisher me dio la dirección de unas personas que quizás conozcan la localización de la piedra. Dimitri y yo vamos a ir a ver qué encontramos, aunque me gustaría que Arthur me hubiese dado un nombre además de la dirección. Preferiría saber con quién voy a encontrarme.

—Bueno, si no lo sabe, me tiene a su disposición para acompañarla —se ofrece Edmund—. No puedo consentir que vaya por ahí al encuentro de extraños sin protección, especialmente ahora.

No le recuerdo que ya me enfrenté en Chartres con un guardián. Simplemente, le sonrío para agradecerse, le deseo buenas noches y me encamino hacia la puerta.

—¿Lia? —la voz de tía Virginia me detiene antes de que salga al pasillo.

—¿Sí?

—¿Qué vas a hacer con Alice? Sin duda, estará esperando a que hagas el próximo movimiento.

Antes de hablar sopeso mis opciones.

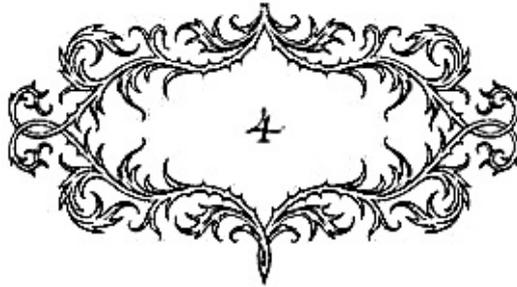
—Deja que me lo piense un poco —contesto por fin, afianzando mi voz—. No pienso permitir que Alice me obligue a tomar una decisión para la que no estoy lista.

Tía Virginia asiente con la cabeza.

—Puede que mañana hagamos algún progreso.

—Puede.

Salgo de la habitación cerrando la puerta tras de mí y sin decir en voz alta el pensamiento que me asalta: «Tenemos que hacer progresos de inmediato. Cueste lo que cueste».



A la mañana siguiente, con el frío aire de Londres robándome el aliento, me preparo para cerrar la puerta. Entonces oigo la voz de Luisa a mis espaldas.

—¿Adónde vas tan temprano?

Está plantada en el primer escalón de la gran escalera y con su bata color azul marino sus carnosos labios parecen incluso más rojos de lo normal. Trato de ignorar el disimulado tono de acusación de su voz.

—Tengo que ir con Dimitri a hacer un recado —sonrío, sintiéndome casi culpable—. No es más que una pequeña excursión. Volveré a tiempo para tomar el té contigo y con Sonia y podremos hablar sobre la llegada de Elena mañana.

—¿Tu excursión no tendrá que ver con la profecía?

De pronto, su resentimiento resulta obvio y monto en cólera.

—¿Y a ti qué te importa, Luisa? Si os concierne a ti y a Sonia, ya os pondré al corriente más tarde.

Mientras hablo, sé lo mucho que le duele, lo mucho que me dolería a mí.

Un amargo sonido escapa de su garganta.

—¿Que qué me importa? No puedo creer que digas algo así, Lia. Me importa porque hace tiempo compartíamos todo lo relacionado con la profecía. Hace tiempo admitiste que esa carga nos correspondía a todas nosotras y te empeñabas en calmar nuestros miedos para calmar también el tuyo.

Sus palabras consiguen abrirse paso a través de la coraza de mi corazón. Sé que lo que dice es verdad, por mucho que yo pretenda negarlo.

—¿Lia? ¿Pasa algo? —exclama la voz de Dimitri desde la calle, cerca del carruaje.

Me vuelvo hacia él, agradecida por esos segundos de más para encontrar una respuesta a los reproches de Luisa.

Levanto una mano para decirle que espere.

Tras volverme de nuevo hacia Luisa, solo soy capaz de decirle una cosa.

—Lo siento. Estoy intentando perdonar a Sonia para que todas volvamos a ser amigas, lo mismo que antes. Es que... —bajo la vista hacia mis botas mientras trato de encontrar las palabras—. Es más difícil de lo que parece.

Luisa baja las escaleras y viene hacia mí. Espero que sea amable conmigo, que me ofrezca un abrazo amistoso y paciencia, como siempre ha hecho.

Pero la paciencia de Luisa ha llegado a su fin.

—Yo no soy Sonia. Yo no te he traicionado. No necesito buscar tu perdón —su voz es tan gélida como el viento que entra en Milthorpe Manor procedente de las calles de Londres—. Pero si no te andas con cuidado, vas a tener que buscar el mío.

Se da media vuelta y se dirige al pasillo, dejándome expuesta al frío aire de la mañana. Sus palabras pesan como una losa en mi corazón y, a pesar del frío, la vergüenza me calienta las mejillas.

Tras enderezarme, cierro la puerta y recorro el camino hasta el carruaje.

«Luisa no lo entiende —pienso—. Le oculto cosas para protegerla. Por su propio bien».

Pero mientras lo pienso, sé que es mentira.



Dimitri y yo permanecemos en silencio sentados uno al lado del otro mientras Edmund conduce el carruaje por el centro de la ciudad. Pasa cierto tiempo antes de que él hable.

—Ya sabía de tu anterior relación con James Douglas por aquellas semanas en que estuve vigilándote en Nueva York por encargo de los Grigori.

Asiento con la cabeza y echo un vistazo por la ventanilla.

—Lo sé.

—No tienes por qué sentirte avergonzada ni violenta.

Me vuelvo a mirarle, indignada por que piense que me siento así.

—No lo estoy. Y me parece insultante que creas tal cosa. ¿Debería avergonzarme por haber amado a otra persona antes que a ti? ¿Debería sentirme violenta porque no soy una delicada florecilla inglesa que no sabe nada de los hombres? —mis cortantes palabras se abren paso por las sombras del carruaje.

A él no parece sorprenderle mi arrebato y casi me pone furiosa que me conozca tan bien.

—Claro que no. Nunca he pensado que fueses... ¿Cómo lo has llamado? —una sonrisita comienza a dibujarse en las comisuras de su boca—. Una delicada florecilla

inglesa que no sabe nada de los hombres.

Algo en su manera de decirlo me hace reprimir las ganas de soltar una carcajada. Pero no sirve de nada. Dimitri se fija en cómo una sonrisa se escapa de mis labios a pesar de mis esfuerzos por reprimirla. De repente me tiemblan los hombros por la tensión de contener la risa.

—Debo admitir —dice dejando escapar abiertamente su propia risa— ¡que nunca había pensado en ti de esa manera!

Ahora los dos nos reímos histéricamente y me acerco a él para acurrucarme en su brazo.

—¡Vaya, pues gracias! Seguro... —me río tanto que apenas puedo articular palabra—. ¡Seguro que eso se lo dices a todas las chicas!

Esto da lugar a más carcajadas y me agarro el estómago hasta que nuestras risas se desvanecen unos momentos más tarde.

—Lia —Dimitri se arrima un poco más, su respiración aún está acelerada por las recientes carcajadas. Me coge de la mano—, solo quería decirte que siento lo de anoche, lo que ha sucedido entre tu hermana y James. Debe de resultarte muy difícil. Y no quiero que nada lo sea para ti.

Me quedo mirándole.

—Gracias, pero... Bueno, ha pasado mucho tiempo desde que pensaba que mi futuro estaba con James.

Él se lleva mi mano a sus labios, separa mis dedos y me besa la palma. La sensación que me produce es como un lengüetazo de fuego que me sube desde el estómago hacia la columna.

—Sí, pero no es tan fácil que se extingan los antiguos sentimientos, supongo. A mí me resultaría imposible olvidarme de lo que siento por ti. No podría hacerlo jamás. Por eso, no te reprocharía que incluso después de tanto tiempo y de todo lo que ha sucedido aún sintieses algo por él.

Percibo un titubeo en su voz, cuidadosamente disfrazado de comprensión. Apartando mi mano de la suya, tomo su rostro entre las palmas de mis manos y le miro a los ojos.

—Es verdad que quise a James hace tiempo. Pero ese amor se basaba en una parte de mí que hace mucho que ya no existe. Incluso si termino con la profecía, ya no seré la misma persona. Nunca podré volver a ser como era la Lia de antes. Han cambiado demasiadas cosas. Y esa Lia, la que se paseaba por las ondulantes colinas de Altus y te besaba en sus bosquecillos y se tumbaba contigo bajo los árboles en flor..., bueno, esa Lia no podría ser feliz con James.

Me sorprendo de sentirlo así de verdad. Me sorprendo de decirlo con tal seguridad, a pesar del afecto que aún siento por James.

El alivio en los ojos de Dimitri es evidente. Me inclino hacia delante y toco sus

labios con los míos. Nuestro beso, en principio nada más que un recordatorio de mi lealtad y afecto, enseguida se vuelve apasionado. El balanceo del carruaje y las sombras de su interior me sirven para transportarme más allá de la realidad a un lugar donde nada existe salvo la boca de Dimitri sobre la mía y su cuerpo pegado al mío, hasta quedar yo casi tendida en el asiento trasero del carruaje.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que nos demos cuenta de que el carruaje está aminorando la marcha, pero su velocidad cambiante nos hace volver a ambos a la realidad. Nos separamos y nos arreglamos la ropa y el pelo justo a tiempo, mientras Edmund detiene definitivamente el carruaje.

Inclinándose hacia mí, Dimitri me da un último beso un instante antes de que Edmund abra la puerta. Mientras me bajo del carruaje, inicio una pequeña conversación para ignorar que Edmund sabe perfectamente lo que ha sucedido durante el viaje.

—¿Dónde estamos? —le pregunto.

Edmund observa con desaprobación la sucia calle y los toscos hombres que esperan en la acera sin hacer nada.

—En un mal sitio. Pero esa —dice señalando con la cabeza un sucio edificio de piedra— es la dirección de la nota que le dio el señor Frobisher.

Levanto la vista para mirar el edificio. Juraría que está ligeramente inclinado hacia la derecha. Pero después de todo lo que he vivido, haría falta bastante más que un edificio viejo y una compañía dudosa para que sintiera algo de miedo.

—Muy bien. Supongo que allí es donde tenemos que ir.

Me cojo del brazo de Dimitri mientras cruzamos la calle tras Edmund y subimos las destrozadas escaleras que conducen a una puerta de madera pintada de un vivo tono rojo. No tiene ni siquiera una marca ni una raspadura y contrasta mucho con el descuido que se ve a su alrededor.

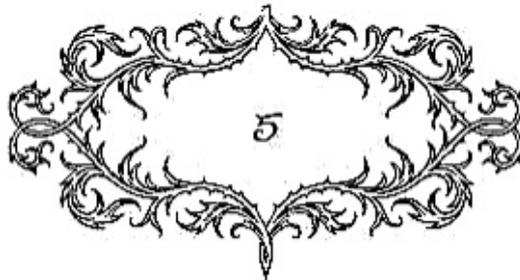
Edmund no parece demasiado contento a pesar de la alegre puerta.

—El señor Frobisher no debería hacer venir a una respetable jovencita a esta parte de la ciudad sin darle al menos un nombre —murmura, levantando una mano para golpear la puerta con los nudillos.

El silencio sigue a su llamada. Levanta una vez más la mano cuando escuchamos un sonido de pasos que se encaminan a la puerta de la casa. Miro nerviosa a Dimitri de reojo mientras las pisadas se hacen más fuertes. De pronto, la puerta se abre y deja a la vista a una mujer refinada, vestida con elegancia, como si se dispusiese a tomar el té. Nos inspecciona con una paciente sonrisa y sin decir una palabra.

Apenas me lleva un instante identificarla. En cuanto lo hago, su sonrisa tropieza con la mía.

—¿Madame Berrier? ¿De verdad es usted?



Ella sonríe abiertamente.

—Pues claro que sí. ¿Esperaba encontrarse a otra persona?

Madame Berrier da un paso atrás para permitirnos pasar y muestra cierto aire travieso en sus brillantes ojos.

—Adelante. Los caballeros de la calle no les harán ningún daño, pero lo mejor será ser discretos, ¿no les parece?

—Sí, sí, claro —aún estoy desconcertada por el hecho de que Madame Berrier haya venido de Nueva York a Londres y de que la tenga ahora mismo delante de mí.

La seguimos hasta el interior de la casa. Ella cierra la puerta y echa la llave detrás de nosotros. Edmund, que parece no inmutarse en absoluto, no dice nada y yo me pregunto si recordará a Madame Berrier de nuestro primer encuentro, cuando me reveló mi identidad como ángel de la puerta.

Al regresar con nosotros, nuestra anfitriona señala a Dimitri con un significativo gesto de cabeza.

—Y este, ¿quién es? ¿Hmmm?

—¡Ah! Lo siento. Le presento a Dimitri Markov. Dimitri, Madame Berrier. Ella me fue de gran ayuda para comprender el lugar que ocupó en la profecía —me vuelvo hacia Madame Berrier—. Y, desde entonces, Dimitri me ha sido de gran ayuda.

Ella sonríe maliciosamente.

—De eso estoy segura, querida.

Me ruborizo ante tal insinuación, aunque no me da tiempo a replicar algo ingenioso antes de que se dé la vuelta para dirigirse al pasillo central del fondo de la casa.

—Acompañenme. Espero que ya esté preparado el té —su voz, con ese extraño acento, mezcla de francés y de algo que aún no soy capaz de identificar, se extingue a medida que se aleja de nosotros.

Edmund, Dimitri y yo caminamos deprisa para alcanzarla. Por el propio bien de Madame Berrier, espero que el resto de la casa sea más agradable que el pasillo. Este es lúgubre, su papel pintado está medio despegado y solo lo ilumina la escasa luz procedente de las habitaciones colindantes.

Pero no debería haberme preocupado. Madame Berrier tuerce a la derecha para entrar en un salón. De repente me siento como si hubiese ido a parar a un extraño cuento de hadas. La sala está iluminada por varias lámparas de sobremesa y por la luz de las llamas parpadeantes que proceden de la chimenea. Los muebles son antiguos, pero es evidente que al menos en esta habitación Madame Berrier parece estar bastante cómoda.

—¡Qué bien huele el té! —se dirige a una mesita frente al sofá, preparada con tazas y platos—. Ha sido un detalle por tu parte prepararlo.

El comentario me coge por sorpresa y, a juzgar por las caras de Edmund y de Dimitri, no soy la única a la que le sucede. Nos miramos unos a otros mientras Madame Berrier se sienta en el sofá. Se dispone a servir el té de una tetera colocada encima de una bandeja de plata y actúa como si fuese de lo más normal darle las gracias a alguien que no está presente.

Pero al fijarme más atentamente en las sombras que acechan por los rincones de la sala, me doy cuenta de que no somos sus únicos ocupantes. En un rincón, cerca de una librería con estantes combados por el peso de libros y objetos indescriptibles de todas formas y tamaños, se distingue una silueta ligeramente encorvada. Edmund y Dimitri siguen mi mirada hasta la figura y se ponen tensos al darse cuenta de que hay alguien más en el salón.

Madame Berrier gira la cabeza en dirección a la figura.

—Deja tus mohosos libros y reúnete con nosotros, ¿quieres? Estoy casi segura de que es a ti a quien ha venido a ver la señorita Milthorpe, aunque, por supuesto, yo estoy encantada de estar en su compañía.

La figura asiente con la cabeza y se da la vuelta.

—Sí. Presento mis excusas por haber sido tan grosero.

Me resulta imposible creer que Edmund y Dimitri puedan ponerse aún más tensos, pero en cuanto la figura sale de entre las sombras, casi puedo sentir cómo levantan sus defensas a mi alrededor. He de morderme la lengua para evitar recordarles que me defendí sola en Chartres y que no necesito que me rescaten cada vez que un extraño entra en la habitación.

Es evidente que se trata de un hombre. Avanza arrastrando despacio los pies, hasta que se hace visible del todo al colocarse a la luz de la lámpara de una de las muchas mesitas.

—¡Por fin ha venido! ¡Hace ya algún tiempo y muchas millas desde que nos vimos!

Parpadeo un instante, clavada al suelo mientras trato de asimilar otra sorpresa.

—¿Señor Wigan? —el tono de mi voz es estridente y pienso que seguro que suena como si fuese tonta, porque, por supuesto, es el señor Wigan.

La alegría de su risa es bienvenida en el silencio de la sala.

—¡Pues claro que soy yo! ¡He cruzado el océano con mi querida Sylvia, ya lo creo!

Continúa hasta el sofá y se acomoda al lado de Madame Berrier mientras ella le tiende una taza de té humeante.

Dimitri y Edmund siguen educadamente de pie y rígidos, pero a mí la impresión me ha dejado sin modales. Me dirijo hacia el señor Wigan y Madame Berrier, dejándome caer sin más en un sillón frente al sofá.

—Me temo que la hemos pillado desprevenida, cariño —hay un deje irónico en el tono de Madame Berrier—. Y yo que creía que estábamos siendo indiscretos en Nueva York.

—¿Indiscretos? —repito—. ¿Cariño?

Antes de contestar, ella toma un sorbo de té y acaba distrayéndose con algo que hay en su infusión.

—Alistair, querido, ¿a qué me sabe hoy?

Una sonrisa se abre paso en el despejado rostro de él.

—Son almendras, mi amor. Y una pizca de chocolate.

Madame Berrier asiente en señal de aprobación.

—Riquísimo —se topa con mis ojos y continúa—: Nunca me gustó el té. Pero Alistair lo prepara estupendamente. Ya llevamos... juntos un tiempo. Esa fue una de las muchas razones por las que yo era rechazada por la gente en esa pequeña ciudad tan estrecha de miras que es Nueva York. Y también una de las muchas razones por las que necesitaba un cambio.

Levanta la vista sorprendida hacia Edmund y Dimitri, como si casi se hubiese olvidado de que se encontraban allí.

—Siéntense, por favor. Creía que estaba bien claro que nosotros no nos andamos con tanta ceremonia.

Se sientan siguiendo sus órdenes. Entonces me vuelvo hacia Dimitri y señalo con un gesto al hombrecillo que está bebiendo té tan contento al otro extremo de la mesa.

—Te presento al señor Wigan, de Nueva York. Él nos ayudó a averiguar que Luisa y Sonia eran dos de las llaves —miro al señor Wigan—. Y este es el señor Dimitri Markov, señor Wigan. Es... un amigo.

Madame Berrier se queda mirando fijamente al señor Wigan con picardía.

—¡Yo diría que son tan amigos como nosotros, cariño!

Me ruborizo por el bochorno y evito la mirada de Edmund, a pesar de que seguro que él entiende mejor que nadie la naturaleza de mi relación con Dimitri tras haber

hecho todo el viaje a Altus en nuestra compañía.

—Me alegro de verles a ambos —digo, tratando de cambiar de tema—. Pero no comprendo por qué nos envió Arthur aquí.

Madame Berrier me pone delante una taza de té y también a Dimitri y a Edmund. Me quedo callada, mientras se ocupa de pasarles la crema y el azúcar, convencida de que continuará hablando en cuanto haya terminado.

Pero es el señor Wigan quien toma la palabra primero.

—No quisiera dar la impresión de ser impulsivo, pero puede que yo sea la persona adecuada para ayudarla, ya que poseo unos conocimientos que no son habituales.

Al oír la indignación en su voz, me doy cuenta de que he herido su orgullo. Deposito mi té en la mesa y sonrío.

—Por supuesto que sí, señor Wigan. De hecho, si hubiese sabido que estaba usted en Londres, habría sido la primera persona a la que hubiera consultado.

Él baja la cabeza con modestia.

—No es que lo sepa todo, ojo. Sin embargo, este asunto en particular podría decirse que es parte de mi especialidad.

—Desde luego que sí —replico—. ¿Qué le ha contado Arthur? ¿Y cómo dio con usted?

—Me encontró a través de un antiguo socio —el señor Wigan le da un mordisco a una pasta y mira a Madame Berrier—. Están muy buenas, mi brujita. Muy buenas.

Edmund se remueve incómodo a mi lado.

—¿Señor Wigan? —pregunto.

Él levanta la vista con la mirada perdida.

—¿Sí?

—Arthur, ¿qué le contó acerca de nuestras indagaciones?

—Ah, sí. ¡Sí! ¡Claro que sí! —se zampa la pasta de un bocado, la mastica y se la traga antes de proseguir—. No he hablado con el señor Frobisher. No directamente. Él ha estado haciendo averiguaciones con discreción para enterarse de lo que se sabe sobre esta cuestión. Pero no había nadie capaz de ayudarlo. Se pasaban el asunto unos a otros, hasta que por fin vino a parar a mí. Cuando me enteré de la clase de información que estaba buscando, enseguida supe que era usted quien debía de andar detrás del tema, por lo del asunto de Nueva York.

Madame Berrier se inclina hacia él.

—Querrás decir que nos dimos cuenta, querido.

El señor Wigan asiente enérgicamente.

—Cierto, precioso capullito de rosa. Cierto.

—Entonces, ¿puede darnos la información que necesitamos? —la voz de Dimitri me sorprende. Casi me había olvidado de que se hallaba en la habitación, por lo

concentrada que estaba en la conversación con el señor Wigan y Madame Berrier.

El señor Wigan mueve la cabeza.

—Oh, no. Me temo que no.

—No comprendo —trato de recordar mi conversación con Arthur, cuando comentó que había encontrado a alguien que podría tener la información que buscaba —. Estoy casi segura de que Arthur dijo que ustedes podrían ayudarnos.

Madame Berrier asiente con la cabeza.

—Pues claro que podemos.

—Entonces no... no lo entiendo —me siento irremisiblemente perdida, como si hubiese ido a parar a un extraño país en el que cada cual hablara una lengua distinta. Sin embargo, tengo la impresión de que debería saber perfectamente de qué están hablando.

El señor Wigan se echa hacia delante. Habla con tono conspirador, como si temiese que alguien pudiese oírle.

—Yo no he dicho que no pueda ayudarla, sino que no soy yo quien tiene la respuesta.

Madame Berrier se pone en pie y se alisa los faldones del vestido.

—Hace tiempo nos vino bastante bien buscar en otro lugar, ¿no es así?

La miro preguntándome qué quiere hacer y replico:

—Supongo que sí.

—Pues vámonos. Imagino que habrán venido en coche, ¿no?



La casa es imponente y por lo menos igual de grande que Birchwood Manor.

—Qué casa tan preciosa —exclama Madame Berrier, alzando la vista hacia la fachada de piedra cubierta por una hiedra de color verde oscuro.

Nos hemos trasladado más allá del centro de la ciudad, de acuerdo con las instrucciones dadas a Edmund por el señor Wigan, quien se ha mantenido hermético respecto a nuestra excursión. Es evidente que el desengaño de Dimitri ha ido en aumento al negarse el señor Wigan a nombrar a la persona a quien vamos a visitar, así que se dispone a subir las escaleras de piedra que conducen a la entrada sin decir una sola palabra.

—Bueno —dice el señor Wigan—, al parecer su joven compañero es muy impaciente.

Levanto la vista para mirarle mientras camino detrás de Dimitri.

—Todos estamos impacientes, señor Wigan. Hay muchas cosas en juego y otras muchas que ya hemos tenido que sacrificar.

Él asiente lentamente.

—Vaya que sí. Cuando me enteré de lo de su hermano, lo sentí mucho. Es triste que muera alguien tan joven.

Noto cómo Edmund se pone tenso ante la mención de Henry.

Le hago un gesto de asentimiento al señor Wigan.

—Gracias. Fue muy difícil.

Incluso ahora me cuesta hablar de ello.

Madame Berrier me pone una mano en el brazo mientras subimos las escaleras tras Dimitri.

—Su hermano no se ha ido, querida. Simplemente, se ha transformado y la está esperando en un lugar mejor.

Asiento de nuevo, apartando la pena que vuelve a impregnar mi alma ante la

mención de Henry. Está en un lugar mejor. Un lugar que será mejor aún cuando cruce al último mundo con mis padres. Eso no me da miedo, como tampoco me lo da mi propia muerte. No hay nada más simple que eso.

No.

Mi mayor temor es ser capturada por las almas en el plano astral. Que me encierren en el Vacío y no volver a ver jamás a mi hermano. Que me nieguen mi muerte, obligándome a contemplar eternamente los cielos de los otros mundos, atrapada en el infierno de las almas.

Pero, por supuesto, no lo digo. ¿De qué serviría? Así que sonrío a Madame Berrier.

—Gracias.

Es todo cuanto puedo decir a pesar de su simpatía.

Llegamos a lo alto de las escaleras y Dimitri se vuelve hacia el señor Wigan.

—Yo llamaría, pero como no tengo ni idea de a quién hemos venido a ver, me parece que será mejor que haga usted los honores.

No se me escapa en absoluto el sarcasmo de su tono. El señor Wigan da un paso adelante.

—Lleva usted razón, muchacho. Lleva usted razón.

El señor Wigan levanta la mano sobre la puerta tallada, agarra el enorme aldabón de bronce y lo deja caer hasta que escuchamos el eco de unos zapatos en los pasillos de la casa, al otro lado de la puerta.

Sumidos en el silencio que sigue, echamos un vistazo a los alrededores para contemplar los jardines adormecidos y los árboles desnudos. Imagino que tiene que ser hermoso en verano, pero ahora está todo vacío y resulta ligeramente aterrador.

La puerta cruje un poquito al moverse la hoja de madera y me fijo en que hay alguien al otro lado. Creo ser la única en haberse dado cuenta hasta que el señor Wigan se dirige a la puerta en voz más bien alta.

—¿Victor? Soy Alistair. Alistair Wigan. He cruzado el océano para llegar hasta tu puerta, viejo amigo. Abre ya.

Me asombra ese tono persuasivo de su voz, pues suena como si le estuviese hablando a un niño testarudo. De todos modos, no sirve de nada. La puerta continúa cerrada.

—Soy yo, Victor, y un par de personas más —pasea su mirada por el grupo—, unas personas a las que les gustaría conocerte por un asunto de gran importancia.

La puerta de madera vuelve a crujir, pero aún no se abre. Edmund y Dimitri se miran, como pasándose algún tipo de información silenciosa.

El señor Wigan suspira y se vuelve hacia mí.

—Ya lo ve, está un poco inquieto. No le gusta salir ni abrir la puerta —se me acerca al oído—. Tiene miedo.

—¡No tengo miedo! —me sobresalto un poco al oír la voz al otro lado de la puerta—. Es que no te esperaba.

Madame Berrier aprieta los labios antes de mirar al señor Wigan.

—Alistair, cariño, quizás debería intentarlo yo. Un toque femenino puede hacer milagros.

El señor Wigan parece estar considerando la idea cuando la voz surge del otro lado de la puerta.

—¿U-una mujer? ¿Quieres decir que hay una mujer contigo, Alistair? ¿Una verdadera dama? —es una voz incrédula, como si el señor Wigan hubiese anunciado que traía una extraña bestia.

El señor Wigan se apoya en la puerta.

—Mejor aún —dice—. Hay dos.

—Lo que hay que ver —comienza a decir Edmund—. Es una falta de respeto usar a las damas como...

Pero no le da tiempo de acabar. La puerta se abre y de pronto contemplamos los parpadeantes ojos de un hombre bajo, más bien frágil.

—Deberías haber mencionado que te acompañaban mujeres. No habría sido tan descortés.

—Habría sido un poquitín más fácil mencionarlo si hubieses abierto la puerta —rezonga el señor Wigan.

El hombre llamado Victor le ignora y nos hace una pequeña reverencia con la cabeza a Madame Berrier y a mí.

—Mis excusas, señoras. Por favor, acompáñenme a tomar el té. Si Alistair las ha traído hasta mi puerta, solo puede ser porque el asunto que les ocupa es verdaderamente urgente.



—Deben perdonarme. La mayoría de los criados se han ido, pero para hacer un simple té me las arreglo bastante bien.

Observo cómo sirve Victor el té. Es delgado y rubio, de maneras inusualmente delicadas. Nos entrega a cada uno una taza de fina porcelana y, mientras les pasa el té a los hombres, echamos un vistazo a las estanterías de exquisitos acabados.

Nuestro anfitrión señala con un gesto la bandeja.

—Por favor, tomen un tentempié. El viaje desde Londres es largo, cansado y ¡más bien aburrido!

Me descubro riéndome ante su franqueza. Es un alivio y me doy cuenta de que no

recuerdo ya la última vez que me reí en compañía de alguien que no fuese Dimitri. Alargo la mano hacia la bandeja y tomo un fino bizcocho.

—Gracias por el té —le sonrío, pensando que hace mucho tiempo que nadie me caía tan bien de inmediato.

—Es un placer, señorita —replica con un ademán para quitarle importancia—. Y lo menos que puedo hacer tras mi atroz comportamiento en la puerta. Mil perdones.

Me trago el trozo de bizcocho que estoy masticando.

—¿No le gusta tener compañía?

Victor suspira con una sonrisa dolorida.

—Al contrario, me gusta mucho.

—Entonces, ¿por qué no abría la puerta? —el tono de Dimitri es sorprendentemente amable.

—Bueno, es bastante complicado. Sabe, tengo problemas con... no puedo... —toma aire y comienza de nuevo—. Es difícil...

—Parece que le diera miedo —las palabras de Edmund son sencillas y sin malicia alguna.

Victor asiente.

—Eso parece.

—¿Miedo de qué, si no le importa que se lo pregunte? —no quisiera actuar como una entrometida, pero nunca me había topado con alguien a quien le diese miedo salir de su casa.

Él se encoge de hombros.

—Locos, delincuentes, accidentes de coches, caballos asustadizos... Supongo que tengo miedo de todo.

—¿Cómo consigue las cosas que necesita? —pregunta Madame Berrier, echando una ojeada a la espléndida sala.

Él vuelve las palmas de las manos hacia el techo, como si cuanto necesitase le cayese de lo alto de la librería.

—Los criados se encargan de que tenga comida y leña. El sastre viene a casa a hacerme la ropa. Tengo cuanto necesito, supongo —pero la suya no es la voz de un hombre que tiene cuanto necesita.

Madame Berrier deposita de nuevo su taza de té en el plato.

—Excepto compañía —dice, amablemente.

—Excepto compañía —la sonrisa que él exhibe muestra agradecimiento.

Madame Berrier toma la mano del señor Wigan en la suya.

—Deberíamos visitarle más a menudo, si no lo considera una intromisión, claro.

Victor asiente auténticamente complacido.

—No me molestará lo más mínimo —se echa hacia delante para dirigirse a ella—. Aunque espero que tendrán paciencia si me cuesta un poco decidirme a abrir la

puerta.

Ella se echa a reír, echando la cabeza atrás, y veo a la mujer joven que debió de ser en su día. Sí que tuvo que ser hermosa y salvaje. Me parece que nos habríamos llevado bien incluso entonces.

—Bien —Victor deposita su taza en el plato—, me han proporcionado una gran alegría con su visita y han sido muy amables por disculpar mis rarezas. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Sabes, estos jóvenes están tratando de resolver un enigma —comienza diciendo el señor Wigan—. Se trata de algo bastante importante y, aunque mis conocimientos acerca de esos asuntos no son pocos, en ninguno de mis libros consigo encontrar referencia alguna.

—¿De qué se trata exactamente? ¿De un mapa? ¿Una fecha? ¿Una reliquia perdida? Tengo tiempo de sobra —se echa a reír y hace un gesto con un brazo como abarcando las aparentemente interminables estanterías que cubren todas las paredes—. Y lo paso aquí leyendo libro tras libro. Soy experto en muchos temas, pero sobre todo en historia alternativa.

El eco de la voz de Edmund retumba por la sala.

—¿Historia alternativa?

Dimitri se vuelve hacia él.

—Me parece que a lo que Victor se refiere es a las explicaciones más controvertidas de hechos históricos y religiosos... Cosas de ese estilo.

Victor asiente con la cabeza.

—Exactamente.

—Entonces, puede que sea usted la persona indicada para ayudarnos —paseo la mirada por nuestro pequeño grupo, asombrada de que el destino haya reunido a una clase tan variada de personas en unas circunstancias tan inimaginables—. Estamos tratando de averiguar el significado de dos expresiones: Nos Galon-Mai y Sliabh na Cailli' —sacudo la cabeza—. Ni siquiera sé si las he pronunciado correctamente. Tan solo las vi escritas en una ocasión, pero pienso que puede tratarse de lugares.

Victor hace un gesto con autoridad.

—Nos Galon-Mai es el nombre antiguo de Beltane, de eso estoy bien seguro.

Miro a Dimitri sonriendo. Para cerrar la puerta tenemos que reunirnos en Avebury, en la víspera del primero de mayo con Alice, las llaves y la piedra. Tiene mucho sentido, puesto que las llaves nacieron todas en la medianoche de Samhain, una fiesta cuya significación se contrapone con la de Beltane: «La profecía comenzó con Samhain. Terminará con Beltane».

Que encontremos tan pronto una de las respuestas hace que mi ánimo cobre esperanzas. Pero instantes más tarde, cuando Victor continúa hablando, se esfuma cualquier expectativa de una rápida respuesta a las dudas que quedan.

—El otro término, Sliabh na Cailli', ¿era así?... no me suena de nada —Victor hace rodar las palabras por su lengua, como si pronunciarlas despacio le ayudase a encontrar su significado—. ¿Ha dicho que las vio escritas?

Asiento con la cabeza.

—¿Podría escribírmelas?

—Naturalmente. ¿Tiene pluma y papel?

Victor se pone en pie.

—Venga conmigo.

Me levanto para acompañarle y no puedo evitar irritarme cuando Edmund y Dimitri se levantan también.

Una sonrisa burlona se instala en los labios de Victor.

—¡Vaya, vaya! ¡Pues sí que es usted importante! ¿Nunca la dejan sola?

—A veces —digo, entornando los ojos.

Victor me coge de la mano y me guía por el borde de la mesita de té.

—Caballeros —les dice a Dimitri y a Edmund—, les aseguro que no tengo que llevarme a la señorita Milthorpe a los confines de la tierra para ir a buscar utensilios de escritura. Tengo unos en el escritorio que está junto a la ventana, aunque, si les apetece acompañarnos, son bienvenidos.

Ambos echan un vistazo al escritorio, que no se encuentra ni a diez pies de distancia. Espero que al menos sientan el mismo ridículo que yo. Vuelven a tomar asiento y sigo a Victor hasta la mesa. Una vez allí, tira del cordón de una lámpara y un haz de luz multicolor se derrama por su pantalla de cristal emplomado. Al abrir un cajón poco profundo de la parte frontal del escritorio, capto de un vistazo el interior perfectamente ordenado, con plumas idénticas en una pulcra hilera, tinteros y un montón de papeles. Tras retirar uno de ellos, lo coloca sobre el escritorio y me entrega una pluma.

—Trate de reproducir la ortografía exacta. A veces recuerdo cosas tal como las vi por primera vez y si no coinciden una o dos letras —dice encogiéndose de hombros — ya no consigo establecer la relación.

Asiento con la cabeza. Yo jamás olvidaré una sola palabra de la profecía. Ahora forma parte de mí.

Victor le quita la tapa al tintero y lo coloca sobre el escritorio. Tras sumergir la plumilla en la tinta de color azul oscuro, me inclino sobre el mueble y escribo las palabras de la última página de *El libro del caos*, las palabras en las que se oculta el escondite de la piedra.

Sliabh na Cailli'.

Me enderezó y le entrego la pluma a Victor.

—Ahí lo tiene.

Él alarga el brazo a mi lado, levanta el papel del escritorio y se inclina para

sostenerlo más cerca de la luz. Sus labios se mueven mientras murmura las extrañas palabras.

—¿Había algo más? ¿Se decía alguna otra cosa que pudiera ayudarme a identificar esas palabras?

Me muerdo el labio, tratando de recordar.

—Decía: «... liberada del templo, Sliabh na Cailli’, portal de los otros mundos».

Solamente recito las palabras necesarias para descubrir lo que buscamos. Se ha convertido en un hábito proteger la profecía frente a los ojos y los oídos de los demás y, al mismo tiempo, proteger a los demás del mecanismo de la profecía.

Victor frunce el ceño mientras sus labios siguen pronunciando como una silenciosa plegaria las palabras que no entendemos. De pronto deposita el papel sobre la mesa y se dirige a una de las estanterías de libros que llegan hasta el techo, extendiéndose muy por encima de nuestras cabezas. Al ver esa determinación en su rostro, siento renacer la esperanza en mis adentros y le sigo sin que me lo haya pedido.

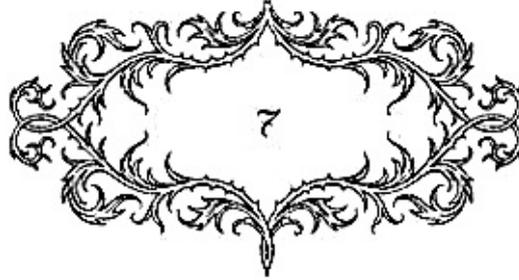
Alcanza una escalera de madera y la desliza hasta una estantería contigua. Al levantar la vista para seguir sus movimientos, me fijo en que está inserta en un raíl que recorre el perímetro de la sala, proporcionando así acceso a todas y cada una de las baldas. Por supuesto, ya había visto antes tales artilugios, pero nunca en una biblioteca privada, lo que no deja de asombrarme.

—¿Sabe usted a qué se refiere? —la voz de Dimitri suena desde el otro lado de la habitación, pero no me sorprende que Victor no conteste. Puedo ver lo concentrado que está.

De repente detiene la escalera y comienza a subir por ella. Me pregunto si sus muchos miedos no le impedirán alcanzar el tomo que está buscando, pero no evidencia ansiedad alguna mientras sube ágilmente los peldaños de la escalera.

Por fin se detiene cerca del extremo superior y alarga el brazo hacia el estante más próximo a la escalera. Acaricia los lomos de todos los libros hasta que, por fin, sus dedos dejan de bailar y se asientan en uno que desde donde yo estoy parece igual que los demás. No obstante, él parece reconocerlo y lo sujeta contra su pecho con una mano mientras desciende por la escalera. Cuando pone los pies en el suelo, todo el aire parece escapársele de los pulmones de una vez.

—¡Bueno! —se endereza un poco—. Vamos a echarle un vistazo. Si recuerdo bien, aquí está la respuesta.



Pero no está. Aguardamos mientras Victor hojea las páginas del libro, primero deprisa y luego más pacientemente, mientras parece leer detenidamente cada palabra. Pero es incapaz de encontrar la referencia que anda buscando. Tras varios intentos más con distintos libros, un reloj da la hora en algún lugar apartado de la casa y de mala gana decidimos regresar a Londres sin estar más cerca de la respuesta que por la mañana.

El rostro de Victor se arruga lleno de consternación cuando nos despedimos de él. Al parecer, no está acostumbrado a fallar en asuntos de investigación, así que nos promete continuar investigando y mandar recado de inmediato si se topa con la solución.

Durante nuestro viaje de regreso a Londres permanecemos todos en silencio, con el sol descendiendo por el cielo tras las nubes que cubren el campo. Hasta al señor Wigan le falta su habitual entusiasmo. Me siento aliviada cuando le dejamos con Madame Berrier ante la sucia fachada de arenisca frente a la que llegamos Dimitri y yo pocas horas antes.

—Lo siento —me dice Dimitri cuando el carruaje se abre paso por las calles del centro en dirección a Milthorpe Manor—. Sé cuántas esperanzas tenías puestas en el contacto de Arthur, y probablemente aún más cuando descubriste que se trataba del señor Wigan y de Madame Berrier.

—Ya se arreglará todo —replico con un suspiro. Mis palabras no suenan tan convincentes como esperaba y miro a Dimitri a los ojos—. Todo se arreglará, ¿de acuerdo?

Me detesto a mí misma por manifestar en voz alta mi temor a que no se arregle todo, a que no encontremos nunca las respuestas que buscamos, a que después de todo las almas y Alice reinen en la oscuridad del mundo.

—Lia —Dimitri me coge de la mano. En sus ojos está la respuesta, pero aun así

lo dice—: Tienes la piedra de víbora de lady Abigail. Te protegerá del peligro mientras buscamos, y buscaremos hasta que encontremos la respuesta a la profecía. Tienes mi palabra.

Finjo una sonrisa calmada, pero me doy cuenta de lo falsa que resulta. No le digo que la piedra de víbora se enfría más cada día que pasa. No le digo que Sonia, Luisa y yo puede que no estemos dispuestas a mantener nuestra alianza lo bastante como para combatir juntas la profecía, por no hablar ya de Elena, que llega mañana para añadir aún más incertidumbre a nuestros conflictos.

Y no comparto con él mi mayor temor: cada día que pasa se debilita más mi firmeza. Me estoy convirtiendo en el mayor enemigo de mí misma, más de lo que podrá ser Alice jamás.



Después de dejar a Dimitri en el club, me paso el trayecto de vuelta a casa preocupada por cómo reaccionarán Luisa y Sonia por la hora de mi regreso. La oscuridad ha reclamado la poca luz diurna que quedaba. Lo de estar en casa para la hora del té, para pasar juntas nuestra última tarde antes de la llegada de Elena por la mañana, ha sido una promesa vana.

Pero no tendría que haberme preocupado. Sonia y Luisa se han retirado a sus habitaciones. La casa está en silencio, salvo por el tictac del reloj del abuelo que está a la entrada y por el apagado ruido de pasos de los criados en la cocina.

La ausencia de mis amigas constituye un reproche. Me siento en el sofá cerca del fuego. Aún es pronto para irme a mi cuarto a dormir. Y dormir no me reporta ninguna paz. De modo que dedico mis pensamientos a las interminables exigencias de la profecía para darles un repaso: la última llave, la localización de la piedra, la invocación del ritual necesario para dar por concluida la profecía o la incógnita de si tendré que buscar respuestas a más cosas. Los interrogantes se amontonan sin más en mi subconsciente. No es desagradable, así que dejo que mis pensamientos me lleven adonde quieran, sabiendo que a veces las respuestas llegan cuando menos las esperas.

Una suave llamada a la puerta principal me saca de mis ensoñaciones. Me levanto del sofá para echar un vistazo al pasillo y preguntarme si no habrán sido imaginaciones mías. Nadie parece haberlo oído. Estoy a punto de regresar al salón, cuando lo oigo de nuevo. Esta vez estoy segura de que están llamando con los nudillos. Y viene de la puerta de la casa.

Tras mirar a derecha e izquierda en el recibidor, me convengo de que nadie más ha percibido la llamada. Aún se oye a los criados moviéndose por la casa, pero

ninguno de ellos parece que vaya a dirigirse a la puerta. Mientras me encamino al recibidor, me doy cuenta de que estoy contenta. No sé cómo, pero estoy segura de que la visita es para mí.

Mi reflejo aparece distorsionado en el gran picaporte de bronce de la puerta. Ni siquiera me permito vacilar antes de abrirla. Y, en cuanto lo hago, no me sorprende encontrar a mi hermana en el umbral.

Apenas me doy cuenta de la corriente de aire frío que invade la casa antes de que Alice se disponga a hablar.

—Buenas noches, Lia... —me saluda, vacilante—. Perdona por lo tarde que es. Esperaba encontrarte despierta para poder hablar a solas.

Busco su mirada y no hallo hostilidad en ella. Además, soy bastante más vulnerable en el plano astral, estando dormida, que de pie en la entrada de mi casa, con cantidad de criados y con Edmund dentro.

Retrocedo y abro más la puerta.

—Entra.

Alice entra en la casa con cautela. Mira hacia el techo mientras cierro la puerta.

—La verdad es que no me acuerdo de esta casa —murmura—. Creo que estuvimos aquí con mamá y papá cuando éramos niñas, pero no me resulta nada familiar.

Asiento despacio.

—A mí me pasó lo mismo cuando llegué. Supongo que hace mucho tiempo de aquello. ¿Dónde te hospedas aquí en Londres? —me arrepiento de la pregunta nada más formularla. Normalmente es lo que se les pregunta a los conocidos en las reuniones sociales.

A ella no parece importarle.

—Hemos tomado unas habitaciones en el Savoy. Sabía que no sería bien recibida aquí.

Nos quedamos de pie, sin movernos, inspeccionándonos mutuamente, hasta que empiezo a sentirme ridícula. Nos separa un mundo, pero Alice sigue siendo mi hermana.

—Vamos al salón —me doy media vuelta para cruzar el vestíbulo sin esperar a ver si me sigue, aunque noto su mirada en mi espalda y sé que lo está haciendo.

Una vez en la caldeada sala, me acomodo en un sillón y le dejo a Alice el sofá que estaba ocupando yo tan solo unos minutos antes. Ella echa un vistazo a la habitación, me pregunto si la estará comparando con el salón de Birchwood.

—¿Qué estás haciendo aquí, Alice? —mis palabras me sorprenden por su suavidad. Contienen únicamente una pregunta, sin la acusación que noto acechando en los rincones de mi corazón—. ¿Por qué has venido?

Alice inspira hondo y se mira las manos antes de responder.

—Eres mi hermana, Lia. Mi gemela. A menudo he deseado haber podido compartir contigo estas últimas semanas.

La referencia a su compromiso vuelve a hacer aflorar la rabia que llevo dentro.

—En tu lugar, yo no esperaría verme participar en los festejos prematrimoniales. Sobre todo, teniendo en cuenta que eres la prometida de mi antiguo novio —mi tono de voz es duro y supongo que no debería sorprenderme que sea amargo.

—Estás enfadada.

Una carcajada crispada escapa de mi garganta.

—¿Pensaste que iba a montar una fiesta para celebrarlo? ¿Para desearte suerte?

Alice levanta la vista, me mira a los ojos.

—Supongo que esperaba que en el fondo te alegrases por mí, Lia, pese a todo lo que se interpone entre nosotras.

Sus palabras hacen que me levante de un salto. Me dirijo a la chimenea dando grandes zancadas, tratando de calmar el repentino temblor de mis manos.

—¿Alegrarme? ¿Pensaste que me alegraría por ti? —no encuentro palabras a causa de la incredulidad que inunda mi mente.

—Tú le dejaste, Lia. Le dejaste. ¿Qué esperabas? ¿Que aguardara ansioso tu regreso? —su tono es más duro que hace unos instantes.

Me vuelvo hacia ella con el ardor de mi furia más encendido que las llamas de la chimenea que está a mi espalda.

—Tú me los arrebataste a todos, Alice. No tenía a nadie por quien quedarme.

Sus ojos centellean al levantarse.

—No seas ingenua, Lia. Yo no soy la única culpable. Las dos hicimos nuestra propia elección. Tú podrías haberle pedido la lista a Henry y habérmela entregado a mí para protegerle. Podrías haber ayudado a las almas, como es tu obligación de puerta. Tú también elegiste —su tono de voz es cada vez más frío—. Y no eres inocente.

Cruzo la alfombra en tres furiosas zancadas para detenerme justo delante de ella. Estoy temblando de rabia.

—Cómo te atreves. Cómo te atreves a hablar de Henry. No tienes derecho, Alice. No tienes derecho alguno a hablar de él jamás.

Ella empieza a tirar de sus guantes. Su respiración está tan acelerada que veo cómo sube y baja su pecho.

—Ya veo lo inútil que es todo esto. Únicamente esperaba que pudiésemos dejar de lado la profecía en cuestiones más personales, que pudieras darme tu aprobación sincera.

—¿Mi aprobación? ¿Quieres mi aprobación? —mis carcajadas están teñidas de histeria—. Ay, Alice, te aseguro que no vas a necesitar para nada mi aprobación.

—¿Y eso, Lia? —pregunta, ladeando la cabeza.

De repente se me pasa la histeria. Mi voz se va calmando mientras la miro a los ojos.

—Porque no va a haber boda. No con James.

—En eso te equivocas, Lia —replica, sonriendo—. Sí que habrá boda. Voy a convertirme en la esposa de James.

—¿De verdad? ¿Estás segura de que se casará contigo cuando averigüe el lugar que ocupas en la profecía?

Se queda muy quieta.

—¿Cómo sabes que no está enterado ya?

—Porque James Douglas es un buen hombre, Alice —contesto con una sonrisa—. Un hombre que, si lo supiese, no se casaría jamás con alguien con un corazón tan negro como el tuyo.

Ella se estremece. El color de sus mejillas desaparece instantes antes de recomponerse en mi favor.

—No te creerá.

—¿Estás segura? ¿De verdad? ¿Estás segura de que James no me mirará a los ojos y verá la verdad?

Su garganta se tensa cuando traga saliva frente a mi amenaza.

—James me ama. Es cierto que durante muchos meses veía tu sombra en sus ojos, pero todo eso está olvidado —levanta la barbilla desafiante—. Y aunque se lo digas, aunque te crea, James estará de mi parte, como lo habría estado hace tiempo de la tuya si hubieses tenido el valor de contárselo.

Sus palabras se me clavan en el corazón como un puñal. Lleva razón. Tengo parte de culpa en todo lo sucedido, al menos en lo que respecta a que James sea usado como un peón en la profecía. Si hubiese confiado en él, si se lo hubiese contado todo, probablemente se habría puesto de mi parte y no se habría prometido en matrimonio con mi hermana.

Pero, entonces, yo no tendría a Dimitri. Y también eso me resulta inconcebible.

—Supongo que nos veremos, Alice.

Ella se alisa la falda.

—Supongo que sí.

Se encamina hacia la entrada, yo la sigo fuera de la habitación y por el vestíbulo. Tras poner una mano en el pomo de la puerta, se gira hacia mí.

—Todo esto no ha sido nada fácil.

—¿El qué? —pregunto, a pesar de que me trae sin cuidado. Solo quiero que se marche.

Me parece entrever un destello de pena momentos antes de que el velo de hostilidad descienda de nuevo sobre su rostro.

—En los ojos de todo el mundo se ve la adoración que sienten cuando hablan de

ti. Papá, James y hasta nuestra propia madre te preferían a ti antes que a mí. ¿Por eso te resulta tan difícil creer que tal vez James haya perdonado que le abandonaras? ¿Que puede que me quiera de verdad? ¿Que quizás, solo por esta vez, no sea a ti a quien adoren por encima de todos los demás?

Muevo la cabeza.

—No sé de lo que me hablas, Alice. He estado a tu sombra desde nuestro nacimiento. El amor que James sentía por mí era una de las pocas cosas que me pertenecían a mí sola —percibo consternación en mi voz. Todos consideraban siempre a Alice la mejor.

Hermosa. Brillante. Viva.

Su sonrisa carece de la conciliadora calidez que había mostrado en el salón.

—Qué testaruda eres, Lia. Y tan reacia a ver las cosas como son en realidad si no te conviene. No sé por qué espero siempre que las cosas cambien. Pero nunca lo hacen.

—No. Y nunca lo harán, Alice. No en lo que concierne a la profecía y al lugar que ocupo en ella.

Me asusta la sonrisa que aflora en sus labios. Es la que recuerdo de nuestros encuentros en el plano astral, la que revela la lealtad de Alice hacia las almas, aun estando en peligro la humanidad.

—Me sorprende que sigas siendo tan mojigata, Lia. Que sigas sin ver la verdad.

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Y qué verdad es esa, Alice?

Ella inclina la cabeza como si fuese obvio.

—Que no eres tan distinta de mí, después de todo. Que cada día te pareces más a mí.

Abre la puerta, pasa por ella y la cierra a sus espaldas.

Me quedo allí plantada durante un rato, contemplando la puerta, pensando en mi hermana, en James y en la profecía. En lo enredada que está nuestra telaraña.

Cuando por fin me doy la vuelta para subir las escaleras, trato de concentrarme en James y en lo que le diré. Trato de concentrarme en el destino que le espera y en la importancia de salvarle de Alice. Pero todo cuanto oigo son las últimas palabras de Alice. Su eco resuena en mi mente hasta que ya no estoy segura de si son tuyas o mías.

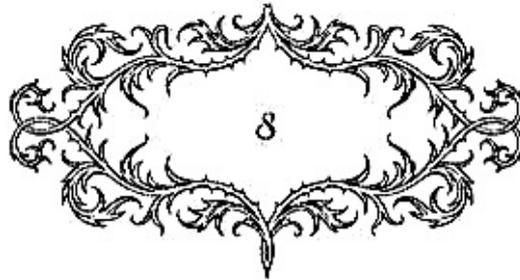


No puedo dormir bien. Mis sueños están plagados de figuras oscuras y de susurros

que parecen provenir del interior de mi cabeza.

Incluso mientras vago sin rumbo por los paisajes de mi duermevela, soy consciente de estar dándole vueltas en mi cabeza a la posible localización de la piedra. Allí está Victor subido en su escalera, desplazándose de libro en libro. Dimitri se encuentra debajo con un papel en la mano. Momentos antes de despertar, noto cómo la respuesta se me escurre entre los dedos.

Un minuto más tarde, sentada en la cama, creo tenerlo.



—Explícame otra vez lo que estamos haciendo.

Cansado, Dimitri se restriega la cara con una mano y reprime un bostezo mientras el carruaje avanza por el campo dando sacudidas bajo la débil luz azulada de la mañana.

Me inclino hacia él, le tomo de la mano entusiasmada.

—¿No lo ves? Hemos estado buscando en la dirección equivocada —me muerdo el labio, pensando lo que voy a decir—. Eso es, creo que hemos estado buscando en la dirección equivocada. Pero supongo que no podremos estar seguros hasta que no hablemos con Victor.

Dimitri deja escapar un suspiro.

—Sí, eso ya lo has dicho, pero lo que no termina de quedarme claro es en qué nos hemos equivocado. Aún no has llegado a esa parte.

—Les preguntamos a Victor y al señor Wigan por las palabras de la última página de la profecía.

Él asiente con la cabeza.

—Sí, porque eso es lo que estábamos tratando de descifrar. Pero eso no explica por qué vamos a hacerle una visita a Victor a una hora tan intempestiva.

—¿Has traído la lista? —le pregunto, extendiendo la mano.

—Sí, claro. Me pediste que lo hiciera, ¿no?

Introduce la mano en su bolsillo, saca una hoja de papel doblada y la deposita en mi mano.

Tras abrirla, repaso la lista de potenciales localizaciones. Hemos tachado la mayoría, solo quedan nueve posibilidades.

—En la última página, la localización de la piedra parece escrita en otra lengua —con el traqueteo de las ruedas del carruaje sobre el suelo pedregoso, mi voz es casi un murmullo—. Buscarla basándonos solo en esa referencia, una referencia que ni

siquiera entendemos, es como buscar una aguja en un pajar.

—Eso es bastante obvio. Por esa razón no hemos descubierto aún la localización de la piedra —Dimitri trata de ocultar su impaciencia, pero la noto a pesar de todo.

—Sí, pero por eso precisamente hemos buscado donde no debíamos —aparto los ojos del papel para mirar fijamente a Dimitri—. No nos hemos servido de lo que ya teníamos.

—¿Y de qué se trata?

—De esto —le digo, agitando el papel delante de él—. No quedan más que nueve localizaciones.

—Sí —dice, frunciendo el ceño.

—Si le damos a Victor la lista con los nueve lugares, quizás solo tenga que rastrear esos nueve para buscar una referencia a Sliabh na Cailli' —hago una pausa, pensando de pronto que mi idea no es tan trascendente como me lo pareció dos horas antes en el silencio de mi habitación—. No es una garantía, supongo, pero es mejor que empezar desde cero, ¿no te parece?

Dimitri permanece callado antes de acercárseme y besarme en los labios.

—Es mucho más de lo que teníamos antes. Y tan simple que resulta brillante.

Trato de asimilar su entusiasmo, intentando recuperar la esperanza que sentí al despertar con la idea de traerle la lista a Victor. Pero, de pronto, ya no estoy tan segura. Parece un hilo muy poco consistente para poner en él nuestras esperanzas de encontrar respuestas. Y con todas las que nos quedan aún por hallar, solo hay una cosa de la que sí estoy segura: no faltan más que dos meses para Beltane.

Se nos está acabando el tiempo.



—¡Buf! ¡Son demasiados! ¡No podremos revisarlos todos!

Me reclino en el respaldo del sillón de orejas. Ya sé que no es nada femenino, pero me trae sin cuidado.

Después de insistir un poco, o sea, veinte minutos después de empezar a llamar, por fin Victor nos abrió la puerta. Escuchó nuestras explicaciones frente a una bandeja de té con tostadas y comenzó a sacar libros de los estantes de la biblioteca prácticamente en cuanto le mostramos la lista.

—¡Eh! —suelta Victor en respuesta a mi decepción—. Hable por usted, jovencita. ¡Ahora que tengo una dirección en la que trabajar, no pienso dejar de buscar hasta que haya investigado todos y cada uno de los lugares de la lista!

Echo un vistazo a la habitación y me fijo en la enorme pila de libros amontonados

sobre la mesa de lectura que tenemos delante.

—¡Pero vamos a pasarnos aquí el día entero! —este pensamiento hace que me enderece—. Edmund, ¿qué hora es?

Sus ojos encuentran el reloj de la chimenea.

—Casi las nueve. ¿Por qué?

Me levanto de un salto del sillón y me llevo la mano a la frente al darme cuenta de lo que he hecho.

—Elena. Elena llega esta mañana, probablemente ya esté en Milthorpe Manor, como quedamos —pienso en las consecuencias que esto tendrá en mi relación con Sonia y Luisa.

—Sea quien sea esa tal Elena, parece bastante importante —dice Victor, poniéndose de pie—. No se preocupe. Continuaré buscando y le enviaré recado en cuanto encuentre algo.

Vuelvo a abarcar con la vista el montón de libros que esperan sobre la mesa.

—¿Está seguro? No me parece bien dejarle solo con toda esta tarea.

Se echa a reír y da una palmada.

—Mi querida niña, ya no sé con qué entretenerme estando tantas horas solo. ¡Me hace usted un tremendo favor, se lo aseguro!

Sonrío y me inclino hacia delante para besar su seca mejilla.

—¡Gracias, Victor! ¡Es usted un sol!

Él se ruboriza y yo me pregunto cuánto tiempo hará que nadie le toca.

—¡Bobadas! Es un placer —se encamina hacia la puerta de la biblioteca—. Vamos. Les mostraré la salida.

Nos dirigimos al vestíbulo entre apresuradas despedidas. Momentos después, Dimitri y yo nos encontramos dentro del carruaje, mientras Edmund, llevando las riendas, nos conduce de vuelta a Londres.

—¿Crees que encontrará algo? —le pregunto a Dimitri cuando la casa de Victor se desvanece a nuestras espaldas.

—No lo sé. Pero parece que hay más esperanzas que ayer.

El carruaje va mucho más deprisa. Voy mentalizándome para mi encuentro con Elena y mi enfrentamiento con Sonia y Luisa. Me imagino la escena, lo cual no sirve para calmar mis nervios, cada vez más tensos según nos acercamos a la casa.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Dimitri, cogiéndome de la mano mientras entramos en Londres.

Me resisto a decir que sí. Sonia y Luisa ya estarán bastante enfadadas por no haberlas incluido en mis planes matinales, así que tener allí a Dimitri sería como echar más sal a sus heridas.

—No, será mejor que vaya a saludar sola a Elena. De todos modos, supongo que la conocerás dentro de poco. Va a vivir en Milthorpe Manor.

—¿Qué le ha contado Philip acerca de la profecía? ¿Le ha hablado del papel que desempeña ella?

Suspirando, vuelvo la cabeza para asomarme por la ventanilla, pues de pronto siento claustrofobia dentro del habitáculo cerrado del carruaje.

—Le contó la verdad de la forma más sencilla posible —respondo con calma—. Que ella le creyera o no... Bueno, ese es otro asunto.

—Pues debió de creerle, al menos en parte. Si no, ¿por qué habría venido a Londres?

—Porque la angustian sus sueños, como a todas nosotras. Le contó a Philip que le desagrada hacer viajes en la oscuridad de la noche. Presiente que las almas la acechan, aunque hasta entonces ni siquiera sabía cómo nombrarlas —procuró evitar sus ojos, aunque los noto mientras miro por la ventanilla y dudo de pronto si permitirle o no que descubra el temor que hay en los míos—. La profecía se ha apoderado de ella lo mismo que de todas nosotras.

Los dedos de Dimitri tocan mi mejilla para que vuelva el rostro hacia él. Al mirarle a los ojos, contemplo en ellos llamaradas de amor intenso.

—No se ha apoderado de ti, Lia. Y no lo hará mientras yo viva.

Toca mis labios con los suyos y yo trato de perderme en su beso. Dejo que inunde todo lo demás: mis preocupaciones, mis pesadillas y mis más oscuros pensamientos.

Pero no funciona. He llegado demasiado lejos como para creer que todo es así de simple. El poder de Dimitri no basta para salvarme. Mi salvación es cosa mía y tendré que hacerlo con la ayuda de mi hermana.

Se trata de una idea inconcebible, de modo que la desecho, puesto que si sigo pensando en la imposibilidad de atraer a Alice a mi causa, pensaré que todo es en vano.

Y si pienso que todo es en vano, no tendré más elección que preguntarme cuánto tardaré en verme a mí misma mirando desde el borde de un precipicio. Como mi madre.



Al entrar en el vestíbulo de Milthorpe Manor, oigo un murmullo de voces en el salón.

Cuelgo mi capa al lado de la puerta, me aliso la falda y me coloco las horquillas del pelo antes de atravesar el recibidor. Estoy nerviosa. Después de todo, desearía haber permitido a Dimitri que me hubiera acompañado a casa. O, al menos, que Edmund estuviese a mi lado en lugar de afuera, guardando el carruaje.

Según me aproximo a la puerta del salón, las voces se vuelven más nítidas. Reconozco la suave cadencia de Sonia y la risa estridente y sincera de Luisa, aunque aparte de ellas hay otra voz que jamás había oído hasta ahora. Más grave y sonora que las de mis amigas, esta voz habla de un enigma aún por resolver, de una existencia desconocida vivida en un lejano país.

Antes de entrar en la sala, me tomo un momento —tan solo un momento— para ordenar mis pensamientos. No sé si será el ir a conocer a Elena o la perspectiva de enfrentarme al enfado de Sonia y Luisa lo que provoca que se me acelere el corazón, pero quedarme en el umbral no me evitará ninguna de las dos cosas. No por mucho tiempo.

Al entrar en la habitación intento caminar con seguridad, evitando las miradas de Sonia y Luisa, mientras me dirijo a la muchacha desconocida que está sentada en el sillón de respaldo alto al lado del fuego.

—Buenas tardes. Siento llegar a esta hora. Esta mañana he tenido que ir a resolver unos asuntos que me han llevado más tiempo del previsto —sus oscuros ojos me inspeccionan con disimulado interés mientras me aproximo. Sus cabellos, recogidos en lo alto de la cabeza en un sobrio peinado, son negros como el cielo nocturno de Altus—. Tú debes de ser Elena Castilla —ella parpadea al ver mi mano tendida y yo la retiro, recordando que muchas jovencitas encuentran masculino darse la mano—. Soy Lia Milthorpe y estoy encantada de conocerte. ¿Te resultó agradable el viaje?

Ella asiente despacio.

—Ha sido un viaje largo, pero en absoluto desagradable. El señor Randall hizo todo lo necesario para que me sintiera cómoda —su inglés tiene un acento exótico. Su apariencia me parece similar a la de Luisa, aunque sus maneras no tienen nada que ver con la entrañable proximidad de mi amiga.

Al seguir su mirada, veo a Philip de pie entre las sombras.

—¡Philip! —me dirijo a él, acercándome para besarle en la mejilla—. ¡No te había visto! ¿Qué tal el viaje?

Él sonrío. Las arrugas de sus ojos son más profundas que la última vez que le vi. La profecía nos está haciendo pagar a todos su peaje.

—La travesía fue difícil. La mar gruesa nos amargó todo el camino, aunque la señorita Castilla se tomaba las cosas con bastante estoicismo —le dedica una breve sonrisa y ella se la devuelve con dulzura, aunque me pregunto si esto último no serán imaginaciones mías.

—Pero ¿por qué estás de pie? —le pregunto—. Debes de estar exhausto. Ven, siéntate. ¿Habéis comido ya?

Philip dice que no con la cabeza.

—Es un placer estar de pie. He estado demasiado tiempo sentado en el barco —mira de soslayo a Sonia y a Luisa—. Ya nos han ofrecido un tentempié, pero desgraciadamente estamos demasiado cansados hasta para comer. Imagino que la señorita Castilla querrá ver su habitación. Solo estábamos esperando a que volvieras.

Aunque no hay reproche en su voz, noto que me ruborizo de vergüenza por haberme descuidado tanto con la hora en casa de Victor.

—Por supuesto —me vuelvo hacia Luisa y Sonia—. ¿Han llevado ya las maletas de Elena a su habitación?

Luisa asiente con la boca tensa.

—El servicio la ha instalado en la habitación amarilla de arriba.

Su evidente enfado provoca una reacción irracional por mi parte y, a pesar de reconocer lo injusto de haber excluido a Sonia y a Luisa de la excursión matutina a casa de Victor, me resisto a buscar su perdón.

Me obligo a sonreír, tentada de dejar escapar mi resentimiento.

—¿No os importaría a ti y a Sonia llevar a Elena a su habitación mientras yo acompaño a Philip a la puerta?

Luisa asiente poniéndose en pie. Yo me vuelvo hacia Elena, le tiendo la mano y espero que esta vez la acepte como gesto de amistad.

—Me alegro de que hayas venido. Por favor, siéntete como en tu casa y no dudes en preguntar al servicio o a una de nosotras si necesitas cualquier cosa. Quizás, cuando hayas descansado, quieras reunirte con nosotras para comer, así podremos conocernos mejor.

Ella se levanta, su sonrisa es tan minúscula que parece casi invisible.

—Gracias.

Es todo cuanto dice antes de seguir a Luisa y a Sonia fuera de la sala, dejándome a solas con Philip. Se me escapa un suspiro cuando desaparecen por el pasillo.

Philip viene hacia mí.

—¿Va todo bien? Pareces cansada.

Me aparto de sus ojos escrutadores y voy hacia la chimenea.

—Todo marcha tan bien como cabría esperar, supongo. Solo es que creo que cada vez estamos más cansados de la profecía y de sus exigencias.

—Después de todo lo que ha sucedido, tienes derecho a estar cansada. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarte?

Cuando me vuelvo para encontrarme con su mirada, noto una triste sonrisa en mis labios.

—Me gustaría decirte: «Busca a la última llave», pero sé que ya estás trabajando en ello.

Él asiente despacio, frunciendo el ceño.

—He recibido noticias de un pueblecito donde hay otra muchacha con la marca. Tengo un par de cosas que atender aquí en Londres, pero podría estar listo para investigarlo dentro de unos días.

Estudio su expresión.

—¿Son imaginaciones mías o no pareces muy optimista?

—No se trata tanto de falta de optimismo como de falta de información. Me han dicho que la chica ya no vive en el pueblo. Al parecer, su madre murió durante el parto y su padre se la llevó de allí unos años más tarde.

Muevo la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Para qué quieres ir a ese pueblo si ella ya no está allí?

Se encoge de hombros, resignado.

—De momento es la única pista que tenemos. Tengo la esperanza de que alguien pueda decirme adónde se fue. Es poco probable que sea ella, dada la suerte que hemos tenido en otras ocasiones, pero parece sensato seguir cualquier pista hasta el final.

Observo mis manos, de la marca de la serpiente apenas asoma un fragmento por debajo de la manga de mi vestido. Las palabras de Philip no revelan nada con exactitud. Lo más práctico es asumir que nuestras pistas han llegado a su fin en la búsqueda de las llaves. Hay demasiadas chicas de las que se informa que poseen una marca extraña. Noto cómo las energías abandonan rápidamente mi cuerpo y parecen desvanecerse por la alfombra que está a mis pies, hasta que me quedo sumida en un completo agotamiento.

—Sí —digo en voz baja—. Tenemos que esforzarnos en investigar todas las

pistas, por improbables que sean. Tómate el tiempo que necesites para recuperarte de tu viaje con Elena. Has trabajado duro y pareces cansado.

Él sonrío al dirigirse a la puerta del salón.

—No más que tú, querida. No más que tú.

Engancho mi brazo en el suyo.

—Vamos, te acompaño a la salida para que puedas marcharte a casa y tener un merecido descanso.

Salimos al recibidor, donde Philip coge su abrigo del perchero de al lado de la puerta.

—Gracias por acompañar a Elena a Londres, Philip. De verdad. No me imagino lo que haría sin ti —espero transmitirle mi cariño con la mirada.

Tras devolverme la sonrisa, pone la mano en el pomo de la puerta.

—Tu padre era un buen amigo. La profecía y liberarte de ella se han convertido en el objetivo de mi vida. Solo rezo para poder llevar a cabo la tarea.

Me dispongo a hablar, quiero asegurarle que si hay alguien que pueda encontrar a la última llave, esa persona es él. Pero antes de que pueda decir una palabra más, ya se ha marchado.



Mi intención es retirarme a mi habitación para descansar antes de comer, pero me quedo parada pocos pasos más allá de la habitación de Sonia. Sé que está al otro lado, probablemente descansando, cepillándose el pelo o leyendo uno de los libros de la biblioteca de Milthorpe Manor. La puerta cerrada me produce una gran tristeza. En otros tiempos habría entrado para compartir con ella los acontecimientos del día.

En realidad, no. Tiempo atrás Sonia me habría acompañado a todas partes. No había necesidad de ponerla al corriente, ya que, ante todo, era mi compañera y mi amiga. De pronto me parece inconcebible haber perdido eso y regreso hasta su puerta. Llamo suavemente con los nudillos antes de tener ocasión de cambiar de idea.

Me abre un momento después. Su expresión pasa de la curiosidad a la sorpresa en el instante en que se percata de mi presencia.

—¡Lia! ¿Qué estás...? ¡Pasa!

Su evidente sorpresa al verme en el umbral de su puerta me llena de remordimientos. No recuerdo la última vez que busqué su compañía.

Entro en la habitación y Sonia cierra la puerta detrás de mí.

—Ven, siéntate. Sarah acaba de alimentar el fuego.

Me dirijo hacia su cama, ignorando los asientos próximos a la chimenea. Es el

único sitio en el que me he sentado en las raras ocasiones en que he estado en la habitación de Sonia desde nuestro regreso de Altus. Esta vez me reclino sobre el mullido colchón, contemplando fijamente la alfombra bajo mis pies, mientras recuerdo cuando nos poníamos cómodas en su cama o en la mía y cuchicheábamos, reíamos y mirábamos al futuro. En este momento solo deseo que las cosas sean como antes.

—Solo quería decirte que... bueno, que lo siento —decirlo es mucho más difícil de lo que esperaba.

Ella me coge de la mano.

—Lo sé.

No lo dice en tono desagradable, pero su falta de rechazo provoca que una oleada de indignación invada mis venas. Trato de sofocar mi amargura, un ente con vida propia que amenaza con devorarme.

Sonrío a pesar de sentir el gesto como una máscara que cubre mi rostro.

—Yo también estoy tratando de que las cosas vuelvan a ser como antes.

Me devuelve una sonrisa triste.

—Sí, pero hay una diferencia.

—¿Cuál?

Sonia levanta las palmas de las manos a modo de rendición.

—Tú buscas respuestas a la profecía y te esfuerzas por perdonarme, mientras que yo, simplemente, espero mi destino —se encoge de hombros—. Tú lo controlas todo. Y yo lo único que puedo hacer es esperar.

Querría rebatir sus palabras, negar lo que tienen de verdad. Pero Sonia está en lo cierto. Desde que salimos de Altus me he aferrado al poder. Y mientras asiento y me levanto para salir de su cuarto, no puedo sino preguntarme si me aferro al poder porque temo una traición o porque empiezo a disfrutar de la sensación de tenerlo en mis manos.



Al principio, la comida resulta un tanto incómoda. Tía Virginia trata de entablar conversación compartiendo los cotilleos de Elspeth sobre la noche del baile de disfraces, pero la tensión se percibe en todo el mundo.

Yo me noto extrañamente paralizada. Mi preocupación por localizar la piedra, lo que he hablado con Sonia y mi conversación pendiente con James, todo eso conspira para hacerme callar. Soy incapaz de pronunciar palabras que puedan competir con los pensamientos que me rondan por la cabeza.

Por fin me tranquilizo y trato de recordar cómo se comporta una anfitriona de verdad.

—¿Estás cómoda en tu cuarto? —le pregunto a Elena mientras me llevo a los labios una copa de vino.

Ella asiente bajando su tenedor.

—Sí, gracias.

—¿Has podido descansar del viaje?

—Sí.

Su expresión es impasible. Me pregunto si está empeñada en poner las cosas difíciles o es que, simplemente, es incapaz de mantener una conversación.

—Tiene que haber sido doloroso dejar tu casa —las palabras de Sonia son amables. Hacen que recuerde a la muchacha de Nueva York.

—Era... necesario —responde Elena—. Pero sí, no es fácil dejar todo lo que conoces.

Me parece ver cómo se agrieta su estoica fachada, aunque tan solo sea un poco.

—Sé bien cómo te sientes —dice Sonia—. A mí me mandaron lejos de mi familia para vivir con una extraña en Nueva York. Yo era muy pequeña, pero aún recuerdo lo desorientada que me sentía en un entorno distinto —le sonrío a Elena—. De todos modos, terminé acostumbrándome y también espero que lo hagas tú.

Elena se endereza mientras se derrumba de pronto el muro que cubre su rostro.

—Me parece que no me has entendido. No quiero acostumbrarme a Londres. Quiero regresar a España lo antes posible.

Luisa sacude la cabeza con la mirada nublada por los interrogantes.

—Entonces, ¿por qué has venido?

Elena deposita de nuevo su copa sobre la mesa, su elegante cuello se tensa al tragar el vino.

—Porque quiero que se acabe esta locura. Estoy cansada de que me persigan mientras duermo, de tener oscuros pensamientos incluso a plena luz del día. Al hacerme mayor, cada vez ha ido a peor. Si venir a Londres y unirme a vosotras significa que tal vez me libere de todo eso, pues... que así sea.

El gesto afirmativo de tía Virginia está lleno de comprensión. Me pregunto si no estará pensando en mi madre y en su batalla perdida contra las almas.

—¿Te sorprendiste cuando Philip te encontró, cuando te contó el lugar que ocupabas en la profecía? —le pregunta.

Elena se queda mirando su plato, se ha olvidado de la comida. Me doy cuenta de que va recordando según habla.

—Yo siempre he sido diferente. Era algo más que la marca. Hasta donde me alcanza la memoria, recuerdo haber escuchado las voces de quienes están al otro lado. Me hablaban incluso cuando les rogaba que pararan. Y eso no era todo. Ya de niña

tenía sueños en los que volaba. Yo sabía que no era normal que me trajese cosas de mis sueños, pero a menudo lo hacía: una piedra, una pluma, una brizna de hierba —se encoge de hombros—. Lograban abrirse paso hasta mi cama por la noche y yo sabía que mis sueños eran reales.

El parpadeo de las velas sobre la mesa y el acento cadencioso de Elena me mecen hasta llevarme a un estado de relajación.

—Pero al poco tiempo se convirtieron en algo desagradable. Me sentía perseguida en los paisajes de aquellos sueños y no volví a traerme de vuelta detalles agradables, solo los pies ensangrentados o magulladuras producidas mientras intentaba escapar de cosas oscuras y aterradoras —hace una pausa—. No sabía cómo contárselo a nadie salvo a mis padres, y ellos ya sospechaban que algo pasaba a causa de la marca y de otras cosas extrañas que me habían sucedido desde que era niña.

—¿Comprendían tus capacidades? —percibo dolor en la pregunta de Sonia, pues ella recuerda que sus padres eran incapaces de aceptar sus extraordinarios dones.

Elena asiente con la cabeza.

—Hasta donde han sido capaces de comprenderlo. Pero con eso no basta —nos mira de una en una—. Tengo casi dieciocho años. Sin embargo, no puedo permitirme enamorarme o reírme en compañía de otras chicas jóvenes sin medir cada palabra que digo, pues ¿quién aceptaría algo así? ¿Cómo podría siquiera tratar de explicarlo?

Pienso en James y la comprendo.

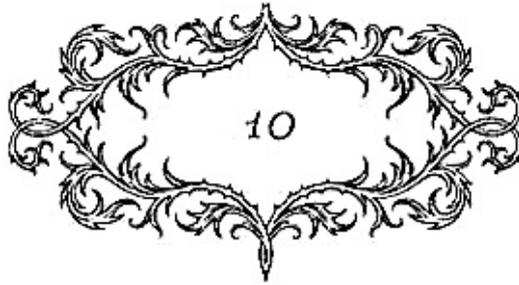
—Aquí en Londres hay personas como nosotras —dice Luisa con suavidad—, con habilidades poco corrientes. No hay razón para sentirse tan sola.

La voz de Elena ya no suena tan distante.

—Es muy amable de tu parte intentar que me sienta a gusto, ofrecerme tu amistad. Pero no quiero esa clase de vida. No quiero ser una curiosidad, vivir al margen. Solo quiero que esto se termine para poder volver a España y vivir una vida normal.

Recuerdo cuando mis aspiraciones eran igual de simples. Antes de Dimitri. Antes de que tía Abigail me legara el cargo de señora de Altus y las leyes de la isla.

Pero ya no importa que nuestros sueños sean simples o complicados, que deseemos vivir discretamente como esposas de alguien o de forma pública gobernando a muchas personas. Al final, todas queremos lo mismo: vivir. Vivir la vida que nos plazca sin el peso de la profecía colgado del cuello como una piedra de molino.



Pese a que me da vergüenza admitirlo incluso ante mí misma, me he vestido con esmero.

Solo tía Virginia y Edmund saben qué voy a hacer. No puedo soportar decírselo a Dimitri y percibir su preocupación, cuidadosamente camuflada tras una máscara de confianza.

—¿Quiere que la acompañe? —me pregunta Edmund cuando me bajo del carruaje delante del hotel Savoy.

Niego con la cabeza. En caso de que se tratase de otra persona, no tendría alternativa, pero hasta Edmund sabe que no tengo nada que temer de James.

Levanto la vista hacia la imponente fachada del hotel.

—Puedes esperarme dentro, si quieres.

Más que verlo, noto cómo sacude la cabeza.

—Estaré aquí, junto al coche, cuando esté lista.

Apartando mis ojos del hotel, me vuelvo hacia él para sonreírle.

—Gracias, Edmund. No tardaré mucho.

Hay un gran bullicio con el tráfico de la mañana, carruajes y caballos se abren paso entre hombres y mujeres que pueblan las calles de Londres. Pero todo eso está en la periferia de mi mente. Mi estómago parece encogerse a medida que me acerco a la entrada del hotel, a medida que estoy más cerca de James.

No tengo el número de su habitación y de todas formas sería indecoroso ir a buscarle allí a pesar de nuestra pasada relación, de modo que atravieso el lujoso vestíbulo en dirección al mostrador y me detengo frente a un grueso y atildado caballero que me dedica una sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—He venido a hacerle una visita a James Douglas, por favor.

El hombre arquea las cejas.

—¿A quién debo anunciarle?

—A Amalia Milthorpe —me resulta extraño pronunciar en voz alta mi nombre de pila. Desde que salí de Nueva York y de la escuela de señoritas Wycliffe, nadie me llama así.

—Muy bien.

Me doy la vuelta con intención de esperar. Inspecciono nerviosa el vestíbulo por si estuviese Alice. Probablemente sabe que tengo planeado hablar con James, pero sería mucho más difícil si ella se inmiscuyese en nuestra conversación. Ahora mismo no estoy segura de qué me pone más nerviosa, si la perspectiva de ver a Alice o la de ver a James. Qué extraño, pienso, que los dos estén en Londres. Que estén tan cerca y juntos en este mismo hotel, preparando su boda.

—¿Lia?

Doy un respingo al oír la voz detrás de mí. Me preparo para verle con mi hermana, pero cuando me doy la vuelta, James está solo.

Sonrío.

—Buenos días, James.

Su rostro es distinto a como lo recuerdo. Me doy cuenta, sorprendida, de que ha envejecido. No me desagrada y un estremecimiento me recorre al constatar que ya no es un jovencito, sino un auténtico caballero. Sus ojos, tan azules como el cielo de Birchwood bajo el cual paseábamos, me interrogan sobre todo aquello que temo contestar.

—Me alegro de que hayas venido —habla, pero no sonrío.

Asiento paseando la vista por el concurrido vestíbulo.

—¿Podríamos...? ¿Te importaría que saliésemos a dar un paseo? Aquí va a ser difícil mantener una conversación como es debido.

Ni se lo piensa. Estamos de pie en el vestíbulo del Savoy y al momento me coloca la mano en su brazo y nos encaminamos hacia la puerta. Luego salimos a las calles de Londres, tan tranquilos como hace un año, cuando me marché de Nueva York.



No hablamos mientras paseamos por las concurridas calles. Los músculos de su brazo están tensos bajo mi mano. Me lleva confiado, como si supiese exactamente adónde se dirige. No noto el aire frío, a pesar de que veo salir de mi boca el aliento como una nube de vapor.

Un rato después llegamos a un parque oculto tras las ramas de muchos árboles y arbustos. Los sonidos de la ciudad se desvanecen cuando traspasamos una verja de

hierro y entramos en un amplio refugio. Siento que parte de mi nerviosismo me abandona. Echo de menos la tranquilidad de Altus, de Birchwood Manor, aunque la mayor parte del tiempo estoy demasiado atareada y preocupada para percatarme de la tensión que se apodera de mis hombros al llevar tanto tiempo en Londres sin tomar un respiro.

Enfilamos por un sendero empedrado, apartado del resto del parque por árboles altos a ambos lados. Los sonidos de la ciudad se van borrando hasta acallarse. Sin aglomeraciones de gente, sin el traqueteo de los carruajes y el ruido de los cascos de los caballos por la ciudad, hasta soy más consciente de la presencia de James. Trago saliva para combatir los recuerdos que me trae sentir su cuerpo tan cerca del mío.

—No me escribiste —su voz rompe el silencio tan repentinamente que me cuesta unos instantes darme cuenta de que me está hablando a mí.

—No —no basta con eso, pero no soy capaz de decir nada más.

Continuamos caminando y damos la vuelta por una curva del sendero hasta que distingo más adelante una extensión de agua.

—¿Es que... es que no me querías? —pregunta por fin.

Me detengo tirando de su brazo hasta que también él se para. Hasta que puedo mirarle a los ojos.

—No se trataba de eso, James. Te lo prometo.

Él se encoge de hombros.

—Entonces, ¿de qué se trataba? ¿Cómo pudiste dejarme sin decirme nada? ¿Por qué no me escribiste si te encontrabas bien aquí, en Londres?

«No es eso —pienso—. Haces que todo suene fatal».

Sin embargo, con la información limitada que él tiene, eso es exactamente lo que parece.

No puedo mirarle mucho rato a los ojos, así que le tiro del brazo hasta que volvemos a ponernos en marcha.

—No he estado ni remotamente bien, James, aunque me doy cuenta de que a ti no te lo parece.

Hemos llegado al borde de un pequeño estanque que refleja el cielo gris y que lame, rebelde, la orilla. Al lado del agua hace más frío, pero me da igual a pesar de que mi cuerpo empieza a temblar.

James se vuelve para mirarme, se quita el abrigo y me cubre los hombros con él.

—No debería haberte traído aquí. Hace demasiado frío.

La familiaridad con que me toca hace que parezca que no ha pasado el tiempo después de todo. Es como si en esos mismos instantes estuviésemos a orillas del río, detrás de Birchwood Manor, oyendo reír a Henry con Edmund al fondo.

—Estoy bien. Gracias por el abrigo —me vuelvo hacia el banco de hierro que parece montar guardia a orillas del estanque—. ¿Nos sentamos?

Su muslo roza el mío cuando toma asiento en el banco. Me pregunto si debería apartarme, si debería guardar las distancias con él, considerando mi relación con Dimitri y su compromiso con Alice. Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo. Me agrada la sólida sensación de tenerle a mi lado. Permitirme semejante sensación no puede hacer daño a nadie.

Tras inspirar hondo, comienzo por donde debo, o sea, por el principio.

—¿Recuerdas el libro? ¿Aquel que encontraste en la biblioteca de mi padre después de su muerte?

Él frunce el ceño, concentrado.

—Encontré muchos libros en la biblioteca de tu padre mientras los estuve catalogando después de su muerte, Lia.

Ni se me había ocurrido que James no pudiese recordarlo. Para él *El libro del caos* no fue más que uno de tantos hallazgos interesantes, a pesar de que cambió por completo mi vida y la suya.

—El que encontraste justo después del funeral. *El libro del caos*. El que estaba escrito en latín.

Espero refrescarle la memoria. A James le va a resultar bastante difícil creer en la profecía con el libro como referencia. Sin él imagino que será prácticamente imposible.

Asiente despacio.

—Creo que lo recuerdo. No había más que una página, ¿verdad?

Suspiro aliviada.

—Eso es. Me la tradujiste, ¿te acuerdas?

—Vagamente. Pero, Lia, ¿qué tiene que ver eso con...?

Levanto una mano para que no siga.

—Es muy difícil de explicar, James. ¿Podrías escuchar sin más? ¿Escuchar y tratar de abrir tu mente?

Asiente con la cabeza.

—¿Te acuerdas de la historia de ese libro acerca de las hermanas y de las siete plagas? —continúo sin esperar una respuesta, tratando de encontrar palabras no demasiado fantásticas para que las crea—. No se trata solo de una historia, como pensamos al principio. Es... es más bien una leyenda. Solo que es real.

Se me queda mirando con rostro inexpresivo.

—Continúa.

Hablo un poco más rápido.

—Hace miles de años una legión de ángeles fue enviada para vigilar a la humanidad, pero... se enamoraron de mujeres mortales y fueron expulsados del cielo —soy incapaz de descifrar la expresión de su rostro, así que continúo antes de perder el valor—. Desde entonces, las descendientes de aquellas mujeres, todas hermanas

gemelas, han formado parte de una profecía. Una profecía que las reclama, a una como guardiana, a otra como puerta, tal como se decía en el libro.

—Una, la guardiana; otra, la puerta —su voz es un murmullo.

Me pregunto si realmente recuerda las palabras de *El libro del caos* o, sencillamente, está repitiendo las mías.

—Sí. Mi madre y tía Virginia son descendientes de aquellas mujeres, James, lo mismo que Alice y yo. Mi madre fue designada puerta, marcada para dejar pasar a los seguidores de Satán, las almas perdidas, a nuestro mundo, donde han de esperar su regreso. Como guardiana, tía Virginia se encargaba de mantener controlada a mi madre, de asegurarse que no permitiera el paso de las almas o, al menos, de minimizar el número de las que consiguiesen entrar a través de ella. Pero tía Virginia no pudo evitar que mi madre desempeñase su función. No era lo que mi madre deseaba, James, pero no podía luchar contra ello. Eso la fue corroyendo hasta que pensó que no tenía más elección que sacrificar su vida. Y así la profecía pasó a Alice y a mí.

—¿Qué tiene que ver eso con tu marcha, Lia? —el tono de su voz es amable, aunque teñido de algo que me temo que sea escepticismo.

—Alice es la guardiana, James, y yo, la puerta —lo digo rápidamente—. Solo que yo no soy cualquier puerta. Soy el ángel de la puerta, la única puerta con el poder de permitir el paso al mismísimo Samael. Estoy... estoy intentando enfrentarme a ello, encontrar una manera de que todo esto se acabe, pero Alice rechaza su papel de guardiana y a cambio codicia el mío. Desde que era niña ha trabajado a favor de las almas, e incluso ahora se esfuerza por conseguir el fin del mundo tal y como lo conocemos —le cojo de la mano—. No puedes casarte con ella, James. No puedes. Estarás a su lado cuando el mundo se derrumbe y, aunque estarás a salvo a causa del juramento que le hiciste, todos a cuantos amas, todo cuanto aprecias se convertirá en polvo.

Sostengo su mirada, le miro fijamente. Quiero que crea que digo la verdad. Quiero que lo sienta. Que lo vea en mis ojos.

Él responde a mi mirada durante un instante. Después se pone en pie y camina hasta la orilla del agua. Entre nosotros se extiende el silencio, prolongado y frágil. Yo no me atrevo a hablar.

—No tenías por qué haber hecho esto —su voz, que se pierde sobre el agua, es tan débil que tengo que inclinarme hacia delante para entender lo que dice.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no debería haber hecho?

—Haberte inventado esa... esa... historia —se vuelve para mirarme y yo quisiera llorar al ver la angustia que refleja su rostro—. Aún sigo queriéndote, Lia. Siempre te he querido. Siempre te querré —cruza el espacio que nos separa, se agacha ante mí y me coge de las manos—. ¿Me estás diciendo que tú también sigues queriéndome?

¿Se trata de eso?

Estudio su rostro, sus ojos, buscando algo que pudiera no haber percibido, alguna evidencia de que cree en la profecía, de que cree en mí. Pero no hay más que adoración, el amor con el que habría bastado en el pasado.

—No me crees.

Él parpadea confuso.

—Eso no importa, Lia, ¿no te das cuenta? No necesitas esa historia. Yo siempre te he querido solo a ti.

Trato de encontrar algo, lo que sea, para hacérselo comprender, para que me crea.

—Sé que es difícil de creer —me inclino, me levanto la manga mientras hablo y le miro a los ojos con toda la franqueza de que soy capaz. Le muestro mi muñeca—. Pero mira esto, James. Llevo la marca de la profecía. ¿Alguna vez me la habías visto?

De mala gana, le echa un vistazo a la marca de mi muñeca, como si no quisiera fijar sus ojos en nada que pueda darle credibilidad a mi historia. Su mirada se posa ahí durante un segundo tan solo antes de volver a mirarme.

—Nunca me había fijado, Lia. Pero no importa. Eso no cambia nada.

Dejo caer la mano en mi regazo y aparto la vista de sus ojos febriles. No se trata de una mirada de amor, sino de rechazo.

—Por eso no te lo conté —la amargura me pesa en la voz—. Sabía que no me creerías. He cargado todos estos meses con el remordimiento de haberte abandonado, pero llevaba razón desde el principio.

Él sacude la cabeza, aparentemente herido, mientras se esfuerza por buscar palabras.

—Quiero creerte, Lia. Si es eso lo que quieres que haga para probarte mi amor, creeré cualquier cosa.

Me duele la garganta al tragar, al darme cuenta de que Alice tenía razón. James no me creerá. A pesar de lo que dice, no hay ni el menor rastro de duda en su rostro. No hay la menor posibilidad. Solo una desesperada voluntad de decirme lo que quiero escuchar.

—No es tan sencillo, James. Ya no.

—No comprendo —replica él, sacudiendo la cabeza.

Aparto mis manos de las suyas y me abro paso a su lado para pararme junto al agua, mientras una extraña sensación crece en mi interior. Es algo imprevisto. No es tristeza por todo lo que hemos perdido ni miedo por la seguridad de James.

Es indignación por la pena que me ha estado consumiendo desde que salí de Nueva York, desde que abandoné a James. Indignación por las horas perdidas dándole vueltas a no haber sido capaz de contarle la verdad meses atrás.

Me vuelvo, me quito el abrigo de los hombros y regreso al lugar donde se encuentra él.

—Lo siento, James. Ha sido un error —le tiendo el abrigo y se me hace un nudo en la garganta—. Ha sido maravilloso volver a verte. Te deseo lo mejor.

Tras darme la vuelta, enfilo deprisa el sendero, pero su voz me sigue a cada paso del camino.

—¡Lia! ¿Lia?

Trato de ignorarlo, de seguir aprisa hacia delante sin mirar atrás. Pero él me alcanza al poco rato y me detiene cogiéndome del brazo.

—No lo entiendo. Yo te quiero. Hace tiempo eso era lo único que importaba. Si lo que marca la diferencia para que estemos juntos o no es que te crea, lo haré.

Su gesto es serio y me asombra que pueda parecer tan sincero mientras me propone que basemos nuestra nueva relación en una falsedad. Pienso en Dimitri, en su absoluta disposición a aceptar hasta las partes más oscuras y peligrosas de mí.

—Sería una mentira —le digo.

Él tensa la mandíbula mientras aparta la vista para pensar. Un instante después me mira a los ojos.

—Me da igual.

Sus palabras me liberan, de pronto ya no me resulta tan difícil marcharme.

—De eso se trata precisamente, James —le acaricio la fría mejilla con la mano—. A mí sí.

Me doy la vuelta para marcharme. Y esta vez ya no me sigue.



Me aguarda una carta al regresar a Milthorpe Manor. Al ver el nombre del remitente, rasgo el sobre impaciente, sin preocuparme siquiera de quitarme la capa. El corazón me late como loco mientras leo lo que está escrito en el grueso papel. Minutos más tarde vuelvo a salir para llamar a Edmund.

Mientras recorremos las calles de Londres, dejo vagar la mirada por la ventanilla, atreviéndome a ilusionarme con la idea de que por fin nos acercamos al final de la profecía. Cuando veo el edificio del club, me bajo del carruaje antes de que a Edmund le dé tiempo a dar la vuelta y abrir la puerta.

—¡Estaré de vuelta en un momento! —exclamo mientras subo las escaleras a toda prisa para llamar al timbre.

El mayordomo sonrío al verme parada en el umbral.

—Buenos días, señorita. Está en la biblioteca.

—Gracias —le devuelvo la sonrisa y paso despacio a su lado, como muchas otras veces, tantas que ya ni recuerdo su número.

Pero esta vez es distinto. Esta vez traigo respuestas.

Dimitri levanta la vista cuando entro en la biblioteca.

—¡Lia! ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre?

No me sorprende encontrarle en una mesa de lectura pegada a la ventana, con libros desparramados en todas las direcciones. Cruzo la sala hasta llegar a su altura.

—Nada malo —agito el papel—. De hecho, yo diría que por fin algo va bien.

Me arranca el papel de la mano y escudriña lo que dice. Después levanta la vista para mirarme.

—Pero esto significa...

Asiento con la cabeza, sonriendo.

—¿Que nos vamos a Irlanda?

Él también me devuelve la sonrisa. Y, de pronto, ya nada es imposible.



Como no he hablado de la ropa que pienso llevar, estoy preparada para la reacción de los demás. Aun así, me ruborizo al bajar las escaleras en dirección a los caballos que aguardan.

Tía Virginia me mira abiertamente impresionada a medida que me aproximo y se recobra únicamente cuando me detengo frente a ella.

—¿Llevas puestos unos pantalones de montar?

No menciona el sombrero masculino bajo el que escondo mi pelo ni el hecho de que me haya esforzado todo lo posible por disimular que soy una mujer. Al parecer, tales infracciones palidecen en comparación con la impresión causada por mis pantalones.

Me los miro antes de levantar la vista hacia ella.

—Puede que parezca extraño verme así vestida, pero llevo muchísimo tiempo poniéndomelos para montar y, además, resulta difícil moverse con rapidez con una falda cubriéndote las piernas.

No le cuento que tengo que moverme con rapidez, que la piedra de víbora cada día se enfría más y que todas nuestras vidas dependen de mi habilidad para encontrar la piedra y cerrar cuanto antes la puerta. Tía Virginia lo sabe de sobra.

Vacila un poco antes de asentir despacio.

—El destino del mundo te ha sido confiado a ti, querida sobrina —se inclina hacia delante para envolverme en un abrazo—. Te creo capaz de escoger tu atuendo en cualquier situación, y mucho más en esta.

Tras inspirar hondo, me permito abandonarme un instante a su abrazo. En ausencia de mi madre, tía Virginia no ha dejado de ofrecerme buenos consejos y apoyo. Echaré de menos su presencia ahora más que nunca, pero alguien tiene que quedarse y cuidar de las otras chicas mientras Dimitri y yo viajamos a las antiguas cuevas de Loughcrew en Irlanda. Que Victor encontrara una antigua mención de

Loughcrew conectada con una expresión poco común puede que no sea más que una coincidencia, pero, puesto que no tenemos nada más, sería una locura ignorarlo.

Me aparto un poco para mirar a tía Virginia a los ojos.

—Volveré pronto —bajo la voz y miro de reojo a Sonia, a Luisa y a Elena, que aguardan cerca de los caballos—. Por favor, cuida de todas y vigila que no pase nada.

Ella asiente y me doy cuenta de que ambas estamos pensando en la traición de Sonia. Me inclino para darle un beso en la mejilla antes de reunirme con las demás.

Sonia y Luisa están muy juntas, separadas apenas unas pulgadas de Elena. No puedo evitar acercarme vacilante a ellas mientras recuerdo la conversación que mantuve con Luisa el día que fui a buscar a Madame Berrier y a Alistair Wigan. Aún queda algo de resentimiento en su mirada y por un fugaz instante me cuestiono mi decisión de dejar a las llaves en Londres.

Pero no. Viajar a caballo en grupo sería demasiado incómodo. El tiempo es un lujo del que no disponemos y, además, sería una locura permitir a Elena el acceso al lugar donde está la piedra, pues apenas acabamos de conocernos. Ya fue bastante difícil descubrir la conexión entre los antiguos túmulos de Loughcrew y la profecía. No estoy dispuesta a poner en peligro esa información.

Y hay otra cosa. Un pensamiento que aparto de mí para impedir que eche raíces en el fértil suelo de mi persistente desconfianza.

Lo mismo que creo que es prudente ocultarle información importante a Elena hasta que no la conozcamos mejor, tampoco quiero revelar cosas cruciales a Luisa o a Sonia. Aun a pesar de reconocer que tal vez me equivoque al no hacerlo, no tengo la menor duda de que no puedo permitirme el lujo de intentarlo.

Me detengo frente a ellas y bajo la vista hacia mis botas de montar. Sujetas al extremo de las perneras de mis pantalones, no parece que me pertenezcan.

Cuando por fin levanto la vista, opto por la salida de los cobardes y me dirijo primero a Elena.

—Siento que no hayamos tenido tiempo para conocernos mejor, pero te quedas en buenas manos. Espero que te sientas a gusto. Si todo va bien, cuando vuelva estaremos mucho más cerca de poder terminar con todo esto.

Ella asiente con rostro impasible, como parece hacer siempre.

—Confío en que harás lo que debes. No te preocupes por mí.

Le sonrío antes de volverme hacia Luisa.

—Yo... siento no poder viajar contigo. Voy a echar de menos tu compañía. ¿Estarás bien mientras esté fuera?

Su boca, que antes tenía una expresión dura, se relaja. Mira a otro lado antes de cruzar su mirada con la mía.

—Aquí todo está bastante controlado, Lia. Haz lo que debas.

La frustración que hay en su tono me hiere más que nada. Luisa siempre ha sido

una fuente interminable de optimismo y humor. Al parecer, la profecía también se ha llevado eso. O quizás es que está resentida porque voy a actuar sola.

Me obligo a tragar el nudo que me atenaza la garganta. Mientras estamos torpemente de pie una frente a la otra, extendiendo mi mano para coger la suya y se la estrecho. Luego me vuelvo hacia Sonia.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en silencio hasta que por fin Sonia toma la palabra. En cuanto lo hace, me quedo perpleja por el enfado que percibo en su tono de voz.

—Haz lo que tengas que hacer, Lia. Hazlo y acaba con todo esto.

Se da media vuelta y se aleja airada de mí con los brazos cruzados sobre su cuerpo para protegerse del frío.

Me quedo parada, pasmada e inmóvil, hasta que se me acerca Dimitri. Me toma de la mano y me conduce hasta los caballos.

—Está dolida y enfadada, Lia. Ya se le pasará.

Sus palabras no hacen mella en mi tristeza, pero a pesar de todo le sigo.

Edmund me entrega las riendas de Sargento y yo levanto las manos para acariciar el hocico del caballo.

—Sigue sin gustarme la idea de que viajen los dos solos —dice Edmund.

Le sonrío.

—Me encantaría que vinieses, pero aquí te necesitan más. No puedo dejarle a tía Virginia la responsabilidad de cuidar ella sola de las chicas y de llevarlas de un lado a otro. Y con Alice tan cerca...

Él gesticula mirando la bolsa que llevo a la espalda.

—¿Lleva su arco y su puñal? —cuando asiento con la cabeza, se vuelve hacia Dimitri—. Cuidará de ella, ¿no?

El gesto de Dimitri es sombrío cuando agarra del hombro a Edmund con una mano.

—Con mi vida, Edmund, como siempre.

Edmund baja la mirada al suelo y levanta los hombros en un gesto de resignación.

—Muy bien. Será mejor que se marchen.

Dimitri monta en su caballo mientras yo me paso la bolsa por encima de la cabeza para colocármela en bandolera. Tras acariciar por última vez el hocico de Sargento, me dirijo a su costado, coloco un pie en el estribo, balanceo la pierna y la paso por encima del animal con un ágil movimiento.

Dimitri le da la vuelta a su caballo para mirarme.

—¿Preparada?

Asiento con la cabeza y espoleamos a los caballos para que se pongan en movimiento. No vuelvo la vista atrás mientras nos dirigimos hacia la calzada. Estoy demasiado ocupada intentando ignorar la pregunta de Dimitri, pues, a pesar de su

simplicidad, me recuerda mi insistente preocupación por no sentirme del todo preparada.

Para el viaje a Irlanda o para cualquier cosa que nos espere.



Me siento más animada mientras salimos de la ciudad. La alegría recorre ahora mis venas, mientras que antes no había más que preocupación por el viaje que tenemos por delante. Me lleva un instante poner en orden mis sensaciones, pero luego no me queda más remedio que sonreír.

«Libre —pienso—. Me siento libre».

Sin las limitaciones de mis faldas y enaguas, me siento más cerca de la libertad que nunca desde que salimos de Altus. Los pantalones no son tan agradables como las ropas de la isla, pero se parecen bastante. Quedan dos meses para el verano y, a pesar de que aún se nota algo de frío en el aire, más que desagradable resulta estimulante. Seguro que refrescará más cuando lleguemos al bosque, pero ni siquiera eso consigue desanimarme mientras Dimitri y yo atravesamos la ciudad, primero por las vías públicas más concurridas y luego por otras cada vez más estrechas y menos pobladas.

Ha sido mucho más fácil preparar el viaje a Irlanda que el de Altus. Dimitri y yo discutimos nuestros planes e itinerario con Edmund y reunimos las provisiones y los mapas en muy pocos días. Llevamos un equipaje ligero en los flancos de nuestros dos caballos.

Paso la mañana en un placentero estado de abstracción. Dimitri y yo hacemos comentarios sobre la gente de las calles, los carruajes, los caballos y los edificios. Cuando me doy cuenta de que hemos dejado bastante atrás la ciudad, el sol ya está alto. Las calles polvorientas y concurridas se han convertido en caminos vecinales entre los pueblos de los alrededores, y el aire, antes cargado de humos y olores, ahora está despejado y es agradable.

—¿Tienes hambre? —pregunta Dimitri a mi izquierda.

Antes de que lo dijera ni me había dado cuenta de que tenía hambre, pero ahora noto el estómago vacío. Asiento.

Él hace un gesto con la cabeza señalando el camino que tenemos enfrente.

—Más allá hay una granja. Paremos allí, a ver si conseguimos algo para comer.

No tengo que preguntar por qué no usamos las provisiones que llevamos en nuestras mochilas. El viaje a los túmulos de Loughcrew nos llevará cerca de dos semanas y seguro que llegará un momento en que escaseen los alimentos y los

lugares donde hacerse con ellos. Lo más prudente es guardar lo que llevamos el mayor tiempo posible.

Conducimos a los caballos a una granja con techo de paja donde Dimitri le compra pan y queso a una preciosa jovencita por unos pocos peniques. Ella nos dirige al granero que hay detrás de la casa y nos anima a usar unos cubos de agua para lavarnos la cara y las manos antes de dar de beber a los caballos. Los animales sorben ruidosamente mientras Dimitri recorre el granero en busca de un sitio donde sentarnos y tomar nuestro almuerzo.

—Aquí —me hace señas desde la parte trasera del granero—, aquí hay un establo vacío con algo de heno. Será un asiento bastante pasable, creo.

Sonrío divertida y conmovida al mismo tiempo, por lo mucho que Dimitri se preocupa por mi comodidad, incluso aquí.

El establo está poco iluminado y lleno de sombras. Yo me siento en el suelo, optando por inclinarme en las balas de heno antes que usarlas como asiento. Tras haber pasado horas sentada en la silla de montar, es agradable apoyarse en la paja, por áspera que sea. Y estando con Dimitri no tengo que preocuparme por mis modales.

Dimitri suspira, se tiende de costado y se apoya sobre un codo.

—Esto es el paraíso. Podría quedarme aquí durante días sin más compañía que la tuya y la de los caballos.

Le doy un bocado al queso y me maravilla el sabor fuerte y definido que me deja en la boca.

—¿Con que conmigo y los caballos, eh? ¿Debo suponer que no serías feliz solo conmigo?

Él lanza un trozo de pan al aire y lo atrapa con la boca antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Eres bastante maravillosa, por supuesto, pero a veces... Bueno, no hay mejor cosa que un caballo para hacer compañía a un hombre.

—¿De verdad? —una sonrisa arrastra las comisuras de mis labios y le lanzo un trozo de pan—. Lo tendré en cuenta esta noche cuando acampemos. A lo mejor, Blackjack puede hacerte compañía dentro de la tienda.

Dimitri coge el trozo de pan, que ha caído en el heno, cerca de su muslo, y se lo arroja a la boca.

—Tal vez. Y yo estaré encantado de dejarte mi manta si piensas que pasarás frío sola.

Me río a carcajadas.

—Lo tendré en consideración.

Por un momento sus ojos brillan traviosos, pero después se ponen serios.

—No tienes ni idea de lo mucho que me gusta oírte reír.

Le miro a los ojos tras tragarme el pan que tengo en la boca. Por algunos sitios del techo entra el sol y deja a la vista motas brillantes de polvo que danzan en el aire que nos separa.

—Pues si eso te complace, debería hacer lo posible por reírme más.

Me hace señas con un dedo para que me acerque.

—Ven.

Me quedo en mi sitio, quiero seguir tomándole el pelo.

—Señor, aún estoy bastante ocupada con el pan y el queso.

Dimitri no responde, pero me basta con el deseo que brilla en sus ojos y al momento me apresuro a ponerme a su lado.

—Lia... Lia... —recorre mi frente con la punta de un dedo.

No se mueve, pero su mirada me atrae hacia él. Soy yo quien se inclina para tocar sus labios con los míos. Dejo que mi boca se entretenga suavemente un instante, mientras nuestra respiración se convierte en un susurro.

Un gemido escapa de sus labios y yo me echo hacia delante, besándole con toda la urgencia reprimida en los últimos días y semanas. Días y semanas que hemos pasado encerrados en salones y bibliotecas, observados por los empleados del club y de Milthorpe Manor.

Él me empuja de espaldas sobre el heno. Apenas puedo respirar cuando posa sus manos sobre mi cuerpo, casi sin tocarme, aunque sí lo bastante cerca. Juraría que puedo sentir sus dedos en mi piel.

Levanto los brazos y le rodeo el cuello con ellos, atrayéndole hacia mí hasta que su cuerpo queda pegado al mío.

—¿Has preparado tú todo esto, Dimitri, para que estuviésemos a gusto y completamente a solas? —mi voz no es más que un susurro en su oído y noto cómo se le eriza el vello de la nuca.

Se mueve hacia abajo y me besa por todas partes hasta donde mi piel desnuda desaparece bajo el algodón de mi camisa.

—Haría eso y mucho más para tenerte para mí solo aunque fuera únicamente un instante.

Sus labios regresan de nuevo a mi cuello hasta que creo morir de placer. Sé que deberíamos marcharnos, pero aparto cualquier pensamiento en ese momento. Un momento en el que no existe nada más en el mundo. Ni la profecía ni la piedra ni las almas.

Solo nosotros. Dimitri y yo solos en un mundo hecho a nuestra medida.

Y me abandono a él, ignorando la voz en mi interior que me susurra: «Aférrate a este instante. No estarás ya mucho tiempo a su lado».



—¿En qué estás pensando tan concentrada?

Pego un respingo al oír la voz de Dimitri a mi lado. Habla en voz baja, pero sus palabras resuenan como un eco en la oscuridad de la noche que nos rodea.

Levanto la vista, poniéndome la mano sobre el pecho para sentir bajo mis dedos los acelerados latidos de mi corazón.

—¿Cómo haces eso?

—¿El qué?

Está sentado a mi lado, encima de un tronco caído, cerca del fuego.

—Eso, aparecer de repente sin hacer ruido.

Se encoge de hombros.

—No pretendía sobresaltarte. Y estás cambiando de tema.

Me río suavemente, mi voz es una intrusa en la noche cerrada.

—No estoy cambiando de tema. Solo estaba pensando en los túmulos y preguntándome si será cierto que está allí la piedra.

—Sí —dice él con un suspiro—, supongo que no lo sabremos con seguridad hasta que llegemos y echemos un vistazo por allí, aunque el descubrimiento de Victor es lo que más cerca nos ha llevado para establecer una conexión entre los lugares de nuestra lista y la profecía.

—Loughcrew —murmuro la palabra, arrojándola a la oscuridad como una plegaria—. Portal de los otros mundos.

—Sí —Dimitri lo dice con un tono de voz débil en el que detecto esperanza.

La experta investigación de Victor, junto con la lista de las nueve posibles localizaciones, reveló lo que semanas de desorganizadas y esperanzadas indagaciones llevadas a cabo por Dimitri y por mí no consiguieron: en tiempos, Loughcrew era llamado «portal de los otros mundos». No es posible estar seguros de que se refiera a esos otros mundos que nos interesan, y no a una idea más bien abstracta y mítica,

pero no podemos ignorarlo.

Aún ahora dudo si debo manifestar mis temores en voz alta, pues parece como si pronunciar las palabras las dotase de mayor credibilidad. Sin embargo, descarto rápidamente la idea. Existen todas las posibilidades, tanto si las nombramos como si no.

—¿Y si no es el lugar que buscamos? —pregunto.

Dimitri no contesta de inmediato, me doy cuenta de que está buscando una respuesta que mantenga alguna traza de esperanza.

Al final, se decide por ser honesto.

—No lo sé. Supongo que tendremos que seguir buscando. Pero una cosa es cierta. Me vuelvo para mirarle.

—¿El qué?

—Cada paso que hemos dado tenía un propósito. Hasta los que no parecían más que obstáculos con el tiempo nos han llevado a algún sitio —aparta la vista para mirar el fuego—. Encontremos o no la piedra en Loughcrew, se trata de un paso más en nuestro viaje para terminar con la profecía. Y con cada paso que demos estaremos más cerca del final.



Reina el silencio en el campamento cuando me acomodo bajo las mantas. La sombra de Dimitri, distorsionada por la tienda y la luz de la hoguera que está más allá, resulta confortable a pesar de que hubiese preferido tenerle a mi lado. Discutimos un rato sobre el asunto. Dimitri insistía en montar guardia, mientras yo ponía en duda su capacidad para seguir el viaje sin descansar al menos un poco. Finalmente, estuvimos de acuerdo en solucionar este dilema del siguiente modo: Dimitri se quedará despierto, vigilando, hasta que amanezca y después dormirá un rato antes de levantar el campamento. Eso significa que nos pondremos en marcha más tarde por las mañanas, pero incluso Dimitri tiene que descansar de vez en cuando. Sin embargo, convencerle de que duerma a mi lado ha sido inútil.

Tengo el cuerpo agarrotado de ir encima de Sargento. Sé que pasarán días antes de que me acostumbre a los rigores de montar a caballo durante trayectos largos. Hace muchas semanas de nuestro viaje a Altus y, a pesar de que estuve montando sola en Whitney Grove, solo iba hasta las dianas para practicar con el arco.

Me llevo la mano a la piedra de víbora que tengo al cuello para comprobar su calor. Tratar de calcular la fuerza que le queda a la piedra se ha convertido en un cruel pasatiempo. Lo hago a pesar de que cada vez es más difícil saber si está más fría que

ayer o que antes de ayer. Lo cierto es que está mucho más fría que cuando me despertaba en Altus sintiéndola arder sobre mi pecho, pero es casi imposible discernir sus cambios día a día. Sin embargo, eso no me impide intentarlo, como si recibir información de su menguante poder me preparase de algún modo para cuando desaparezca para siempre.

Tras soltar la piedra que llevo al cuello, deslizo los dedos de mi mano derecha alrededor del medallón que tengo en la izquierda. La piedra de víbora me recuerda que soy una hermana, que la luz de las hermanas de Altus y de cuantas ha habido antes que ellas corre por mis venas.

Pero no puedo ignorar el medallón, puesto que también es una parte de mí. Susurra a zonas de mí misma que mantengo ocultas, guardadas bajo llave, pues sé que si alguien las viese como son realmente, que si alguien me viese como soy en realidad, ya nadie volvería a poner el destino del mundo en mis manos jamás.



Soy consciente de estar soñando mientras duermo. Estoy de pie en un círculo, con el calor de otras manos en cada una de las mías. Las figuras que tengo a ambos lados llevan una túnica, y sus capuchas echadas hacia delante ocultan todo salvo los sombríos planos de sus rostros.

De mi garganta salen extraños sonidos. Miedo y regocijo recorren al mismo tiempo mi cuerpo. Mi túnica se hincha alrededor de mis piernas, mientras un viento frío sopla desde el centro del círculo. Me veo obligada a interrumpir mi cántico cuando algo tira de mí desde dentro de mi cuerpo, soltándose como si llevase mucho tiempo escondido, mucho tiempo callado, mucho tiempo dormido. Grito y dejo caer las manos apartándolas de quienes están a mi lado. Al mismo tiempo, alguien me grita desde muy, muy lejos:

—No rompas el círculo.

Pero lo hago. Abrumada por mi propio miedo y dolor, rompo el círculo. Me dirijo tambaleante a su centro y veo juntarse las manos a mi espalda, fusionándose las figuras como si fueran una sola.

Como si yo no hubiese estado allí jamás.

Los tirones continúan hasta que siento que me voy a partir en dos, de dentro afuera. Caigo al suelo y el cielo oscuro, lleno de centelleantes y eternas estrellas, se despliega sobre mí momentos antes de que algo me agarre fuerte de la muñeca. Me pongo de lado y levanto la mano para ver la marca.

La serpiente.

Se retuerce y se enrosca, incrustándose más y más dentro de mi piel hasta que parece como si estuviese haciendo desaparecer por completo la carne de la muñeca.

Grito para que se detenga, pero no lo hace. Quema y quema y quema.



—¡Lia! ¡Despierta, Lia!

Abro los ojos al oír la voz y me encuentro a Dimitri inclinado sobre mí dentro de la tienda.

—Estabas gritando en sueños.

Me retira el pelo de la frente.

Los dedos de mi mano derecha se aferran a la izquierda como una mordaza. La levanto a la altura de los ojos, tratando de ver la marca con la poca luz que la luna proporciona al interior de la tienda. No está más profunda ni más oscura. Me parece notar la quemazón residual de mi sueño, pero no me fío lo bastante de mí misma como para dar crédito a esa idea.

Tras inhalar una profunda bocanada de aire, trato de calmar los latidos de mi corazón acelerado antes de responder a Dimitri.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? —frunce el ceño—. Lia, no tienes por qué disculparte. Nunca.

Tengo una fugaz visión del círculo de mi sueño, las figuras con túnica, mi propia voz pronunciando palabras desconocidas.

—He tenido una pesadilla.

Su expresión se dulcifica y se tumba en el suelo. Estira su cuerpo al lado del mío y me toma en sus brazos hasta que mi cabeza queda pegada contra su pecho.

—Cuéntamelo, cuéntame tus pesadillas.

El silencio entre nosotros es una losa en mi corazón que me recuerda otra ocasión, otro tiempo en que también me animaban a hablar de mis miedos, de las cosas cada vez más salvajes y oscuras que crecían en la fortaleza de mi conciencia. Alice tiene razón, ambas hemos tomado decisiones dependiendo de los lugares en que nos encontráramos en esos momentos. James me dio en su día la oportunidad —en más de una ocasión— de contarle lo que me sucedía.

Pero no confié en él. No confiaba en su amor.

La voz de Dimitri, un murmullo en mi oído, me dice ante mi vacilación:

—Te quiero, Lia. No hablamos a menudo de ello, pero tenlo en cuenta ahora. Tenlo en cuenta y háblame de tus miedos para que yo pueda librarte de ellos.

Respiro hondo, inhalo su aroma. Es el aroma de Altus. El más hermoso de todos

los mundos. De mi pasado y de mi futuro. Me da fuerzas para mirarle a los ojos y decírselo.

Le hablo de mis pesadillas. De que cada vez son más frecuentes. De mi incapacidad para perdonar a Sonia, para encontrar una pizca de amor por ella a raíz de su traición. De la disminución del calor y el poder de la piedra de víbora de tía Abigail. Le hablo de la visita de Alice en Milthorpe Manor. De su afirmación de que no somos tan distintas.

Y, luego, del mayor de mis miedos: creer que Alice está en lo cierto y que solo es cuestión de tiempo antes de que la profecía se vuelva en contra de todo lo que amo.



—¿Has dormido bien?

El cansancio de Dimitri nubla su voz mientras me besa en lo alto de la cabeza.

—Lo mejor que he podido —le digo, acurrucándome más bajo las mantas y disfrutando de ese momento de calma antes de tener que levantar el campamento y pasar otra vez el día cabalgando.

Dimitri no dice nada, pero me atrae hacia él comprensivo.

Aún estoy sorprendida por su reacción ante mi confesión. No estoy segura de qué me esperaba. ¿Que me despreciara? ¿Que ya no me viera con la misma admiración?

No lo sé, pero en los cuatro días que han pasado desde la noche en que se lo conté todo he buscado en él signos de recelo o aversión. Pero hasta en los momentos en los que se mostraba distraído, no he encontrado otra cosa que devoción en sus ojos.

Siento al mismo tiempo liberación y tristeza al darme cuenta de que con James no habría sido lo mismo. Por fin, ya no hay lugar para lamentos. James no me habría creído entonces, lo mismo que no me cree ahora.

Todo cuanto me queda por hacer es salvarle.

Y para salvarle a él —y al mundo tal como lo conozco— debo detener a Alice y a las almas.

Dimitri y yo no hablamos mientras levantamos el campamento y tomamos un rápido desayuno. Luego nos ponemos de nuevo en marcha. Durante este viaje nuestras comidas son bastante más sencillas que las que hacíamos camino de Altus. Considerando que no somos más que dos y que necesitamos ir ligeros de equipaje, subsistimos en buena parte a base de queso, pan y manzanas traídos desde Londres y gracias a los pequeños animales que ocasionalmente cazamos con mi arco.

Tras cinco días de viaje, nos encontramos a más de medio camino de las aguas que nos llevarán a Irlanda. Según nos alejamos del sur de Inglaterra, el paisaje cambia cada día. Sinuosas colinas y tierras de labor han dado paso a llanuras estériles

cubiertas de maleza. Son un oportuno reflejo de mi estado de ánimo cada vez más sombrío; me veo a mí misma contemplando el inhóspito paisaje y pensando en mi hermana. Es cierto que nuestra relación siempre ha estado tejida por un complejo entramado, surcado de amor, miedo, intimidación y, sí, incluso odio. Pero ahora, cuando pienso en Alice, me invade una inquietante preocupación. Resulta difícil identificarla, pero crece según pasan las horas. Cuando acampamos y terminamos de cenar, estoy segura de que algo va mal.

No debería preocuparme por el bienestar de Alice, pero, al parecer, todo cuanto le pasa a ella de algún modo me pasa a mí también. Seguimos estando entrelazadas, igual que siempre, tanto si me gusta como si no.

Nuestros destinos tienen implicaciones permanentes para la profecía y para todos aquellos que se han convertido en rehenes suyos. Mientras me preparo para acostarme y me despido de Dimitri con un beso de buenas noches, no deja de molestarme esa preocupación. Me duermo enseguida y no me sorprende cuando mi espíritu es conducido al cielo nocturno del plano astral.

Aunque casi no recuerdo ya los tiempos en que no sabía lo que era viajar por el plano astral, siento una punzada de aprensión al darme cuenta de que me está llamando mi hermana. Mi lado más prudente constata que debería oponerme a la llamada y regresar cuanto antes a mi cuerpo dormido. Sin embargo, incluso mientras lo pienso, sé que no voy a hacerlo. Mi inquietud no me va a permitir eludir una potencial explicación, de modo que empiezo a volar. Pasan por debajo de mí tierras oscuras como una mancha mientras regreso por los paisajes de los Midlands y me interno en el sur de Inglaterra.

Veo Londres antes de llegar. Los humos, visibles incluso bajo el cielo nocturno, se ciernen sobre la ciudad como un gran monstruo. Sin embargo, localizar a Alice es instintivo. Mi alma es atraída por la suya, hasta que me veo aproximándome al hotel adonde fui a visitar a James hace dos semanas. Bajo el cielo nocturno la fachada resulta imponente, pero la atravieso flotando sin el menor esfuerzo. Por fin, mis pies tocan el suelo cubierto por una gruesa alfombra. Noto la presencia de Alice como la llamada de un recuerdo ausente y a la deriva atravieso la entrada de la gran habitación que está más allá.

Un fuego llamea en la chimenea, esparciendo por la habitación una titilante luz anaranjada. Mi cuerpo espiritual no puede sentir el calor de las llamas, aunque percibo su energía y sé que la sala está caliente. Examino las sombras. Me lleva un momento ubicar a mi hermana, pero por fin descubro su esbelta silueta en las sombras que proyecta el dosel de una cama cubierta con gruesas mantas. Desde mi posición estratégica cerca de la puerta veo cómo le tiemblan los hombros, cómo el llanto sacude su cuerpo.

Eso me alarma, pues no recuerdo haber visto llorar a Alice en ninguna ocasión.

Ni cuando nuestra madre murió después de arrojarla desde el precipicio que hay sobre el lago de Birchwood, ni cuando encontramos el cuerpo de nuestro padre con su rostro congelado en un grito mudo, ni cuando depositamos el cuerpecillo roto de Henry para que descansase en la fría tierra que rodea Birchwood Manor.

Me siento atraída por ella, por esta Alice derrumbada, esta versión más humana de mi hermana, a pesar de quedarme horrorizada al comprobar que me encuentro en el mundo físico. Es posible, desde luego, cruzar el velo que separa los mundos, de modo que se pueda ser visto cuando se viaja. Alice ha demostrado que puede hacerse, aunque violando las ancestrales normas de los Grigori. También yo podría hacerlo si quisiera. He llegado a tener el poder suficiente para ello.

Pero se trata de una responsabilidad que no deseo. De haber seguido con vida, mi madre habría tenido que responder ante el consejo de los Grigori por haber hecho uso de la magia prohibida. Alice, aconsejada por las almas en el uso de sus oscuros poderes, solo ha contribuido a aumentar la nube de sospecha que rodea a nuestra familia. Si sobrevivo para hacerme cargo de mi puesto como señora de Altus, va a ser bastante difícil ganarme la confianza de las hermanas. Sería una locura violar ahora las leyes de los Grigori. Y aunque admito sentir curiosidad, no deseo forzar un enfrentamiento con Alice. No tengo nada que ganar. Tan solo quiero descubrir la causa de mi inquietud y, a pesar de que no ha sido esa mi intención, agradezco haber sido convocada aquí.

Me acerco a ella con sigilo y me detengo a un par de pies de la cama. Está hecha un ovillo sobre su costado, con el rostro tapado por un brazo. La postura me trae un destello de recuerdos: veo a Alice con seis años, después del funeral de nuestra madre, tumbada en la cama con el brazo cruzado sobre la cara exactamente del mismo modo, solo que sin lágrimas.

Tras inclinarme, la miro detenidamente más de cerca, afinando los oídos para captar las palabras que oculta su llanto. Al principio creo estar imaginándomelo, pero un instante después las escucho de nuevo y tengo que reprimirme para no gritarle que las repita.

El pelo, de un brillante color castaño a la luz del fuego, le tapa el rostro. Mi mano se levanta involuntariamente, casi me puede la necesidad de apartárselo de la frente.

Y entonces, de repente, se oyen con más claridad sus palabras y entiendo lo que está diciendo:

—Él no me quiere. Nunca me querrá.

Detengo mi mano extendida a escasas pulgadas de su cara, mientras ella continúa hablando, su cuerpo estremecido por los recientes sollozos que ha provocado el sonido de sus propias palabras.

—Conmigo no... le basta —la voz se le quiebra. Cada palabra rezuma desesperación—. Siempre será tuyo.

Me sorprendo al notar el escozor de las lágrimas en mis ojos. Parpadeo para alejarlas, pues las siento como una deslealtad hacia Henry. Si yo tengo que asumir mi parte de responsabilidad en el asunto en el que estamos inmersas, Alice también.

Su llanto disminuye momentos antes de mover el brazo para dejarme ver claramente su rostro, húmedo por las lágrimas. Parece estar mirándome directamente, a pesar de que no hay bastante luz para que se refleje en el verde de sus ojos. Bajo el resplandor del fuego están negros como el ébano.

La miro fijamente más de cerca, contemplando cómo sus labios se mueven murmurando palabras. Me inclino algo más tratando de enterarme de lo que dice. Al hacerlo, al oírlo por fin, retrocedo sobresaltada.

—Es todo por tu culpa. Nunca querrá a otra, y mucho menos a mí.

Me trago mi miedo, pues incluso ahora, tendida ante mí, aparentemente destrozada, la temo. Me digo a mí misma que no puede verme, pero entonces vuelve a hablar buscando mis ojos. De pronto me siento atrapada en un sueño muy extraño y peligroso.

—Te veo —su voz es un retorcido sonsonete que rasga el silencio casi absoluto, y eso me recuerda a la niña que me entregó por primera vez el medallón—. Sé que te regocijas en mi sufrimiento, Lia, pero recuerda esto: si James no quiere ser mío, entonces sí que no tengo ya nada que perder.



Los muelles no son como me los imaginaba, pero estoy demasiado cansada para que eso me preocupe. Nueve días a lomos de un caballo junto con ocho frías noches plagadas de sueños me han dejado al borde de la extenuación. En el momento de entregarles los caballos a los hombres contratados para el viaje, estoy ansiosa por cambiar de escenario e impaciente por subir a bordo del barco que nos llevará a Irlanda. Beso a Sargento en el hocico, le doy unas palmaditas en el costado por última vez y me cojo de la mano de Dimitri.

—Se supone que debíamos encontrar a nuestro guía cerca del muelle —me dice, haciéndome dar un rodeo a los desperdicios, peces muertos y golfillos que pueblan las calles cercanas al agua.

El hedor es sofocante, aunque me esfuerzo para parecer que no me inmuta. No todo el mundo vive con el lujo de Milthorpe Manor. No obstante, los rudos hombres me lanzan miradas hambrientas y no puedo evitar preocuparme por nuestra seguridad. Agarro la correa de mi bolsa con más firmeza y hallo consuelo al tener cerca mi arco y mi puñal.

Levanto la vista hacia Dimitri mientras caminamos.

—¿Cómo sabremos que es nuestro guía? —bajo aún más la voz—. ¿Cómo estaremos seguros de que no es una de las almas? Resultaría fácil esconderse bajo la apariencia de cualquiera de esos hombres.

—Confía en mí —contesta Dimitri con sonrisa ladina.

Suspiro cuando un crío de no más de seis años se acerca con la mano extendida.

—¿Me da algo, señorita?

Tiene las mejillas hundidas y las ropas le cuelgan hechas jirones, aunque le brillan los ojos. Tras meter la mano en el bolsillo, le entrego un trozo de carne seca que sobró del almuerzo. Me imagino que su mano estará mugrienta, pero la tiene suave y seca.

—¡Gracias, señorita!

Contemplo cómo se aleja correteando y pienso en Henry. A cambio de ser un privilegiado en muchas cosas, el destino le jugó una mala pasada convirtiéndolo en mi hermano. No me sorprende notar que cada vez me pesa más el corazón. La muerte de Henry es una pérdida irreparable.

—Le echas de menos —la voz de Dimitri me saca de mis pensamientos.

—¿Cómo lo has sabido? —le pregunto mirándole a los ojos.

Él me aprieta la mano y baja la voz.

—Simplemente lo sé.

Aparto la vista de la ternura que reflejan sus ojos y aprovecho para examinar el embarcadero en el que estamos parados ahora. Está viejo y desgastado, la madera descolorida y astillada por más de una tormenta. Lo recorreremos encaminándonos hacia el lugar donde desemboca directamente en el agua.

—¿Estás seguro de que...?

Dimitri suspira.

—Reconoceremos a nuestro guía, Lia. Te lo prometo.

Reprimo mi fastidio, aunque no estoy segura de si se debe a su interrupción o al hecho de haberse anticipado a mi pregunta.

Nos detenemos en un atracadero y me asomo al agua. Hay un pequeño velero amarrado, su dueño está inclinado sobre la borda, profundamente concentrado. Se incorpora cuando nos oye a su espalda y de pronto lo entiendo.

—¡Gareth! —una sonrisa se abre paso en mi rostro. Me resulta extraño, pues no ha habido muchos motivos para sonreír durante el largo viaje de Londres hasta la costa—. ¿Qué haces aquí?

Sus cabellos refulgen como el oro, incluso con una luz tan apagada, y sigue tan bronceado como en nuestro viaje a Chartres. De nuevo me pregunto cómo puede estar tan moreno mientras el sol trata de abrirse paso entre las nubes, que parecen haber establecido su residencia encima de Inglaterra.

Su sonrisa eclipsa de lejos la mía.

—El hermano Markov mandó recado de que hacía falta un guía de confianza para escoltar por mar a una hermana importante. Ninguna hermana es más importante que usted, mi señora, y ningún hermano más fiable que yo —suelto una carcajada cuando remata su afirmación con un guiño.

Dimitri se cruza de brazos.

—Ejem...

Gareth extiende una mano.

—Exceptuando lo presente, por supuesto.

El semblante de Dimitri se vuelve serio. Me pregunto si no habrá vuelto a encenderse la chispa de rivalidad de nuestro viaje a Chartres. Pero un segundo más

tarde se ríe y alarga una mano para estrechar la de Gareth.

—Me alegro de verte, hermano. Gracias por venir.

—No me lo querría perder —tras dar una palmada, Gareth estabiliza el barco amarrándolo al embarcadero—. Suban ahora. El viaje por mar es largo. Aprovechemos la luz del día.

Me quedo mirando su mano extendida sin moverme. Con una sola jarcia y unos cuantos tablones para sentarse, el barco no es muy grande y el agua que hay debajo está turbia y oscura. El agua siempre me hace pensar y aún está muy reciente el recuerdo de nuestra travesía a Altus. Me resulta imposible pensar en ella sin recordar el ardid del kelpie durante aquel viaje y mi inmersión en el agua después de sacar una mano para tocar su piel reluciente.

Gareth suaviza su expresión.

—Vamos, mi señora. Es usted demasiado valiente para dejarse intimidar por las almas y sus monstruos. Además, la señora de Altus siempre debe superar sus miedos.

Me agarro a su mano y entro con cuidado en el barco.

—Aún no he aceptado el cargo —refunfuño.

—Sí, sí —replica Gareth, guiándome a un asiento dentro del barco—. Creo que ya lo había mencionado.

Dimitri se deja caer detrás de nosotros. Apenas unos instantes después Gareth nos libera del embarcadero y nos alejamos. Gareth y Dimitri se ocupan de las velas y me pregunto si habrá algo que Dimitri no sepa hacer.

Contemplo el agua mientras me mantengo lo más alejada posible de la borda del barco. Pienso en el mar cristalino, liso como un espejo que mece Altus. Este océano es completamente distinto. No distingo nada más allá de la superficie cubierta de restos de naufragios. Fragmentos perdidos de basura golpean los costados del barco mientras el agua se desplaza bajo nosotros. No tengo ganas de saber lo que hay debajo.

Hace ya bastante tiempo que el mediodía ha pasado cuando salimos del puerto. Dimitri y Gareth por fin se sientan y disfrutamos de un almuerzo relajado, mientras ellos cambian impresiones acerca de Altus. Gareth ha oído que Úrsula está haciendo campaña en busca de apoyos, con la esperanza de que yo fracase. Como pariente lejana, ella sería la siguiente en la línea de sucesión en caso de que a mí me fuese imposible asumir el puesto de tía Abigail, vacante tras su muerte. No es ningún secreto que Úrsula desea reclamar la autoridad que por derecho me pertenece, al igual que desea que su joven hija, Astrid, la suceda.

Me muerdo el labio inferior mientras intento asimilar las noticias de esa isla que he llegado a amar. Me provoca un gran desasosiego pensar en Úrsula intrigando por el poder mientras yo arriesgo mi vida y las vidas de otros para terminar con la profecía que a todos nos une.

Pero eso es precisamente lo que necesito recordar.

No puedo permitirme ceder a mis miedos, a los monstruos de Samael, a las almas o a mi propio lado oscuro. Hay demasiado en juego y es mi responsabilidad, aunque tal vez cuestione el hecho de que el destino me la haya encomendado a mí.

Pero, de todos modos, pienso aceptarla.



Paso el resto del día observando a Dimitri y a Gareth trabajar con las velas y escucho con interés cuando explican cómo funcionan los distintos artilugios. Pienso que podría gustarme navegar un día sola y me imagino a Dimitri y a mí surcando las cristalinas aguas de Altus.

Cuando terminamos nuestra frugal cena, el barco sigue su curso. Nos transporta un viento estable. Hace más frío sobre el agua, por lo que me reclino contra Dimitri en busca de calor, mientras observo cómo se oscurece el cielo por momentos. La novedad del barco ya no es tal y comienzo a añorar las comodidades de casa.

Estiro el cuello para mirar a Dimitri.

—¿Sabes qué sería estupendo?

—¿Hmmm? —pregunta él con pereza.

—Una perdiz. Una enorme perdiz asada con la piel churruscadita y una carne tan tierna que se desprenda del hueso.

Noto que se ríe y me vuelvo para mirarle.

—¿Qué te hace tanta gracia? ¿No estás deseando comer algo que no sea carne curada y pan?

—Sí, sí que me apetecería —su voz ya ha entrado en calor con las risas—. Lo que pasa es que nunca te había oído hablar con tanta vehemencia de la comida.

Le doy un palmetazo cariñoso en el brazo.

—¡Estoy hambrienta!

—Tiene razón —interviene Gareth desde el otro extremo del barco—. A mí me apetecería un poco de pudín de manzana de Altus, recién sacado del horno y lo bastante caliente como para quemarme la boca.

Levanto la vista hacia Dimitri.

—¿Y a ti qué te apetecería?

Su tono de voz recobra la seriedad.

—Nada. Tengo todo lo que necesito aquí mismo.

Le miro sonriente. Algo privado y profundo surge entre nosotros justo antes de que Dimitri abra la boca para volver a hablar.

—Aunque una perdiz asada y un pudin caliente de manzana también serían bienvenidos.

Ahora me toca a mí reír y me reclino de nuevo, deleitándome con el contacto de su fuerte cuerpo. Mientras navegamos en dirección a Irlanda bajo un cielo cada vez más inmenso, no soy consciente de lo cansada que estoy. Simplemente, estoy contenta y justo antes de que la oscuridad del sueño se apodere de mí, ni me da tiempo a asombrarme de la singularidad de hallar la paz en mitad del Atlántico junto a dos hombres capaces, uno de ellos un amigo y el otro bastante más que eso.



Creía que íbamos a tener otro guía tras nuestra llegada a Irlanda, así que me alegro al enterarme de que Gareth nos escoltará todo el camino hasta los túmulos de Loughcrew. Conduce el barco con una experta maniobra dentro de un pequeño atracadero en el muelle y luego nos dirigimos al poblado paseo marítimo, donde un joven caballero de pelo rubio nos entrega a Sargento, a Blackjack y un caballo que pertenece a Gareth. En su boca se dibuja una tímida y respetuosa sonrisa cuando me mira a los ojos y me pregunto si no será también un hermano de Altus. No me molesto en preguntar qué tal han hecho la travesía los caballos. Me he acostumbrado ya a los misterios de la comunidad de las hermanas y de los Grigori y por ahora prefiero que sigan siéndolo.

Tras montar en nuestros caballos, cruzamos por el multitudinario paseo marítimo y nos internamos en el verdadero centro de Dublín. Luego, la ciudad queda a nuestras espaldas y el interminable campo irlandés se extiende como una suntuosa alfombra verde en todas direcciones.

Dimitri y Gareth deciden que es más seguro evitar los caminos principales y pasamos el día cruzando prados verdes y suaves colinas. A pesar del frío, resulta un día agradable para montar a caballo. La belleza salvaje y serena del paisaje ilumina en parte la oscuridad que asoma por los rincones de mi corazón.

Me vuelvo hacia Gareth.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a los túmulos?

—Más o menos un día, siempre y cuando no tropecemos con ningún problema.

Asiento con la cabeza, algo decepcionada.

—¿Piensa decidirse pronto? —me pregunta un poco después Gareth—. Sobre lo del cargo de señora de Altus.

Vuelvo la vista hacia él, tratando de no entrar en detalles acerca de la profecía que él desconoce.

—Parece algo insensato pensar en ello cuando aún queda tanto por hacer.

Noto el peso del silencio de Dimitri y evito mirarle. Ambos somos conscientes de que mi decisión implica algo más que mi cargo en la isla. Aún no he aceptado formalmente la oferta de Dimitri de seguir con él si sobrevivo a la profecía. Al principio fue por James y porque no estaba segura de mis sentimientos hacia él. Ahora se trata de lo incierto de mi propio futuro y de un miedo supersticioso a dar demasiadas cosas por sentadas.

Gareth frunce el ceño.

—Las labores de la comunidad de las hermanas y de los Grigori continúan siendo algo misteriosas incluso para mí. Y aunque a menudo me confían tareas peligrosas, nadie me cuenta nada. Pero...

Se queda dudando y yo le animo.

—¿Pero...?

—Parece que cuando este asunto termine, tendrá que tomar usted una decisión rápidamente, ¿no es así?

Asiento despacio.

—Supongo.

—Bueno, entonces, con el debido respeto, por supuesto, ¿no debería tenerlo decidido de antemano para aceptar o rechazar el puesto cuando llegue el momento?

—Eres bastante sensato, Gareth —digo, tratando de sonreír—. Me lo pensaré un poco más.

Y eso hago todo el día. Ha desaparecido la sensación de paz que tenía, porque Gareth tiene razón: es una locura no afrontar la verdad. Lo hice demasiadas veces en el pasado, no afrontar la realidad de Alice, de Sonia, de mi propia familia. Eso solo me ha hecho daño y no me cuesta mucho llegar al menos a una conclusión.

Al fin y al cabo, no hay más que dos posibilidades: terminar con la profecía y tomar una decisión que cambiará el curso de mi vida para siempre o morir en el intento.



Antes de verlos, ya noto que nos estamos aproximando a los túmulos. Es una fuerza que nace del centro de mi cuerpo, que tira de mí tan poderosamente que estoy casi segura de que encontraría el camino aun sin Gareth. Estoy más segura que nunca de que allí está la piedra, porque ¿ante qué otra cosa reaccionaría yo con tanta fuerza en un lugar en el que nunca he estado? Trato de hallar consuelo en esta idea, mientras nos encontramos con un sendero que sale de un bosquecillo.

—Ese debe de ser el camino que conduce a la casa. No sé ustedes, pero yo estoy deseando meterme en una cama de verdad —dice Gareth, llevándonos al pequeño bosque.

Trato de sonreír a pesar del cansancio.

—A mí lo que más ilusión me hace es un baño.

—Yo me quedaría con las dos cosas, además de con una buena comida —añade Dimitri.

El sendero es demasiado estrecho para que vayamos en grupo, así que avanzamos en fila india entre los árboles. Durante un rato pierdo toda noción del tiempo y del espacio y casi me sobresalto cuando por fin salimos a un claro. La casa se ve en el centro, su piedra gris casi fundida con el acerado cielo invernal del fondo. Se me escapa una sonrisa al ver las volutas de humo que salen de la chimenea.

Sonrío mirando a Gareth y a Dimitri.

—¡Fuego!

Ellos me devuelven la sonrisa y guiamos a los caballos hasta la valla de la fachada principal de la casa.

—De momento los ataremos aquí —dice Gareth—. Vamos a conocer a nuestros anfitriones.

Tras desmontar, ato a Sargento en el poste de la valla y me entretengo un momento en acariciarle el cuello.

—Gracias —susurro, dándole una palmadita en el costado.

Después me reúno con los hombres en el sendero que conduce a la casa.

—¿Cómo se llama el guarda? —le susurro a Dimitri mientras nos detenemos en la entrada, esperando una respuesta a nuestra llamada.

—Fergus. Fergus O’Leary.

Asiento y repito en voz baja el nombre cuando de pronto se me forma un nudo en el estómago a causa de los nervios. Me he acostumbrado a mantenerme en silencio. En Londres, en Milthorpe Manor, con Dimitri y con todos aquellos que conozco. Se me va a hacer raro estar en casa de otra persona mientras buscamos la piedra.

Gareth levanta de nuevo la mano para llamar cuando se abre la puerta. Espero ver a un hombre mayor, así que parpadeo varias veces cuando veo a la chica que está plantada en el umbral ante nosotros. Entonces lo recuerdo. Dimitri comentó que el guarda tenía una hija.

—Buenas tardes —hace un gesto con la cabeza. Una suave cadencia irlandesa acompaña sus palabras—. Deben de ser ustedes el señor Markov y sus acompañantes.

Dimitri hace un gesto afirmativo con la cabeza y me mira a los ojos como recordándome que no use más que mi nombre de pila. Él es quien se ha encargado de los alojamientos y hemos acordado que es mejor guardar en secreto lo más posible el propósito de nuestro viaje y mi identidad.

—Estos son mis acompañantes, Lia y Gareth —Dimitri nos señala con la cabeza—. Gareth solo se quedará esta noche.

Le miro pasmada. No debería sorprenderme, pues a Gareth no se le ha informado del motivo de nuestra estancia en Loughcrew. Igual que la vez anterior, cuando salimos en busca de la página perdida. A Gareth apenas se le permite enterarse de los entresijos de la profecía. Así lo quiso tía Abigail y así debe ser.

—Por favor, pasen —la muchacha se aparta para permitirnos entrar en la casa antes de cerrar la puerta tras ella—. Yo soy Brigid O’Leary. Mi padre los espera en el salón.

Se da la vuelta y la seguimos por el pasillo. En las paredes, las velas parpadean derramando su luz sobre el pelo de Brigid. Al principio pensé que era rubia como Sonia, pero ahora veo que tiene mechones de color cobrizo.

El pasillo es estrecho y oscuro. No puedo evitar echar un vistazo dentro de las habitaciones por las que pasamos. El mobiliario no es ni remotamente tan espléndido como el de Milthorpe Manor, aunque me fijo en lo cómodo y antiguo que es y decido que me gusta la casa.

—Ya hemos llegado —Brigid nos guía a través de una puerta a la derecha y vamos a parar a una pequeña sala. Hay un caballero de pelo gris sentado ante una mesa de lectura, con un gran libro abierto delante. Mantiene la cabeza inclinada sobre un papel y mueve encima de este su mano derecha con una pluma—. Perdón, padre.

Han llegado nuestros huéspedes.

Él levanta la vista con ojos nublados. Reconozco esa expresión. Es la mirada que solía tener mi padre cuando se pasaba horas inmerso en sus investigaciones en la biblioteca. La mirada de quien regresa de mala gana de otro mundo.

—¿De qué estás hablando, hija? —nos mira confundido y me pregunto si a Brigid no se le habrá olvidado hablarle de nuestra inminente llegada.

—Nuestros huéspedes, padre. Ya han llegado —repite con suavidad—. ¿No recuerdas que el señor Markov mandó recado de que necesitaría habitaciones mientras durara su estudio de los túmulos?

Dimitri y yo nos inventamos la historia de que somos unos estudiosos que están preparando un importante trabajo sobre el significado histórico de los túmulos. Eso nos permitirá movernos con bastante libertad y hacer preguntas que puedan llevarnos a localizar la piedra sin levantar demasiadas sospechas.

—¿El señor Markov? —nos mira por un momento con gesto interrogante antes de que se le iluminen los ojos—. ¡Ah, sí! El señor Markov. Le estábamos esperando —poniéndose en pie y viniendo hacia nosotros, lo dice como si no nos hubiese mirado momentos antes sin reconocernos.

Va derecho hacia Dimitri con la mano tendida y le estrecha la suya con cuidado antes de volverse a Gareth y hacer lo mismo. Pero cuando sus ojos se posan en los míos, me parece ver un muro derrumbándose. No puedo evitar pensar que su mirada muestra una sospecha.

—Mira, Brigid. ¡Una chica! La amiga del señor Markov puede hacerte compañía.

Dos intensas manchas rojas aparecen en las mejillas lechosas de Brigid, que agacha la cabeza.

—¡Calla, padre! Estoy segura de que el señor Markov y sus amigos tienen mucho trabajo del que ocuparse y tendrán poco tiempo libre.

Dimitri asiente.

—Nos encontramos en una especie de punto muerto. Tenemos que completar nuestra investigación y marcharnos cuanto antes. Pero —añade guiñándole un ojo a Brigid— estoy seguro de que tendremos tiempo de sobra para charlas amistosas.

Ella asiente sin entusiasmo.

El señor O'Leary se lleva las manos a la espalda.

—¿Ves? Ya verás cómo te gusta la compañía de una jovencita, Brigid.

Pero mientras lo dice, no da la impresión de estar pensando que se trate de algo agradable. De repente siento como si hubiese caído dentro de la madriguera de un conejo y hubiese aterrizado en otro mundo. Puede que solo se deba a mi cansancio, pero parece que hay algún mensaje oculto tras cada palabra que pronuncia el señor O'Leary y tras cada mirada que se lanzan padre e hija cuando creen que no les prestamos atención. Me reprocho para mis adentros estar tan agotada y ser tan

melodramática, pero, de todos modos, siento alivio cuando el señor O'Leary da una palmada con las manos y dice:

—Bien, vamos allá. Dejen que me ocupe de sus caballos mientras Brigid les enseña sus habitaciones. Tienen caballos, ¿no?

Gareth asiente.

—Los caballos están ahí afuera, atados a la verja. Iré con usted y le ayudaré a instalarlos.

—No —responde él, chasqueando la lengua—. Lávese y descanse del viaje. Está todo bajo control.

Se da la vuelta para marcharse, pero la voz de Dimitri le detiene.

—¿Señor O'Leary?

—¿Sí?

—Tengo entendido que alquila usted cinco habitaciones, ¿no?

Dimitri se mete la mano en el bolsillo.

El señor O'Leary asiente.

—Sí, pero ustedes no son más que tres, ¿no es así? Hasta mañana, hasta que él se marche —dice, señalando a Gareth—. Aunque podríamos prepararle más habitaciones si las necesita.

Dimitri le tiende la mano al viejo caballero.

—No necesitamos más habitaciones, señor O'Leary, pero mi trabajo es muy importante y ha de hacerse en silencio. Quisiera que fuésemos lo únicos huéspedes mientras estemos aquí. Por supuesto, le pagaré por las habitaciones vacías.

El señor O'Leary se queda dubitativo, mirando la mano de Dimitri con aparente disgusto, a pesar de que seguramente no debe de recibir muchos visitantes en estos meses, recién estrenada la primavera. Me pregunto si no le habremos ofendido, pero un momento después coge el dinero de la mano de Dimitri. No dice nada más antes de darse la vuelta para marcharse.

Dimitri y yo nos miramos a la débil luz de la sala y sé que estamos pensando lo mismo: nadie se libra de la sospecha de trabajar para las almas, ni siquiera el señor O'Leary y su hija.



—¿Puedo hacer algo más por usted?

Brigid ha llenado una gran bañera de cobre en el centro de mi habitación. Por encima de ella se eleva el vapor en forma de volutas y desaparece como éter en la habitación suavemente iluminada.

—No, gracias. La bañera es preciosa.

Brigid asiente.

—Servimos la cena a las seis, si le parece bien.

Me percató de que sus mangas, demasiado largas, tienen los puños húmedos de preparar mi baño. Siento una punzada de remordimiento por mis anteriores críticas, no obstante justificadas, a los O'Leary.

—Estupendo. Gracias por todo —le digo con una sonrisa.

Nos quedamos en un silencio embarazoso por lo que dura y tengo la sensación de que hay algo más que quiere decirme. Aguardo y al poco rato habla.

—Entonces, ¿vienen de Londres?

—Sí.

Evito entrar en detalles a propósito. La vaguedad es amiga de quienes tienen algo que ocultar.

Ella baja la vista, mordiéndose el labio inferior mientras piensa en lo siguiente que va a decir.

—¿Y estarán aquí mucho tiempo?

«No es más que pura curiosidad —me digo—. Está sola en medio de la nada sin otra compañía que su viejo padre».

No obstante, endurezco el tono de voz para disuadirla de que haga más preguntas.

—El tiempo que sea necesario para completar nuestro trabajo.

Ella asiente una vez más antes de darse la vuelta para marcharse.

—Disfrute de su baño.

Me quedo de pie, inmóvil, tratando de contener la marea de sospechas que se ha levantado en mí nada más llegar a Loughcrew. Algo me sugiere mi subconsciente y llego a estar completamente segura de que ahí se oculta una importante pista.

Después, mientras reclino la cabeza contra la bañera, con el agua del baño enfriándose sobre mi piel, caigo en la cuenta de qué se trata.

Dimitri y yo no somos londinenses. La verdad es que no. De hecho, ninguno de los dos lleva bastante tiempo en Londres como para haber tomado el acento propio de la ciudad. Yo sigo hablando con acento más bien americano y generalmente cosecho miradas de extrañeza de los naturales de la ciudad. Por su parte, Gareth es un trotamundos que viaja mucho en nombre de los hermanos y hermanas de Altus. Tiene incluso menos acento londinense que yo. Además, todos llevamos ropas corrientes, pues hemos evitado a propósito cualquier cosa elegante para no llamar la atención.

Y si esto es así... si esto es así y Dimitri ha tenido la precaución de no mencionar nuestra procedencia, no hay razón para que Brigid deduzca que hemos venido de Londres. Por lo tanto, o bien ha hecho una suposición muy acertada o sabe de nosotros más de lo que debiera.



La cena resulta algo embarazosa. No sé si debido a nuestras sospechas o a que no conocemos lo suficiente a nuestros anfitriones, pero el caso es que la mayor parte del tiempo comemos en silencio, salvo por algún intento ocasional por parte de Gareth de iniciar una conversación amistosa. Brigid se ha puesto un vestido que le queda demasiado largo, y sus mangas corren el peligro de hundirse en los diversos platos y salsas que tenemos sobre la mesa. Por un instante siento lástima por su soledad y por su evidente falta de una guía femenina.

Pero a pesar de lo embarazoso de la situación, comemos con entusiasmo. Con la ayuda de una mujer mayor que vive en un pueblo situado a cierta distancia de aquí, Brigid nos ha preparado una cena maravillosa, sencilla, pero en cantidades insólitas, y yo me como con ganas unas raciones que le quitarían el hipo a cualquier jovencita. Cuando después del postre nos estamos bebiendo una cerveza, el señor O'Leary se refiere, por fin, al propósito que nos ha traído a los túmulos.

—Supongo que necesitarán un guía —estoy casi segura de captar cierta esperanza en su tono de voz.

No he tenido ocasión de informar a Dimitri de mi conversación con Brigid, así que me lanzo a hablar antes de que pueda contestar.

—De momento preferimos trabajar solos, aunque apreciamos su oferta.

Dimitri lanza una mirada en mi dirección y yo trato de enviarle otra que dice: «Ya te lo explicaré más tarde».

El señor O'Leary asiente despacio.

—Supongo que tendrán un mapa del lugar.

—Efectivamente —responde Dimitri—. Aunque estoy seguro de que necesitaremos su experiencia más adelante.

A la derecha de su padre, Brigid apunta:

—Mi padre sabe mucho sobre los túmulos. Si están buscando algo en concreto, es

el más indicado para ayudarles.

La risa del señor O'Leary se convierte en una corriente de aire en la habitación iluminada por las velas.

—Hija, se te olvida que el señor Markov y sus amigos solo están investigando los túmulos desde un punto de vista histórico. Y para un hombre acostumbrado a investigar eso es fácil —el sarcasmo de su voz es bastante obvio. Se vuelve para mirar a Dimitri—. ¿No es cierto, señor Markov?

—En efecto —responde Dimitri, sosteniendo su mirada.

Se produce un momento de silencio durante el cual ambos se quedan mirándose fijamente. Me pregunto si no acabarán fulminándose, pues se percibe una intensa hostilidad entre ellos, pero un minuto después el señor O'Leary empuja su silla para apartarla de la mesa.

—Ha sido un día largo y agotador, sobre todo para ustedes. Pónganse cómodos. Brigid servirá el desayuno a las siete.

Desaparece por el pasillo y Brigid se incorpora con una sonrisa incómoda.

—Mi padre no está acostumbrado a tener compañía. Rara vez tenemos huéspedes y es fácil olvidarse de cómo hay que comportarse con otras personas. Perdónenle, por favor.

Dimitri se reclina en su silla, relajado, ahora que se ha ido el señor O'Leary.

—No se preocupe.

Brigid asiente con la cabeza.

—¿Puedo hacer alguna cosa más por ustedes antes de que se retiren a dormir?

—Solo puedo hablar por mí —dice Gareth—, pero tengo cuanto necesito en el colchón que me espera arriba.

—Nosotros no necesitamos nada, gracias —trato de sonreírle. Para obligarme a rebajar mi malestar intento recordar que estamos todos cansados y nerviosos.

—Muy bien.

Le damos las buenas noches, pero continuamos sentados a la mesa un minuto después de que se haya marchado.

Gareth se yergue en su asiento y susurra fuerte:

—¿De qué iba todo eso?

Dimitri mueve la cabeza.

—Aquí no —se levanta y nos hace señas para que le sigamos—. Tenemos que hablar en una de nuestras habitaciones y sin hacer ruido.

Le seguimos escaleras arriba. Pasamos por delante de las habitaciones que les han asignado a él y a Gareth tras nuestra llegada. Dimitri se detiene ante la puerta de mi cuarto y la abre. Arquea las cejas a modo de interrogante mudo y yo asiento, dándole permiso para entrar en mi habitación, aunque solo lo pregunta por Gareth. Dimitri es bienvenido en mi cuarto y él lo sabe.

Cuando pasamos, Dimitri cierra la puerta y nos adentramos en la habitación. El fuego está encendido en la chimenea y nos dirigimos al pequeño sofá y a los asientos dispuestos delante de ella. Gareth se sienta en uno de los sillones de respaldo alto, con la tapicería raída, mientras yo me acurruco en un extremo del sofá. Dimitri se deja caer sobre la alfombra, frente al fuego, se estira con un suspiro y se apoya en sus brazos.

—Buenos —dice con calma—, ¿qué sospechas?

Tomo aire.

—No estoy segura, pero Brigid me preguntó si veníamos de Londres, y no como lo pregunta alguien que necesita oír la respuesta.

—Pues creo que no sé lo que es, en realidad, preguntar —el tono de Gareth está teñido de humor—. ¿No es así como se hace una pregunta?

Le miro a los ojos, tratando de disimular mi exasperación.

—No. A veces, uno hace una pregunta para confirmar algo que ya sabe.

—¿De modo que piensas que Brigid ya sabía que veníamos de Londres? —me pregunta Dimitri desde el suelo.

—Eso parecía, la verdad —paseo la mirada de uno a otro—. ¿Estáis seguros de que ninguno de vosotros ha mencionado de dónde venimos?

—Totalmente —dice Dimitri sin dudarlo—. Me he tomado muchas molestias para proteger nuestras identidades, nuestros antecedentes, todo, aparte de la historia que nos inventamos. Después de lo que sucedió de camino a Chartres no quiero correr más riesgos en lo que respecta a tu seguridad, Lia —su voz es grave y sonora y noto cómo me ruborizo.

—¿Gareth?

Se encoge de hombros.

—No sé lo bastante sobre sus motivos para estar aquí como para contarlo y no he tenido ni tiempo ni ocasión de parlotear sobre Londres. Usted y Dimitri hablan muy bien, y probablemente haya muchos estudiosos que vengan de Londres por los tómulos. ¿No es posible que, simplemente, lo supusiera?

—Tal vez —me quedo mirando el fuego como si contuviese las respuestas a todas nuestras preguntas—. Supongo que es posible... —levanto la vista buscando los ojos de Gareth—, pero presiento que saben más de lo que se les ha dicho.

—Estoy de acuerdo con Lia —Dimitri habla en voz baja sin mirar a nadie—. Puede que no sea nada, pero no podemos arriesgarnos. Mientras estemos aquí, tendremos que andar con los ojos bien abiertos y guardar celosamente cualquier descubrimiento.

—¿Quieren que me quede? —pregunta Gareth—. Al menos, podría vigilar y velar por su seguridad.

Dimitri me mira a los ojos, dejándome la decisión a mí. Conoce muy bien mi

deseo de hacer las cosas como las habría hecho tía Abigail, al menos hasta que sepa lo bastante como para actuar de otro modo.

Sí, la propuesta de Gareth me tienta. Desde la traición de Sonia, el número de personas en las que confío ha disminuido alarmantemente.

Pero tía Abigail no quiso contárselo todo a Gareth. Cuando nos lo asignó como guía para ir a Chartres, tan solo le confió un pequeño tramo de nuestro viaje, tal como hizo con los demás guías. Es imposible creer que yo, con mi escasa experiencia y conocimientos, podría tomar una decisión más sabia que la suya.

Sonríó a Gareth y busco su mano. Él contempla sorprendido mi brazo extendido y mira a Dimitri como buscando permiso. Cuando Dimitri asiente brevemente con la cabeza, Gareth me toma de la mano.

—Querido Gareth, de haber alguien con quien pudiera compartir mis secretos, serías tú. Sin embargo, tengo que rehusar, por tu propio bien y por el mío. Aunque desearía de todo corazón que no fuese así.

Él asiente.

—Siempre a su servicio, mi señora —apretándome la mano, sonrío abiertamente antes de que yo pueda replicar—. Y no necesita recordarme que aún no ha aceptado el cargo. La gente de Altus, su gente, la necesita. Ninguna auténtica señora puede ignorar la llamada de su gente, y no hay señora más auténtica que usted.

Trago saliva por la emoción que me invade, pero Gareth se pone en pie y me ahorra la vergüenza de intentar hablar de ello.

—Les dejo que descansen. Buenas noches.

—Buenas noches, hermano —la voz de Dimitri refleja respeto y afecto a partes iguales, mientras Gareth sale de la habitación.

Dimitri y yo nos quedamos sentados en el silencio dejado por la marcha de Gareth. Los únicos sonidos de la habitación son los producidos por los crujidos y por los movimientos de los troncos de la chimenea. Al volver la vista, me doy cuenta de que Dimitri me está mirando con sus ojos oscuros e inescrutables. Cuando vuelve a apoyarse en sus antebrazos, su camisa blanca se tensa sobre el pecho y el nudo deshecho de la corbata revela una parte de la tersa piel de su cuello. Si le desabrochase el resto de los botones, podría apartarle la camisa de los hombros y besarle en el pecho y en el estómago.

—¿Por qué me miras así? —me sorprende la marea de sus ojos y soy incapaz de negar el deseo en mi voz.

La pasión de su mirada es un reflejo de la mía.

—¿No puedo mirarte por el simple placer de hacerlo, mi señora?

Aparto la mirada.

—No me llames así, Dimitri. Aquí no. No ahora. No quiero ser la señora de Altus. Aún no.

Da una palmadita a su lado, sobre la alfombra.

—Ven —su voz expresa un intenso deseo.

Me acerco a él, salvando la escasa distancia que nos separa, y me dejo caer a su lado en el suelo.

—Más cerca —lo dice tan suavemente que casi ni le oigo.

Me acerco más y solo me detengo cuando mi rostro está a escasas pulgadas del suyo.

—Más cerca aún —dice.

Sonríó y me acerco hasta que nuestros labios se encuentran a apenas una pulgada.

—¿Así?

Su sonrisa es traviesa y oscura.

—Creo que será suficiente —me coge la cara y la levanta un poco para tenerla a su altura—. Incluso cuando llegue el momento de tu reinado, para mí no serás nunca solo la señora de Altus.

Acerca su boca a la mía. Sus labios se relajan en el momento de deslizarse hacia la sensible piel de mi cuello. Echo la cabeza atrás e intento evitar que escape un gemido de mi boca.

—Entonces, ¿qué seré? —susurro.

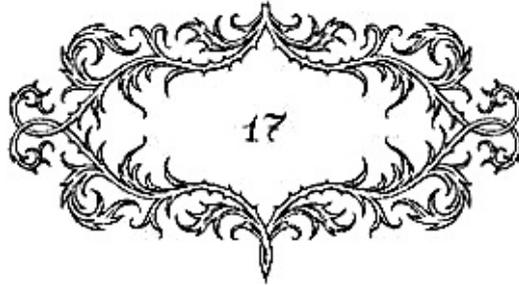
—Muy sencillo —dice, hablando sobre mi piel—. Serás mi amor, mi vida —sus labios continúan su recorrido hasta el centro de mi cuello—. Por muy fuerte que tengas que ser para enfrentarte al mundo, conmigo podrás estar desnuda y no sufrir ningún daño.

Mi cuerpo arde en llamas encendidas en mi interior por la chispa de su boca y por las dulces palabras pronunciadas en un susurro. Me deslizo hacia abajo, para quedarme en parte sobre él y en parte sobre la alfombra, y le empujo contra el suelo. Mi pelo se convierte en una oscura cortina a nuestro alrededor, la luz del fuego apenas puede atravesarla.

—Creo que me encantaría quedarme desnuda ante ti, Dimitri —esta vez es mi boca la que está sobre la suya y me quedo allí enganchada, notando el movimiento de sus labios contra los míos.

Cuando me aparto, él me toca con un dedo la boca inflamada de besos.

—Puedo esperar, Lia. Nunca dejaré de esperar.



Apenas duermo, angustiada por sueños extraños y contradictorios. Me veo en medio del círculo de fuego con la marca quemándome la muñeca y al momento siguiente me encuentro en brazos de Dimitri con mi piel desnuda y caliente pegada a la suya. A la mañana siguiente, cuando salgo de mi habitación, me alegro de que no haya un espejo. Estoy segura de que no me gustaría nada ver mi reflejo.

Oigo murmullo de voces abajo y voy a su encuentro recorriendo la sencilla escalera hasta la entrada de la casa, tranquila por el peso del puñal de mi madre en la bolsa que llevo colgada de la muñeca. Puede que la paranoia me haya obligado a llevarlo, pero prefiero tenerlo y no necesitarlo a que ocurra lo contrario.

Me dirijo al fondo de la casa y al salón que recuerdo de nuestra llegada. Allí me sorprendo de ver solo a Dimitri con la cabeza inclinada sobre un libro. La silla en la que está sentado parece diminuta comparada con su recia constitución y noto una punzada de deseo cuando recuerdo que estuve envuelta en esos fuertes brazos tan solo unas horas antes.

—Buenos días —digo en voz baja, tratando de no sobresaltarle.

Él levanta la vista con los ojos alerta.

—Buenos días, mi amor. ¿Has dormido bien?

Esa expresión cariñosa es nueva y una oleada de placer recorre mi cuerpo al darme cuenta, de pronto, de que yo soy su amor. Y él es el mío.

Cruzo la habitación para cobijarme en sus brazos mientras se pone en pie.

—No. Últimamente me temo que el sueño y yo no hacemos buenas migas.

Me levanta la barbilla y analiza mi rostro con tanto cuidado como si se tratase del libro que estaba leyendo.

—Pues sí —asiente—. Debería haber mirado antes de preguntar. Está bien claro que no has tenido una noche relajada.

Le doy un empujoncito.

—¡Vaya, muchas gracias! ¿Se supone que debo sentirme halagada por esa observación?

Me besa en la punta de la nariz.

—No te lo tomes como un insulto. Para mí estás encantadora a cualquier hora del día o de la noche, estés como estés. Pero me preocupas, eso es todo. Te veo demacrada, cansada y aún nos queda mucho trabajo por delante.

Sonríe, conmovida por su interés.

—No me pasa nada que un poco de aire fresco y una buena comida no puedan curar —me separo de él y miro hacia el pasillo—. ¿Dónde están todos?

—El señor O’Leary y su hija andan ocupados con las tareas de la casa —Dimitri se queda dudando y se rasca la barba crecida de la barbilla—. Me temo que Gareth se ha marchado.

—¿Que se ha marchado? —muevo la cabeza—. ¿Qué quieres decir?

Dimitri se inclina hacia la mesa de té para coger un trozo de papel doblado.

—Me dijo que no le gustaban las despedidas. Salió esta mañana temprano y dejó esto para ti.

Me entrega la nota y yo me vuelvo hacia el fuego, desdoble el grueso papel y acomodo mi vista a la inclinada escritura:

Querida señora:

Siento marcharme sin despedirme, pero nunca me han gustado las despedidas, y ahora menos que nunca. Me gustaría que pudiese confiarme su misión, pues es obvio que es una pesada carga para usted, y quiero que sepa que si en el futuro necesita en algún momento ayuda o simplemente un amigo de fiar, estoy a su servicio y cuenta con mi lealtad.

Escoja el camino que escoja, para mí siempre será la legítima señora de Altus.

Su fiel servidor,
GARETH

Doblo el papel despacio. Siento la pérdida de Gareth como una desagradable sorpresa, a pesar de que ya sabía que iba a marcharse hoy.

Supongo que deseaba despedirme de él.

—Estoy seguro de que tan solo pretendía ahorrarte disgustos —oigo la voz de Dimitri a mi espalda—. Está claro que te tiene en gran estima.

—Y yo a él —lo digo en voz baja, mirando el fuego. Inspiro hondo antes de volverme para mirar a Dimitri—. Entonces, ¿vamos a desayunar al comedor o empezamos nuestra jornada? Seguro que tenemos muchas cosas que hacer.

—No estaría mal empezar por el desayuno —sonríe, cogiéndome de la mano—. Pero no en el comedor. Ven. Tengo una sorpresa.

Los campos se extienden esplendorosos ante nosotros mientras galopamos por la campiña. Las colinas aparecen aquí y allá en todas las direcciones. El cielo está excepcionalmente azul y, al levantar la vista para mirarlo, maravillándome por su claridad, siento como si la tierra se ladease hasta que pienso que voy a ahogarme en ese océano.

Los túmulos salpican las extrañas colinas y los afloramientos de rocas en las verdes llanuras y nos contemplan desde lejos. Conducimos los caballos hacia ellos. A medida que avanzamos, percibo la misma extraña familiaridad que sentía en Chartres. Cuando nos detenemos al pie de la cueva más grande, tengo los nervios a flor de piel. Me siento vinculada a este desnudo paisaje y a sus cuevas subterráneas, aunque esa sensación me llena de una inexplicable melancolía.

Tras desmontar, examino las rocas y los campos circundantes. Después me vuelvo hacia Dimitri con una sonrisa.

—Aunque es una sorpresa estupenda, no me parece que puedas atribuirte el mérito de los túmulos. Después de todo, llevan aquí cientos de años.

Él saca un hatillo de su alforja y se dirige a un lugar donde da el sol, muy cerca de la inclinada ladera de césped de la colina que alberga uno de los túmulos.

—Te has vuelto muy chistosa, Lia. Eso me gusta. Pero los túmulos no son la sorpresa, tonta.

Extiendo un brazo para abarcar con un movimiento todo el paisaje que nos rodea.

—Bueno, será difícil superar esto, aunque estoy dispuesta a concederte el beneficio de la duda.

Dimitri sacude el hatillo de tela y veo que se trata de una manta de lana con un entramado de cuadros escoceses de color beis y verde.

—Ahora me da miedo decirte de qué se trata, porque tienes razón, no será nada en comparación con una mañana tan preciosa en un sitio tan encantador.

Me acerco a él y me pongo de puntillas para besarle en los labios.

—Bobadas. Me has traído hasta aquí. ¡Y sin desayunar! Exijo mi sorpresa.

Él suspira fingiendo cansancio.

—Muy bien. Haré lo que pueda para no decepcionarte.

Introduciendo una mano dentro de una bolsa de piel de borrego, empieza a sacar paquetes envueltos en tela. Momentos después me pongo junto a él encima de la manta mientras desempaqueta huevos cocidos, pan recién hecho, queso, manzanas y un pequeño tarro de barro con miel.

Inspecciona la colocación de los alimentos y mueve el tarro de miel un poco hacia la izquierda y los huevos un poco hacia la derecha antes de hablar.

—Ahora a comer.

Me dejo caer a su lado encima de la manta y tomo su rostro entre mis manos. Antes de hablar, le rozo los labios con los míos.

—Es maravilloso, Dimitri. De verdad —le miro a los ojos—. Gracias.

Me devuelve la mirada antes de volver a sentarse en la posición anterior y de coger el pan.

—No me apetecía repetir la desastrosa cena de anoche, especialmente en nuestra primera mañana en los túmulos.

Suspiro, cojo el trozo de pan que me ofrece y alcanzo el tarro de miel.

—Una sabia decisión, ya lo creo —tras dejar gotear la miel sobre el pan, vuelvo a tapar el tarro y doy un mordisco. No se parece a ningún pan que haya probado antes, está seco, crujiente y mantecoso—. Bien, ¿por dónde empezamos?

—Creo que deberíamos pasar el día estudiando el terreno. Es difícil hacerse una idea del sitio solo con un mapa.

Asiento mientras cojo el queso.

—Sí, y nos sería muy útil descubrir el significado de las cuevas. Si la piedra está aquí, seguramente estará oculta en algún lugar importante, ¿no? Como la última página en Chartres.

—Eso había pensado yo, pero no he encontrado nada concreto en lo poco que he podido investigar antes de que nos marcháramos. Hasta le pregunté a Victor, pero me mandó una nota diciendo que este sitio, como tantos otros en Inglaterra y en Irlanda, ha ido deteriorándose con el tiempo —le da un mordisco a una manzana—. Por lo visto, últimamente nadie ha realizado un estudio significativo sobre este lugar.

Suspiro, tratando de dominar la frustración que está a punto de renacer en mi interior. Es demasiado pronto para eso.

—Bueno, entonces supongo que, si no es fácil conseguir la respuesta, deberíamos empezar ya.

Dimitri asiente y se pone en pie de inmediato.

—Tienes razón.

Envolvemos lo que ha sobrado y lo ponemos en las alforjas de Dimitri antes de montar en los caballos. El lugar es grande y nos va a llevar toda la mañana y parte de la tarde cubrirlo todo. No entramos en ninguno de los túmulos. Aún no. El día de hoy solo ha de servir para orientarnos y lo pasamos recorriendo los campos a caballo. De vez en cuando nos detenemos y le recito a Dimitri la estructura básica de las colinas y cuevas para que pueda tomar nota de ello para más tarde. No estamos seguros de si es importante su apariencia exterior, pero cualquier cosa que distinga una cueva de las demás podría resultar útil.

Cuando regresamos a la casa, la luz se va volviendo gris azulada con la puesta del sol. Aunque hoy no hemos hecho ningún descubrimiento, ya hemos dado el primero

y más importante paso para la localización de la piedra.
Está ahí, en algún sitio. Puedo sentirlo.



Esa noche, el señor O'Leary y Brigid nos bombardean a preguntas durante la cena. Yo me aferro a la empuñadura de mi daga a través de la tela del bolso mientras nos preguntan sin cesar sobre los túmulos, a pesar de haber afirmado Dimitri anteriormente que no habíamos hecho nada más que explorar a caballo. Solo después del postre parece que el señor O'Leary acepta la explicación sobre lo que hemos hecho en el día de hoy y no sabría decir si veo alivio o decepción en sus ojos.

Estoy deseando levantarme de la mesa y siento alivio cuando Dimitri y yo podemos darle al señor O'Leary las buenas noches sin parecer groseros. Subimos juntos las escaleras y nos detenemos a la entrada de mi cuarto para darnos un apresurado aunque apasionado beso de buenas noches antes de que Dimitri se dirija a su habitación al fondo del pasillo.

Es un alivio poder quitarme los pantalones de montar y la camisa. Son más cómodos que los vestidos y las enaguas, pero es una delicia notar cómo se desliza por mi piel desnuda el camisón.

Tras meterme en la cama, estiro las mantas de lana hasta la barbilla, agradeciendo el fuego de la chimenea. Me pregunto si será tarea de Brigid, pues no he visto a nadie más ayudando en la casa, aparte de la mujer que viene a cocinar. Ni me molesto en comprobar cómo está la piedra de víbora. Estos últimos días he abandonado la costumbre de controlar su calor. Resulta cada vez más difícil negar que está disminuyendo su fuerza. Sin embargo, me permito olvidarme de ello un instante y me deslizo en el abismo del sueño.



Estoy segura de que me encuentro en el interior de una de las cuevas de Loughcrew, aunque no hay nada que indique que se trate de uno de los túmulos. Lo sé con esa inexplicable certeza con la que se saben las cosas en los sueños.

Al principio estoy sola, atravieso el interior frío y húmedo con la única luz de una antorcha que me guía. Busco algo o a alguien, no lo sé. Apenas es un pensamiento. Continúo avanzando, examinando las paredes y suelos de roca mientras me adentro más y más en la caverna.

Primero escucho el susurro. No es el extraño murmullo que solía oír antes de despertarme cuando Alice recitaba sus hechizos en la habitación oscura, sino una simple conversación susurrada. A cada paso que doy se oye con más claridad. Cuando doy la vuelta a una de las esquinas de la cueva, las veo.

Las muchachas caminan juntas, cogidas de la mano. Son casi idénticas, incluso de espaldas. De pronto, una de ellas me resulta familiar.

Me viene a la cabeza la imagen fugaz de la niña de Nueva York que me entregó el medallón la primera vez.

La veo en el camino que conduce a Birchwood, entregándomelo de nuevo, chorreando agua, unos momentos después de haberlo arrojado yo al río.

Por último, la veo en un sueño, mientras su angelical rostro se metamorfoseaba en el de Alice justo antes de que me marchase a Altus.

He llegado a la conclusión de que la niña de mi sueño es Alice, a pesar de su pelo dorado, que contrasta con el pelo castaño de mi hermana.

La niña de la derecha tiene exactamente la misma estatura, pero su rizos son de color caoba. Se vuelve para mirarme y sus ojos se topan con los míos. Incluso a la débil luz de la antorcha puedo ver que son verdes como los míos. Quitando su pelo castaño, es idéntica a la niña que ha desempeñado un papel tan importante en mis momentos más tenebrosos con la profecía, pero su rostro es, de algún modo, más dulce e inocente.

—¿Vendrás con nosotras? —lo dice con voz trémula y con un miedo evidente en su rostro pequeño y delicado.

Asiento con la cabeza, aunque el corazón me late más aprisa. Sé que la otra niña es la de mis pesadillas y no me entusiasma la idea de adentrarme más con ella en la cueva.

Un segundo más tarde, la otra niña se da la vuelta. Sonríe enigmáticamente.

—Sí, ven con nosotras, Lia. Os lo enseñaré a las dos —su voz tiene ese misterioso acento que recuerdo, una voz infantil, pero, de algún modo, falsamente ingenua.

No me da tiempo a preguntarle a qué se refiere, pues vuelve a darse la vuelta y tira de la mano de la otra niña. Yo las sigo. Noto cómo el aire se hace más húmedo mientras me llega un aroma metálico transportado por una húmeda corriente.

—Ya casi estamos —dice la niña Alice sin detenerse ni darse la vuelta.

La otra, a la que lleva a rastras, estira el cuello para mirarme. El terror que hay en sus ojos hace que el corazón me pese como una losa. Da un traspie y se vuelve al frente para enderezarse. Da unos cuantos pasos más. Después se detiene bruscamente. Comprendo la razón al oír el débil sonido del agua más allá. Se trata de un goteo constante y rápido sobre la piedra de la cueva.

La pequeña Alice no deja de caminar. Se limita a tirar más fuerte de la mano de la otra niña.

—Vamos, no tengas miedo. Solo es agua.

Yo no quiero seguir las. En dos ocasiones he estado a punto de encontrar la muerte en el agua. Solo a mi hermana la temo más que al agua.

No obstante, sigo caminando y observo cómo la aterrorizada niña se ve obligada a adentrarse cada vez más en la cueva. Su miedo no me permitirá marcharme, ni siquiera en mi sueño.

De pronto, la oscuridad inunda la cueva. Ya no veo a las niñas, pues mi antorcha no ilumina más allá de un par de pies delante de mí. Más allá todo es negrura hasta que torcemos por otra esquina y de pronto se abre un espacio delante de nosotras.

Parece una sala amplia debido al techo que se alza más allá de nuestro campo de visión. Pero no lo es. De hecho, es más bien pequeña, iluminada por un inquietante resplandor rojo que deja a la vista un estanque a pocos pasos de distancia de nosotras. Gotas de agua caen de algún lugar por encima de nuestras cabezas, rebotando por las paredes de la cueva hasta llegar al estanque. Tienen un largo recorrido por delante, pues la superficie del agua no llega hasta el borde donde estamos. No. Ese borde desciende por una profunda extensión de piedra que va a dar al agua, negra como boca de lobo, allá abajo, a lo lejos.

Ni siquiera tengo que pensar en alejarme. Mi cuerpo se estremece de miedo y tengo que obligarme a sujetar bien la antorcha. Lo que realmente quiero hacer es agarrarme a las paredes de la cueva y salir del sueño lo antes posible.

Pero estoy como clavada allí. No puedo marcharme porque está a punto de suceder algo.

Y estoy aquí para verlo. En un sueño así es lo único que puedo hacer.

—Acércate más, Lia —dice la Alice de mi sueño—. Quiero verte.

Quisiera negarme a hacerlo, pero los ojos de la otra niña me suplican, como si mi proximidad pudiese salvarla de algún modo, cuando ya sé que no puedo hacerlo. No podré.

No obstante, debo intentarlo. Avanzo un poco para tenderle una mano a la aterrorizada niña, para apartarla del abismo de agua que se extiende bajo ella.

Pero no tengo ocasión de hacerlo. Apenas me encuentro a unas pulgadas de ella con mi brazo extendido hacia su pequeño y tembloroso cuerpo cuando Alice la suelta.

Por un instante me alegro, pensando que le está ofreciendo la libertad.

Entonces, la Alice de mi sueño da un paso hacia ella y extiende las manos. La empuja con tanta suavidad, con tanta elegancia que me cuesta un poco darme cuenta de que la niña del pelo castaño ha caído por el precipicio.

Me adelanto tambaleante, olvidándome de mi propio miedo. Cuando llego al borde, aún sigue cayendo. No se oyen gritos ni ningún sonido mientras cae. Tan solo el ligero aleteo de sus miembros. En su rostro hay una sobrecogedora calma. Pero no es solo su rostro, pues se convierte en el mío mientras cae.



El señor O'Leary nos da un nuevo mapa después de dictaminar que el de Dimitri está completamente anticuado. Al parecer, las obligaciones del señor O'Leary incluyen poner al día el mapa con los nuevos descubrimientos y dárselo a los que vienen a estudiar el lugar. Así lo ha hecho a lo largo de todos estos años, cuando exploradores y estudiosos venían a visitar los túmulos, y aunque no parece contento de ayudarnos, está claro que se siente obligado a proporcionarnos la versión más reciente. No estamos seguros de si debemos aceptar su ayuda, pero parece que lo más sensato es utilizar todo lo que tengamos a nuestra disposición.

Tras haber discutido el asunto durante un rato, comenzamos por uno de los túmulos más grandes. Yo creo que la piedra podría estar escondida en un lugar más pequeño con el objeto de evitar que la descubra cualquier explorador, pero Dimitri es de la opinión de que estará en uno de los lugares más significativos de Loughcrew y, probablemente, eso signifique que estará en una de las cuevas más grandes. Al final me dejo convencer por esa teoría. Sea como fuere, tendremos que buscar en todas hasta que encontremos la piedra o hasta que eliminemos los túmulos como potenciales escondrijos.

Nos acercamos a caballo al túmulo más grande, situado un poco a la izquierda del primer grupo. Sigue siendo desconcertante ver aflorar en el paisaje los túmulos cubiertos de césped, formando extrañas alineaciones entre las ondulantes colinas. Parece imposible que un lugar así pueda ocultar una intrincada y laberíntica cueva, pero cuando Dimitri y yo amarramos a los caballos y nos adentramos en el frío interior, comprobamos que es así.

El hecho de que no sepamos exactamente qué es lo que buscamos al mismo tiempo dificulta y acelera nuestros progresos, pues aunque empezamos despacio, comprobando cualquier cosa que pueda parecer fuera de lo normal, nuestros pasos se aceleran al adentrarnos en la primera cueva. Hay que tener demasiadas cosas en

cuenta, pero cuanto más andamos, sorteando cuidadosamente las rocas que bloquean el camino y agachándonos a veces porque el techo es bajo, muchas cosas empiezan a tener el mismo aspecto.

Las paredes rocosas de la cueva, a veces reforzadas con largas piedras colocadas delante de ellas, están cubiertas con extraños grabados: espirales, agujeros practicados en la roca, zigzags, en fin, buena parte del interior presenta elaboradas marcas. No puedo evitar preguntarme qué significará todo aquello. Al mismo tiempo, rezo para que la localización de la piedra no se oculte en alguno de esos ilustrados enigmas de las paredes de la cueva. Ni siquiera domino bien el latín. Estaríamos perdidos si tuviese que descifrar esos antiguos grabados.

—Aquí termina el camino —Dimitri se detiene delante de mí y casi tropiezo con él—. Deberíamos volver.

Suspiro, no sé si aliviada o desalentada.

—De acuerdo.

—No te des por vencida, Lia. Este es solo el primero. Quedan muchos más por explorar.

—Claro —no puedo disimular mi tono quejumbroso mientras regreso sobre mis pasos por la cueva, en dirección a la entrada—. ¿Y si todos son exactamente igual que este? ¿Cómo encontraremos el sentido de todo esto?

—No lo sé —el eco de su voz rebota en las paredes del túmulo—. Ya se nos ocurrirá algo.

Su respuesta no sirve para aliviar mi preocupación, pero no vuelvo a hablar hasta que nos encontramos fuera, bajo el cielo gris y primaveral. Examino el terreno en todas las direcciones, hay túmulos pequeños a derecha e izquierda, el más grande está situado a lo lejos.

—¿Cuál es el siguiente?

Puedo ver cómo trabaja el cerebro de Dimitri, como si pensar más aumentase nuestras posibilidades de encontrar la cueva correcta, cuando cada vez parece más evidente que quizás todo no sea más que una maniobra al azar.

—Vayamos hacia el grande partiendo de este más pequeño de aquí —señala a la derecha y yo sigo su mirada.

A mí me parece no ver nada, salvo ese verdor uniforme que nos rodea por todas partes, pero cuando examino el campo, distingo un destello amarillo cerca de la cueva más pequeña.

—¡Espera! ¡Allí hay algo! —exclamo, señalándolo.

Dimitri entrecierra los ojos, siguiendo la dirección de mi dedo.

—Yo no veo nada.

Miro más fijamente, tratando de encontrarlo de nuevo para mostrárselo a Dimitri. Pero ha desaparecido.

—Ya no está. Puede que me lo haya imaginado.

Él mueve la cabeza.

—No. Eres bastante realista. Si dices que has visto algo, será así. Vamos allá a echar un vistazo, ¿te parece?

Nos lleva apenas un momento llegar hasta el siguiente túmulo. Podríamos haber dejado los caballos en el último y haber ido caminando, pero el extraño paisaje me hace sentir bastante inquieta. Y aunque no se ve a nadie hasta donde alcanza la vista, sigo con mis manías. Siempre me estoy preparando por si hay que huir, siempre estoy planeando cómo defenderme.

Resulta casi imposible explorar como es debido el túmulo más pequeño. Los techos son bajos y prácticamente ha desaparecido la galería interior. Tratamos de adentrarnos paso a paso, intentando no alterar nada, pero enseguida nos damos por vencidos y optamos por descansar hasta después del almuerzo.

—¿Y ahora qué? —trato de disimular mi desesperación.

Estamos sentados sobre el césped, fuera del túmulo más pequeño. Intento mostrar entusiasmo por la comida que nos ha preparado Brigid, aunque la frustración que siento por nuestros nulos progresos no hace mucho en favor de mi apetito.

Dimitri suspira.

—Demos por finalizado el día de hoy y regresemos a la casa. Por mucho que odie admitirlo, estamos mal preparados. No es que me fíe del señor O'Leary, pero puede que tengamos que aceptar su oferta para que sea nuestro guía.

Aunque la idea de pasar el día con el señor O'Leary en la oscuridad de las cuevas hace que me estremezca, puede que Dimitri lleve razón.

—Bueno, supongo que no nos pasará nada por permitirle acompañarnos al principio. Podríamos aprender algo de él y luego continuar solos la exploración.

Dimitri asiente.

—Me parece que es la opción más sensata. Además —se estira y bosteza—, me vendría bien descansar un poco antes de la cena. No duermo bien en este sitio.

Me vuelvo bruscamente para mirarle, pues no recuerdo que Dimitri haya dormido mal en ninguna de las situaciones en que hemos estado juntos.

—¿Por qué no?

—Me noto... inquieto. No sé si será porque estamos cerca de la piedra, porque puede que este lugar tenga antiguos vínculos con nuestro pueblo o por lo extraños que son el señor O'Leary y su hija, pero me siento incapaz de descansar como es debido.

Asiento con la cabeza.

—A mí me pasa lo mismo.

Extiende el brazo para cogerme de la mano.

—¿Sigues teniendo malos sueños?

—Algunos —son más que algunos, claro, pero no quiero alarmar a Dimitri ni darle más motivos para que no duerma.

Se lleva mi mano hasta su boca y me besa con suavidad en los nudillos.

—Siempre que tengas miedo puedes venirte conmigo.

Su ternura me hace sonreír.

—Gracias. De momento me las arreglo bien.

Se pone en pie y tira de mí para que yo también me levante.

—Vamos. Hablaremos con el señor O'Leary para que nos acompañe mañana.

Regresamos a la casa bajo un cielo gris que nos es cada vez más familiar y todo el rato me pregunto qué será peor, si no encontrar la piedra o arriesgar nuestras vidas confiando en alguien como el señor O'Leary.



—Qué brazalete más bonito —dice Brigid cuando voy a coger mi copa de vino—. Sencillo, pero llamativo.

Bajo los ojos hacia el medallón y me estiro un poco la manga para taparme más el brazo. Hasta ahora siempre me he preocupado de ocultarlo, lo mismo que la marca de la otra muñeca.

—Gracias —trato de decirlo con tono desdeñoso, aburrido—. En realidad, no es más que una cinta.

—Una cinta —se sirve unas patatas y me pregunto si son imaginaciones mías o si lo dice en tono forzado—. Qué accesorio más interesante.

—Sí, bueno, siempre me han traído sin cuidado las joyas —me sirvo un poco de la fuente que tengo delante, una especie de repollo frito con carne, e intento cambiar de tema—. ¡Mmm! ¡Qué bueno está esto!

La mirada de Brigid se endurece.

—Gracias. Es un plato irlandés. Me alegro de que le guste.

—¿Qué tal se les ha dado el día en los túmulos? —pregunta el señor O’Leary. Su indiferencia suena fingida, forzada.

—Precisamente —dice Dimitri, bebiendo un sorbo de vino—, nos preguntábamos si no le importaría acompañarnos mañana. Tenía usted razón: Loughcrew es muy grande. Nos vendría bien algo de ayuda para orientarnos. Solo le necesitaremos un día. Después nos las arreglaremos nosotros solos.

El señor O’Leary mira fijamente a Dimitri.

—¿No encuentran lo que andan buscando?

La sospecha se enciende en los ojos de Dimitri.

—No estamos buscando nada en particular, pero nos gustaría tener una visión de conjunto del lugar para presentar nuestro informe y resulta difícil decidir qué es importante y qué no, pues todo se parece mucho. Imagino que a un hombre como

usted, con sus conocimientos sobre los túmulos, le resultará mucho más fácil.

Se trata de un descarado intento de adulación por parte de Dimitri. Me sorprende un poco que el señor O'Leary asienta, aunque es más que posible que solo quiera inspeccionar nuestras actividades.

—Será un placer para mí mostrarles mañana los túmulos. Es un lugar muy grande y como mejor se explora es a pleno día. Saldremos en cuanto amanezca.



El cielo, de un color naranja suave y rosa pálido, se abre sobre nosotros mientras cruzamos los campos a caballo. El señor O'Leary, a lomos de un viejo caballo capón de color gris, encabeza la marcha. A mí me gustaría que Dimitri y yo estuviésemos lo bastante capacitados como para explorar solos los túmulos; de hecho, ya sabemos más que ayer. Brigid nos ha hecho un almuerzo completo. El señor O'Leary ha preparado tres antorchas y lleva un duplicado del mapa que le dio a Dimitri, que incluye algunos lugares enmarcados en un círculo. Al menos veremos bien, comeremos bien y tendremos alguna idea de adónde vamos.

Comenzamos por el mismo túmulo grande con el que empezamos ayer. Dimitri protesta, pero el señor O'Leary levanta la mano para hacerle callar.

—¿Entraron a la galería por la parte delantera? —todavía a caballo, nos conduce al lado opuesto de la entrada.

—Bueno... sí —Dimitri frunce el ceño, pasmado—. ¿Por dónde íbamos a entrar si no?

El señor O'Leary detiene su caballo en la parte trasera del túmulo y salta al suelo.

—Esa es la entrada más lógica, pero aquí hay otra —nos mira mientras nosotros seguimos encima de nuestras monturas—. ¿Vienen?

Tras desmontar, Dimitri y yo atamos nuestros caballos al lado del suyo. Cuando levantamos la vista, él ya se encuentra a mitad de camino en dirección a lo alto del túmulo cubierto de hierba.

—Señor O'Leary —me protejo los ojos del sol poniéndome la mano como visera—, ¿qué está haciendo?

Él suspira y baja la vista para mirarme con hastío.

—A todos nos vendría bien ahorrarnos las preguntas. Ustedes me pidieron que fuese su guía, así que hagan el favor de seguirme —dice, gesticulando en dirección a la colina, como invitándonos a subirla.

Dimitri es el primero en poner un pie en la pendiente de rocas y hierba. Tras recobrar el equilibrio, me tiende una mano para ofrecerme ayuda, pero yo ya me

encuentro casi a su altura. Él sonrío y la admiración que hay en sus ojos me inunda de un secreto placer.

Mientras continuamos subiendo por el túmulo, trato de mantener el paso de ambos hombres. No está demasiado empinado, pero las piedras, el barro y el desigual crecimiento de las hierbas hacen que la subida sea traicionera, de modo que piso con cuidado. El primero en llegar a la cima es el señor O'Leary, que se queda parado, mirando fijamente al suelo, como si hubiese algo fascinante a sus pies. Cuando Dimitri y yo le alcanzamos, entendemos el porqué.

Me cuesta unos instantes ver el enorme agujero del túmulo. Aún mirando abajo, pregunto:

—¿Qué es?

—Pues está claro, un agujero grande —el señor O'Leary parece aburrido, como si fuese lo más normal del mundo estar en la cima de una antigua cueva con un gigantesco agujero en la parte más alta.

—Ya lo veo —trato de disimular mi impaciencia—. Pero ¿cómo es que está aquí? Él mueve la cabeza.

—Es una vergüenza. Uno de los primeros caballeros que descubrieron el lugar desmontó la parte de arriba de este túmulo. Decía que buscaba un enterramiento.

—¿Y lo encontró? —pregunta Dimitri.

El señor O'Leary niega con la cabeza.

—No. Y, además, ya no volvieron a poner las piedras en su sitio. Si bajamos a la cueva desde aquí, verán una parte de ella que es inaccesible cuando se entra por delante.

Echo un vistazo al interior.

—¿Y qué pasa con el túmulo? ¿No estropearemos nada?

—Cuando entro en los túmulos, no hay nadie más cuidadoso que yo. Pisaremos con cuidado, echaremos un vistazo y saldremos sin tocar nada. Mientras bajan ustedes, yo sujetaré las antorchas aquí arriba. En cuanto lleguen al suelo, se las tiraré.

La roca cae en picado hasta el suelo de la cueva. Yo no confío demasiado en mi habilidad para saltar sin lastimarme. Y, encima, hay que saltar sin las antorchas y con el señor O'Leary mirando desde arriba. La paranoia se apodera de mí y mi imaginación da vueltas y más vueltas hasta que me convengo de que el señor O'Leary planea abandonarnos dentro del túmulo, para después poner encima la tierra y las piedras que había originariamente.

Todos estos pensamientos se arremolinan en mi cabeza, aunque sé que no voy a poner voz a mis miedos.

—Yo iré primero —no miro a Dimitri mientras lo digo.

Estoy a punto de bajar por el borde de piedra cuando trata de detenerme.

—¿Qué haces? Deja que yo vaya delante, así podré cogerte.

—No pasa nada —replico, con la mirada aún fija en las rocas mientras empiezo a descender—. Ya casi estoy a mitad de camino.

—¡Ten cuidado! —la preocupación en su tono de voz es evidente y sonrío mientras bajo el último par de pies hasta el suelo de la cueva. No puedo evitar alegrarme, sobre todo porque tenía miedo. La voz de mi padre resuena en mis oídos, tan clara como si estuviera aquí a mi lado: «Nunca debemos ser prisioneros del miedo, Lia. Recuérdalo».

Dimitri comienza a bajar. Enseguida está a mi lado y hace que el descenso que yo tenía por peligroso y lento parezca de lo más simple. Mi nerviosismo por las intenciones del señor O’Leary desaparece en cuanto tira las antorchas y queda claro que tiene intención de reunirse con nosotros dentro del túmulo. Esperamos a que emprenda el descenso. No tarda mucho más que Dimitri y me admiran su rapidez y agilidad cuando salta al suelo como un hombre la mitad de joven que él.

—Vamos.

Nos entrega una antorcha a cada uno y le seguimos dentro de la cueva. Explorar con el señor O’Leary no tiene nada que ver con nuestra excursión sin rumbo de ayer. Mientras andamos, sostiene la antorcha ante las paredes, iluminando los numerosos grabados y símbolos y proporcionándonos variadas teorías acerca de su significado. A lo largo del camino nos enteramos de que algunas personas creen que las marcas son parte de un calendario, mientras que otras piensan que tienen que ver con la salida del sol. Nadie lo sabe a ciencia cierta, y mi alma queda muda y en calma en señal de respeto por este lugar sagrado.

Es interesante escuchar las explicaciones del señor O’Leary mientras andamos por la cueva, pero cuando vemos el agujero en el techo que marca el lugar del que partimos seguimos sin haber encontrado nada que nos ayude en nuestra búsqueda. Desde luego, no nos gustaría encontrar la piedra en presencia del señor O’Leary, pero yo me siento defraudada porque tampoco esta excursión tan minuciosa por el pasado nos ha llevado a hacer nuevos descubrimientos sobre la profecía y la piedra.

El resto del día es igual de tranquilo. El señor O’Leary nos lleva a otro gran túmulo y a tres más pequeños, pero no encontramos ninguna pista sobre la piedra por ningún sitio. Hay marcas en forma de espiral por todas partes, pero nada indica la presencia de una piedra sagrada.

Permanecemos callados mientras damos una vuelta por el último túmulo pequeño. Me pregunto qué será lo siguiente que hagamos, pues ya hemos decidido volver hoy a la casa y ni me imagino por dónde continuaremos mañana. Evidentemente, pasear de cueva en cueva no nos servirá de nada.

Dimitri echa un último vistazo al mapa antes de ponerse el abrigo. De repente se para y mira muy concentrado los campos.

—¿Qué es eso?

Sigo su mirada. Es la misma mancha amarilla que vi ayer, solo que esta vez puedo comprobar que se trata de una mujer, cuya capa amarilla ondea bajo la brisa, cerca del más grande de los túmulos.

—Por Dios —murmura el señor O’Leary—, mira que se lo dije, que se mantuviese alejada de los túmulos.

—¿Qué está haciendo? —me apresuro a colocarme al lado del señor O’Leary y le pongo una mano en el brazo que sostiene el rifle que acaba de sacar de su alforja.

Él frunce el ceño como si no comprendiese por qué me preocupa que empuñe un rifle y que apunte a una mujer.

—Es la loca de Maeve McLoughlin. Se pasa todas las horas del día y de la noche merodeando por ahí, a pesar de que le he dicho que esto es una propiedad privada.

—No creo que sea necesario el rifle —Dimitri levanta la vista hacia él—. Bájelo, ¿quiere?

El señor O’Leary pone mala cara al sopesar el tono de seriedad de Dimitri.

Cuando vuelvo la vista en dirección a la figura, me alivia ver que la mujer llamada Maeve ha desaparecido. Por lo menos, hemos entretenido lo bastante al señor O’Leary como para permitir que se ponga a salvo.

Al seguir mi mirada, él nota su ausencia y regresa a su caballo fastidiado. Guarda el rifle en su bolsa sin parar de rezongar.

—No pensaba dispararle. Solo asustarla. Después de todo, es mi trabajo.

Montamos en nuestros caballos y regresamos a la casa. Por supuesto, le damos las gracias al señor O’Leary por haber hecho de guía. Mientras conducimos a los caballos al pequeño establo de detrás de la casa, Dimitri plantea una pregunta, no dirigida a mí, sino al señor O’Leary.

—¿Hay algún pueblo cerca con biblioteca?

Le miro sorprendida, preguntándome en qué estará pensando.

El señor O’Leary lleva su caballo a uno de los compartimentos del establo sin mirar a Dimitri.

—Oldcastle tiene una pequeña colección de libros, la mayoría sobre historia local y esas cosas. No es lo bastante grande como para llamarla biblioteca, pero supongo que es lo más parecido que puede encontrar a un día de distancia a caballo —se da la vuelta para salir del establo y, mientras, observa a Dimitri con una curiosidad apenas disimulada—. Pero aquí mismo tenemos una buena colección con material sobre los túmulos, si es eso lo que busca.

Dimitri conduce a Blackjack al establo que ocupa desde que llegamos a Loughcrew.

—Se trata más bien de la historia local. Si no le importa indicarnos el camino, tal vez Lia y yo podamos ir mañana a Oldcastle. Además —me mira sonriente—, imagino que a Lia le gustaría hacer algunas compras.

Me callo mis protestas, pues sé que únicamente trata de encontrar una excusa para hacer una excursión al pueblo sin levantar sospechas en el señor O'Leary. Sin embargo, no puedo dejar de enfadarme.

Me obligo a sonreír.

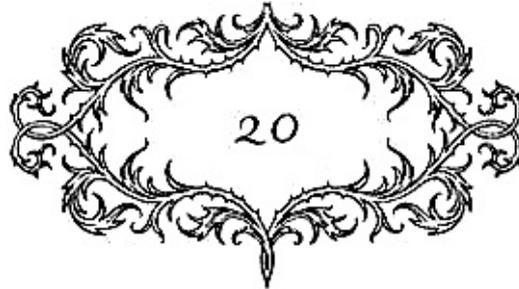
—Pues sí. Hay un par de cosas que quisiera comprar antes de nuestro viaje de regreso.

El señor O'Leary asiente despacio.

—¿Y cuándo será eso? Me refiero a su viaje.

Dimitri me coge de la mano y me la aprieta como si quisiera transmitirme un mensaje secreto.

—Imagino que dentro de poco.



—Fue el mapa lo que me llevó a pensarlo —me cuenta Dimitri mientras vamos camino de Oldcastle al día siguiente.

—¿Cuál de ellos?

Me muero de curiosidad después de haber pasado otra extraña velada con Brigid y el señor O’Leary.

—Los dos —Dimitri conduce a Blackjack a la derecha para bajar por un estrecho camino que conduce a un grupo de edificios a lo lejos—. Comparándolos, para ser más exactos.

Me muerdo el labio inferior, tratando de descifrar el significado de sus palabras.

—¿No son iguales?

Asiente con la cabeza.

—Son casi iguales, salvo por una pequeña diferencia.

—¿De qué se trata?

—El mapa que compramos en Londres tiene un túmulo más. Uno grande que no aparece en el que nos dio el señor O’Leary.

Sin prisas por llegar a Oldcastle, entramos en el pueblo con los caballos al trote. El suave ruido de sus cascos sobre el suelo de la calle resultaría relajante de no ser por la desazón que empieza a echar raíces en mi cabeza.

Me vuelvo hacia Dimitri.

—¿Es alguno de los que exploramos sin el señor O’Leary?

Dimitri niega con la cabeza.

—Utilicé su mapa el primer día, asumiendo que estaría más al día, puesto que él afirma que anota cada nuevo descubrimiento. Los comparé al día siguiente.

—¿Por qué no me comentaste nada? —no puedo evitar enojarme por que Dimitri me ocultara el descubrimiento.

—Pensé que quizás no era más que un error, pero ayer, cuando vimos a aquella

mujer cerca del túmulo...

—Maeve.

—Maeve —asiente—. Bueno, estaba en el túmulo que no aparece en el mapa del señor O'Leary. Para no tratarse más que de una pequeña infracción, su reacción fue algo excesiva, ¿no te parece?

Ya lo veo más claro y empiezo a tener esperanzas de que por fin se nos presente una oportunidad.

—¿Y qué tiene que ver eso con la biblioteca de Oldcastle?

Un caballero mayor viene hacia nosotros montado a caballo y acompañado de un joven. Dimitri les saluda con la cabeza y les mira pasar atentamente. Aguarda a dejarlos bien atrás antes de proseguir.

—Puede que nada. Pero espero que en los archivos haya alguna información sobre ese túmulo que no aparece en el mapa del señor O'Leary. No dejo de pensar que nos oculta algo y pienso averiguar de qué se trata.



Aunque siempre he pensado que cualquier colección de libros, hasta la que cubre las paredes de mi propia casa, es una biblioteca, es difícil considerar el archivo de Oldcastle como tal. De hecho, creemos habernos confundido de edificio cuando nuestra pregunta tropieza con la vacía mirada de un viejo empleado. Solo cuando Dimitri dice: «Nos gustaría ver los documentos, por favor», nos conduce a una sala al fondo del edificio.

Por el camino pasamos delante de algunos hombres de aspecto tosco en la antesala, uno con una cabra amarrada a una cuerda. Todos parecen esperar algo, aunque ninguno nos sigue mientras nos llevan hasta los documentos. Agacho la cabeza al pasar, preguntándome si se darán cuenta de que soy una mujer con el pelo recogido dentro del sombrero, como me he acostumbrado a llevarlo cuando monto a caballo. Nos dejan, sin más explicaciones, en una sala abarrotada de libros y con toda clase de papeles sueltos. No parece haber mucho orden, pero tras una cuidadosa inspección nos atrevemos a distinguir tres categorías distintas: certificados de nacimientos, defunciones y matrimonios, pleitos legales y registros de propiedades.

Comenzamos con estos últimos. Los dividimos en dos, Dimitri trabaja con un montón y yo con el otro. Los registros se remontan a unos cien años atrás, más o menos, y en ellos buscamos menciones a los terrenos de Loughcrew. Los alrededores de Oldcastle casi no están explotados, así que aún está comenzando la tarde cuando ya hemos terminado con ambos montones.

—Seguramente, no tiene ningún sentido mirar los certificados de matrimonio — dice Dimitri, reclinándose en su silla para estirarse—. Vayamos derechos a los pleitos legales, ¿de acuerdo?

Las horas que pasamos estudiando pequeñas letras manuscritas, en buena parte ilegibles, se cobran su tributo. Yo me resisto a la necesidad de bostezar.

—Pero ¿por qué íbamos a encontrar información sobre el misterioso túmulo en los pleitos legales?

Dimitri endereza la silla sin un chirrido siquiera sobre el suelo de madera.

—Quizás hubiera algún pleito por los terrenos o algún permiso para estudiarlos o algo así. Es una de las pocas opciones que nos quedan. Creo que deberíamos eliminar esa posibilidad antes de recurrir a una investigación a fondo del despacho del señor O’Leary, ¿no crees?

—Supongo —contesto con un suspiro—. Trae —señalo con un gesto un montón de papeles a la derecha de Dimitri—. Dame la mitad.

No digo lo que estoy pensando: que una investigación a fondo de la biblioteca del señor O’Leary suena cada vez más prometedora. Pero, a pesar de que estoy segura de que él y Brigid ocultan algo, preferiría evitar un enfrentamiento hasta que sepamos más. Si trabajan a favor de las almas, como estoy empezando a pensar, sería preferible que encontrásemos lo que necesitamos para regresar de inmediato a Londres.

Los pleitos legales son mucho más difíciles de entender que los registros de propiedad. Mientras que los registros estaban redactados a menudo por hombres con cierta educación, los pleitos legales están escritos con letra apretada y tan llenos de faltas de ortografía que a veces soy incapaz de descifrar siquiera las palabras. Sin embargo, de lo que logro entender deduzco que hay bastantes disputas en las cercanías de Oldcastle que tienen que ver con ganado robado, hurtos en los pequeños escaparates que llenan las calles del pueblo, riñas de borrachos en los bares y deudas sin pagar.

Pero ni una mención de Loughcrew. Para cuando Dimitri y yo terminamos con nuestros respectivos montones, el viejo caballero que nos condujo a los archivos ya ha intentado cerrar en dos ocasiones porque se hace de noche.

El gesto de desilusión es evidente en el rostro de Dimitri. Yo trato de parecer animada, disimulando mi propia consternación.

—Bueno, yo sigo pensando que el esfuerzo ha merecido la pena.

—No puedo decir que esté de acuerdo —murmura él, extendiendo su brazo hacia mí—. Aunque sí que te debo una comida decente después de haberte obligado a pasar la tarde aburriéndote de este modo. Deberíamos ver si hay una taberna donde podamos comer algo.

Sé que oculta su propio malestar por consideración hacia mí y le aprieto el brazo

mientras salimos a la calle, frente al edificio del archivo.

—Veamos... —Dimitri inspecciona la calle, tratando de determinar cuál será el mejor sitio para tomar algo mientras comenzamos a recorrer la pequeña calle donde están las tiendas y bares de Oldcastle.

Él mira a la derecha y yo a la izquierda, tratando de participar en la búsqueda, cuando veo a una persona que desaparece por una esquina más adelante. La figura no habría llamado mi atención de no haber sido por un pequeño detalle: la capa amarilla que ondea al aire, deslizándose por la esquina como una estela. Resalta como un rayo de sol entre las ropas marrones y grises de la gente del pueblo. Sin pensármelo, retiro mi brazo del de Dimitri.

Y echo a correr.

El suelo está resbaladizo, pero ni siquiera me molesto en disminuir la velocidad de mis pasos. Los primeros brotes de desesperación se han apoderado de mi conciencia. La profecía no nos concede un margen ilimitado de tiempo. La piedra de víbora está cada día más fría, y mi hermana es cada día más poderosa. Con que haya una mínima posibilidad de que Maeve sepa lo que necesitamos, ya merece la pena aprovechar la ocasión.

—¡Espere! ¡Deténgase! ¡Usted, la de la capa! —grito, mientras corro haciendo señas con las manos entre la multitud cuando me es posible y empujando cuando hace falta.

No debe de ser nada raro ver a una persona persiguiendo a otra por las calles de Oldcastle, pues nadie me presta atención, salvo un peón que me grita al pasar:

—¡A ver si tenemos un poco más de educación!

Al tratar de frenar agarrándome a un edificio mientras doy la vuelta a una esquina, no paro de rezar y de desear no perder de vista a la mujer llamada Maeve. Intento mantener el equilibrio y siento un gran alivio al ver su capa balanceándose más adelante, entre la multitud.

—¡Maeve McLoughlin! —grito, alzando la voz lo más que puedo sobre la gente—. ¡Espere! ¡No quiero hacerle daño!

Al oír su nombre, se da la vuelta. Consigo atisbar un instante su rostro sucio y unos ojos asustados. Mientras corro, me llegan retazos de conversaciones: «La loca de Maeve... Ya sabes cómo es... ¡Esos McLoughlin!».

Luego oigo la voz de Dimitri a mi espalda:

—¡Lia! ¿Qué estás haciendo?

Corro más deprisa. No tengo tiempo para contestar las preguntas que Dimitri querrá hacerme si me alcanza. Tendrá que esperar hasta que haya alcanzado a Maeve McLoughlin.

La distancia que nos separa se acorta al llegar ella a un polvoriento cruce que hay más adelante, así que obligo a mis piernas a moverse más deprisa, a pesar de que me

arden los pulmones por el esfuerzo de correr tanto y tan deprisa. Cuando ella llega a la siguiente calle, apenas nos separan unos cuantos pies. Yo me lanzo para agarrar la capa amarilla justo en el momento en que ella pone un pie en la calzada.

Nos caemos las dos. El sombrero sale volando de mi cabeza y caen sobre mis hombros las matas de rizos, mientras nos golpeamos con el suelo. Tiro de la mujer un par de pies hacia atrás, justo antes de que un carruaje pase peligrosamente cerca.

Con respiración acelerada la ayudo a incorporarse. Dimitri aparece detrás de mí.

—En nombre de las hermanas, ¿se puede saber qué estás...? —se calla de pronto, cuando al colocarse a mi lado se percata de que tengo agarrado el brazo de Maeve para tratar de evitar que vuelva a huir.

Ella no habla. Por lo menos, no al principio. Tan solo me mira a los ojos. Los suyos están aterrorizados y llenos de interrogantes mudos que sospecho que lleva muchos, muchos años guardándose.

—Por favor, no eche a correr —le pido con un tono de voz lo más suave y amable posible, pese a que aún sigo tratando de recuperar el aliento—. No vamos a hacerle daño. Solo queremos hacerle algunas preguntas. ¿La puedo soltar ya? ¿Hablará con nosotros?

Se queda mirándome fijamente a los ojos durante un largo instante. La gente pulula a nuestro alrededor y pasa junto a nosotras mientras sigue a lo suyo.

Por fin, Maeve baja la vista hacia mi muñeca y hacia el retazo de la marca visible por el hueco que ha dejado la manga de mi blusa, ligeramente descolocada. Estoy a punto de bajármela para esconderla de su vista, pero entonces me topo con su mirada y percibo comprensión en ella. Justo después asiente con la cabeza y pronuncia las únicas palabras que necesito oír:

—La ayudaré.



Vamos a un pequeño restaurante en las afueras del pueblo, donde pedimos comida para nosotros y para Maeve. Parece necesitarla. Permanecemos sentados en silencio mientras ella, concentrada en sí misma, se toma dos cuencos de sopa caliente. Tan solo después de que nos traigan una tetera con té recién hecho, se decide a hablar.

—No estoy loca —tiene una mirada limpia y no puedo evitar preguntarme si el señor O’Leary no distorsionaría intencionadamente ante nosotros la capacidad intelectual de Maeve para apartarnos de ella.

Dimitri no responde de inmediato a su afirmación, sino que señala con la cabeza el cuenco vacío que tiene delante.

—¿No le apetece más sopa?

Maeve baja la vista hacia el cuenco como si se lo estuviese pensando. Después dice que no con la cabeza.

—Aunque sienta bien tener el estómago lleno —buscando su mirada, hace un gesto con la cabeza—. Gracias.

Dimitri asiente a su vez, sonriendo.

—De nada.

Continuamos en silencio un momento hasta que me atrevo a hacer la pregunta que no se me va de la cabeza, por grosera que parezca.

—¿Por qué dicen que está loca? Si no lo está, quiero decir.

Me tranquiliza comprobar que no parece ofendida.

—Porque me paso los días y las noches paseando a todas horas. Porque me encantan los túmulos. Y porque... —se va apagando y baja la vista hacia su capa sucia y sus pantalones rasgados, no muy distintos de los míos, aunque sí algo más desgastados—. Bueno, porque no visto como una auténtica dama, supongo.

Sonrío, pues parece haber cierta afinidad entre nosotras.

—Entiendo muy bien lo que quiere decir.

La sonrisa que me devuelve no es del todo franca, pero creo percibir cierta camaradería en sus ojos.

—¿Por qué entra en la zona de los túmulos si el señor O’Leary le dice que no lo haga? —pregunto, suavizando el tono de voz antes de continuar, pues no quiero que piense que la estoy acusando o amenazando—. Podría hacerle daño.

Ella arruga la cara con un gesto de desagrado.

—¡Bah! El viejo Fergus no sería capaz de disparar —frunce el ceño mientras reflexiona—. Al menos, eso espero.

—De todos modos —dice Dimitri—, ¿es tan importante como para correr ese riesgo?

Maeve envuelve la taza de té que tiene delante con una mano sorprendentemente pequeña.

—Más que importante, es especial —murmura.

—¿El qué es especial? —intervengo con cautela, pues no quiero asustarla presionándola más de lo necesario—. ¿Los túmulos?

Asiente como para sí misma.

—Los túmulos lo son, claro, pero no solo eso —lo dice con suavidad, con una extraña cadencia que hace que parezca repetitivo lo que dice, aunque no lo sea. Entiendo por qué la gente ignorante del pueblo le ha puesto la etiqueta de loca, pero no creo que sea un juicio adecuado—. Es ese túmulo el que es especial.

Dimitri busca mi mirada. Sé que los dos estamos pensando en el túmulo que no aparece en el mapa del señor O’Leary.

Me vuelvo a mirarla otra vez.

—¿Y por qué, Maeve? ¿Por qué es tan especial?

Se pone a manosear la cucharilla curva que descansa sobre la mesa al lado de su taza. Es difícil no presionarla. Presiento que nos encontramos cerca de algo, algo que servirá para poner cierto orden, pero temo que si me entusiasmo demasiado podríamos no alcanzar la posible respuesta.

Por fin vuelve a hablar, aunque sin apartar los ojos de la cucharilla.

—No puedo hablar de ello. De verdad que no.

—¿Por qué? —la sondea Dimitri con amabilidad—. ¿Es un secreto?

Una carcajada corta e irónica escapa de su boca. Algunas personas de las mesas colindantes se vuelven a mirar con ojos entornados y desconfiados.

—Es una especie de secreto, sí.

Tomo una profunda bocanada de aire.

—¿Nos lo puede contar?

El aire se me queda atascado en la garganta cuando levanta la vista para mirarme, entrecerrando los ojos. Hay demasiada lucidez en ese gesto.

—¿Por qué no se lo preguntan a Fergus O’Leary?

Dimitri no aparta sus ojos de ella.

—Se lo estamos preguntando a usted.

Sus ojos se posan en mi muñeca antes de fijarse en mi rostro de nuevo.

—Ya vinieron antes otros a investigarlo —algo más tenebroso que el miedo se filtra en su expresión—. ¿Es usted uno de ellos?

No sé a qué se refiere. No exactamente. Ni siquiera sé si piensa con claridad. Sin embargo, sí sé lo que estoy viendo. Sé que tiene miedo de los que han venido antes que nosotros.

Niego con la cabeza.

—No. No soy uno de ellos.

Se reclina en su asiento y nos examina a Dimitri y a mí antes de hablar.

—Tendremos que ir de noche. He estado esperando, pero aún no ha sucedido. Será cualquier día de estos.



—¡Hace un frío que pela! Dígame otra vez por qué tenemos que esperar a que sea de noche.

La insistencia de Maeve para que esperáramos en el interior del túmulo hasta la mañana resultaba fascinante al principio, pero después de horas agazapados en la oscuridad del fondo de la cueva, con una sola antorcha para calentarnos, he perdido el entusiasmo.

—Se trata del amanecer. No es algo exacto. Y si se lo pierden, tendrán que esperar otro año.

—¿Y hace esto siempre, sentarse dentro del túmulo y esperar a que salga el sol? —el escepticismo es evidente en la pregunta de Dimitri.

Maeve sacude la cabeza. El pelo negro enmarañado que le cae sobre los hombros concede cierto crédito a su apariencia de loca.

—Solo en marzo.

—¿Solo en marzo? —pregunto, enarcando las cejas—. ¿Por qué?

Ella suspira y me habla como si fuese una niña pequeña.

—Porque es cuando sucede. ¡Por Dios, no para usted de hacer preguntas! Si espera, verá a lo que me refiero.

Estoy dispuesta a quedarme en silencio solo un momento.

—Perdóneme, pero...

—¡Señor! —lanza las manos al aire—. ¿Y ahora qué pasa?

Yo enderezo la espalda, tratando de conservar mi dignidad, a pesar de que está

empezando a volverme loca la impaciencia.

—Solo me estaba preguntando cómo puede estar segura de que ese... suceso... o lo que sea ocurrirá con la salida del sol.

Maeve se apoya sobre la fría roca del túmulo.

—Aunque nada puede afirmarse con certeza, estoy todo lo segura que se puede estar.

—Sí —dice Dimitri. Su voz oculta sus dudas, a pesar de sentirse inclinado a incitar a la ira a Maeve—. Pero ¿por qué? ¿Por qué está tan segura?

Maeve permanece con los ojos cerrados mientras habla.

—Porque hoy es veintidós de marzo, y no sucedió ni ayer ni antes de ayer, así que tendrá que suceder hoy o mañana.

Arrastro el dedo, distraída, por el suelo.

—¿Y siempre sucede esos días?

Cada vez resulta más difícil no enloquecer mientras damos vueltas al suceso del cual Maeve está tan segura, pero que parece más absurdo cuanto más tiempo llevamos sentados, muertos de frío, en el túmulo.

—Bueno, no exactamente. Hace dos años sucedió el decimonoveno día del mes, pero no es lo normal. Ahora vengo antes, por si acaso.

—Ya veo. Hábleme otra vez de los otros. Los que vinieron antes que nosotros —tenía miedo de preguntar, pero al parecer tenemos tiempo de sobra, así que podemos pasarlo averiguando todo cuanto podamos.

Maeve despega la cabeza de la pared de piedra del túmulo. Sus ojos, rebosantes de fuego y misterio, buscan los míos a la débil luz de la antorcha.

—No me apetece hablar de ellos.

Asiento con un suspiro.

—Está bien, Maeve.

Volvemos a quedarnos en silencio y me arrimo más a Dimitri, tratando de absorber algo del calor de su cuerpo. Un rato después, su respiración se calma y apenas unos instantes más tarde el sueño se apodera también de mí.



—¡Despierten! ¡Está ocurriendo!

Me despierta una brusca sacudida y abro los ojos para encontrarme con la sucia cara de Maeve justo delante de la mía. No tengo que preguntar a qué se refiere. Aun medio dormida, estaba preparada, tenía la mente alerta, a la espera del evento por el que Maeve nos ha traído aquí.

Dimitri se pone en pie al instante y me tiende una mano para ayudarme a levantarme.

—¿Dónde? —le pregunta a Maeve, mirando alrededor mientras tira de mí.

—¡Ahí mismo! ¡Ahí mismo! —es incapaz de contener su excitación. Yo echo una ojeada por la cueva, preguntándome qué me estaré perdiendo—. ¡Vamos! Por aquí.

Maeve tira de mí hacia un lado, girando mi cuerpo, y me quedo frente al fondo de la cueva y de la pared de piedra que parte del suelo.

—Ya verán —lo dice apenas con un suspiro y sé que está a punto de ocurrir lo que está esperando.

Comienza con el sol, mientras Dimitri está a mi espalda. Ambos nos encontramos a un lado del estrecho corredor que atraviesa la cueva hasta el lugar en el que estamos ahora. El túmulo, antes a oscuras salvo por la mínima iluminación de la antorcha, comienza a iluminarse ligeramente con el amanecer.

La salida del sol, que se levanta en algún lugar del cielo fuera del túmulo, derrama sus rayos por la cueva. Un rectángulo de luz dorada comienza a hacerse visible en la esquina de la pared más alejada de la entrada. Aunque parece poca cosa, no puedo comprender cómo la luz, cuyo foco está a una distancia de millones de millas, puede abrirse paso por los recovecos de la cueva para iluminar la pared del fondo.

Y eso no es todo.

Mientras miramos, la luz se desplaza de izquierda a derecha. Crece por momentos mientras trepa por el fondo del túmulo. Cuando alcanza el centro, toda la pared de piedra parece arder, dejando a la vista sus complicados grabados en todo su sagrado y misterioso esplendor. Resulta imposible imaginar cómo la gente que construyó los túmulos hace miles de años fue capaz de idearlo. El hecho de que se diseñara todo para realzar la piedra del fondo una única vez al año es un gran misterio. Sin embargo, instantes después acuden a mi mente unas palabras, igual que las nieblas de Altus: «Equinoccio de primavera».

El túmulo está diseñado de ese modo para que el sol ilumine la piedra del fondo solo durante el equinoccio de primavera.

Ahora lo percibo todo con más plenitud. Dimitri sigue detrás de mí, nuestros cuerpos se tocan lo justo para que pueda percibir el ritmo acelerado de su respiración mientras contempla la trayectoria del sol por los grabados de la pared. Percibo el suelo del túmulo, frío y duro, centenario, bajo mis botas, al igual que el olor metálico y a moho de la piedra del interior de la cueva y la tierra que la cobija.

La luz tarda unos cuantos minutos en hacer su recorrido desde el centro de la piedra hasta la derecha. Se reduce según va avanzando. Nos quedamos quietos, sin movernos y sin hablar, contemplando el camino que traza la luz por la piedra, hasta que de nuevo se oscurece el túmulo, reduciéndose más aún el rectángulo de luz hasta

que toma el tamaño de la cabeza de un alfiler, brillante como una estrella, momentos antes de su definitiva desaparición.

Durante un rato no nos movemos. Cuando por fin levanto la vista, giro la cabeza para mirar a Dimitri, que está detrás, y sus ojos se topan con los míos. En ellos encuentro los vínculos de nuestra historia compartida, la historia de nuestro pueblo y, sí, el futuro que ambos nos imaginamos juntos. Su sonrisa es una promesa y de algún modo tengo la certeza de que a partir de este momento también nos unen el tiempo y el espacio.



Tras poner en orden mis pensamientos, me vuelvo hacia Maeve, que continúa mirando embelesada el lugar donde ha desaparecido el último punto de luz. Debe de sentir mi mirada, pues se vuelve hacia mí con unos ojos mucho más serenos de lo que los he visto hasta ese momento.

—Gracias —pronuncio las palabras en un susurro. Deseo decirle que reconozco la magia del momento, aunque no nos traiga las respuestas que buscábamos.

Su rostro se ilumina con una sonrisa.

—No me debería dar las gracias aún. Todavía tengo que enseñarles lo que han venido a buscar.

Pienso que iré a descifrar las marcas de la piedra, pero, en lugar de eso, tira de mí hacia un lado y se agacha para mirar algo muy cerca del suelo.

—Lo ve, no se trata de la misma piedra, aunque me pregunto si no dirá lo mismo usando signos desaparecidos hace mucho tiempo.

Le hace señas a Dimitri para que se acerque con la antorcha. Él se inclina, sosteniendo la llama muy cerca de la pared.

Yo no veo nada fuera de lo normal. Tan solo un saliente plano con una hendidura en el centro debajo de una gran pieza de roca que llega hasta el techo del túmulo.

—Espera... —Dimitri lleva la mano libre a la pared y la limpia un poco, levantando motas de polvo bajo la luz de la antorcha. Cuando vuelve a hablar, lo hace con un deje de sorpresa—. Aquí hay algo.

Me acerco a mirar, preguntándome si no estará volviéndose chiflado, pues yo no veo ni una sola marca. Pero entonces Dimitri mueve un poco la mano hasta que la luz capta una hendidura en la pared y empiezo a verlo.

Lo toco con el dobladillo de la blusa y limpio con más cuidado la pared del túmulo alrededor del sitio donde acabo de descubrir una especie de marca. Enseguida me doy cuenta de que Dimitri tiene razón.

Sí que hay algo allí.

—Sostén la antorcha —Dimitri me la entrega y yo llevo la llama hacia la pared, mientras él se inclina hacia delante.

Durante un buen rato no dice nada. Empiezo a preguntarme si no nos habremos precipitado, si tal vez las marcas no tienen nada que ver con la piedra.

Pero cuando se vuelve a mirarme, sé que sí tienen que ver con ella.

—Es la profecía. Está grabada aquí en latín.

—Se lo dije —Maeve está radiante.

—¿Eso es todo? —me inclino hacia delante para mirarlo, a pesar de lo mal que se me da el latín—. ¿No dice nada de la piedra? ¿Está escondida aquí?

Dimitri recorre con los dedos las letras grabadas en la pared.

—No exactamente.

—¿No exactamente? —no puedo disimular mi impaciencia.

—Aquí está el texto de la página que encontraste en la biblioteca de tu padre y el de la página que encontraste en Chartres —hace una pausa y su voz se vuelve más grave debido a la concentración—. Y luego dice más o menos en latín: «Con la primera luz de Nos Galon-Mai libera a los prisioneros de los caídos con el poder de esta piedra y las palabras de su ritual».

Muevo la cabeza.

—Espera un minuto... ¿Las palabras de su ritual? ¿Quieres decir que se refiere al ritual de los caídos? ¿Y dice en qué consiste ese ritual?

Se inclina aún más sobre la pared y frunce el ceño.

—Es... es posible. Dice algo sobre... vamos a ver... un círculo arrojado por los ángeles caídos y... no sé qué sobre convocar el poder de las hermanas para cerrar la puerta del guardián con el fin de mantener el mundo a salvo de la bestia de... los tiempos —se vuelve hacia mí con los ojos brillantes, su tono de voz refleja un nerviosismo que trata de evitar para que no le traicione—. Resulta difícil hacer una traducción exacta ahora mismo. La pared está sucia, las palabras fueron grabadas hace mucho tiempo, pero sí que parece una especie de conjuro.

—¿Un conjuro? ¿Es un hechizo? ¿Puede que lo usaran para cerrar la puerta en Avebury?

Dimitri asiente despacio, veo cómo trabaja su cabeza.

—Eso parece. Supongo que también podría llamarse ritual a un hechizo. Y dice: «... con el poder de esta piedra», lo cual podría significar que la piedra estaba aquí, escondida junto a las palabras del ritual.

—Pero no lo estaba. O, al menos, no lo está ahora —digo, observando alrededor—. A no ser que... —miro a Maeve—. ¿Se ha llevado usted algo, Maeve? ¿Había aquí algo antes que ya no esté?

Un destello de ira pasa por sus ojos.

—¡Yo no me he llevado nada! Yo solo vengo a mirar —vuelve la cabeza y mira con insistencia la pared del túmulo. Cuando vuelve a hablar, apenas lo hace en un murmullo—. Se lo llevaron los otros. Yo solo miro. Lo único que hago es mirar.

Lo que dice mueve algún cabo suelto en mi cabeza y tiendo la mano hacia el rectángulo que está justo debajo de las palabras grabadas del ritual. La hendidura de la roca es suave y redondeada. Levanto la vista y los ojos de Dimitri encuentran los míos en la oscuridad de la cueva.

Me vuelvo hacia Maeve.

—Lo siento, Maeve. Ahora lo entiendo. Usted solo mira. Fueron los otros los que se lo llevaron. Los otros se lo llevaron, ¿no es cierto?

Ella apenas me mira un instante. Después aparta una vez más la vista, pero con eso me basta.

Me vuelvo hacia Dimitri.

—Vámonos.



Acabamos de meter los caballos en el establo y nos disponemos a ir hacia la casa cuando Dimitri me agarra por el brazo.

—No estamos del todo seguros de que ellos formen parte de la guardia.

—Sí, pero eso no significa que no trabajen a su favor, y no significa tampoco que no sean peligrosos por sí mismos.

Dimitri asiente con la cabeza.

—De algún modo están implicados, eso es seguro. Desde que llegamos han hecho cuanto han podido para que no encontráramos el túmulo.

—O la piedra. Además, hacen demasiadas preguntas, muestran demasiado interés por nuestras idas y venidas.

—¿Cómo te encuentras? —noto vacilación en su pregunta y sé que no lo pregunta por gusto.

Levanto la mirada hacia él, mientras la clara luz de la mañana se filtra por el establo. Me ofende que me crea débil y, al mismo tiempo, le agradezco que se dé cuenta de cómo menguan mis fuerzas.

—Estoy... luchando. Luchando por mantenerme fuerte.

Sus ojos muestran ternura.

—Siempre luchas, Lia. Eso es incuestionable. Lo que quiero saber es cómo estás de fuerte ahora mismo. En este momento —sus ojos se clavan con más intensidad en los míos—. Y tienes que ser sincera.

Trago saliva, aparto la mirada y tomo aire antes de contestar.

—No me siento tan fuerte como quisiera. La piedra de víbora casi se ha enfriado del todo. Mi poder... —me vuelvo para mirarle, deseando que, a pesar de mis dudas, vea convicción en mí—. Bueno, indudablemente se ha debilitado algo en estos tres meses, desde que aumentó con toda la fuerza de la autoridad de tía Abigail. Pero aún me siento más que capaz de luchar, si es eso lo que te preocupa.

—No sé a lo que nos enfrentamos, Lia. Quisiera... —se pasa una mano por la cara y deja escapar un suspiro de decepción—. Quisiera poder ponerte a salvo en algún lugar, pero me temo que no hay ninguno más seguro que estar a mi lado.

Yo levanto la barbilla.

—No me iría a ninguna parte. Mi sitio está aquí, haciendo lo que debo para dar fin a la profecía.

Una sonrisa de admiración asoma a sus labios.

—¿Y?

Me pongo de puntillas, le rodeo el cuello con los brazos y echo la cabeza atrás para mirarle a los ojos.

—Y contigo. Mi lugar está a tu lado.

Uno de sus brazos se desliza por mi cintura y acerca aún más mi cuerpo al suyo.

—De modo que te quedas.

Su boca, que busca la mía, es suave y tierna. Nuestro beso dura solo un instante, pero cuando nos separamos me siento más fuerte y, mientras nos encaminamos hacia la casa, me digo a mí misma que juntos podremos con todo. Me digo que no importa que el señor O'Leary y Brigid trabajen a favor de las almas, la guardia o el mismísimo Samael.

Luego me digo que estoy convencida de ello, a pesar de que una voz en lo más recóndito de mi mente me está llamando embustera.



Creo estar preparada para todo, pero, al entrar en el salón y encontrarme de cara con la escopeta, me doy cuenta de que no es así.

—¡Adelante, adelante! —el señor O'Leary está sentado en el salón, en su sillón, y sostiene el arma como quien está acostumbrado a ello—. Me parece que tenemos que hablar sobre algo.

Detrás del sillón se encuentra Brigid, sus ojos oscuros e indescifrables a la luz del fuego.

Dimitri me coge de la mano, tira de mí hacia él y se pone delante para escudar mi

cuerpo con el suyo.

—No creo que sea necesaria la escopeta, señor O’Leary. Estoy seguro de que podemos ser muy razonables.

Él suelta una sarcástica carcajada.

—Ya he tenido ocasión de comprobar lo que los de su clase consideran razonable. No creo que esté de acuerdo con su definición.

No puedo ver la expresión de Dimitri, aunque percibo su confusión.

—No estoy seguro de lo que quiere decir con lo de «mi clase», pero sí que creo que usted tiene algo que necesitamos.

El señor O’Leary entrecierra los ojos para mirar a Dimitri.

—Estoy seguro de que no tengo nada que le pertenezca.

Dimitri asiente despacio.

—Desde luego que no es mío. Pero tampoco es suyo, ¿verdad? Y le prometo que nuestro propósito es mucho más noble que aquel para el que usted trabaja.

—¿Cómo se atreve? —interviene Brigid con mirada iracunda—. ¿Nos cree tan tontos como para que nos traguemos sus mentiras? ¿Cree que vamos a dejar en sus manos el oscuro destino que le espera al mundo?

La confusión en los ojos de Dimitri es patente en el silencio que sigue, mientras yo trato de orientarme entre las turbias aguas de mis pensamientos. Veo a Brigid examinándome con su mirada demasiado curiosa, con sus muchas preguntas, con sus singulares conocimientos.

Abandono mi posición detrás de Dimitri y trato de imprimir calma a mi voz.

—Aunque no lo crean, les prometo que estamos de su parte.

Dimitri se vuelve para mirarme con expresión sobresaltada y confusa.

—Lia, ¿qué estás haciendo?

Me dirijo hacia Brigid tratando de no mirar la escopeta que apunta en mi dirección.

—La cogió usted, ¿verdad? ¿Se llevó usted la piedra del túmulo?

Dicho sea en su honor, ni siquiera parpadea al ver cómo me aproximo. En cambio, su padre se pone tenso cuando me acerco a ellos.

—Ya va siendo hora de que se aparte de mi hija, va siendo hora de que se marchen de esta casa.

—Lo siento, señor O’Leary, pero no puedo hacerlo —tengo que tragarme el miedo que me atenaza la garganta para poder soltar esas palabras.

Dimitri da un paso hacia nosotros.

—Lia, yo...

El sonido de la escopeta siendo amortiguada hace que Dimitri vuelva a retroceder.

—No está sola, Brigid.

Me subo la manga izquierda de la blusa lo bastante como para dejar al

descubierto la marca. Sus ojos se posan en mi muñeca y veo cómo sube y baja su pecho al acelerarse su respiración ante la vista de mi marca.

Extiendo la mano hacia su brazo.

—¿Puedo?

Ella asiente, aunque su padre exclama:

—No lo haga. ¡Quítele las manos de encima a mi hija!

Pero no puedo hacerlo. Oigo a lo lejos la voz de Philip: «Me han dicho que la chica ya no vive en el pueblo. Al parecer, su madre murió durante el parto y su padre se la llevó de allí unos años más tarde».

Espero oír el rugido de la escopeta, pero es la voz de Brigid, mucho más calmada de lo que la he oído desde que estamos en Loughcrew, la que rompe la tensión.

—Es ella, papá. Tal como dijo Thomas.

Trato de evitar la impresión que siento al oír el nombre de mi padre y la cojo de la mano. Ahora comprendo por qué sus vestidos y sus mangas son tan largos, pues cuando le levanto la manga para dejar al descubierto la suave piel de su muñeca izquierda, me encuentro con la marca.

La marca de Sonia. La marca de Luisa. La marca de Elena.

La marca de la última llave.

—Me lo imaginaba —noto la piel caliente de Brigid bajo mis dedos y recorro con el pulgar el familiar símbolo. El Jorgumand. La serpiente que se muerde la cola. El círculo.

Tras girar mi propia muñeca, coloco mi brazo sobre el suyo, alineando nuestras marcas. Nuestros ojos se miran un instante antes de que los suyos miren a su padre, detrás de mí. Su gesto afirmativo es apenas perceptible, pero parece que es cuanto necesita el señor O'Leary.

Pone la escopeta a un lado y hace una larga pausa antes de hablar.

—Después de todo, sí que parece que tenemos un montón de cosas de las que hablar, y no mucho tiempo para hacerlo.



—Tu padre era mucho más inteligente de lo que pensaba, y eso que ya le tenía por un hombre muy capaz —Dimitri me mira por encima del vapor que sale de su taza de té.

Ha pasado menos de una hora desde que el señor O’Leary bajara su escopeta. Dimitri y yo hemos informado a los O’Leary de los detalles sobre la profecía, los otros mundos, las almas y las otras llaves. Esperaba ver a una Brigid incrédula, que rechazase cosas que pronunciadas en voz alta suenan tan fantásticas.

Pero no lo hace. Se queda sentada, arrobada, como si supiese desde el primer momento que todo es verdad.

La miro.

—Naciste en Inglaterra, como las demás, ¿no? ¿Cómo viniste a parar a Loughcrew, al lugar en el que se ocultaba la piedra?

No es Brigid quien contesta, sino su padre.

—Mi mujer murió durante el parto. Estábamos en Inglaterra para que su familia, que vivía en los alrededores de Newbury, pudiera asistirle durante el parto, pero no sirvió de nada.

Brigid se le acerca para darle una palmadita en la mano.

—Nos quedamos allí para que la familia de mi madre me cuidara, pero cuando cumplí los diez años apareció un visitante que lo cambió todo.

—Mi padre —pienso en sus numerosos viajes y me pregunto cuál de ellos me habrá facilitado el encontrar tantos años después a la última llave. Me pregunto qué estaría haciendo yo mientras él organizaba los acontecimientos que asegurarían mi posible futuro.

El señor O’Leary asiente.

—Supongo que sí. Al principio no quise aceptar el cargo de guarda en este lugar tan desolado, pero Thomas me prometió una buena casa donde poder criar a Brigid y una pensión para el resto de mis días. Parecía una oportunidad para empezar de cero

y di gracias a Dios por ello pese al miedo que me daban las cosas que me contó.

—¿Y qué le contó? —pregunta Dimitri.

El señor O’Leary baja la vista hacia la estropeada mesa de té.

—Que la marca que lleva mi hija en la muñeca significa que algo malvado podría venir a buscarla, que nuestra única esperanza era desaparecer —levanta los ojos para mirarme—. Desaparecer y esperarla a usted.

Muevo la cabeza.

—¿Por qué no dijo nada? Pensábamos que eran..., es decir, nos preguntábamos si no estarían del otro lado.

El señor O’Leary suelta una risita.

—Nosotros pensábamos lo mismo de ustedes. Su padre no nos dijo su nombre. Pensaba que sería peligroso, no fuera alguien o algo a intentar... —se retuerce incómodo en la silla— obligarnos a revelar su identidad.

—¿Y cómo sabían que vendríamos? —pregunta Dimitri.

Brigid toma la palabra desde su asiento al lado de su padre.

—Nos dijo que una mujer con la marca en la muñeca vendría a buscar la piedra. Pero también nos dijo que vendrían otros a por ella. Y que se trataría de gente a quien debíamos temer —mira a Dimitri—. Lo que no mencionó fue que un caballero acompañaría a la mujer, y en estos años han venido unos cuantos «investigadores» algo cuestionables, a los que hemos apartado de la piedra a la espera de su eventual llegada. Aprendimos a ser precavidos y como no regresaban de su excursión a Oldcastle, bueno, pues dedujimos que habían encontrado algo que podía ayudarlos en la búsqueda de la piedra, especialmente por la coincidencia con el equinoccio.

Bajo la mirada hacia la marca de mi muñeca descubierta antes de mirar a Brigid.

—Y yo que he estado haciendo lo posible para que no vieras mi marca.

Brigid sonrío.

—Y yo también.

De pronto siento un estremecimiento al comprobar que ahora tenemos a la última llave y el ritual, que estamos dos pasos más cerca de terminar para siempre con la profecía.

Pero sin la piedra es una victoria agridulce.

Como si leyese en mi mente, Dimitri dice:

—¿Están seguros de que la piedra no está en el túmulo? Estuvimos allí esta mañana con Maeve McLoughlin durante el equinoccio. Está claro que la piedra debería encontrarse allí para ser iluminada una vez al año por el sol, pero me temo que no es así.

El señor O’Leary no parece sorprendido.

—Maeve es inofensiva, pero tiene la mala costumbre de atraer la atención sobre el túmulo cada primavera mientras espera el equinoccio. No podíamos arriesgarnos a

que condujese hasta la piedra a la persona equivocada.

—Por eso —dice Brigid, metiendo la mano en el corpiño de su vestido—, llevo varios años custodiándola personalmente.

Sus dedos agarran una cadena de plata. Tira de ella hasta dejar a la vista una bolsa de satén negro que cuelga del extremo. Se quita la cadena del cuello, coge la bolsa y la abre. Al ponerla boca abajo, un pedrusco cae dentro de su mano.

Me esperaba algo hermoso. Algo que brillara y reluciese con fuerza. Pero no parece más que una simple piedra gris, eso sí, perfectamente ovalada.

—¿Están... estás segura de que es esta? —no pretendo ofender a los O’Leary, pero me resulta difícil creer que una piedra así, que se parece a cualquier otra que haya en los túmulos de Loughcrew, pueda tener el poder de ayudarnos a cerrar la puerta a Samael.

Brigid sonrío. Me doy cuenta de que, hasta ahora, las sonrisas que han tocado sus labios no han sido más que un reflejo del resplandor de esta.

—Confía en mí. Cuando la ilumina el sol, su brillo es tan intenso que deja a las demás rocas en ridículo. Así fue como la encontramos, como supimos que era la auténtica. Aunque ese no es el único motivo —me la ofrece—. Compruébalo tú misma.

Al ir a cogerla, no noto nada, salvo indiferencia, pero en cuanto mi mano se acerca a la piedra, me siento extrañamente atraída por ella. En el momento en que mi mano se cierra a su alrededor, noto su poder. No es tan fuerte como el que tenía en su momento la piedra de víbora de tía Abigail, pero noto el mismo palpitar, la misma energía bullendo bajo la suave y fría superficie de la roca.

Miro a Brigid sonriendo.

Ella asiente.

—Es muchísimo más poderosa y también está más caliente cuando la ilumina el sol. Yo... —agacha la cabeza, avergonzada—. Yo misma me quemé la mañana que la encontré. Era tan espléndida —mientras recuerda, su voz parece provenir de lejos—. No me podía resistir a cogerla, pero cuando lo hice, cuando por fin la sostuve en la palma de mi mano, su poder fue como una sacudida por todo mi cuerpo que me abrasó en ese mismo instante, antes de dejarla caer al suelo.

Vuelve la mano para mostrarnos una cicatriz blanca en su palma.

Yo cierro los dedos alrededor de la piedra.

—¿No... no corres ningún peligro llevándola encima?

Ella niega con la cabeza.

—Hace años que la llevo debajo de la ropa. Solo se calienta cuando le da el sol al amanecer, y eso únicamente mientras dura el equinoccio. ¿Por qué?

—Porque tenemos que llevarla a Londres —miro a Dimitri antes de volverme hacia Brigid, inspirando hondo—. Y tú tienes que venir con nosotros.

Por primera vez desde la loca carrera hasta Chartres, viajo por el bosque sin la compañía de Dimitri.

Voy a caballo, galopo entre los árboles con la guardia pisándome los talones. Sé que el bosque está en Inglaterra, pese a que es de noche y está tan oscuro que apenas distingo siquiera el cuello de Sargento.

La guardia se encuentra aún a cierta distancia detrás de mí, pero ya oigo el ruido de los cascos de sus caballos a pesar de que hago lo posible por ampliar la distancia que nos separa. Las ramas bajas de los árboles me fustigan la cara y se me enredan en el pelo, agarrándome como dedos ávidos que buscan atraparme y entregarme a la guardia de Samael. Agachándome aún más sobre el cuello de Sargento, lo espoleo con desesperada insistencia, hundiendo mis talones en sus flancos mientras susurro palabras de ánimo en su oído.

No habrá una segunda oportunidad.

Estoy empezando a pensar que no hay esperanza, pues la negrura es interminable y los caballos que me siguen se acercan por momentos. Entonces salgo de entre los árboles y emerjo en un claro. Intuyo que ante mí se extienden los campos, aunque es el fuego que se ve a lo lejos lo que me llama la atención, como si fuera un faro.

Sus llamas lamen el cielo, la única luz entre la gris desolación de los campos ondulantes. Sé sin lugar a dudas que ese es mi destino. Me dirijo a él con premura justo cuando la guardia se precipita en el claro, saliendo de entre los árboles a mi espalda.

Cuanto más me acerco al fuego, más sombras surgen a su alrededor, primero formando un pequeño anillo muy cerca de las llamas y luego un círculo más grande más allá del primero. Cuando al fin me aproximo al primer círculo, lo entiendo.

Avebury. Estoy en Avebury.

Enormes piedras se levantan como guardianes alrededor del fuego. Mientras las atravieso, sé que me encuentro en el vientre de la serpiente. A modo de respuesta ante mi descubrimiento, el fuego ruge con más fuerza. Parece alcanzar el cielo mientras el viento arrastra un zumbido insistente por los campos hasta dentro de mi cabeza.

Las telas se inflan alrededor del más pequeño de los círculos de sombras. Casi estoy a su altura, el zumbido aumenta cada vez más y entonces comprendo lo que son.

Las figuras se apartan a medida que me aproximo. Sargento se abre paso hacia el centro de su ardiente círculo antes de tener yo siquiera ocasión de instruirle en otro sentido. El pánico aprieta sus garras alrededor de mi garganta mientras el círculo se cierra de nuevo, atrapándome en su interior. Quienes me rodean continúan con sus

cánticos.

Sin embargo, no tengo tiempo de detenerme en su extraña ceremonia.

El ruido de los cascos de los caballos de la guardia es como el estallido de un rayo en el suelo cuando forman otro anillo detrás de las figuras que me rodean.

No me doy cuenta de que el cielo está iluminado hasta que las figuras con túnicas que tengo delante agarran con sus manos las capuchas que mantienen sus rostros en sombras. Cuando la primera se aparta la capucha, me quedo atónita y casi sin aliento al ver los oscuros ojos de Elena mirándome. Las demás continúan en una rápida sucesión: Brigid, Luisa y, finalmente, Sonia, con sus fríos ojos azules abrasando los míos con una furia candente.

Eso me hace gritar en voz alta. Sin embargo, no me prepara para lo que me espera a continuación. Aún hay una figura más que todavía no ha revelado su identidad. Una figura cuyo rostro permanece envuelto en el misterio.

Esa figura se lleva con delicadeza las manos a la tela que envuelve con suavidad su rostro. Apenas soporto mirarla mientras aparta el tejido de su delicada cara. Pero tampoco puedo dejar de observarla cuando el fuego y el cielo, cada vez más brillantes, iluminan sus rasgos.

Es Alice. Alice está con las llaves mientras que yo permanezco apartada, rodeada no solo por la odiosa guardia, sino por muchas personas con las que he trabajado para terminar con la profecía.

Pero eso no es todo.

Sonia levanta los brazos y coge a Alice con la mano derecha y a Brigid con la izquierda. Las demás hacen lo mismo, juntan las manos y forman de nuevo el círculo. Sus marcas son claramente visibles al sol del amanecer, y eso me demuestra cuán equivocada estaba. Alice coge a Sonia de la mano y me llama la atención sobre su muñeca.

No es la muñeca tersa e inmaculada de mi hermana.

No.

Lleva impresa la marca. Y no una marca cualquiera, sino la mía.

Incluso a la etérea luz de la mañana distingo la serpiente retorciéndose, enroscada alrededor de la C que lleva en el centro.

Me dejo caer del lomo de Sargento casi sin pensarlo. Camino tambaleante hacia el fuego y me levanto la manga buscando desesperadamente la marca que siempre he odiado, pero que ahora deseo ver allí más que cualquier otra cosa, aunque sea tan solo para demostrarme que sigo siendo yo misma.

Pero ya no está. Mis ojos tan solo ven la piel sin marca alguna.

Unos instantes más tarde, el sol avanza un milímetro más en el cielo. Cuando lo hace, veo una piedra encima de un trípode de madera sobre el fuego. Es la misma piedra plana y gris que me enseñó Brigid.

Entonces, un rayo de sol la toca con sus delicados dedos.

La piedra emite un agudo sonido metálico y un zumbido que parece sintonizar con el de las figuras con túnicas que me rodean y que aún siguen cantando. La vibración de la piedra provoca una sacudida en mi cuerpo y caigo al suelo, retorciéndome de dolor mientras todo se inclina precariamente a un lado. Los cascos de los caballos de la guardia parecen galopar dentro de mi mente. No obstante, no es eso lo que hace que se me hiele el corazón de terror, sino la desagradable certeza que tengo cuando por fin consigo encajar todas las piezas.

La marca en la muñeca de mi hermana. Su sonrisa cuando se percató de que lo he comprendido.

Alice ocupa mi lugar en medio del círculo y yo me he apoderado del suyo. Esta vez no soy la salvadora de las hermanas.

Soy su enemiga.



Me siento en la cama con un grito atrapado en la garganta y con el corazón latiéndome tan aprisa y tan fuerte que hasta me cuesta respirar. No sé lo que significa el sueño. La verdad es que no. Pero sí sé por qué lo he tenido incluso antes de llevarme la mano al pecho.

El calor de la piedra de víbora, aun debilitada, siempre me ha acompañado desde que desperté en Altus muchos meses atrás. Ahora la agarro para tratar de extraer de ella alguna pizca de calor.

Pero está fría.

El poder de tía Abigail ya no es más que un recuerdo. Las almas lo saben. Samael y su guardia lo saben.

Y ahora vendrán de verdad a por mí.



El señor O'Leary no trata de disuadir a su hija de que se venga con nosotros a Londres. Al parecer, también a Brigid la atormentan sueños en los que es perseguida por las almas, y cada vez se va haciendo más fina la frontera entre su existencia terrenal y los otros mundos. También ella ha llegado a la misma conclusión que todos nosotros: no recuperaremos nuestras vidas hasta que la puerta no quede cerrada para siempre.

Tras hacer los preparativos para el viaje de regreso a Londres, salimos de Loughcrew con provisiones frescas y una persona más. Brigid se acostumbra fácilmente a la rutina de levantarse, desmontar el campamento, cabalgar y dormir sobre el duro suelo con el único abrigo de las tiendas. No se queja y, aunque le agradezco su complaciente forma de ser, a menudo me descubro mirándola con disimulada sospecha. Recuerdo su rostro en el sueño sobre Avebury, su mano cogida a las de las otras llaves, formando un círculo con mi hermana. Lo recuerdo y no puedo evitar preguntarme si Brigid terminará convirtiéndose en mi enemiga, si el sueño no será un presagio de cosas que han de suceder.

La posibilidad de que me vaya a volver loca parece incluso más probable que antes. Trato de tranquilizarme, diciéndome que no es posible que todo el mundo sea mi enemigo. Ni siquiera a Sonia, por mucho que se haya resentido nuestra amistad, puedo considerarla mi enemiga.

«Es la profecía —pienso—. Las almas. Samael. Mi propia debilidad. Mi propia oscuridad».

Desde la noche que soñé con Avebury, mis sueños se han vuelto cada vez más intensos. He empezado a sentir claustrofobia en la oscuridad, que parece como si me presionara por todas partes, como si me encontrase ya en la tumba y tratase de apartar la tierra con las manos desnudas.

Como si ya no quedase esperanza.

Para Brigid fue un alivio poder quitarse la piedra. Yo la llevo colgada al cuello y guardada en la bolsa desde el día en que descubrí su poder. Esperaba que me proporcionase fuerzas adicionales ante la pérdida de poder de la piedra de víbora de tía Abigail, pero no es más que una pesada y fría piedra lo que llevo al cuello.

Me he acostumbrado a ir muy derecha, con una expresión de calma que impongo sobre el agotamiento y el miedo que me reconcomen por dentro. Sin embargo, una parte de mí es consciente de que mi artimaña no es más que cuestión de orgullo. Hasta cuando me finjo con fuerzas, es obvio que Dimitri conoce mi tormento. Es él quien acude corriendo a mi tienda al oír mis gritos. Es él quien me sostiene hasta que me vuelvo a sumir en un sueño intermitente.

Aun así, no me atrevo a permitirme un sueño profundo, por mucho que lo necesite, y mi mente permanece alerta incluso en la oscuridad de la noche.

Mi puñal y mi arco no me consuelan en esas oscuras horas, aunque siempre los tengo preparados. Cada vez estoy más segura de que una mañana me despertaré y encontraré la cinta de terciopelo negro del medallón atada a mi otra muñeca con el disco metálico con el Jorgumand acurrucado en la marca de mi piel.

Durante la tarde de nuestro cuarto día de viaje dejamos atrás los bosques y vamos a parar a un serpenteante camino que discurre entre tierras de labor y desemboca de cuando en cuando en algún bar aislado o en alguna posada. El aroma del té impregna el aire y al poco rato llegamos al pie de una colina y contemplamos Dublín y a lo lejos los muelles.

Me vuelvo hacia Dimitri.

—¿Nos volverá a acompañar Gareth en la travesía?

—Si todo va bien, sí —Dimitri espolea a su caballo hacia delante.

No pienso siquiera en la inseguridad de su tono de voz. Ambos hemos aprendido que puede suceder cualquier cosa cuando se trabaja a favor de la profecía. Intento olvidar mi miedo de que le haya pasado algo a Gareth, pero no respiro tranquila hasta que llegamos al puerto y le veo a lo lejos, plantado junto a un barco que me es familiar. Por primera vez desde hace días una sonrisa asoma con facilidad a mi boca.

—¡Gareth!

Mientras conducimos a los caballos hasta donde está Gareth en los muelles, la sonrisa de bienvenida se desvanece de su rostro. En su lugar aparece una auténtica preocupación.

—Mi señora..., ¿se encuentra bien? ¿Ha sucedido algo?

Yo me enderezo en mi silla de montar, avergonzada por su alusión a mi apariencia.

—Estoy cansada, eso es todo. Con este frío no resulta fácil dormir.

Él asiente despacio.

—Sí, mi señora. Está usted igual de encantadora que siempre. Cualquiera

acabaría cansado después de un viaje así —pronuncia esas palabras con intención apaciguadora, aunque me percató de la mirada que lanza en dirección a Dimitri. Sé que más tarde discutirán acerca de mi salud, cuando no ande yo por ahí para ofenderme.

Hago lo posible para cambiar de tema y le informo brevemente de la presencia de Brigid.

—Estoy segura de que te acordarás de la señorita O’Leary. Nos acompañará el resto del camino —me doy cuenta de que ella no tiene ni idea del papel que Gareth desempeña en nuestro grupo, así que me vuelvo para explicárselo—. Gareth es un amigo de la infancia de Dimitri que nos ha sacado de más de un apuro. Nos escoltará durante la travesía.

Gareth asiente con la cabeza mirando a Brigid.

—Es un placer verla de nuevo. Pero permíteme que le diga que parece usted más amigable que antes.

El rubor invade las mejillas de Brigid.

—Le pido disculpas por mi pasada grosería. Hubo cierta confusión en cuanto a nuestra capacidad de confianza mutua.

Le sonrío, agradecida por su discreción, y Gareth asiente, comprensivo.

—Estos tiempos son enormemente confusos —se vuelve hacia mí—. Y hablando de confusión, debo corregirla.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Me han dado el visto bueno para que la escolte después de llegar a Inglaterra. Seré su guía hasta Londres —por su sonrisa, es evidente que está encantado con los acontecimientos.

—¿De verdad? —no espero que me responda—. ¡Es la mejor noticia que podías haberme dado!

Dimitri asiente.

—Estoy de acuerdo. No hay ningún guía o amigo en quien confiemos más. Y necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

Gareth nos hace señas para que desmontemos.

—Vamos. Acomódense en el barco mientras yo me ocupo de sus caballos.

Desmontamos y Gareth les hace gestos a dos hombres que están apoyados en un edificio cubierto de hollín, no muy lejos de donde estamos nosotros. Acuden sin prisas, se hacen cargo de las bridas y nos saludan a Brigid y a mí tocándose el sombrero antes de volver hacia la sucia pasarela.

—Hombres de pocas palabras, ¿eh? —dice Dimitri, riéndose entre dientes.

Gareth se dirige al borde del muelle y extiende su mano para agarrar la de Brigid.

—Los mejores en circunstancias como estas, ¿no cree?

—De eso no cabe duda —responde Dimitri, cogiéndome de la mano mientras

subo al barco tras Brigid.

Momentos después, Gareth y Dimitri desamarran el barco del muelle. Yo contemplo el agua con recelo mientras nos alejamos de los pilotes, dejando atrás poco a poco el puerto y los ruidos que lo acompañan.

Brigid se asoma por la borda del barco y contempla el agua como si esperase encontrar algo oculto en las profundidades. Creo que debería protegerla, decirle que tenga cuidado, que permanezca dentro del barco y no meta jamás la mano en el agua.

Pero no lo hago. Me doy la vuelta y me acurruco aún más en el fondo del barco sin plantearme la razón de mi traicionero silencio.



Nada interrumpe la travesía marítima salvo el balanceo del barco y, de cuando en cuando, el reparto de comida y agua. Nuestros víveres han sido cuidadosamente racionados para que nos duren hasta que lleguemos a Londres y nos atenemos escrupulosamente a las raciones.

Me siento atrapada, como si las almas siguiesen cada uno de mis movimientos, a pesar de que no hay ninguna otra embarcación a la vista. Ni siquiera con el agradable balanceo del barco consigo conciliar fácilmente el sueño. Aprieto mi cuerpo contra el de Dimitri para combatir el frío nocturno, aunque no sabría decir si es calor físico o fuerza mental lo que ando buscando. Entro y salgo del estado de consciencia, casi esperando que alguna bestia monstruosa surja del agua y me arrastre por la borda. Creo que no lucharía contra el destino si este decidiese que mi vida había de terminar bajo las negras aguas.

A la mañana siguiente, cuando por fin aparece la costa inglesa ante nuestra vista, casi ni me doy cuenta de si recalamos o no. El barco, al menos, supone un aplazamiento de la carga que siento más pesada a cada minuto que pasa, según avanzamos en nuestro camino de regreso a Londres.

Apenas soy capaz de poner en orden mis propios pensamientos. ¿Cómo voy a transmitírselos a Sonia, a Luisa, a Elena y ahora también a Brigid? ¿Cómo voy a hacerlo estando tan deteriorada mi relación con Sonia y Luisa? ¿Cómo voy a conseguir que vayan todas a Avebury a realizar el ritual que ordena la profecía?

Y lo más imposible de todo, ¿cómo voy a poner a Alice de nuestro lado? Pero la profecía determina con claridad que la guardiana y la puerta deben trabajar unidas para cerrar la puerta para siempre.

Estas cuestiones pugnan por apoderarse de mi mente mientras Dimitri y Gareth conducen el barco más cerca de la orilla. Gareth lleva la nave a un embarcadero vacío

y al rato desembarcamos con paso vacilante y subimos al muelle.

—¿Vamos a ir a caballo? —Brigid no le pregunta a nadie en particular.

Gareth escruta el puerto.

—Desde luego que sí.

Dimitri me coge de la mano y seguimos a Gareth y a Brigid por las maderas astilladas que hay sobre los pilotes hasta la calle que discurre paralela al agua.

—¡Ah, ahí están! —Gareth se dirige dando grandes zancadas hacia dos jóvenes. Cada uno de ellos conduce dos caballos.

Reconozco de inmediato a Sargento, aunque no me alegro como lo hacía antes al verlo. Noto ese placer por ver a mi caballo como entumecido y distante, y apenas puedo sonreír siquiera mientras le acaricio el cuello.

Gareth murmura algo en voz baja a los jóvenes, que le entregan las riendas y desaparecen en las populosas calles. A nuestro alrededor la gente va dando topetazos y empujones. De pronto me sobreviene un momento de pánico cuando intento observarlos a todos, buscando en sus cuellos la marca de la guardia.

—No pasa nada, Lia —Dimitri está a mi lado. Coge las riendas de Sargento de mis manos y le da una palmadita en el cuello al animal—. Súbete al caballo, yo me encargaré de abrirte paso entre la gente.

No sé cómo percibe mi pánico, pero mi corazón acelerado se calma un poco. Siento más alivio que vergüenza por el hecho de que su presencia me reconforte, así que me agarro a la silla y monto a lomos de Sargento. Estar por encima de la multitud enseguida me proporciona una sensación de seguridad. Tomo las riendas de manos de Dimitri e inspiro hondo, tratando de ahuyentar el momentáneo pánico que sentí hace unos instantes.

Brigid monta en su caballo, un corcel con pintas blancas, sin dificultad alguna y acto seguido nos alejamos del puerto. Según vamos dejando atrás los malos olores y la basura para internarnos en el campo abierto y en los lejanos bosques de la campiña, disminuye mi pánico.

Sin embargo, mi alivio solo es temporal, sé que es efímero. En apenas una semana habré vuelto a Londres y me rodeará gente desconocida: las llaves y mi hermana.



—¿Qué sucederá cuando lleguemos a Londres?

Es nuestra tercera noche en suelo inglés. Brigid y yo estamos sentadas junto al fuego mientras Dimitri y Gareth preparan a los caballos para pasar la noche. No me apetece hablar, he resultado ser una aburrida compañía de viaje, pero me he acostumbrado a la callada presencia de Brigid. Me recuerda a Sonia en los días previos a nuestra llegada a Londres, aunque la calma de Brigid parece provenir más de una serenidad propia de ella que de la timidez o el temor.

—Te presentaré a las otras llaves. Luisa y Sonia eran... son dos de mis mejores amigas. Elena llegó poco antes de que yo me marchara a Loughcrew, así que me temo que no puedo contarte gran cosa de ella, aparte de que está tan ansiosa como nosotras por librarse de la profecía. Además, conocerás a tía Virginia y a Edmund —me vuelvo hacia ella para sonreírle. El gesto le resulta extraño a mi rostro—. Son maravillosos y encantadores. Estoy segura de que te gustarán.

Ella asiente.

—¿Y luego?

Respiro hondo.

—Luego tengo que hablar con mi hermana Alice, para ver si se une a nosotras en Avebury la víspera de Beltane.

Brigid descansa la cabeza sobre las rodillas, sus ojos avellana brillan a la luz del fuego.

—¿Crees que la podrás convencer?

Aparto la vista de ella y miro hacia las llamas de la hoguera.

—Alice es... Bueno, ya te conté que trabaja a favor de Samael y de las almas. Siempre ha estado de su lado, si he de serte sincera. A efectos prácticos, somos enemigas.

El gesto de Brigid se ensombrece por la confusión.

—Entonces, ¿cómo vas a conseguir que nos ayude a cerrar la puerta?

—No lo sé aún, pero en cierta ocasión me salvó la vida —mi voz se convierte en un murmullo cuando lo recuerdo. Veo la lluvia, la corriente enfurecida del río discurriendo detrás de Birchwood Manor, a Alice arrojando a Henry a sus veloces aguas. La veo tendiéndome una rama, inclinándose sobre la orilla del río y poniendo su propia vida en peligro para ponerme a salvo a mí.

Me vuelvo hacia Brigid.

—La mayor parte del tiempo me parece una extraña, pero entonces, de repente, creo ver en ella un resquicio de humanidad. Supongo que espero hablar con ella en uno de esos momentos, aunque admito que es poco probable.

No le cuento que Alice y yo ya hemos discutido nuestros papeles opuestos, que ella me ha rechazado en repetidas ocasiones. Suplicarle a Alice es mi única esperanza y decirle a una de las llaves que casi doy por perdida esa esperanza no ayudaría en nada al objetivo que compartimos.

—¿Y qué vamos a hacer si no está de nuestra parte? —no puedo evitar admirar la calma de Brigid. Aunque para ella el funcionamiento de la profecía es nuevo, sabe lo que está en juego. Sin embargo, no hay rastro de pánico en sus palabras.

A una parte de mí le gustaría tener en cuenta su inocencia, pero el tiempo de las vanas promesas ya ha pasado. Al parecer, la verdad es todo cuanto nos queda, así que me vuelvo hacia ella para mirarla.

—No lo sé.



Esta vez no me encuentro en el bosque, sino en medio del helado y yermo paisaje del Vacío.

Estoy soñando, aunque ser consciente de ello no alivia mi terror. No me atrevo a mirar atrás mientras espoleo a mi caballo hacia delante, pero sé que los perros están cerca por sus alarmantes aullidos.

Y no están solos.

Detrás de ellos, las almas se me vienen encima como un rayo, los cascos de sus caballos emiten un horrendo crujido en la gruesa capa de hielo que hay a nuestros pies. Me obligo a mantener la vista al frente, a concentrarme en escapar. Si me atreviese a mirar abajo, vería bajo el hielo a quienes, medio vivos aún, están atrapados por Samael y sus almas.

El sueño es uno de esos que no tienen fin. No hay ningún refugio más adelante. Ningún lugar en el que pueda esconderme. El hielo se extiende en todas las

direcciones, tan solo interrumpida su gris monotonía por el cielo azul. A pesar de saber que no es por azar, no paro de pensar en lo irónico que resulta que el cielo azul del Vacío esté siempre despejado. Qué crueldad obligar a los atrapados bajo el hielo a contemplar día tras día ese hermoso cielo, el dorado sol de los otros mundos, sabiendo que nunca más van a sentir su calor.

La inutilidad de mis esfuerzos por escapar debilita mi firmeza, el ritmo de mis pasos se aminora, aunque desee que el caballo siga adelante. Pero no sirve de nada. Los perros están más cerca, sus aullidos son cada vez más claros y siniestros. Las almas van justo detrás de ellos, sus caballos ganan terreno por momentos.

Y yo estoy cansada. Estoy cansada de ir en contra de la voluntad de las almas. Cansada de ir contra el destino. Cansada de ir contra mi hermana. Tal vez Alice tenga razón después de todo. Tal vez sea más prudente rescatar lo que pueda de mi vida y de las vidas de aquellos a quienes amo.

Pero entonces me acuerdo de Henry. Recuerdo su muerte a manos de Alice y sé que las almas comparten con ella la responsabilidad en su desaparición. ¿Acaso no fueron ellas quienes susurraban y convencían con zalamerías a Alice para que siguiese sus órdenes? ¿No fueron ellas las que trabajaron para que se pusiera de su parte siendo todavía un bebé en la cuna?

Pensar en ello despierta mi ira y me inclino aún más sobre el caballo.

Se trate de un sueño o no, una cosa es cierta: no puedo permitir que las almas me atrapen. Ni siquiera en mis sueños. Ni en el mundo físico ni en los otros mundos.

Si lo hacen, sé que me enviarán al Vacío para siempre.



Dimitri se queda conmigo en las horas que siguen a mi pesadilla. Me preocupa que deje su puesto de guardia fuera de la tienda, pero me asegura que Gareth puede hacerse cargo de esa tarea en una noche tan tranquila. Mientras la luz de la mañana se filtra gradualmente por la lona de mi tienda, Dimitri cae rendido por el sueño. Me da pena despertarle, así que me quedo contemplando cómo sube y baja su pecho y pienso en dejarle dormir un rato más.

Pero él no se permite esos lujos. Unos instantes después, ambos damos un respingo al oír un grito fuera de las paredes de la tienda. Dimitri se pone en pie de un salto, como si llevase mucho rato despierto. Sin pensárselo, sale corriendo con la ropa retorcida, mientras yo me calzo las botas de cualquier modo. No me molesto en abrochármelas antes de seguir a Dimitri para salir al encuentro del sol de la mañana.

Me cuesta un poco adaptar la vista a la claridad, así que me pongo la mano como

visera para proteger mis ojos.

—¿Qué pasa? ¿Cuál es el problema? —Dimitri y Gareth están parados junto a los caballos y las mochilas cuando les grito desde el otro lado del campamento. Pero solo cuando recorro el lugar con la vista, buscando el origen de su inquietud, me fijo en los objetos de extrañas formas y colores esparcidos por el suelo.

Al encaminarme hacia Dimitri y Gareth, paso ante los objetos tirados y me doy cuenta de que son nuestras pertenencias.

Gareth se da la vuelta para mirarme. La confusión de su gesto me preocupa incluso antes de que puedan hacerlo sus palabras.

—Es nuestra agua. Alguien ha derramado nuestra agua.

Miro a nuestro alrededor, no muy segura de lo que quiere decir.

—¿Nuestra agua? ¿A qué te refieres?

Dimitri coge uno de los pellejos para transportar el agua y le da la vuelta. Ni una gota cae del pitorro.

—Alguien ha entrado esta noche en el campamento y ha vaciado todas nuestras cantimploras y pellejos de agua.

—Pero ¿para qué iban a hacer eso? —la voz de Brigid se oye a mi lado. Aún lleva el pelo suelto, sus mechaz cobrizas reflejan los pequeños rayos del sol que se filtran desde lo alto del cielo gris—. ¿Y por qué?

Dimitri se restriega la cara con una mano para manifestar su cansancio y frustración.

—No lo sé, pero eso no es lo que más me preocupa.

Gareth está en el suelo, revolviendo entre las mochilas, mientras yo intento captar el alcance de lo que acaba de decir Dimitri.

—¿Qué es lo que más te preocupa?

—Fuera quien fuese, entró en el campamento estando Gareth y yo de guardia. Es cierto que he pasado la última parte de la noche contigo, pero antes de eso estuvimos haciendo turnos para poder dormir y atender asuntos personales. Gareth dice que después de que yo le dejase, él no ha cesado de vigilar el campamento ni un segundo.

—¿Alguien ha entrado a robar? ¿Anduvieron por ahí a hurtadillas mientras usted estaba de guardia? —siento admiración por Brigid mientras pregunta, pues tan solo hay curiosidad en su tono y un deseo evidente de entender la situación.

Gareth se incorpora.

—Los caballos y las mochilas estaban debajo de los árboles, dentro del perímetro del campamento. No eran nuestras provisiones lo que nos preocupaba, sino la seguridad de ustedes. Supongo que es posible que una persona sigilosa lo hiciera —hace una pausa y echa un vistazo alrededor—. Pero me temo que eso no es lo más alarmante de la situación.

—¿Qué puede ser más alarmante que el hecho de que alguien viole la privacidad

de nuestro campamento y se deshaga de nuestra agua mientras nosotros estamos apenas a unos pies de distancia? —pregunta Brigid.

Incluso antes de que Dimitri conteste, me asalta el desagradable presentimiento de que sé lo que va a decir.

—Alguien que viola la privacidad de nuestro campamento sin dejar el menor rastro... —me mira antes de volverse hacia Brigid—. Gareth y yo no hemos encontrado ni una sola huella de pies o de cascos de caballos. Fuera quien fuese o lo que fuese, vino y se fue como si se tratara de un fantasma.



Coger agua no es difícil, pero sí fastidioso. Aunque en Inglaterra sería casi imposible morir de sed, rellenar las cantimploras lleva su tiempo, y todos somos conscientes del paso de las horas y de las muchas cosas que quedan por hacer antes de que podamos ejecutar el ritual en Avebury. El misterio de lo sucedido con nuestra agua —y más en concreto la autoría del hecho— añade una capa más de tensión a nuestro pequeño grupo. Todos estamos callados, perdidos en nuestros propios pensamientos, mientras nos agachamos junto al río que hay cerca del campamento, antes de continuar el viaje.

—¿Quién crees que ha podido ser? —me pregunta Brigid.

Tras haber cogido agua, estamos ahora recogiendo la ropa y los efectos personales esparcidos por el campamento, mientras Dimitri y Gareth desmontan las tiendas.

Muevo la cabeza.

—Yo diría que alguien que trabaja para las almas o tal vez la guardia, solo que...

Ella se vuelve a mirarme a los ojos.

—No han dejado ningún rastro.

Asiento.

—Las almas tienen prohibido hacer uso de la magia en el mundo físico. Lo único que se les permite es cambiar de forma, pero he estado pensando en ello, y ningún animal que pudiera haber pasado por el campamento sin ser advertido habría sido capaz de vaciar las cantimploras.

Brigid dobla una de las camisas de Gareth y la mete en su mochila.

—¿Podría haberse movido el intruso dentro de los límites del campamento más de una vez?

Asiento con la cabeza.

—Sé a lo que te refieres. Si una de las almas fue capaz de entrar en el

campamento, por ejemplo, en forma de halcón, podría no haber dejado huellas. Y si luego hubiera vuelto a transformarse en hombre, podría haber vaciado nuestros recipientes de agua. Sin embargo... aunque los caballos y las mochilas estuviesen resguardados bajo los árboles, me parece que a Dimitri y a Gareth no se les habría pasado por alto ver a un hombre por ahí, aunque solo fuese un momento —dudo si exteriorizar otra idea que tengo, pero Brigid se da cuenta de ello.

—Hay algo más, ¿no es así?

Me echo hacia atrás, cierro mi mochila y miro a Brigid mientras hablo. Ahora estamos juntas en esto.

—No soy capaz de adivinar por qué lo hicieron. ¿Por qué iba a arriesgarse nadie para tirarnos el agua? Es bastante fácil reemplazarla. No sería lo mismo si estuviésemos en el desierto. Parece una forma poco práctica de retrasar nuestro regreso a Londres. Es más bien... infantil. Inútil. ¿No te parece?

Brigid se queda mirando el suelo, reflexionando sobre lo que acabo de decir. Nuestro silencio confirma lo que pensaba: Brigid está tan confundida como yo.

No tenemos más tiempo para discutir el asunto, pues unos instantes después Dimitri nos indica que las tiendas están recogidas y los caballos preparados. Brigid y yo nos ponemos en pie sin decir nada más y, aunque ella se pasa el resto del día callada, yo sé que no ha olvidado nuestra conversación.

Y no es la única. Yo no paro de darle vueltas a lo sucedido una y otra vez. Aunque no comprendo qué sentido tiene, no puedo evitar pensar que, dentro del juego de la profecía, alguien ha realizado una jugada esencial.

Y muy dentro de mí sé que no es más que el comienzo.



Al día siguiente continuamos nuestro viaje sin incidentes. Gareth y Dimitri regresan sobre sus pasos una y otra vez en busca de huellas, pero no encuentran ni un solo indicio de que alguien nos esté siguiendo. El sol, al fin liberado de las nubes dominantes, trata de abrirse paso entre las ramas y las hojas de los árboles, moteándolo todo de oro. El paisaje es hermoso y tranquilo, y el sol trae consigo un calor que se agradece. No obstante, eso no me sirve para levantarme los ánimos. Estoy obsesionada con que alguien o algo nos sigue.

Conozco bien las fuerzas del mal. Volverán.

Gareth y Brigid van delante haciéndose mutua compañía, mientras que Dimitri cabalga justo detrás de mí. No tenemos necesidad de hablar. Trato de recordar si alguna vez James y yo pasamos tanto tiempo juntos, solos y en silencio. Me sorprende comprobar que no soy capaz de recordarlo, como si todo cuanto ha pasado desde que dejara Nueva York hubiera convertido mi pasado en una desvaída acuarela. Distingo las formas, pero todos los detalles se han esfumado.

Todo salvo Henry, que permanece tan vivo en mi recuerdo como si acabara de verle ayer mismo.

Me obligo a apartar ese pensamiento de mi cabeza. Como Henry, también James ha desaparecido, aunque de otra manera bien distinta. Pensar en él no me hará ningún bien, salvo para tratar de ponerle a salvo de Alice. Mi tiempo con James vino y se fue. Y no volverá.

Y a pesar de que quiero a Dimitri, tampoco puedo tenerlo en cuenta en mis planes. Mi futuro no puede estar determinado tan solo por el amor. Hay muchas más cosas en juego.

Para mí. Para los habitantes de Altus. Incluso para el mundo.

Cuando me duermo, regreso al Vacío. Los perros están aún más cerca, las almas pegadas a sus colas, y yo conduzco a mi caballo por el frígido paisaje, captando imágenes esporádicas de rostros congelados en muecas y gritos bajo el hielo. Un rato después me despierto a causa de mis propios gritos. Me sorprende encontrar a Dimitri inclinado sobre mis mantas sacudiéndome para que me despierte.

—¡Despierta, Lia! ¡No es más que un sueño! —sus ojos son pozos negros en la oscuridad de la tienda y durante un instante terrorífico tiene el aspecto de un cadáver.

Me incorporo para sentarme, llevándome una mano al pecho y tratando de calmar los rápidos latidos de mi corazón y la respiración demasiado acelerada que sale de mis pulmones.

—¿Te encuentras bien? —el tono de Dimitri es afectuoso—. Llevo ya un rato aquí. Te oí gimotear, pero no he podido despertarte hasta ahora mismo.

Me paso la mano por el pelo revuelto, me toco las sienes con los dedos y noto los latidos bajo la piel.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Unos cinco minutos, creo.

Le miro a los ojos.

—¿Y no... no me despertaba?

Dice que no con la cabeza. Incluso en la oscuridad de la tienda noto su preocupación.

—No pensarás que estaba viajando, ¿no? —no estoy segura de querer saber la respuesta, pero tampoco puedo permitirme el lujo de ignorarlo.

Dimitri suspira intensamente y aparta la mirada como si temiese encontrarse con mis ojos.

—No lo sé. Va contra las leyes de los otros mundos y contra las de los Grigori obligar a alguien a ir al plano astral en contra de su voluntad.

—¡Yo no he ido voluntariamente allí, si es eso lo que estás insinuando!

Él estira el brazo y me coloca un mechón de pelo tras la oreja.

—Pues claro que no. Solo trato de tener en cuenta todas las posibilidades.

Arrepentida de mi irritabilidad, me arrimo a él y descanso mi cabeza sobre su hombro.

—Lo siento. Estoy tan cansada, Dimitri. Ya no sé si sueño o viajo. No sé si las almas intentan debilitar mi voluntad jugando con mi mente o si... —me da miedo hasta terminar de decirlo.

—¿O si qué? —pregunta él con calma.

Levanto la cabeza para mirarle.

—O si soy yo, que me estoy volviendo loca. O peor aún, si me están atrayendo poco a poco a su lado sin que me dé cuenta siquiera de ello.

Nos quedamos un buen rato en silencio hasta que Dimitri me atrae hacia él.

—No te estás volviendo loca, Lia, y no te están atrayendo a su lado. Es...

Pero lo interrumpe un grito en el exterior de la tienda. Dimitri alza la cabeza y se vuelve hacia el ruido antes de levantarse y dirigirse a la entrada de la tienda.

Le sigo con la mirada.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé —sale de la tienda y se vuelve a mirarme—. Quédate aquí.

No sé cuánto tiempo llevo en la tienda, aunque seguro que no tanto como querría Dimitri. Las voces, cada vez más fuertes, son imposibles de ignorar, así que me cubro los hombros con una manta y salgo. Veo a Dimitri y a Gareth plantados en medio de un montón de desperdicios, nuestras mochilas están otra vez abiertas y vacías en el suelo.

—¿Qué es esto? —giro sobre mí misma contemplándolo todo.

Brigid sale de su tienda frotándose los ojos.

—Te dije que te quedaras en la tienda —me dice Dimitri en tono tenso.

Me quedo mirándole fijamente.

—No siempre hago lo que me dicen, como ya habrás podido comprobar.

Él suspira.

—Solo trato de protegerte, Lia.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede? —la voz de Brigid es una intrusión en mi muda guerra con Dimitri. Me vuelvo para mirarla.

Aún tiene puesto el camisón y un gesto de asombro en la cara mientras contempla la escena.

Al contestarle, trato de evitar que me tiemble la voz.

—Alguien o algo ha estado revolviendo en nuestras mochilas.

Gareth se pasea enfadado por el campamento. Finalmente, arroja algo hacia los árboles, desesperado.

—Me temo que es peor que eso. Esta vez han venido a por nuestra comida.

Brigid da un paso al frente.

—¿Nuestra comida? ¿Nos la han echado toda a perder?

—No exactamente —interviene Dimitri—. Creo que podremos recuperar una parte.

—Pero ¿quién podría hacer una cosa así? ¿Y cómo? —Brigid abre los ojos como platos a causa del miedo. De pronto me pregunto si no estará fingiendo.

—Es una buena pregunta —la miro entrecerrando los ojos—. ¿Tú quién crees que podría hacerlo? Aquí no hay nadie más que nosotros, y me imagino que si Dimitri y Gareth se ponen a buscar huellas por el campamento, no van a encontrar más que las

nuestras, lo mismo que la última vez.

Su rostro palidece.

—¿No estarás insinuando que lo he hecho yo?

—Yo no insinúo nada. Solo constato los hechos.

—¿Por qué iba a hacer yo algo así?

Dudo un instante, pero insisto con terquedad.

—Dínoslo tú.

—Lia... —la voz de Dimitri es una advertencia, pero no le da tiempo a terminar.

Brigid cruza decidida el campamento para plantarse justo delante de mí.

—La respuesta es que no lo haría. Desde luego que no —el tono de su voz es suplicante—. Estaba durmiendo en mi tienda, como tú.

—Sí, pero Dimitri estaba conmigo. Y contigo, ¿quién estaba? —sé que es injusto lo que estoy diciendo.

—Bueno, nadie, claro, pero... —mira a Gareth y a Dimitri—. ¡Díganselo! ¡Saben que yo no haría una cosa así!

Gareth sostiene su mirada antes de volverse hacia mí.

—Mi señora, a mí me pareció oír algo en el bosque. Alguien caminando. Me alejé unos minutos. Cuando volví, Dimitri estaba con usted en la tienda y las cosas estaban como las está viendo ahora.

Me envuelvo aún más en la manta, sin querer abandonar mi teoría. No quiero admitir el miedo que corre por mis venas, la sensación cada vez más acuciante de que me sigue de cerca algo que no puedo controlar.

—¿Y qué tiene que ver eso con Brigid? —pregunto.

—Creo que ninguno de nosotros habría sido capaz de montar este desastre en tan poco tiempo sin alertar a Dimitri —responde Gareth—. La tienda no es lo suficientemente gruesa como para amortiguar el ruido de alguien que merodeara por el campamento.

Echo un vistazo a Brigid y siento vergüenza al ver el dolor y el enfado que hay en sus ojos. Sin embargo, soy incapaz de darme por vencida.

—Bueno, pues alguien o algo lo hizo.

Dimitri se agacha a recoger algo del suelo.

—Sí. Y hasta que descubramos de quién o de qué se trata parece que no tendremos paz.



Al día siguiente cabalgamos en silencio, prescindiendo de la camaradería a la que nos

hemos ido acostumbrando.

La tensión colma el aire mientras salimos del bosque y yo respiro aliviada cuando aparecen ante nosotros las llanuras. Desde nuestro horroroso viaje a Altus, durante el cual nos persiguieron los perros y yo me vi obligada a renunciar al sueño casi durante tres días, no soy capaz de dormir bien cuando me rodea el sobrecogedor silencio de un bosque.

Pero hay que pagar un precio por la transparencia de los campos: nos pasamos el día vigilando las tierras de labranza para detectar si nos siguen o cualquier posible problema. Al recordar mi delirante carrera para escapar de la guardia en Chartres, sé que nada me salvará de ellos, excepto el cierre de la puerta.

Al caer la noche, buscamos un lugar donde resguardarnos. Acampamos en medio de una pequeña arboleda que linda con una llanura abierta. Trabajo con Brigid en un tenso silencio para preparar una cena sencilla, mientras Gareth y Dimitri se encargan de los caballos. Por fin, ella deja caer el cuchillo que está usando y lanza un intenso suspiro. Noto cómo me mira, pero no me vuelvo.

—Yo no lo hice, Lia. Te lo juro —no hay enfado en su voz, lo que hace que me avergüence, aunque no sabría decir por qué.

Cojo una barra de pan duro y la corto en rebanadas. Está claro que ha sido víctima de una de las incursiones nocturnas, así que la limpio mientras empiezo a hablar.

—¿Cómo estás tan segura? Las almas son muy astutas, ¿sabes?

—Lia —pone una mano sobre mi brazo y por fin levanto la vista para mirarla—, no fui yo.

—No digo que fueras tú. Tampoco que, en caso de que lo fueras, lo hicieras intencionadamente. Las almas... —incapaz de sostener su mirada, vuelvo a ocuparme de nuevo del pan—. Bueno, a Sonia la volvieron en contra de mí en una ocasión. Sonia, que era más que una hermana para mí, en muchos sentidos mucho más que Alice.

Brigid aparta la mano de mi brazo.

—Yo no soy Sonia. Ni Luisa ni Elena ni Alice.

Es la primera vez que percibo que está de verdad enfadada. Eso hace que me calme y que hable pausadamente.

—Lo sé. Y siento que el pasado se interponga en nuestra reciente amistad. De verdad que lo siento.

Ella inspira hondo y se vuelve del todo para ponerse frente a mí.

—No es culpa mía haber llegado cuando han sucedido ya tantas cosas con la profecía. Solo pido una oportunidad para demostrar lo que valgo, como la tuvieron antes las demás.

Un destello limpio y brillante ilumina sus ojos y, de repente, la creo.

Extiendo los brazos para abrazarla.

—Tienes razón, Brigid. Te lo mereces, además de una disculpa. Siento que mi pasado con la profecía y con las almas me haya convertido en una escéptica incluso en lo que a tu amistad respecta.

—No pasa nada. Solo dime que me crees.

—Te creo, sí —le digo convencida, guardándome las palabras que me rondan en la cabeza: «Pero si no has sido tú, entonces ¿quién ha sido? ¿Y qué pretende?».



Los perros están tan cerca que puedo olerlos. Recuerdo el extraño olor a piel mojada y a sudor ácido del viaje a Altus. Por eso sé que están tan cerca como lo estaban cuando nos alcanzaron en el río y llegó Dimitri para ponernos a salvo en la isla.

Pero esta vez no están ni Dimitri ni Edmund.

Cabalgo por la tundra helada del Vacío sin nada más que una capa sobre los hombros. Hasta mi mochila —y con ella mi arco— está ausente de este sueño.

El viaje a través del hielo parece eterno, como un sueño en el que se corre por un pasillo interminable. El ruido de los cascos de las cabalgaduras de las almas va *in crescendo* mientras corren tras los perros, dispuestas a rodearme y a confinarme en el Vacío para la eternidad.

Casi estoy dispuesta a caer, a ceder a la lenta tortura de mi destino, cuando comienza a soplar un viento fortísimo. El pelo me fustiga la cara, en el aire hay partículas de nieve y hielo que giran desenfrenadamente, impidiendo que vea nada más allá del cuello de mi caballo. Estoy absolutamente aterrorizada, pero también siento algo más.

Es una euforia que surge dentro de mí, estremeciéndome con su poder. La interminable extensión del Vacío está más allá de mi vista, pero al menos en ella reina el silencio. Ya no se oyen los gruñidos de los perros, tampoco el atronador ruido de los caballos de las almas. Ha quedado todo en silencio y por primera vez desde la muerte de mi padre estoy en paz.

Pero esa sensación apenas dura un instante. Solo uno, antes de que una voz se abra paso en mi mente nublada por el sueño.

Intento no escucharla, ignorarla. He trabajado mucho para conseguir este inusual momento de serenidad y me resisto a renunciar a él, incluso en mi sueño. Sin embargo, la voz es insistente. No me permite el lujo de la ignorancia. Unos instantes después se abre paso con palabras que hacen que abandone ese mundo.

—¡Lia! ¿Qué has hecho?



—No lo entiendo.

Estoy sentada con Dimitri junto a la luz agonizante del fuego del campamento, con la mente aún abotargada por el sueño.

Gareth y Brigid están tratando de reparar las tiendas, pero aún no estoy tan al tanto de los hechos como para sentirme mal por lo sucedido.

Dimitri me coge de la mano.

—Estabas de pie delante de la tienda con los ojos abiertos. El viento... —no continúa.

Cuando le miro a los ojos, los veo espantados por imágenes que no puedo ver.

—¿El viento? —le apunto con suavidad.

Él sacude la cabeza, recordando.

—Daba vueltas a tu alrededor, soplando y dejando las tiendas hechas jirones, destrozando todo a su paso.

—Pero yo estaba dormida —percibo insistencia en mi voz.

—Sí. Pero parece haber algo más.

Empiezo a comprender adónde quiere ir a parar. Me pongo en pie. Aparto la vista de él para mirar directamente el fuego.

—No fui yo. Yo estaba dormida. Soñando.

Detrás de mí su voz es tierna, aunque firme.

—No creo que fueras tú, Lia.

—Si es como dices... Si yo estaba fuera de la tienda... ¿Cómo fui a parar allí? Tú estabas de guardia. Dijiste que no te marcharías.

Su respuesta es simple.

—No lo hice. Pasaste a mi lado. Al principio me quedé sorprendido. Después te llamé, pensando que quizás tenías algún asunto privado que resolver. Pero no me contestaste. Continuaste caminando hasta llegar al centro del campamento. Entonces

levantaste los brazos y el viento empezó a aullar.

Durante un instante me parece contemplarlo todo como un residuo de memoria, como un sueño casi olvidado. Y, al momento, la visión desaparece.

Vuelvo a pensar en los incidentes anteriores. Tratando de recordar la secuencia de los acontecimientos, en mi mente se enciende una lucecita de esperanza. Noto alivio de repente ante la certeza de estar absuelta de culpa.

—Las otras veces, Gareth y tú estabais de guardia y no me visteis salir de la tienda. Y la noche en que tiraron nuestra comida, estabas en mi tienda despertándome de un sueño cuando Gareth gritó.

Dimitri baja la cabeza y deja caer los hombros en un inusual gesto de derrota.

—Estabas soñando, Lia. Creo que es ahí donde debemos concentrarnos. Me contaste que tus pesadillas eran cada vez peores, que a veces ni siquiera tenías claro si estabas soñando o no.

Trago saliva al notar en la garganta un nudo de aprensión.

—Sí, pero tanto si estaba soñando como si no, estaremos de acuerdo en que no estaba en medio del campamento destruyendo nuestras provisiones, al menos no antes de esta noche.

—Pero si estabas en el plano astral —dice con un suspiro—, ¿no es posible que te estuvieran utilizando las almas, canalizando tu agotamiento y tu amargura como una especie de destrucción espiritual?

Todavía no estoy preparada para afrontar lo que requiere contestar a esa pregunta.

—Tú dijiste... —me tiembla la voz cuando mi cuerpo se estremece ante lo que no deseo saber—. Dijiste que las almas no podían obligarme a ir al plano astral contra mi voluntad.

Desearía poder congelar el silencio que sigue, porque sé que no me gustará lo que va a decir Dimitri.

—Y no pueden hacerlo.

Me vuelvo para mirarle y levanto la barbilla desafiante.

—Bueno, pues tienen que haberlo hecho. Yo no quiero viajar por el plano astral —suelto una carcajada ante semejante idea, pero suena crispada y falsa—. Lo evito a toda costa, como tú bien sabes.

Dimitri no se levanta, pero se me queda mirando desde el tronco en el que está sentado.

—Sé que crees que lo evitas, Lia. Pero ya te dije antes que las almas son más poderosas de lo que te imaginas, que encontrarían la manera de utilizarte sin tu consentimiento.

Le miro a él y después las tiendas, torcidas y rotas, en medio de nuestro campamento.

—Yo no tengo los conocimientos necesarios para conjurar ese poder.

—Sí, sí que los tienes. Eres una hechicera, lo mismo que Alice, y aunque no hayas ejercitado por completo el poder prohibido que posees, tienes que haberte dado cuenta de que estaba ahí latente. Solo se necesitaba un buen empujón de un maestro extraordinario. Con la motivación adecuada podías hacerlo todo fácilmente: lo del agua, la comida, las tiendas.

—Estás diciendo que he sido yo —vuelvo a apartar la vista de él—. Todo el tiempo.

No oigo cómo se levanta, aunque al momento noto el calor de sus manos sobre mis hombros cuando se coloca detrás de mí.

—Tú no. Realmente no has sido tú, como tampoco lo fue Sonia cuando íbamos de camino a Altus.

La mención de Sonia, en lugar de calmar mi creciente alarma, solo sirve para hacerme enfadar más.

—¿Me estás comparando con Sonia? ¿Comparas este... este... uso indebido de mi poder con su traición?

Él hace un ruido de desesperación.

—¿Por qué lo pones tan difícil? No puedes cambiar lo sucedido solo con negarlo, Lia. Tienes que enfrentarte a ello si pretendes combatirlo —levanta las manos y se aparta antes de volver de nuevo—. Pretendes que te diga que no saboteaste nuestro campamento, que no fueron tus poderes de hechicera los que saquearon nuestras mochilas, los que intentaron estropear toda nuestra comida y nuestras tiendas. Bueno, pues no pienso mentirte. Y puedes dar rienda suelta a tu furia e indignación cuanto quieras, no te servirá de nada. No conseguirás espantarme. Yo sigo aquí, Lia. Y pienso seguir estándolo siempre, tal como te prometí.

Se marcha ofendido, pero no llega muy lejos antes de que se desmorone mi firmeza. Tras arrojar la manta al suelo, salgo corriendo tras él y lo agarro del brazo hasta que se detiene y se vuelve a mirarme.

Quisiera decir muchas cosas, demasiadas, pero estoy muy débil como para decirlas en voz alta después de todo lo que ha pasado. Por eso, menciono únicamente lo que tengo que confirmar, pues todo lo demás que ha dicho Dimitri tiene sentido.

—Decías que necesitaría un motivo adecuado para que las almas pudieran utilizarme —alzo las palmas de las manos al cielo—. ¿Qué motivo podría ser ese?

Dimitri se encoge de hombros, su respuesta es sencilla.

—¿Agotamiento? ¿Resignación? No es ningún secreto, Lia. Todos lo vemos en tus ojos, nadie te culpa de ello. Cualquiera estaría cansado de luchar después de todo lo que has pasado, de todo lo que has perdido y te has visto obligada a soportar.

Le miro a los ojos, deseando que crea lo que voy a decirle.

—¡Pero si no he dejado de luchar! ¡No lo he hecho! ¿No me ves día tras día camino de Londres, dirigiéndome quizás hacia el final de mi vida? —noto el tono

desesperado de mi voz y me odio a mí misma por ello.

Me atrae hacia sí.

—Nadie duda de que luchas cuanto puedes. Pero mientras duermes, en esos momentos en los que puedes olvidarte de todo, ¿no es posible que una pequeña parte de ti busque escaparse, que esté deseando terminar con la lucha del modo que sea?

En sus palabras hay una verdad que ni siquiera me he atrevido a considerar.

—No lo sé —me tiembla la voz y hago lo posible por calmarme antes de volver a mirarle a los ojos—. Pero ¿qué más puedo hacer para protegerme a mí misma y a todos los demás de los manejos de las almas? No puedo estar despierta a todas horas. No por mucho tiempo. Nos quedan al menos cuatro días hasta que llegemos a Londres, y eso cabalgando sin parar y a toda prisa. Una vez allí, tendremos que prepararlo todo para el viaje a Avebury. ¿Qué voy a hacer durante todo ese tiempo?

Me coge de la mano.

—Tendrás que ponerte en mis manos.

Empiezo a protestar, pero no me deja terminar

—Todos tenemos que confiar en alguien, Lia. Incluso tú —me sorprende notar cómo se me saltan las lágrimas mientras prosigue—. Confía en mí. Estaré contigo mientras duermes y te despertaré si pasa cualquier cosa —suspira—. No es que sea infalible. No puedo protegerte en el plano astral si no estoy allí. Pero puedo esperar, vigilarlo todo en este mundo y despertarte si me parece que debo hacerlo.

No replico que es un plan absurdo, sino que me trago mi miedo a confiar en él, a confiar en cualquiera. Me lo trago y busco la protección de sus brazos.

Porque tiene razón. Es lo único que tenemos.



Cruzamos bosques y campos ingleses al día siguiente, y al otro y al otro. Ya ni me fijo en los campos, los árboles, las granjas. Todo es una imagen borrosa que se debilita, igual que mi fuerza física, socavada por la falta de sueño y las noches plagadas de pesadillas.

Cuando me disculpo con Brigid, me contesta con un cálido abrazo. Su generosidad me avergüenza en secreto, pues yo no fui capaz de perdonar tan rápido a Sonia. De pronto desearía poder volver a Altus, a aquel momento en el que estábamos Luisa, Sonia y yo junto al acantilado contemplando el mar. Quisiera volver a vivirlo todo. Si pudiera, me gustaría abrazar a Sonia como Brigid lo ha hecho conmigo.

Gareth se pasa las noches montando guardia en el campamento mientras Dimitri

vigila mis sueños. Me siento mal por haber tenido que llegar a esta solución, pero la sonrisa de Gareth es tan alegre como siempre, a pesar de que solo puede permitirse dormir un poco cuando paramos a hacer algún descanso durante el día. Él y Dimitri me tratan igual que siempre, aunque con más ternura que antes. Busco en sus ojos el enfado o el resentimiento que pienso que deberían estar ahí. Al fin y al cabo, mis actos han sido la causa de que durmamos en tiendas que se calan con la lluvia. Mis actos nos han obligado a limpiar la suciedad del pan.

Sin embargo, no hay más que afecto y preocupación en sus miradas. Su generosidad pone más de relieve mi propia debilidad y me paso el poco tiempo en que conservo la racionalidad haciéndome reproches y observando mis muchos defectos.

Con el pasar de los días, una reconfortante sensación de apatía me envuelve en sus brazos. Por primera vez desde que descubriese la marca de mi muñeca hay horas y a veces días en los que ya no me quedan ni fuerzas para preocuparme por la profecía ni por mi lugar en ella. Hay momentos en los que pienso que me haría igual de feliz presenciar su fin con Samael al frente de nuestro mundo sumido en la oscuridad o asistir a su definitiva desaparición.

Ya no parece tan importante cómo termine, sino que lo haga.

Creo que trato de esconder mi creciente sensación de complacencia tras conversaciones superficiales y sonrisas falsas, pero no estoy segura. Ya no me fío de mi percepción de las cosas. Es muy posible que Brigid, Dimitri y Gareth ya se hayan percatado de mi aterradora falta de compromiso para terminar con la profecía. Hasta eso me trae sin cuidado. Estoy resignada a mi destino, sea cual sea.

Durante la octava noche de nuestro viaje, ya estoy acostumbrada a seguir despierta cuando Brigid se va a acostar y Gareth se marcha a su puesto de guardia en el otro extremo del campamento. No lograré aplazar el sueño para siempre, pero cada hora que paso al calor de la hoguera con una manta echada sobre los hombros es una menos que pasaré con las almas dándome caza en mis sueños. Me quedo mirando las llamas, mi mente está espeluznantemente vacía.

—Ten. Toma un poco de esto —Dimitri se aproxima por la periferia de mi visión para ofrecerme una humeante taza de té. Se sienta a mi lado en el suelo—. Te ayudará a dormir.

Cojo la taza, pero no bebo.

—No quiero dormir.

Dimitri suspira. Es un suspiro intenso, un suspiro de cansancio. Durante un instante lamento causarle preocupaciones.

—Lia, tienes que hacerlo. Aún queda mucho por hacer y tienes que estar fuerte para lo que nos espera.

Le miro con dureza.

—Me siento fuerte.

Estira un brazo y me coge una mano. Al hablar, lo hace con voz dulce y llena de tristeza.

—Solo trato de cuidar de ti cuando a ti te resulta difícil hacerlo sola.

De pronto, la tristeza me bloquea la garganta y aprieto la mano de Dimitri.

—Lo siento. Es que...

Noto cómo me mira mientras contemplo el fuego.

—¿Qué ocurre?

Me vuelvo para mirarle, deseando perderme en la profundidad de sus negros ojos.

—Me da miedo dormirme. Mis sueños son... bueno, son aterradores, Dimitri.

—Cuéntamelo. Háblame de tus sueños, así podré compartir contigo esa carga.

Me quedo pensándolo, preguntándome hasta dónde debo contarle, pero decido de inmediato que voy a decírselo todo.

—Me persiguen —susurro, y me pregunto si lo he dicho en voz alta.

—¿Quién te persigue?

Me quedo mirando fijamente la taza como si el turbio líquido que contiene me hiciese más fácil hablar de los demonios que me persiguen en mis sueños.

—Las almas. Los perros. Samael. Todos.

Los dedos de Dimitri envuelven los míos y retiro la mano de la taza. Tras quitármela, la deposita a mis pies, en el suelo, y me atrae a sus brazos, acomodando mi cabeza bajo su barbilla.

—¿Son sueños o las almas te llevan al plano astral mientras duermes?

Me acurruco más sobre su pecho, encontrando consuelo en su aroma. Huele a leña, a humo y a aire fresco de primavera.

—A mí no me parece estar viajando. Pero parecen algo más que simples sueños.

—¿Qué quieres decir? —su voz resuena con estruendo dentro de su pecho.

—Es difícil de explicar. No tengo la sensación de estar en el plano astral, y cada vez que sueño con las almas, están más cerca. No sé cómo, pero estoy convencida de que cada día que pase se acercarán más y sé que si permito que me atrapen, sea o no en un sueño, nunca volveré a despertar, me quedaré para siempre en el Vacío.

Durante un instante no dice nada. Me pregunto si no me habré vuelto loca después de todo. Si no estará pensando en mi locura y en cómo responder a ella. Pero entonces respira hondo y comienza a hablar con voz dulce.

—No pueden llevarte al Vacío a no ser que capturen tu alma en el plano astral y acabas de decir que piensas que no viajas por él.

—Sí.

—Entonces..., si no crees estar viajando, ¿por qué temes que te capturen y te condenen al Vacío?

Percibo temor en su voz. Eso me hace dudar si debo contárselo, pues si ya no

confía en mí, ¿para qué voy a hacerlo? ¿Y si duda de mi compromiso para cerrar la puerta? Pienso en James, en mi falta de voluntad para compartirlo todo con él y en las consecuencias que tuvo guardarme mis secretos. ¿Deseo que ocurra lo mismo con Dimitri? ¿Deseo abrir entre nosotros tal brecha que ya no pueda ni ser yo misma en su presencia?

Me aparto de él para poder mirarle.

—A veces siento como si estuvieran metidas en mi cabeza. Como si las cosas no fueran lo que parecen y estuviesen manipulándome en favor de su propia causa. Como si todas las cosas que creo auténticas no fuesen sino un producto de mi imaginación, de modo que nunca podré saber si mi realidad es la auténtica. Eso me hace pensar en mi padre y en cómo fue a parar al plano astral. Ahora comprendo por qué sería vulnerable a las almas enmascaradas con la forma de mi madre —me obligo a proseguir. Si he de ser sincera con Dimitri, con nuestro amor, tengo que contarle todo—. Puede que no viaje mientras duermo, pero no confío lo bastante en mí misma como para estar segura.

Me abraza aún más fuerte. En ese momento tengo la sensación de que nada podrá separarnos, ni en este mundo ni en cualquier otro.

—No importa —me besa en lo alto de la cabeza—. Yo confío en ti, Lia.

Y su fogoso abrazo me demuestra que es verdad lo que dice.



Aún estamos a varias millas de distancia de Londres cuando distinguimos el humo de las farolas de la ciudad elevándose hacia el oscuro cielo. Quisiera poder decir que me siento feliz de ver Londres asomando a lo lejos. Es lo más parecido a un hogar que he tenido desde que salí de Birchwood y de Nueva York. Pero es imposible asignar sin más una emoción a los sentimientos que rondan por mi cabeza. Estoy feliz porque podré dormir en una cama de verdad, aunque dormir ya no sea una liberación como antes. Estoy contenta porque veré a tía Virginia; me muero de ganas de recuperar su calma y esa atención maternal tan suya.

Sin embargo, también hay otros asuntos que hacen que se me encoja el estómago por la preocupación.

Tendré que enfrentarme con Sonia, con Luisa y con mi propia incapacidad para perdonar mientras les hable de mi traición a manos de las almas. Tendré que conformarme con el hecho de que ahora hay cuatro llaves en lugar de tres, y será necesario introducir a Brigid en el ya tenso redil.

Lo más preocupante de todo es que tendré que enfrentarme a Alice. Tendré que tratar de ponerla de nuestra parte, aunque en estos momentos nada parece más imposible.

—¿Estás preocupada, Lia? —Brigid habla con calma a mi lado mientras nos cruzamos en el camino que sale de Londres con una joven madre con aspecto de cansada y con sus dos hijos pequeños.

Asiento, avergonzada y, al mismo tiempo, aliviada por que mis gestos transmitan tan claramente mis emociones. Supongo que ya no me quedan fuerzas para contenerlas.

Ella sonrío.

—Tienes un corazón muy generoso. Tus amigas también tienen que darse cuenta de ello. Estoy segura de que lo entenderán.

Me agacho para acariciar el cuello de Sargento mientras hablo.

—Eso espero. Pero me temo... Me temo que no me he portado como una amiga.

—No siempre cumplimos con las expectativas de los demás, ¿no crees? Pero perdonamos a los demás sus defectos y esperamos que ellos hagan lo mismo con nosotros.

—Quizás. Pero ahí está el problema: yo no les he perdonado sus defectos tan pronto como tú has perdonado los míos. Ahora... —suspiro—. Bueno, ahora supongo que sería injusto esperar que ellas lo hagan conmigo.

Brigid sonrío.

—Lo más cerca que he estado de la amistad es lo que he leído en los libros. Eso y este viaje contigo —se ríe—. Pero, al parecer, en la amistad se trata más de aceptación que de justicia. A menos que yo sea una ingenua.

Encuentro cierto consuelo en la simplicidad de sus ideales. Tal vez tenga razón y podamos encontrar todas la manera de perdonarnos unas a otras.

—Eres muy sabia para ser una chica criada entre algodones —le digo, sonriente—. Y, además, valiente.

Echa la cabeza atrás y suelta una carcajada.

—Y pongo al mal tiempo buena cara. Pero te aseguro que por dentro estoy temblando.

—Pues no eres la única, Brigid —la alegría del momento se evapora cuando dirijo la vista a la ciudad—. No eres la única.



Me sorprende ver desmontar a Dimitri y entregar su caballo a uno de los mozos de cuadra de Milthorpe Manor.

—Póngalo junto a los demás, ¿de acuerdo? —dice.

Le entrego a Sargento al mismo mozo y me vuelvo sorprendida a Dimitri.

—¿No tenías que volver al club?

Dimitri sacude la cabeza.

—Te dije que me quedaría contigo hasta que acabe todo esto, y eso es lo que pienso hacer.

Me cuesta unos instantes comprenderlo.

—¿Piensas quedarte aquí? ¿En Milthorpe Manor?

—Pienso quedarme contigo mientras duermes, tal como te prometí.

—¿En mi dormitorio? —no puedo ocultar la incredulidad en mi voz.

Él arquea las cejas y hasta me parece detectar un indicio de su travieso encanto.

—A no ser que pienses dormir en otro sitio, sí, me imagino que tendré que quedarme ahí.

Brigid se queda mirando y aprieta los labios en un intento por no sonreír.

—¡Pero tía Virginia no lo permitirá jamás! La gente... ¡Bueno, la gente hablará! —parece algo tarde para preocuparse por la falta de decoro, aunque haber estado juntos en Altus o en los bosques ingleses parece distinto a permitir el paso a un joven caballero en mi aposento privado en el corazón de la ciudad.

—A mí me parece que tenemos problemas más importantes que los cotilleos de Londres, ¿no te parece? —no espera a que le responda. Simplemente, me coge del brazo y levanta la vista hacia Gareth, que aún sigue montado en su caballo—. ¿Recuerdas la dirección?

Gareth asiente.

—Me instalaré y volveré aquí mañana.

—¿Te vas a quedar en Londres? —obviamente, han hecho planes sin mi conocimiento, pero no me importa cuando pienso en lo segura que me siento en compañía de Gareth.

Él asiente con la cabeza.

—Sí, mi señora. No he venido hasta tan lejos solo para dar media vuelta. Dimitri me informó de su... problema después...

Me vuelvo hacia Dimitri, ruborizada a causa de la sorpresa.

—¿Se lo has contado? ¿Lo de nuestro viaje, lo de... todo?

El gesto de Dimitri no es de disculpa, solo de determinación.

—No tiene ningún sentido ocultárselo después de todo lo que ha pasado. Además, necesitamos a todos los aliados en los que podamos confiar, y creo que estaremos de acuerdo en que hay pocos tan de fiar como Gareth.

Gareth siempre me ha tenido en muy alta estima. Me pregunto cómo afectará a sus sentimientos hacia mí saberlo todo acerca de la profecía y del oscuro lugar que ocupó en ella. Pero cuando me vuelvo hacia él, no hay más que compasión y afecto en sus amables ojos azules.

—Desde luego —trato de sonreír—. Me alegro de que estés con nosotros, Gareth, aunque sea una preocupación más para mí. No me gustaría que te hicieran daño o se sirvieran de ti.

—No tiene por qué preocuparse de mí, mi señora. Son los que se atreven a amenazarla quienes deberían hacerlo —sonríe, aunque sin ninguna complacencia. Por un instante temo por quien se halle al otro lado de esa sonrisa. Y prosigue—: Me quedaré y haré con ustedes el viaje a Avebury por si surgen problemas por el camino. Creo que lady Abigail, que descansa en paz y armonía, lo aprobaría.

—Creo que tienes razón —respondo con calma.

Él le da la vuelta a su caballo, asintiendo.

—Nos veremos mañana por la mañana —volviendo la vista atrás, nos dedica a Dimitri y a mí una taimada sonrisa—. Que duerman bien.



No son Sonia ni Luisa, paradas al lado de Elena, quienes captan mi atención, sino tía Virginia. Incluso al débil resplandor del fuego y de las lamparitas diseminadas por el salón, me doy cuenta de que no tiene buen aspecto.

—¡Lia! ¡Ya estás en casa! —se levanta para venir a nuestro encuentro con la ayuda de Elena.

Me apresuro a correr a su lado y me es imposible no percatarme de su postura ligeramente encorvada y de sus arrugas, que parecen más profundas pese a que apenas nos hemos ausentado un mes.

—¡Tía Virginia! ¡Me alegro tanto de estar de vuelta! —la abrazo cariñosamente—. Quise mandar recado de que ya veníamos de camino, pero no había nadie a quien confiar el mensaje.

—Está bien, querida. Estaba preocupada, pero tenía el presentimiento de que aparecerías pronto.

Me separo de ella para mirarla a la cara.

—¿Ha ido todo bien mientras hemos estado fuera?

Ella asiente, aunque veo vacilación en su mirada. Sé que tiene muchas cosas que contarme en privado.

—Todo ha ido bien. Sonia y Luisa ya están más familiarizadas con Elena. Las tres me han hecho mucha compañía —mira a Brigid, que está de pie al lado de la puerta del salón—. ¿Y quién es esa chica?

Me acerco a Brigid, la cojo de la mano y tiro de ella para que entre en la sala.

—Es Brigid O’Leary —miro a tía Virginia, a Sonia, a Luisa y a Elena—. Es la última llave.

Se produce un momento de absoluto silencio, en el que casi puedo palpar la repercusión que causa lo que he dicho en la sala. Luisa es la primera en tomar la palabra.

—¿La última llave? Pero... —hace un gesto con la cabeza, mirándonos alternativamente a Brigid y a mí—. Pensé que ibas a Irlanda en busca de la piedra.

Asiento con la cabeza.

—En efecto. Y la encontré. Pero resulta que mi padre puso cada cosa en su sitio antes de morir. Escondió la piedra cerca de la última llave para que las encontráramos a la vez. Y hay algo más.

El brillo de los ojos de Sonia refleja todas las preguntas que hay en su mente.

—¿De qué se trata?

—El ritual también estaba allí, escrito en la pared de una cueva, donde se suponía que tenía que estar escondida la piedra.

—¿Qué quieres decir con «se suponía»? —me sorprende oír hablar a Elena. Había olvidado su peculiar tono de voz, tan bajo—. ¿No la pudiste localizar?

Entonces me doy cuenta de lo difícil que tiene que ser entenderlo para quien no haya estado en Loughcrew.

—Brigid la tenía a buen recaudo.

Las otras chicas miran a Brigid con cierto recelo, no es producto de mi imaginación, así que bajo la vista hacia su muñeca, cubierta por la manga de su blusa.

—Quieres... —levantando la vista hacia ella, espero que comprenda que soy su amiga—. ¿No te importaría enseñársela?

Ella asiente y se levanta el puño de la manga.

Sonia y Luisa se acercan un poco para verla mejor, aunque tratando de ser educadas. Cuando por fin la marca queda a la vista, levanto la mano de Brigid para que la vean.

—¿Veis? Es igual que las vuestras. Mi padre la encontró hace muchos años y empleó al padre de Brigid como guarda de los túmulos. Le dijo a Brigid que iríamos a buscar la piedra y ella la tuvo escondida mientras esperaba nuestra llegada.

Durante un largo instante nadie habla. El silencio es interrumpido por el murmullo de la voz de tía Virginia.

—Así que ya está. Las llaves, la piedra, el ritual —me mira a los ojos—. Todo está en su sitio.

Muevo la cabeza, aunque quisiera no tener que contarles lo que averigüé en Chartres.

—No todo.

—¿Qué más hay? —pregunta Luisa, encogiéndose de hombros.

Las miro a todas, de una en una, tratando de encontrar las palabras y deseando no haberme empeñado en no informarlas de ello antes. No hay una manera agradable de comunicárselo.

—Alice —me limito a decir, dispuesta finalmente a desterrar este último secreto de entre nosotras—. La página perdida dice que la guardiana y la puerta deben trabajar unidas para negar la entrada a Samael durante el ritual de los caídos —hago una pausa—. Eso significa que necesitamos a Alice.

Por un momento creo que no me han oído. Nadie habla. Nadie se mueve. Al fin, es Luisa quien rompe el silencio.

—¿Alice? Vaya —suelta una carcajada áspera y fría—, pues lo mismo podríamos esperar la ayuda de la reina madre. ¡De hecho, yo diría que habría más posibilidades

con ella!

Su desprecio me asusta. Pero ya no puedo parar. Tengo que contárselo todo si vamos a empezar de nuevo, si queremos que haya alguna esperanza de recuperar nuestra amistad.

—Me temo que eso no es todo.

Sonia da un paso adelante.

—¿Qué quieres decir?

Inspiro una profunda bocanada de aire.

—Necesitamos la ayuda de Alice y tiene que ser en la víspera del primero de mayo. La víspera de Beltane.

La mirada de Elena se desvía hacia el fuego.

—Pero eso es... —gira la cabeza para mirarme de frente.

Asiento.

—Dentro de cuatro semanas.



Les doy las buenas noches a Sonia, Luisa y Elena, confiando a Brigid a sus cuidados, mientras me quedo en el salón con tía Virginia y Dimitri. Tenemos mucho de lo que hablar y, aunque deseo recuperar los lazos de mi amistad con Sonia y Luisa, hay cosas que debo hacer en privado.

Le hablamos a tía Virginia sobre Brigid y su padre, sobre la pared de piedra del túmulo donde estaba el ritual y sobre el viaje a Londres y todos sus incidentes. Espero verla sorprendida o, al menos, consternada al enterarse de que las almas hacen uso de mi poder, pero se limita a asentir comprensiva.

—Yo también estoy sufriendo sus manejos. Y creo que las demás también, aunque las chicas son más jóvenes y las huellas son menos evidentes en ellas.

—¿A qué te refieres, tía Virginia? —trato de imaginarme lo que ha podido pasar mientras he estado fuera—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella quita importancia a mi tono de preocupación con un ademán.

—Nos persiguen en sueños, nos tientan para viajar al plano astral.

Muevo la cabeza.

—¿A todas?

—Sí, en mayor o menor medida —se queda dudando, como tratando de decidir cómo continuar—. Sonia parece estar soportando la peor parte, pero creo que consigue resistir.

No le comento a mi tía que quien parece estar soportando la peor parte es ella,

pues parece haber envejecido diez años en el último mes. Sé que no va a reconocerlo, así que centro mis pensamientos en Sonia.

—¿Cómo puedes estar tan segura, tía Virginia? —en cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento de mi desconfianza, pero dejar en el aire esa pregunta podría exponernos a todos incluso a un peligro mayor.

Suelta un suspiro más triste que exasperado.

—Las combato con todas sus fuerzas. Te quiere. Aún te considera su mejor amiga. Tan solo desea ayudarte, compensarte por su anterior traición. Creo que estaría dispuesta a morir antes que volver a unirse a la causa de las almas.

—Está bien —asiento.

Me doy cuenta de que tengo que reprimir la necesidad de ir a ver a Sonia en ese mismo momento. De disculparme y suplicar su perdón. De comprobar si puedo hacer algo por ella. Pero tengo que esperar, pues hay una cosa más que debemos discutir esta noche.

—Hemos encontrado una manera —comienzo a decir, mirando brevemente a Dimitri antes de centrar mi atención otra vez en mi tía—, una manera de mantener a raya a las almas y permitirme descansar un poco.

Ella alza las cejas, esperando a que continúe.

—Es... Bueno... —noto que me ruborizo y me reprendo en silencio por comportarme como una colegiala cuando el destino del mundo está pendiente de un hilo—. Dimitri se queda conmigo por la noche. Así se asegura de que no me abandono a la voluntad de las almas mientras duermo.

—Y me gustaría continuar quedándome con ella en Milthorpe Manor hasta que pase todo esto, tanto por su propia seguridad como por la de todas las personas que hay en la casa —añade Dimitri—. Sé que es algo insólito, pero tiene mi palabra de que estaré toda la noche sentado en una silla al lado de Lia. Nada más.

Al principio, tía Virginia no responde. Solo se nos queda mirando fijamente, como si hablásemos en un idioma distinto. Por fin mueve ligeramente la cabeza y nos mira como si estuviésemos locos.

—¿Quedarse aquí? ¿En la habitación de Lia? —endereza la espalda—. Soy consciente de que la profecía ha dado lugar a situaciones insólitas, pero no me es posible autorizar esto, señor Markov. Está en juego la virtud de Lia y, aunque estoy segura de que usted sería fiel a su promesa, sería del todo inapropiado. ¡Nunca recuperaría su buena reputación!

Me quedo quieta un momento antes de arrodillarme ante ella y de coger sus manos entre las mías.

—Tía Virginia, sabes que te quiero como a una madre, ¿verdad?

Ella vacila antes de asentir. Me parece advertir el brillo de las lágrimas en sus ojos.

Trato de hablarle con calma.

—Entonces sabrás que digo esto con el mayor de los respetos, pero yo... — suspiro, sorprendida de lo difícil que me resulta desobedecerla—. Bueno, no te estoy pidiendo permiso. Milthorpe Manor siempre será tu casa. Siempre. Pero yo soy la dueña y, en este caso, me temo que debo insistir. Dimitri ha velado en más de una ocasión por mi seguridad. No podré hacer frente a la batalla que nos espera si no descanso, y no puedo descansar si no hay alguien vigilándome. Tú misma has dicho que todas estáis expuestas a sus ataques. Dadas las circunstancias, me parece lo más prudente que Dimitri se quede en la casa por la seguridad de todas.

El dolor es visible en el rostro de tía Virginia y siento una punzada de remordimiento por haberlo provocado. Pero ya no soy una niña. Me he enfrentado a muchas batallas. He sufrido graves pérdidas. Me he ganado el derecho a hablar por mí misma.

Y no hay otra manera.

Ella se levanta suspirando.

—Muy bien. Tal como dices, tú eres la señora de Milthorpe Manor —no hay resentimiento en su voz, únicamente cansancio y pesar—. Tú decides.

Se marcha de la sala sin decir nada más. Me pregunto por qué no estoy contenta de haber escogido por fin mi propio camino, de tomar mis propias decisiones.

Pero no es placer lo que siento, sino miedo. Miedo a no estar preparada para tomar decisiones, como querría que todo el mundo creyese.

Y miedo a que las que pueda tomar nos lleven a todos al desastre.



—¿Estás cómoda?

Dimitri me contempla desde el sillón que hay junto a mi cama, después de haberme besado castamente en la frente y de haberme arropado como a una niña. No hay nada insinuante en su voz, pero a pesar de todo lo que se nos viene encima, me resulta terriblemente atractivo verle con la camisa medio desabrochada y los hombros relajados.

—Sí, gracias. Pero me siento culpable por que pases la noche en ese sillón, por muy agradable que pretendas que parezca.

Él sonrío y se da una palmadita en la rodilla.

—Bueno, hay mucho sitio aquí para ti, si quieres cambiar de escenario.

Estoy encantada y, al mismo tiempo, horrorizada de que seamos capaces de bromear tan inapropiadamente cuando todo pende de un hilo. Me descubro a mí misma devolviéndole la sonrisa.

—No creo que tía Virginia lo aprobase.

Dimitri suspira con dramatismo y se acomoda más en el sillón.

—Pues muy bien. Como quieras.

Cierro los ojos, consolándome con su sola presencia. La habitación está caliente y mi cama infinitamente más blanda que el suelo en el que he dormido estos últimos diez días. Todo ello me invita a quedarme adormilada y no tardo mucho en quedarme dormida del todo.

Y esta vez, por alguna razón, no sueño.



Dimitri está descansando en la habitación que le ha preparado tía Virginia, y supongo que Luisa y las demás se estarán arreglando. Tendré que hablar con Luisa, aunque ahora mismo es Sonia la que más me preocupa. Me detengo frente a la puerta de su cuarto y levanto la mano para llamar.

Me pregunto si estará dispuesta a perdonarme. Si las cosas volverán a ser alguna vez como antes. Pero no hallaré respuesta a esas preguntas en el pasillo, así que me obligo a llamar antes de poder cambiar de opinión.

—Ruth, me preguntaba si podías... —la puerta se abre con más rapidez de la que había previsto y Sonia se queda parada en el umbral, evidentemente sorprendida y con la frase a medio decir, suspendida en el aire—. ¡Lia! Yo... ¡Pasa!

Se echa a un lado, abre más la puerta y me deja pasar.

Entro en la habitación. Es la primera vez que siento vergüenza desde que nos conocimos en la habitación iluminada con velas donde ella solía celebrar sus sesiones.

—Lo siento. ¿No te molestaré?

Se ríe en voz baja.

—No pasa nada, es que creía que era Ruth. Luisa ya no llama a la puerta y tú... —su voz pierde fuelle.

—Hace mucho que no vengo a visitarte —termino por ella.

Asiente despacio.

Señalo con un gesto uno de los sillones que hay frente a la chimenea.

—¿Puedo?

—Pues claro.

Viene a reunirse conmigo y me acuerdo de cuando entraba de repente en su habitación y me sentaba en su cama sin más ceremonias. Sonia se acomodaba a mi lado y pasábamos horas hablando, conspirando y preocupándonos. Me asalta la tristeza porque muchas veces tenemos que perder algo antes de darnos cuenta del valor que tiene. Desearía poder volver atrás y hacerlo todo mejor.

Miro mis manos sin saber muy bien cómo empezar.

—Sonia... —levanto la cabeza y la miro a los ojos—. Lo siento.

Su rostro permanece impassible, su expresión no da a entender nada.

—Ya te has disculpado, Lia. Más de una vez.

—Sí, pero creo que una parte de mí no quería perdonarte.

—Es perfectamente comprensible. Lo que hice fue imperdonable —el dolor reflejado en su voz sigue siendo áspero y sincero.

—No debería haberlo sido —alargo el brazo para tomarla de la mano—. Lo que yo hice fue imperdonable. No honré nuestra amistad ni todos los sacrificios que hiciste en su nombre. No tuve contigo la misma consideración que tuviste tú cuando lo dabas todo por mí. Lo peor de todo —tomo aire y me percató de pronto de lo

ciertas que son las palabras que voy a decir— es que no estuve ahí cuando más me necesitaste.

—Lo mismo podría decirse de mí. Aquellos días, mientras atravesábamos los bosques para ir a Altus... —baja un poco el tono de voz y recuerda con la mirada despejada—. Bueno, me cuesta recordarlos. Más tarde me dijeron que te viste obligada a permanecer despierta para asegurarte de que las almas no te usaran como puerta. Era mi obligación, pero tampoco yo pude estar a tu lado mientras sufrías.

Nos quedamos en silencio mientras rememoramos aquel terrorífico tiempo en el que ambas estuvimos a merced de las almas, Sonia por su involuntaria alianza con ellas y yo por mi temor a que me utilizaran mientras dormía.

Pero el pasado es el pasado. Tenemos demasiadas cosas por delante como para seguir pensando en ello. Miro a Sonia y sonrío.

—Siento no haber sido la mejor amiga para ti, Sonia. Pero si puedes perdonarme, me gustaría empezar de nuevo. Volver a ser amigas como antes.

Se inclina para abrazarme.

—Nada me gustaría más.



No son fantasías mías los murmullos de la criada que oigo mientras me dirijo al comedor. Pese a que Dimitri y yo hacemos todo lo posible por mantener en secreto su presencia en mi habitación, era inevitable que alguien acabase dándose cuenta.

Las demás chicas ya están sentadas a la mesa, todas excepto Sonia, que está arriba, vistiéndose. Me coloco al lado de Brigid, tratando de ignorar las miradas de reojo de la criada que me sirve la comida en el plato. Tendré que explicar la presencia de Dimitri, pero no puedo hacerlo delante del servicio, así que permanezco estoicamente sentada, viendo cómo sirven y pensando que cuanto más tiempo paso en la sociedad londinense, menos me gusta.

—¿Has dormido bien, Lia? —la voz de Brigid me saca de mis pensamientos y me vuelvo a mirarla.

—Sí. Estupendamente bien, la verdad. ¿Y tú?

Sonríe.

—Es una maravilla dormir de nuevo en una cama, aunque disfrutaba de la naturaleza mientras veníamos hacia aquí.

—Entiendo lo que quieres decir.

Me quedo un momento vacilante, tratando de pensar en un modo de sacar a colación a Dimitri. Después decido que lo mejor es ser directa. Levantando mi taza

de té, trato de sonar despreocupada.

—Estoy segura de que todas os habréis enterado de que Dimitri va a quedarse con nosotras.

Se miran unas a otras y me queda claro que la presencia de Dimitri ya ha sido objeto de discusión antes de que nos sentáramos a la mesa.

—Brigid nos ha dicho que es para cuidar de ti —dice por fin Luisa—, para garantizar que las almas no se apoderen de ti mientras duermes.

Asiento agradecida por el hecho de que Brigid haya preparado el terreno.

—La piedra de víbora de tía Abigail se ha enfriado y sin su poder soy más vulnerable de lo que me gustaría admitir. Dimitri se quedará por la seguridad de todas nosotras, pero tendremos que aceptar que habrá cotilleos entre el servicio.

Luisa se echa a reír y hace un gesto despectivo con la mano.

—¡Bah! ¡Yo no me preocuparía de lo que piense el servicio! Me conformo con que sobrevivamos todas a nuestro destino final. Si la presencia de Dimitri incrementa esa posibilidad, a mí me parece muy bien.

Ya le he explicado la situación a Sonia, así que ahora miro a Elena y a Brigid.

—¿Vosotras tenéis algo que objetar?

Brigid sonrío.

—Si tuviera objeciones, ya las habría manifestado antes.

Me vuelvo a mirar a Elena.

—¿Elena?

Ella frunce el ceño mientras escoge las palabras.

—No creo que mi padre lo aprobara.

Una abrupta carcajada escapa de los carnosos labios de Luisa mientras contempla a Elena.

—¿Tu padre? ¿Y quién se lo va a contar? ¡En el tiempo que tú le mandas una carta a España y él te contesta, todo habrá terminado!

Elena endereza la espalda. De pronto parece remilgada, no me había percatado de esa cualidad suya hasta este momento.

—Sí, bueno, pero que no me dé tiempo a contárselo, no significa que vaya a desobedecer sus deseos.

Luisa suspira.

—Me parece admirable que quieras honrar los valores de tu padre, Elena —de pronto se interrumpe e inspecciona el techo como considerando lo que va a decir—. En realidad, no es cierto. Lo considero ridículo y estrecho de miras. Pero lo que yo piense no viene al caso.

De repente me entran unas inoportunas y terribles ganas de reír mientras Luisa prosigue:

—La cuestión es que hay cosas más importantes de las que preocuparse ahora,

¿no crees? Cosas como nuestra supervivencia —comienza a enumerar con los dedos —, el destino de nuestras almas, el futuro de la humanidad. Cosas de ese tipo. Yo voto por que Dimitri se quede —posa las palmas de las manos sobre la mesa, en un gesto de irrevocabilidad, mientras mira a Elena a los ojos—. Y como sabemos que las demás están de acuerdo, me temo que estás en minoría.

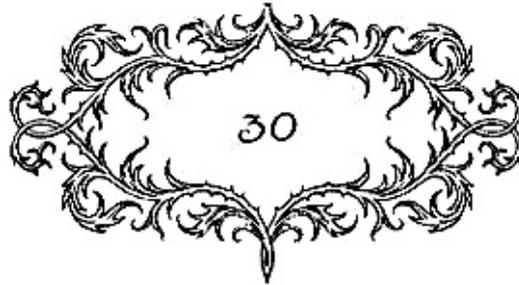
Trato de no sonreír mientras Elena se levanta de la mesa excusándose, en todo momento con la barbilla bien alta. Es Brigid quien se echa a reír cuando los pasos de Elena se pierden por el pasillo.

Resisto la necesidad que siento de hacer lo mismo.

—¿Creéis que alguien debería ir a buscarla?

Luisa responde con un ademán despectivo a mi pregunta mientras toma un sorbo de té.

—Dentro de una hora se le habrá pasado. Confía en mí. Sonia y yo hemos aprendido a manejarla.



Me sorprende un tanto que tía Virginia decida acompañarnos a dar una vuelta por la ciudad. Sin embargo, cuando se queda atrás con Elena, empiezo a comprender por qué lo ha hecho. Ambas caminan codo con codo en amigable silencio y me doy cuenta de que vivir con Alice ha convertido a mi tía en la única capaz de entender a alguien como Elena. Puede que no comparta la naturaleza oscura de Alice, pero se discrimina de un modo bastante similar. Por eso, parece natural que mi tía le prodigue cuidados especiales, y yo le agradezco su generosidad.

Las calles de Londres bullen de actividad con el tráfico de media mañana. Los carruajes pasan a toda prisa mientras gente de toda clase circula apresuradamente de un lado a otro. Luisa y yo caminamos juntas, con Sonia y Brigid delante, charlando despreocupadamente. En un determinado momento, Sonia señala algo a lo lejos.

—Me alegro de que hayas vuelto, Lia —percibo la sonrisa de Luisa en su tono de voz. Me vuelvo y la veo sonriente—. Porque has vuelto, ¿no?

Sus palabras me llenan de tal tristeza que no puedo devolverle la sonrisa.

—Sí, eso creo. Pero...

—¿Qué ocurre, Lia? —lo dice en tono agradable.

Bajo la vista hacia los adoquines mientras caminamos.

—Estaba tan dolida, tan asustada por la traición de Sonia... Y después de que volvierais las dos de Altus, parecíais más unidas que nunca. Cuando vuelvo la vista atrás, me parece una locura haber dudado de tu lealtad, pero por entonces tenía miedo de todo lo que tuviera que ver con las personas de mi entorno. ¿Me podrás perdonar?

Luisa estira un brazo para darme un apretón en la mano.

—¡Ay, Lia! ¡Mira que eres tonta! No tienes por qué disculparte. Basta con que me digas que has vuelto, que hemos vuelto, y todo eso quedará atrás.

Le devuelvo el apretón y sonrío agradecida, asombrándome por la ironía de que algo tan tenebroso como la profecía traiga consigo amigas singulares y estupendas

que yo reclamo para mí.

—Ahora —sus oscuros ojos relucen— cuéntame lo que me he perdido.

Durante los siguientes veinte minutos, mientras pasamos ante comercios de ropa y panaderías, le hablo de Loughcrew y del descubrimiento de la piedra. Le hablo del ritual y de cómo el sol lo ilumina solo una vez al año, durante el equinoccio. Le hablo del miedo que tengo a que Alice no quiera ayudarnos y le cuento que no se me ocurre qué podría hacer si se niega a hacerlo.

—¿Cómo encajan todas las piezas en la ceremonia ritual? —pregunta Luisa por fin.

Me dispongo a contestarle cuando Sonia, a media manzana delante de nosotras, nos grita:

—¡Vamos a entrar en la sombrerería!

Les hago señas a ella y a Brigid para que vayan.

—Adelantaos. Enseguida estamos con vosotras.

Desaparecen en uno de tantos escaparates y me vuelvo a mirar a Luisa.

—Al principio, yo tampoco lo entendía. Pero cuanto más pienso en ello, menos complicado me parece.

Luisa frunce el ceño concentrada.

—Bueno, entonces puede que solo necesites pensar un poco más en ello.

Suelto una carcajada.

—La última página de la profecía dice que debemos retornar al vientre de la serpiente. Tiene sentido que se refiera a Avebury. Tú y las otras llaves nacisteis cerca de ese lugar. Y la profecía parece indicar que todo empezó allí, así que deberíamos regresar a Avebury para acabar con ella. El vientre parece indicar el centro. Si de verdad es un lugar sagrado, puede que su poder se concentre en su centro, de la misma forma que la gruta de Chartres tenía un significado especial.

Llegamos a la sombrerería y nos detenemos frente al escaparate. A través de él vemos a Sonia y a Brigid probándose alegremente enormes sombreros. Se los colocan la una a la otra, sin parar de reírse como tontas, hasta que el dueño de la tienda se vuelve a mirarlas.

—Y esto... ¿Cómo se llama? ¿El círculo de fuego? —pregunta Luisa.

—Creo que he tenido sueños sobre ello —por un instante, no nos veo a Luisa y a mí reflejadas en el cristal, sino el fuego inscrito en el círculo de mis sueños, los extraños cánticos, las figuras encapuchadas—. En ellos he visto gente cantando alrededor de un fuego, la piedra está encima de un montón de leña, probablemente para captar los primeros rayos de sol de Beltane —me vuelvo a mirarla mientras tía Virginia y Elena nos alcanzan—. Creo que es así como se supone que funciona.

Luisa asiente con gesto sombrío mientras Elena mira por el cristal para ver a Sonia y a Brigid, que devuelven dos sombreros al mostrador antes de coger otros.

—¿Qué hacen? —pregunta Elena.

—Se están divirtiendo —el tono de voz de Luisa deja traslucir su fastidio.

Me vuelvo hacia Elena.

—¿No te gustaría entrar?

Parece sorprendida.

—No necesito un sombrero nuevo.

A pesar de sentir un poco de tristeza por su incapacidad para divertirse, no puedo evitar un deje de resignación en mi suspiro. Tía Virginia acude al rescate.

—¿Volvemos? —pregunta, sonriente—. No me vendría mal una taza de té.



Dimitri regresa del club con Gareth y compartimos con ellos una cena plagada de risas al ver cómo se imitan cómicamente uno a otro. No me doy ni cuenta de cómo pasan las horas, pero cuando los dos se levantan de la mesa para ir a tomar un brandi en el salón, noto la extenuación en mis huesos. No me apetece más que estar en mi habitación, en silencio, en mi mullida cama y tener un poco de soledad para estudiar qué opciones tengo para atraer a Alice a nuestra causa.

Solo pensar en ello resulta ya absurdo, de modo que tengo que obligarme a no escuchar esa voz en mi cabeza que me dice que es imposible.

Tras darles a las demás las buenas noches, me retiro a mi habitación para cambiarme y lavarme antes de acostarme. Las llamas resplandecen en la chimenea y me meto entre las sábanas tratando de imaginar lo que le diré a Alice.

Y cuándo.

La lógica me dice que tendrá que ser mañana, pues los días pasan y cada vez queda menos tiempo hasta Beltane. Hay que planear el viaje, a pesar de no ser tan largo como el de Altus o Irlanda, y, siendo un grupo tan nutrido, necesitaremos un tiempo.

Intento imaginarme los motivos que mueven a Alice a actuar, lo que podría hacerle replantearse su deseo de ayudar a las almas. Pero los motivos de Alice siempre han estado bien claros. Busca obtener todo el poder que pueda conseguir. No le importa si ese poder se ejerce bajo el gobierno del bien, como sucede ahora, o bajo el gobierno de las almas, como ocurrirá si escoge ese camino.

Alice no quiere a nadie. No es leal a nadie.

A menos que contemos con James.

Esta idea no es más que una lucecilla en lo más hondo del pozo de mi corazón. Me siento en la cama mientras las implicaciones de este hecho, si es que es posible,

comienzan a hacerse más claras en mi cabeza.

¿Se puede contar con James? ¿Existe la remota posibilidad de que realmente Alice le quiera? La idea me recuerda que se trata del primer rayo de esperanza que veo desde que comprendí que la profecía requería que mi hermana y yo trabajásemos juntas.

—¿En qué estás pensando tan seria y metida en la cama?

La perezosa voz me saca de mis pensamientos. Me enderezo y dejo caer la colcha bordada hasta mi cintura mientras sigo la voz de la figura plantada junto a la puerta cerrada.

—¡Dimitri! Me has asustado.

—Lo siento. Estabas muy pensativa. No quería interrumpirte.

Se encamina despacio hacia mí y se sienta en el borde de la cama. Su peso sobre el colchón, su proximidad, el olor a brandi y a humo de la chimenea..., todo ello me hace sonrojarme y sofocarme en exceso.

—¿Qué tal tu visita a Gareth? ¿Se encuentra cómodo en tu habitación en casa de Elspeth? —no se trata de un intento demasiado ingenioso para distraerme de la presencia de Dimitri, pero es cuanto puedo hacer de momento.

Me dedica una pícara sonrisa y se tumba a mi lado, sobre la colcha.

—Me ha dicho que está muy a gusto, aunque yo diría que no tanto como yo.

Sus ojos se pasean por mis labios y luego por la cinta de mi camisón, anudada sobre mi escote.

—Tú —le planto ambas manos en el pecho y le doy un empujoncito— eres una mala influencia. Se supone que deberías estar sentado en el sillón.

Me envuelve en sus brazos acercando mi cuerpo al suyo y, aunque se interpone entre nosotros la colcha, de poco me sirve para sofocar el torrente de sangre que invade mis venas.

—¿Quieres que me vaya? —me pregunta.

—Sí... No... Es decir, deberías marcharte —mi voz se debilita cuando me besa primero en la mejilla y luego en la piel más fina de la base de mi cuello—. Debes hacerlo.

—¿Debo?

Un escalofrío me sube por la columna cuando su cálido aliento recorre mi cuello.

Suspiro y me aprieto más contra él durante un instante, a pesar de mis buenas intenciones. No quiero que se vaya. Ni que deje la cama. Ni a mí. Nunca.

—Bueno... —mi respiración es un murmullo que se pierde en la habitación—. Puede que todavía no.

Su boca se posa sobre la mía. Su lengua se desliza entre mis labios y yo me pierdo en el calor de nuestros besos mientras la habitación parece ladearse. Mis manos suben como si tuviesen voluntad propia y acarician sus anchas espaldas hasta

desear que ni la colcha ni ropa alguna separe nuestros enfebrecidos cuerpos. Todo desaparece cuando traspasamos los límites impuestos por tía Virginia y por la sociedad. No hay nada más que la presión del cuerpo de Dimitri contra el mío.

Entonces, se aparta gimiendo con suavidad y se incorpora. Su respiración es pesada y acelerada.

No necesito preguntarle por qué se ha apartado y le dejo un momento para que se recobre. Yo aprovecho para apaciguar cuanto puedo el ardor en mi vientre y para despejar mi cabeza de la neblina provocada por el deseo que se ha instalado en ella.

Cuando parece regularse el ritmo de la respiración de Dimitri, le toco la espalda con suavidad.

—Lo siento. Es difícil no dejarse llevar, ¿verdad?

Se vuelve hacia mí con una mirada indescifrable.

—Decir difícil es poco para describir la disciplina que tengo que imponerme cuando estoy cerca de ti, Lia.

Sonrío, pues hallo un extraño placer en el esfuerzo que hace para mantener las distancias.

—No quiero que te vayas. ¿Crees que podrás mantener la disciplina mientras te tumbas un rato conmigo y nada más?

Se echa a mi lado y posa la cabeza sobre la almohada, al lado de la mía.

—¿Y tú? —me pregunta con una sonrisa perversa.

Me río en voz baja.

—Para mí será igual de difícil, te lo aseguro. Pero ahora mismo no estoy dispuesta a quedarme a solas con mis pensamientos.

Su semblante se pone serio cuando levanta una mano para acariciarme la cara.

—¿Y qué pensamientos son esos?

Inspiro hondo.

—Trato de pensar en algo, lo que sea, que pudiera apartar a Alice del camino que ha escogido. Ya no puedo posponerlo más. Tendré que ir a verla mañana.

Dimitri levanta la cabeza.

—¿Tan pronto?

—Tengo que hacerlo. Queda menos de un mes para Beltane y aún hay mucho que hacer antes de que podamos marcharnos. Además, ¿qué diferencia hay entre mañana y pasado mañana o el otro? Quiero acabar con esto de una vez.

Él asiente.

—Te acompañaré.

Le miro a los ojos y sonrío.

—Esto tengo que hacerlo sola, Dimitri —levanto una mano cuando empieza a protestar—. Sé que quieres protegerme. Pero es mi hermana.

Sus ojos se ensombrecen cuando aprieta las mandíbulas.

—Es demasiado peligroso.

—No lo es. La próxima batalla tendrá que librarse en Avebury y en los otros mundos —le acaricio la frente para tranquilizarle—. ¿No lo ves? Por fin me he dado cuenta de por qué no nos persiguió la guardia mientras regresábamos de Loughcrew.

Aguarda a que se lo cuente.

—Saben que al final no tendré mayor enemigo que yo misma. Sin el poder de la piedra de víbora de tía Abigail, soy tan vulnerable como siempre lo he sido. No hay necesidad de enviar a la guardia. No ahora, cuando más posibilidades hay de que yo misma acabe poniéndome de su parte.

La angustia oscurece sus ojos. Después me estrecha con fuerza enterrando su rostro en mi pelo.

—Nunca te pondrás de su lado, Lia. No te dejaré hacerlo.

No le respondo, pues no gano nada repitiendo las palabras que llevo grabadas en el fondo de mi mente: «Si solo dependiera de mí...».



A la mañana siguiente espero a Alice fuera del Savoy. Inquieta por que pueda rechazarme, no he anunciado mi deseo de verla, así que estoy de pie, apoyada contra la pared de piedra del hotel, esperando a que aparezca, como sin duda hará. Alice nunca se quedaría metida dentro en un día como este. Por fin ha llegado la primavera a Londres y el día ha amanecido con un cielo cristalino.

Tenía planeado ensayar mi súplica, memorizar exactamente las palabras adecuadas para poner a Alice de nuestra parte. Pero, finalmente, soy incapaz de hacer nada, salvo contemplar las puertas del hotel con el corazón en un puño mientras aguardo para ver a mi hermana.

Aparece un rato más tarde y yo me pego a la pared, aún no me siento preparada. Mientras saluda al portero al salir, reconozco su brusca inclinación de cabeza. Alice nunca ha sido cariñosa con los que, según su punto de vista, están por debajo de ella. Me pregunto si verá del mismo modo a James, hijo de un simple librero.

Alice se encamina calle abajo, indiferente frente a los que la rodean, con la barbilla levantada en un gesto de rebeldía. Produce una extraña sensación observar a tu doble caminando por la calle. Ver a los hombres lanzándole miradas de admiración, mientras las mujeres la miran con envidia. Nunca me he tenido por guapa y me pregunto si no lo seré también o si será esa confianza en sí misma y esa actitud distante lo que hace a Alice merecedora de tanta atención.

Cuando se encuentra a casi media manzana de distancia de mí, me aparto de la pared y comienzo a seguir su ondulante capa. Me digo que no sería prudente anunciar tan pronto mi llegada, que sería más elegante ver adónde se dirige, esperar a encontrar un sitio en donde poder hablar en privado.

Pero estoy asustada. No es que me asuste Alice. Bueno, no del todo. No. Me asusta tener que provocar esta confrontación final. Perder la esperanza, de todos modos improbable, de que pueda acceder a ayudar a cerrarle la puerta a Samael.

Alice continúa caminando, pasa delante de las numerosas tiendas que jalonan la calle. No resulta difícil seguirla sin ser vista. Poca gente camina con su misma seguridad y son menos todavía quienes se fijan aún menos que ella en quienes les rodean.

Cruza una calle y yo acelero. Llego al otro lado en el momento en que comienza a pasar una hilera de carruajes que habrían hecho imposible seguirla siquiera con la vista. La sigo durante unos cuantos minutos más y no me sorprende cuando la veo cruzar la entrada de un parque, escondido del mundo exterior por numerosos y frondosos árboles que forman una pared por todo su perímetro.

El parque es pequeño. Al franquear la entrada, voy a parar a un estrecho camino adoquinado. En un espacio tan cerrado, Alice parece estar más cerca, así que me quedo atrás para no quedar demasiado expuesta. Nos adentramos en el parque, serpenteando por el camino moteado de sol que se filtra por los numerosos árboles. Me agacho repentinamente tras un árbol cuando Alice se detiene por fin al borde de un estanque. Observo cómo se sienta en un banco de hierro cerca de la orilla. Una familia de patos chapotea a lo lejos. Me pregunto si les habrá puesto nombres, como solíamos hacer con los que vivían en el estanque de Birchwood Manor.

Respiro hondo y reúno todo mi coraje mientras me alejo de la seguridad del árbol. «Di algo», pienso cuando me aproximo a ella por detrás. Estar tan cerca me hace sentir un poco mareada. De pronto me invaden sentimientos contradictorios de aversión, tristeza y hasta amor.

Incluso ahora.

Me encuentro a pocos pasos detrás de ella, disponiéndome a decir su nombre, cuando comienza a hablar. Sus palabras son suavemente transportadas por el agua.

—¿Por qué te escondes, Lia? Ven, siéntate a mi lado, ¿quieres?

Estoy sorprendida, pero no por el hecho de que sepa que la he estado siguiendo. Es su voz, la ausencia de ira, de apasionamiento lo que me asusta.

No respondo. Simplemente, me acerco y me siento a su lado en el banco.

Sigo su mirada sobre el agua. Observo a los patos que vienen chapoteando hacia nosotras, probablemente acostumbrados a que les den pan o comida.

—¿Te acuerdas cuando íbamos con nuestros caballos al lago y alimentábamos a los patos con pan duro? —la voz de Alice suena nostálgica.

En mi mente puedo ver los campos que rodean Birchwood, a mi hermana cabalgando veloz y segura delante de mí, con sus cabellos ondeando al viento a su espalda.

—Sí —resulta difícil hablar mientras trato de olvidar el peso que me oprime el corazón—. Siempre corrías demasiado, siempre ibas muy por delante de mí. Me daba miedo quedarme atrás.

Una sonrisa juguetea en las comisuras de su boca.

—Nunca me alejaba tanto como creías. Y nunca hubiese permitido que nos separáramos, aunque tú lo creyeras.

Tardo unos instantes en procesar esta nueva información. Incluso esa pequeña confesión hace que cambie mi forma de ver a mi hermana.

—¿Y por qué lo hacías si sabías que me asustaba?

Se encoge ligeramente de hombros.

—Supongo que en parte me hacía gracia tu dependencia. Tu miedo. Pero la verdad es que no sé por qué lo hacía.

Dejo vagar la vista sobre el agua. La superficie está rizada, gris y plomiza pese a la luz del sol. De repente no sé qué decir, cómo empezar. Busco la orilla contraria y observo la hierba que crece en su borde, los árboles de más allá, como si allí estuviesen las palabras que necesito. No me sorprende que Alice hable primero.

—Ya sé que él no me quiere.

Obviamente se refiere a James, pero lo que dice no me hace sentirme victoriosa.

—No pensaba hablar de ello.

Posa la vista sobre sus manos, cruzadas en su regazo.

—Ni tienes por qué hacerlo. Cuando le miro a los ojos, solo te veo a ti.

Dejo que las palabras se asienten entre nosotras. No para hacerle daño a Alice, sino porque estoy tratando de pensar en el modo de motivarla para que nos ayude ahora que piensa que James no la quiere.

Al final, le digo únicamente la verdad.

—Sea cual sea la situación ahora, Alice, James no podrá amarte nunca si te niegas a ayudarnos a cerrar la puerta, si se entera de tu juego para permitir a Samael gobernar el mundo.

—Al parecer, tan solo tengo dos posibilidades —su tono de voz es suave, sin ese deje de rebeldía que siempre ha caracterizado a mi hermana—. Ayudarte y casarme con un hombre que te quiere a ti u ocupar mi lugar al lado de Samael y gobernar el mundo —se vuelve a mirarme, sus ojos tienen el verde más intenso que jamás he visto en ellos—. ¿Tú qué harías?

Estudio su pregunta poniéndome en su lugar. Apenas me cuesta un instante hallar la respuesta.

—No aceptaría ninguna de las dos. Buscaría una salida para labrarme a mí misma un futuro. Un futuro en el que pudiera ser amada, amada de verdad, en el que no hubiera que canjear el poder por ese amor.

Alice sostiene mi mirada un momento y me parece ver un destello de duda en sus ojos. Pero no es más que una pequeña llama que se extingue sin que me dé tiempo a comprobar si realmente está allí.

Se vuelve a mirar de nuevo al agua.

—Entonces, eres mejor persona que yo, Lia —sonríe con ironía. Cuando habla de

nuevo, sus palabras se tiñen de un sutil sarcasmo—. Seamos sinceras, no teníamos necesidad de mantener esta conversación para llegar a esa conclusión, ¿verdad?

No quiero volver a escuchar las aseveraciones de Alice acerca de que yo era la gemela preferida.

—Todos juzgamos las cosas basándonos en nuestras propias percepciones, Alice. Pienses lo que pienses, papá te quería. Te sigue queriendo. Todos te queremos.

Ella levanta la barbilla evitando mirarme.

—Todos, excepto James.

Me levanto y me acerco a la orilla del agua, de espaldas a ella.

—James es... Bueno, la situación con James es culpa mía. No... —las palabras se me atragantan, pues aún me apena el recuerdo de haberle abandonado, de haberle causado dolor—. No lo hice bien. Debería haber hablado con él. Me fui dejándole con muchos interrogantes en el aire —me doy la vuelta para mirarla—. Pero ¿no te das cuenta, Alice? Ahora eso ya no importa. Estoy enamorada de Dimitri. James y yo, bueno... Nuestro amor tuvo su momento, su lugar. Si quisieras quedarte conmigo hasta ver la puerta cerrada, podrías empezar de cero con él. Podrías tener ocasión de vivir una vida feliz, con un amor de verdad, sin la sombra de la profecía ni de tu lugar en ella.

Alice no responde de inmediato. Y cuando lo hace no es para hablar de James, sino de nuestro padre.

—¿Sabías que solía observaros a ti y a papá cuando estabais en la biblioteca? Me paraba en la ventana, desde fuera de la casa, o me quedaba en el umbral de la puerta viéndoos reír y hablar de libros. Parecía muy sencillo el modo en que lo compartíais todo, pero cuando yo me interesaba por la biblioteca o por la colección de papá, él me escuchaba a medias, siempre deseoso de volver a estar en tu compañía.

Suspiro.

—Estoy segura de que papá sabía que, en realidad, no te interesaba la biblioteca, Alice. No dudo que apreciara tus esfuerzos, pero no le gustaba que lo hicieras.

—Claro. No puede ser que simplemente no le interesase yo, ¿no? —le tiembla la voz—. Yo estaba sola, Lia. Mamá había muerto. Tú tenías a papá y a Henry. Henry tenía a Edmund. Y tía Virginia siempre estaba pendiente de ti, incluso antes de que comprendiese por qué me miraba con suspicacia.

Sus palabras caen como el plomo. Lleva razón. Para mí ser consciente de ello es como una cuchillada en el corazón, ¿pues no me hace eso también a mí culpable de que Alice decidiera rechazar su papel de guardiana? ¿No es posible que si hubiese recibido el amor que le fue negado, se hubiera puesto de parte de las hermanas?

Cruzo el pedregoso camino para volver a ocupar mi sitio en el banco, a su lado. Me vuelvo hacia ella y tomo su caliente mano con la mía.

—Supongo que nunca me di cuenta de lo sola que estabas. Siempre parecías feliz,

despreocupada. Hablar de la biblioteca parecía aburrirte y supongo que después de intentarlo unas cuantas veces dejé de hacerlo.

—No quería que ni papá ni tú os dierais cuenta de lo mucho que me dolía. No quería que tuvieses ese poder sobre mí —se encoge de hombros y aparta la vista—. Así que fingía que no me importaba.

—Lo siento, Alice. Siento haberte hecho daño —me es más difícil de lo que esperaba decir esas palabras. No porque no sean ciertas, sino a causa de Henry. Porque cada injusticia, cada dolor infligido a Alice parece merecido a la luz de lo que le hizo a Henry.

Sin embargo, pronuncio esas palabras. Las digo porque Alice necesita escucharlas y, sí, las digo porque debo hacerlo si quiero llegar a tener la más mínima esperanza de ganarme su apoyo.

—Ya no tiene importancia —su garganta se tensa al tragarse la emoción de hace unos momentos.

—Tal vez no. ¿Podemos, entonces, dejar atrás el pasado? ¿Podemos trabajar juntas para cerrar la puerta a Samael y poder comenzar de nuevo? ¿Para que puedas comenzar de nuevo con James?

Alice retira despacio su mano de la mía, la pone sobre su regazo y vuelve la vista de nuevo al agua.

—Ese no es mi lugar —se limita a decir.

Es una extraña afirmación. Me doy cuenta de que me veo obligada a disimular mi asombro.

—Sí que lo es, Alice. Como guardiana, es el lugar que debes ocupar antes que ningún otro.

—Trata de entenderlo, Lia —su voz parece provenir de muy, muy lejos y sé que la estoy perdiendo, que estoy perdiendo la ocasión de ponerla de nuestro lado—. Siempre me he identificado con las almas. Siempre he colaborado con su causa. Siempre.

Sus palabras suenan con una contundencia que no puedo rechazar.

De nuevo siento un peso en el corazón cuando le respondo.

—Entonces, ¿no vendrás a ayudarnos? ¿No desempeñarás tu papel como guardiana, aunque puedas perder a James?

Se vuelve para mirarme.

—Lo siento, Lia. Es demasiado tarde. La única certeza que tengo sobre mí es que apoyo la causa de las almas. Es la parte que domina en mí. Es la parte que domina mi voluntad. Sin ella creo que dejaría de ser yo —se pone en pie y me mira desde arriba con algo triste e indescriptible en los ojos mientras se dispone a marcharse—. Lo siento por ti, Lia. Te deseo suerte en el cumplimiento de tu destino. Me temo que la vas a necesitar, y mucha.



No respondo a la suave llamada en mi puerta, pero Dimitri entra de todos modos. Cruza la habitación en silencio, se sienta a mi lado y me atrae con suavidad hacia sus brazos. Al principio me resisto, pero al momento cedo y reclino mi cuerpo sobre el suyo.

Me aparta el pelo y me besa en la coronilla.

—¿Te ha dicho que no?

No reacciono durante un buen rato, pues no quiero reconocer la verdad. Pero ya no es momento de disimulos y, finalmente, asiento con la cabeza.

Noto cómo un suspiro se escapa de su pecho.

—Lo siento.

Tras enderezarme, pego las rodillas contra mi cuerpo y me las cojo con los brazos.

—Fui una ingenua pensando que sería fácil.

Él mueve la cabeza.

—Ingenua no, optimista. Pero habría sido una insensatez no intentarlo —se encoge de hombros—. Ahora estamos seguros.

Contemplo el fuego, pues no quiero mirarle a los ojos.

—Para lo que nos sirve...

De reojo le veo pasarse una mano por el pelo.

—Nos limitaremos a esperar, eso es todo. Continuaremos intentando persuadir a Alice y esperaremos hasta el siguiente Beltane. No tiene por qué ser este año.

Apoyo la cabeza en las rodillas y me vuelvo para mirarle.

—No puedo esperar, Dimitri.

—Sí —afirma con la cabeza—. Sí que puedes. La profecía no precisa el año. Solo dice que tenéis que reuniros la víspera de Beltane. Si nos cuesta un año más convencer a Alice, qué le vamos a hacer. Como si nos lleva diez años.

Sonrío con calma.

—No aguantaré tanto tiempo, ambos lo sabemos. Las almas ya me han debilitado. Mi alianza con las otras llaves es frágil y no sé si podré siquiera convencer a Elena para que se quede otro año más. Tiene que ser ahora.

—Pero ¿cómo? Si Alice no piensa ayudarnos, no veo cómo vamos a obligarla. Desde luego, podríamos llevarla a Avebury contra su voluntad, pero no habría manera de obligarla a participar en el ritual.

—No lo sé, Dimitri. Aún no —cierro los ojos—. Lo único que sé es que no puedo esperar y que estoy muy cansada.

Se levanta, se inclina sobre mí y, antes de que pueda protestar, me levanta en sus brazos y comienza a caminar hacia la cama. Sus brazos son fuertes y seguros. Tengo la sensación de que podría llevarme en ellos para siempre sin cansarse.

—¿Qué haces? —pregunto en voz baja.

Su rostro está muy cerca del mío, sus ojos parecen insondables pozos de ónice líquido.

—Te llevo a la cama para que puedas dormir.

Cuando llegamos, Dimitri me deposita con delicadeza sobre el colchón y me arroja hasta los hombros. Después se sienta con cuidado en el borde de la cama y se agacha para besarme suavemente en la boca. Siento sus labios flexibles sobre los míos.

—Lo verás todo de modo más optimista por la mañana. Ahora duérmete, mi amor.

Aunque parece una tarea imposible, enseguida me deslizo en la oscuridad.

La cara de Dimitri es lo último que veo.



He regresado al Vacío, Samael está más cerca que nunca. El pútrido olor de las almas es sofocante. Noto el caliente aliento de sus caballos a mi espalda.

Hasta en mi sueño estoy cansada. Sigo con la rutinaria tarea de espolear a mi caballo para que avance, para intentar escapar de la bestia y de sus ángeles caídos. Aunque una parte de mí ya sabe que es en vano. Mi caballo aminora un poco el paso hasta que algo me arranca de su lomo. Me golpeo contra el duro hielo, pero es una sensación que percibo muy débilmente. No siento el mismo dolor que si estuviera en mi mundo. Y no hay tiempo para pensar en ello. El ejército de las almas me rodea en un círculo mientras estoy tirada en el hielo. Sé que todo se ha acabado.

Ahora me encerrarán bajo el hielo para toda la eternidad.

Pero primero vendrá él.

Oigo el caballo resoplando mientras se abre paso entre la multitud de almas, que se apartan. Parece como si estuviese furioso por haberle obligado a esta persecución. Noto los latidos, que comienzan como un pequeño rumor en mi pecho, pero que vibran más y más en mi interior conforme se hacen más fuertes y se acercan. Al poco rato también lo oigo. No solo el corazón de Samael, la bestia, sino mi propio corazón palpitando al mismo ritmo que el suyo.

Es extrañamente reconfortante. Si cierro los ojos, casi creería que me encuentro dentro del útero materno. Tendida en el hielo, me abandono al corazón palpitante, mientras las plumas de las alas de Samael se agitan alrededor de mi cuerpo como negra nieve. Me tocan la cara, suaves como un beso, cuando caen.

Y pienso: «Sí, qué fácil es después de todo».



Cuando despierto, estoy temblando. Mis huesos crujen como si estuviesen sueltos bajo mi piel y me castañetean los dientes.

—¿Qué? ¿Qué pasa...?

—¡Lia! ¡Despierta, Lia! —el rostro de Dimitri se inclina sobre el mío y me pregunto distraídamente por qué no querrá que siga durmiendo.

¿No me dijo que tenía que dormir? ¿O era un sueño?

Estoy confusa, desorientada. Miro alrededor, preguntándome si estoy en el bosque de camino a Altus, en Loughcrew o en uno de nuestros campamentos de regreso a Inglaterra. Pero no. Veo las paredes suntuosamente empapeladas de mi habitación, la madera tallada de los postes de mi cama de Milthorpe Manor.

Noto una presión en los hombros. Es molesta, casi dolorosa. Cuando miro, me sorprendo al ver que la causan las manos de Dimitri.

—¿Qué haces? —trato de sentarme—. ¡Me estás haciendo daño!

Dimitri retira las manos de mi cuerpo y las sostiene en alto en un gesto de rendición.

—¡Lo siento! Dios mío, lo siento, Lia. Pero... Tú...

Tiene una mirada siniestra, angustiada. Cuando la sigo, me doy cuenta de por qué.

Hay algo en mi mano izquierda. Algo con una cinta negra de terciopelo. Me incorporo reteniendo el aliento en la garganta mientras abro los dedos y veo el medallón, que descansa en la palma de mi mano, no en la muñeca, como debería ser, como estaba cuando me fui a dormir.

Miro a Dimitri a los ojos, él me coge el medallón de la mano.

—No parabas de dar vueltas en sueños. Vine a despertarte y de repente paraste — deja de hablar y vuelve a mirarme con gesto perplejo—. Entonces, te recostaste y te quitaste el medallón de la muñeca con tanta calma como si estuvieses despierta y fueses consciente de lo que estabas haciendo.

Muevo la cabeza.

—Pero no lo estaba. No.

—Aun así, el hecho es que tú misma te quitaste el medallón, Lia —hay auténtico miedo en sus ojos cuando continúa—: Y estabas tratando de usarlo para dejar pasar a las almas.



Por la expresión de las chicas sé que mi aspecto está en consonancia con lo mal que me siento.

Las he reunido en el salón junto con tía Virginia después de una noche de insomnio, durante la cual Dimitri y yo discutimos todas las posibilidades. Desde el principio yo sabía que solo se podía hacer una cosa, pero él insistía en repasar todas las opciones. Al final estuvo de acuerdo con mi decisión porque no tenía otra alternativa. Haré lo que considere necesario, con su apoyo o sin él.

Es el único camino.

Analizo los rostros de las llaves: Sonia, Luisa, Elena y Brigid. Para mí son más que piezas dentro de la profecía, pero ninguna de nosotras será libre si no actuamos de inmediato. Y tanto si se dan cuenta como si no, nuestra alianza no podrá soportar un año más de espera —de esperanza— para poner a Alice de nuestro lado.

—¿Te encuentras bien, Lia? —me pregunta Sonia—. No tienes buen aspecto.

Está sentada en el sofá al lado de Luisa, con Brigid al otro lado. Elena está sentada en uno de los sillones de respaldo alto. Casi me sorprende verla tan separada de las demás.

—Me he pasado la mayor parte de la noche tratando de pensar en un plan para seguir adelante.

No es un descuido que no conteste a su pregunta diciéndole que me encuentro bien, que todo va estupendamente. No voy a mentir. Ni a mí misma ni a aquellos cuyas vidas han sido alteradas por la profecía.

—Alice te rechazó —es la constatación de un hecho, aunque el tono de Sonia es amable. Ella más que nadie sabe lo complicados que son mis sentimientos hacia Alice.

Asiento mientras trato de tragar el nudo que se forma en mi garganta.

Ninguna de las chicas parece sorprendida. Luisa toma la palabra.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos?

Inspiro hondo y contemplo mis manos, evitando mirarla.

—Aunque, en principio, no hay por qué terminar con la profecía este año, yo no sobreviviría hasta el siguiente Beltane.

Sonia comienza a protestar, pero yo levanto la vista y alzo una mano para detenerla.

—Aunque no nos guste, es la verdad, Sonia. No me encuentro bien. Lucho contra las almas hasta en sueños y cada día estoy más débil —me muerdo el labio, pues me cuesta mucho trabajo admitir lo que voy a decir a continuación—. Precisamente, anoche Dimitri me impidió que me colocara el medallón sobre la marca para dejar paso a más almas.

Los ojos de Sonia están llenos de tristeza y reflejan también algo parecido a la compasión. Eso hace que recupere mi sentido de la dignidad, de modo que me siento más erguida e imprimo más fuerza a mi voz. Si he de enfrentarlas al peligro, al menos tengo que ser digna de tal responsabilidad.

—No sé si tengo la fortaleza y la autoridad necesarias para cerrar la puerta sin Alice. Puede que no sea posible. Pero si no lo intento... Si espero —las miro a todas, deseando que comprendan las implicaciones de esa espera—... lo que me aguarda es la muerte, que mi alma sea sepultada en el Vacío. Y, entonces, no quedará nadie dispuesto a cerrar la puerta hasta que sea nombrado un nuevo ángel. Y eso podría llevar siglos.

—Pero de este modo podríamos morir todas —hay una nota de acusación en la voz de Elena cuando se decide a hablar.

—Sí —contesto con vacilación—, pero no lo creo. Perdonadme por decirlo, pero sin mí no sois de ninguna utilidad para Samael y las almas. Estoy convencida de que quedaríais al margen de lo que sucediera en Avebury.

—Pero no puedes estar segura —señala Elena.

—No —digo moviendo la cabeza.

—Pero, Lia... —interviene con suavidad Brigid—, si tú no puedes cerrar la puerta, ¿no morirás? Y si el ritual te conduce a los otros mundos, ¿no podrían detenerte allí las almas dada tu debilidad?

Miro de reojo a Dimitri antes de contestar. A él no le resulta fácil aceptar lo que podría pasarme.

—Es posible, sí. Pero no puedo... no puedo quedarme aquí sentada esperando día tras día hasta que las almas me debiliten lo bastante como para atraparme en el Vacío. Estoy... —me tiembla la voz y trato de calmarme antes de continuar—. Estoy cansada. Preferiría que esto terminase para todos nosotros antes que someteros a una espera interminable en la que vuestras vidas quedarían en suspenso.

—Entonces, ¿la idea es viajar a Avebury para ver la salida del sol en Beltane, realizar el ritual y... qué más? ¿Intentar cerrar la puerta sin Alice?

Asiento.

—Reuniré todo el poder que me quede y os pido que hagáis lo mismo para intentar cerrar la puerta a la fuerza, sin ella. Es un riesgo, pero no mayor que el que asumimos a diario mientras esperamos —me pongo a jugar con un hilo suelto de la falda de mi vestido.

—¿Y si somos incapaces de hacerlo sin ella? —pregunta en voz baja Sonia.

Me encojo de hombros.

—Pues pasará lo que tenga que suceder. Probablemente, yo quede atrapada en el Vacío, y vosotras podréis continuar con vuestras vidas, tal como os merecéis. Es un sacrificio que he de hacer para acabar con mi propio tormento y devolveros la libertad —miro a tía Virginia y noto su fragilidad—. A todas.

—Imagino que ya habrás hablado con ella de esto, ¿no? —pregunta Luisa mirando a Dimitri.

Él tiene los brazos cruzados y la mandíbula tensa por una frustración apenas controlada.

—Toda la noche.

Luisa asiente. Después se vuelve de nuevo hacia mí.

—En ese caso, no podemos hacer otra cosa que ayudarte, Lia. Ayudarte a encontrar la paz que necesitas. Yo, personalmente, voy a hacer todo lo posible para que, al menos, consigas eso.

—Y yo también —dice Brigid.

Todos nos quedamos mirando a Elena. Ella endereza la espalda y suelta un suspiro cansado.

—Bueno, si sirve para liberarme de este asunto y volver a España, lo haré.

Me pregunto si no serán imaginaciones mías, pero me parece que todos dejamos escapar un suspiro de alivio.

Mi mirada se posa en Sonia. Ella se pone en pie, viene hacia mí y se sienta al lado de Luisa.

—Yo llevaría para siempre la carga de ser una llave con tal de tenerte entre nosotras, pero si eso es lo que necesitas, lo tendrás. Haría cualquier cosa para ayudarte, Lia.

Se me saltan las lágrimas por lo agradecida que me siento. Me las enjugo antes de darles a Sonia y a Luisa un apresurado apretón de manos y levantarme.

—Entonces, vamos a hacer los preparativos para el viaje, ¿vale?



Ha pasado una semana y, mientras me preparo en mi habitación para acostarme, aún estoy sorprendida de que hayamos hecho el equipaje y estemos listos ya para marcharnos.

Gareth, Dimitri y Edmund se han encargado de la mayor parte y con gran rapidez, a pesar de que nuestro grupo es más grande que nunca. Luisa, Sonia y yo hemos hecho todo lo posible para preparar a Elena para los rigores del viaje, pues, mientras que Brigid se las arregló estupendamente a la vuelta de Loughcrew, hasta ahora Elena únicamente había montado a mujeriegas y, desde luego, nunca con pantalones.

Mientras me pongo el camión y me cepillo el pelo, pienso en el tiempo que le hemos dedicado Sonia, Luisa y yo a intentar que Elena se sienta más segura a caballo. Después de dos frustrantes días en Whitney Grove, perdimos la paciencia por sus lloriqueos y por la desesperación que le producía pensar que no sería capaz de mantenerse encima del caballo. Para empeorar aún más las cosas, rechazó de plano ponerse los pantalones que Brigid aceptó sin rechistar. No me habría preocupado de su atuendo en otros momentos, pero, en este caso, su testarudez podría costarnos a todos la vida siuviésemos que atravesar el bosque a la carrera, tal como ocurrió de camino a Altus.

Me vuelvo al escuchar una llamada en mi puerta, pensando que probablemente se trate de Dimitri.

—Pasa.

Cuando entra, sus ojeras me dicen que no está contento de haber aceptado el plan de esta noche. Tras cruzar la habitación, viene hacia mí y me coge de las manos para que me levante. Me atrae hacia él, envolviendo mi cuerpo con esos brazos que siempre me hacen sentir segura, por falsa que sea esa ilusión. No son imaginaciones mías: estos últimos días me ha abrazado con más fuerza, más tiempo, como si temiese que pudiera desaparecer de entre sus manos en cualquier momento.

Por fin, me aparto lo bastante como para mirarle a los ojos.

—¿Estás listo?

Asiente.

—Pero solo porque no hay manera de hacerte cambiar de opinión.

Percibo la tristeza en su sonrisa.

—Tienes razón. No la hay.

La decisión de visitar los otros mundos por última vez ha sido fácil de tomar. No sé lo que va a suceder en Avebury, pero he de ser sincera conmigo misma: sin la ayuda de Alice, lo más probable es que mi alma quede atrapada en el Vacío y mi cuerpo muera. Mis padres —y con ellos probablemente Henry— han arriesgado sus almas para quedarse en los otros mundos por si necesito su ayuda. Es justo que los libere para que puedan cruzar al último mundo, pues quizás las cosas no salgan bien. Y aunque estoy en paz con mi destino, quiero ver a mis padres y a mi hermano una vez más. Quiero hablar con ellos y abrazarlos.

Pero, más que nada, deseo despedirme de ellos.

Escapo de las manos de Dimitri y me dirijo a la cama para meterme dentro. Él se sienta a mi lado y recorre mi mejilla con sus dedos hasta llegar a la barbilla.

—Si me dejas ir contigo, podré asegurarme de que regresas sana y salva.

Niego con la cabeza. Ya he rechazado antes su oferta.

—No quiero que esto repercuta en ti o, peor aún, que se eche a perder tu posición con los Grigori por mi culpa.

Dimitri aparta la mirada apretando las mandíbulas.

—Sigues sin comprenderlo, ¿verdad? —lo dice en tono petulante.

—¿El qué? —me incorporo apoyándome en los codos—. ¿Qué es lo que no comprendo?

Se encara conmigo.

—¿Crees que me importa algo mi posición entre los Grigori? ¿Crees que, después de todo lo que ha sucedido entre nosotros, me importan otras «repercusiones»? —sacude la cabeza y aparta la vista un momento para volver a mirarme con fuego en sus ojos—. Para mí lo eres todo, Lia. Renunciaría en un instante al lugar que ocupo entre los Grigori si con eso pudiera verte a salvo.

Me incorporo para envolver su cuello con mis brazos y para tocar sus labios con los míos. Poco tarda el tierno beso en transformarse en uno apasionado y urgente y pego mi cuerpo al suyo, sabiendo que los sentimientos que nos unen son incluso más poderosos por saber que quizás nos perdamos el uno al otro en los próximos días. Noto un cosquilleo en mi estómago, cada vez más intenso conforme se extiende por todos los miembros de mi cuerpo. Él debe de sentir lo mismo, pues inclina mi cabeza para acceder mejor a mi boca. Entonces me pego aún más a él, deseando fundirme con él en ese mismo instante, deseando estar dentro de su piel, de su cuerpo, de su

alma.

Dimitri aparta sus manos de mis cabellos enredados y las posa en mis hombros.

—Lia... Lia... —alza una de mis manos, le da la vuelta y me besa la palma antes de arrastrar sus labios hacia la tierna piel del interior de mi muñeca. Deposita un último beso sobre la piel de mi marca para después buscar mis ojos—. Esperaba poder pasar toda la vida contigo, amándote.

Levanto la mano para tocar con la punta de mis dedos su frente. Luego la dejo caer de vuelta en mi regazo. No sé ni cómo puedo sonreír, pero de algún modo su amor me da fuerzas. No resulta tan duro después de todo.

—Te prometo que lucharé, Dimitri. Lucharé para quedarme contigo —me encojo de hombros—. El resto habrá que dejárselo al destino.

Él asiente mientras me deslizo bajo las sábanas y me recuesto en la almohada.

—Haz lo que debas y vuelve conmigo.

Deposita otro beso en mis labios y abandona el lado de mi cama para ocupar su sillón. Si extendiésemos las manos, probablemente nos tocaríamos con las puntas de los dedos. Sin embargo, me parece como si estuviéramos a un millón de millas de distancia.

Cierro los ojos, relajo mi mente y me deslizo en una duermevela que me preparará para viajar y mantener cierto control sobre mi destino. Pienso en mis padres, en los ojos verdes de mi madre y en la sonora voz de mi padre. Pienso en Henry y en su contagiosa sonrisa, que parecía iluminar no solo sus ojos, sino también los de quienes le rodeaban.

Pienso en los tres. Dibujo mentalmente sus rostros. Y, entonces, caigo.



Estoy segura de que voy a encontrarme con ellos en los campos que rodean Birchwood. Es el único lugar apropiado para despedirse.

Camino junto al río, detrás de la gran casa de piedra. Está todo tal y como lo recuerdo. La casa que construyó mi abuelo asoma entre los grandes robles. En este mundo no tiene nada de oscuro o siniestro.

Noto una punzada de tristeza al ver la gran roca que James y yo decíamos que era nuestra, y procuro no preguntarme si no la considerarán suya ahora él y Alice. El río gorgotea alegremente y me doy cuenta de que cada río suena diferente. Pero eso no tiene sentido, todos los ríos deberían sonar igual. Estén donde estén, en todos corre el agua por su lecho. Sin embargo, este es mi río y me llama como un viejo amigo.

Me paro en la orilla cerrando los ojos, concentrándome en las imágenes mentales

de mi familia hasta que oigo el ruido de unas botas que se acercan pisando las hojas secas de la arboleda.

Debería estar preparada. Sé que vienen, pues los he convocado con todas mis fuerzas, ahora bastante considerables, pero me sorprende cuando, al darme la vuelta, veo a mis padres y a Henry caminando hacia mí.

Mi tristeza apenas dura un momento, ya que, en cuanto Henry hace aparecer su sonrisa, no puedo hacer otra cosa que echarme a correr hacia él. También veo a mis padres, pero es a mi hermano a quien dedico un largo abrazo.

Y él me abraza a mí con una fuerza que nunca tuvo en vida. Entonces me doy cuenta de que nunca le había visto o sentido fuerte. Pasó su vida prisionero en su silla de acero. Vivió y murió con ella. Las lágrimas caen por mis mejillas mientras le abrazo, sabiendo que por fin es libre.

—¡Henry! ¡Oh, Henry! —es cuanto soy capaz de decir. Rebosa en mí un sentimiento tan inmenso y fuerte que no sé cómo llamarlo.

—¡Lia! ¡Puedo andar, Lia! ¿Lo ves? ¡Puedo andar! —su voz es tal como la recordaba, la voz aguda de un niño excitado y entusiasmado con sus regalos.

Me aparto un poco y le miro.

—Ya lo veo, Henry. Lo veo. Caminas estupendamente.

Su sonrisa es tan amplia como el cielo azul que tenemos encima.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Me echo a reír y me limpio las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano.

—Es que estoy rebosante de felicidad, Henry. Tanta que no me cabe dentro.

Al lado de Henry, mi padre ríe quedamente y, entonces, les presto atención a ellos.

Abrazo a mi padre, agarrándome fuerte a él e inhalando su aroma a humo de pipa y a cedro.

—Papá, te he echado tanto de menos...

—Y yo a ti, hija.

Luego, me vuelvo hacia mi madre y repito el abrazo. Noto una nueva afinidad con ella desde que estuve en Altus.

—Lia —me dice, respirando en mi pelo—, estás bien.

Nos separamos y nos miramos la una a la otra.

Ella sonrío y mueve la cabeza asombrada.

—Has crecido y te has convertido en una preciosa jovencita.

Siento un placer pasajero por su cumplido. Al momento, mi padre echa una mirada a su alrededor, la preocupación nubla sus fuertes facciones.

—Aunque por ahora estás a salvo aquí, Lia, no deberíamos arriesgarnos demasiado.

Quiere decir que debo apresurarme, aunque a ninguno de nosotros le apetece que

se termine esta visita. Lo más duro para mí es saber que será la última. Le tomo de las manos.

—Papá, he venido a pedirte que cruces al último mundo con mamá y con Henry.

Pienso que va a sorprenderse, pero tan solo baja los hombros y veo resignación en sus ojos.

—¿Ya no nos necesitas?

Niego con la cabeza.

—Os necesitaré siempre —le miro a él y después a mamá y a Henry—. Siempre. Pero aquí no estáis a salvo. Hace algún tiempo que este sitio ya no es seguro. Debería haberos pedido hace mucho que cruzaseis por vuestra propia seguridad. He sido una egoísta al dejar que os quedarais en este lugar intermedio.

—Lia —el tono de voz de mi madre es calmado. Me vuelvo para mirarla. No puede haber secretos entre nosotras. La inherente conexión entre madre e hija es muy fuerte, a pesar de que nos hayamos visto solo una vez en los otros mundos desde su muerte—, hay algo más, algo que no nos estás contando.

Me preparo para sonar fuerte y despreocupada.

—Va siendo hora de que me reúna con las llaves en Avebury, pero, aunque la profecía dice que Alice y yo debemos estar unidas, ella se ha negado a ponerse de nuestro lado.

Mi madre frunce el ceño.

—Si la profecía dice que necesitas la ayuda de Alice, ¿para qué vas a viajar ahora a Avebury?

—No puedo... —la miro a los ojos, consciente de que si hay alguien que comprenda la tortura de las almas, esa es mi madre—. No voy a poder resistir mucho más a las almas. Tengo que intentar usar el poder que aún me queda, pues cada día estoy más débil.

—Es una apuesta peligrosa —opina mi padre—. Debes esperar a tener todo lo que precisas para poder salir indemne.

Sacudo la cabeza.

—No soy solo yo, papá. También las llaves son frágiles. Al igual que yo, también ellas están sufriendo el acoso de las almas.

—¿Has encontrado a las llaves? —me pregunta—. ¿A las cuatro?

Asiento con la cabeza.

—A las cuatro, pero no creo que pueda retenerlas a todas en Londres un año más —trato de sonreír—. Es un problema de tiempo. Yo estoy preparada para luchar, para usar el poder que tengo junto con el de las llaves, para intentarlo. Y si he de morir en el intento, si tengo que enviar mi alma al Vacío para asegurarme de que Samael no pueda utilizarme como puerta, bueno, pues lo prefiero.

Sus rostros se ensombrecen cuando reflexionan sobre lo que acabo de decir. Mi

madre habla primero.

—La decisión es tuya, Lia. Conozco bien los estragos que pueden causar las almas. Debes hacer lo que consideres correcto.

Le sonrío mirando sus ojos, iguales que los míos.

—Gracias, mamá. Sabía que lo entenderías. Solo desearía...

Ella estira el brazo para acariciarme la cara.

—¿Qué es lo que desearías, cariño?

Suspiro dejando al descubierto una triste sonrisa.

—Solo desearía que hubiéramos podido pasar más tiempo juntas, que nuestro tiempo en el mundo físico no hubiese sido tan corto.

Ella asiente.

—Y yo desearía haber tenido tu coraje, Lia. Tu fuerza.

Me acerco a ella para abrazarla.

—Adiós, mamá. Rezaré para que encuentres la paz en el último mundo y recuerda que siempre te querré.

—Yo también te quiero, Lia —me dice con voz ronca y los ojos llenos de lágrimas sin derramar—. Nunca una madre estuvo tan orgullosa de su hija.

La miro a los ojos cuando nos separamos.

—Y ninguna hija estuvo nunca tan orgullosa como lo estoy yo de ti.

Finalmente, las lágrimas caen por sus mejillas. Sé que está pensando en la decisión que tomó cuando prefirió acabar con su vida para no hacerse cargo de su papel en la profecía. Quizás ahora se libere de su propia vergüenza y se perdone a sí misma como yo la he perdonado.

Me vuelvo hacia mi padre, tratando de memorizar su rostro, su mirada amable y su agradable sonrisa, que siempre me ha hecho sentir segura en cualquier mundo. Su recuerdo me reconfortará, sea cual sea mi destino.

—Gracias por haberte quedado aquí tanto tiempo, por cuidar de mí y preocuparte de que pudiera encontrar todo lo que necesitaba.

Me coge entre sus brazos y aspiró su aroma mientras me habla.

—Solo siento que no haya bastado.

Le suelto, me aparto de él y le miro a la cara, pues necesito devolverle la paz de saber que ha hecho todo cuanto ha podido.

—No estaba en tus manos dárme todo, papá —pienso en Alice, en su decisión de quedarse con las almas en contra de su hermana, de su melliza, de su misma sangre—. De haber podido, no dudo que me lo habrías dado.

Me agarra por los hombros y su mirada cobra una nueva intensidad.

—No te rindas, Lia. Tienes mucho poder. Si alguien puede terminar con esto, esa persona eres tú.

—No voy a rendirme, papá. Te lo prometo —sonrío, pretendiendo tranquilizarle

—. Puede que pronto me veas en el último mundo.

Me toca la frente.

—Ojalá, mi querida niña. Pero que eso no suceda hasta dentro de muchos años.

Retrocedo tratando de tragarme la emoción que empieza a embargarme. No quiero mirar a Henry. No quiero mirarle a los ojos, oscuros como los de mi padre. Despedirme de él una vez casi acabó conmigo.

Esta vez tengo que ser más fuerte.

Como si leyese mis pensamientos, me dice:

—No estés triste, Lia. Volveremos a estar juntos.

Algo oscuro aflora desde mi interior y una sonrisa asoma a mis labios.

—Sí, Henry. Lo estaremos —me agacho y le abrazo.

—Yo sabía que tú no eras la mala, Lia. Lo sabía.

Ahora sí que miro sus oscuros ojos. Y veo amor en ellos. Amor, verdad y luz.

Todas las cosas por las que lucho.

—Siempre tuviste razón. No soy mala, Henry —me quedo pensativa mirándole a los ojos—. Puede que no lo sea nadie. Puede que no sea tan sencillo.

Y mientras lo digo, pienso que realmente podría ser así.

Henry asiente con semblante sombrío.

—Te echaré de menos —sonríe—. Pero volveré a verte.

—Sí —asiento y me inclino hacia delante para besarle en la mejilla. Está tan tersa y suave como la recordaba.

Por una vez, no lamento que no vaya a crecer hasta tener las ásperas mejillas de un hombre. Por una vez, me parece que creo que Henry está predestinado a estar en el último mundo con mi madre y con mi padre, y que yo debo estar en mi mundo, al menos por ahora. Estoy predestinada a terminar con la profecía por mí y por todas las hermanas que habrán de venir.

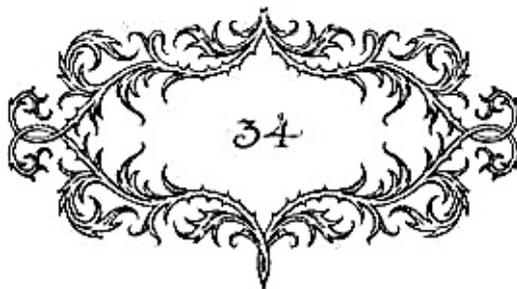
Me levanto y sonrío.

—Marchaos ahora. Daos prisa. Buscad refugio en el último mundo y sabed que siempre os llevaré en mi corazón.

Mi padre toma a mi madre de la mano y ella coge la de Henry. Se dan la vuelta para marcharse y mi madre vuelve la cabeza por última vez. Creo que quiere decir algo importante y, en cierto modo, lo hace. En cierto modo, es lo más importante que podría decir, y consigue que en mi cara aparezca una amplia sonrisa.

—Ahora mismo no envidio para nada a las almas, hija. No las envidio nada en absoluto.

Sigo sonriendo cuando los veo desaparecer entre los árboles. En ese momento, tampoco yo envidio a las almas. En ese momento, me creo capaz de cualquier cosa.



Nos marchamos de Londres sin tratar de hacerlo en secreto, pues nuestro grupo es demasiado grande para pasar inadvertido. Además, estamos demasiado cansados y tenemos demasiada prisa como para hacer los planes necesarios para viajar con menos fanfarrias. Nadie dice en voz alta lo que todos sabemos: no es ningún secreto que nos vamos a Avebury.

Alice lo sabe, y eso significa que las almas y, probablemente, el mismo Samael también lo saben.

El segundo día amanece con una luz espeluznante. Echo un vistazo al cielo mientras comenzamos a cabalgar, tratando de encontrar una explicación para esa extraña luz.

—Un eclipse solar —la voz de Edmund me sobresalta. Cabalgaba por delante de mí, pero debe de haberse quedado rezagado mientras yo estudiaba el sol—. No sucede a menudo, pero dentro de unas horas estará completamente oscuro.

Me limito a asentir, pues de pronto tiene sentido esa extraña luz, que se hará más rara a medida que se acerque la luna y oculte la luz del sol. De algún modo resulta apropiado el hecho de que estemos viajando a Avebury para cerrar la puerta en medio de un suceso tan extraño. Es inquietante. Un presagio de la prometida oscuridad en caso de que yo fracase.

Tales pensamientos me recuerdan a Henry y a mis padres. Me vuelvo hacia Edmund mientras cabalgamos.

—¿Edmund?

Sus ojos continúan mirando al frente.

—¿Sí?

—Yo... —aún me resulta difícil pronunciar el nombre de Henry en presencia de Edmund. No deseo volver a recordarle el dolor que sintió tras su muerte, pero en esta ocasión creo que le hará bien—. Quería que supieses que he visto a Henry en el plano

astral. Con mis padres.

Edmund gira la cabeza para mirarme, un muro de inexpresividad cubre sus ojos.

—¿De verdad?

Noto en su voz el esfuerzo que hace por mantener el control.

—Sí. Quería despedirme de ellos y asegurarme de que pasasen al último mundo antes del ritual de Avebury.

—¿Y lo hicieron?

—Sí —le dedico una pequeña sonrisa—. Quería que supieses que se encuentran bien. Henry está bien, a salvo y feliz. Incluso puede caminar.

Sus ojos se llenan de asombro.

—¿Puede caminar?

Asiento y sonrío más ampliamente al recordar a Henry corriendo hacia mí en el plano astral.

—Sí, y bastante bien.

Se queda mirando a un punto en la distancia, más allá de mis hombros. Su voz adquiere un tono melancólico al hablar.

—Me gustaría poder verle.

—Edmund...

Vuelve la vista hacia mí.

—Lo harás. Le verás. Es lo que te estoy diciendo. Henry está a salvo en el último mundo —le miro a los ojos—. Y algún día volverás a verle.

La esperanza ilumina sus ojos momentos antes de que vuelva la mirada de nuevo hacia los campos.

—Volveré a verle.

Sonrío y miro al frente.

—Sí.

Cabalgamos en silencio durante un rato. Después centro mi atención en la otra persona a quien ambos queremos.

—¿Qué tal se encuentra ella? —señalo con la cabeza a tía Virginia, que se deja caer sobre el caballo mientras avanzamos por los campos que tenemos delante.

—Bien, dadas las circunstancias. Creo que es más fuerte de lo que nos pensamos y, de todos modos, es demasiado testaruda para quedarse atrás. Como otra persona a quien conozco —añade, sin mirarme.

Muevo la cabeza.

—No es lo mismo, Edmund.

Ha sido doloroso ver a tía Virginia esforzándose por mantener una fachada de fortaleza desde que salimos de Londres, pero no soy capaz de herirla en su orgullo preguntándole por su salud. Sus intenciones eran bien evidentes cuando salió de Milthorpe Manor el día de nuestra partida maleta en mano. Y aunque discutí con ella

y me negué, se dirigió muy tranquila hacia el caballo que Edmund tenía preparado para ella e insistió en que seguía siendo mayor que yo y en que me acompañaría tanto si yo estaba de acuerdo como si no.

Mi insistencia en ir a Avebury es algo diferente. Ella ya ha desempeñado su papel en la profecía. Ha cumplido con su deber. Sin embargo, yo no cumpliré con el mío hasta que cierre la puerta a Samael o hasta que ya no pueda ayudarle en sus designios.

—Pero —le digo—, si estabas en contra de que viniese a Avebury, ¿por qué no me intentaste disuadir, lo mismo que los demás?

Edmund se encoge rápidamente de hombros.

—No habría servido de nada, ambos lo sabemos.

Me enderezo un poco más sobre mi caballo, notando una extraña sensación de satisfacción a pesar del agotamiento que impregna cada hueso de mi cuerpo.

—Bueno, eso sí que es verdad.

Cabalgamos un rato más en silencio, Gareth en cabeza, seguido por las llaves y por tía Virginia. Dimitri, como siempre, cabalga detrás de mí. Trato de no pensar en el motivo por el que lo hace, en el miedo que tiene de que nos pueda seguir la guardia o, mucho peor aún, que puedan acercarse sigilosamente hasta nosotros y apartarme sin más del grupo, antes de que nadie se dé cuenta. Todas las noches me asaltan las pesadillas y, aunque siempre trato de llevar encima mi arco, no me quedan fuerzas para pensar en las cosas que podrían pasarme a plena luz del día. Hago lo posible por dejarle esas preocupaciones a él.

Edmund rompe el silencio que se ha creado entre nosotros.

—Aunque conozco su fuerza de voluntad, creo que debo preguntarle si está usted segura, absolutamente segura, de que este es el rumbo que desea tomar.

No defiendo mi postura de inmediato, me tomo un instante para pensar en su pregunta, para pensar en las otras opciones. Mejor dicho, en la otra opción, pues, en realidad, no hay más que una: esperar hasta poder poner a Alice de nuestra parte. Esperar y esperar.

Me pregunto si se dará cuenta de lo renuente de mi gesto afirmativo, pues hasta yo misma desearía que hubiese otro camino.

—Estoy segura. No... —dejo vagar la vista por las ondulantes colinas verdes y grisáceas que se extienden ante nosotros hasta el siguiente bosque que aparece a lo lejos—. No quiero terminar como mi madre.

Durante un largo instante, Edmund no contesta. Cuando por fin habla, lo hace con palabras vacilantes.

—Su madre era una mujer maravillosa. Fuerte y vibrante cuando las almas no la tenían en su poder. No quiero hablar mal de ella. Hay pocas personas capaces de resistir la llamada de las almas. Pero creo que usted es una de ellas. Apostaría mi vida a que no le aguardaría el mismo destino que a su madre, por mucho tiempo que

costara lograr la cooperación de Alice —hace un gesto con la cabeza para señalar a las llaves, a tía Virginia y a Gareth, que van delante—. Y, al parecer, cuenta usted con bastante ayuda, por no hablar del señor Markov.

—Sí, pero no me siento fuerte por dentro, aunque lo parezca. Samael trata de utilizarme hasta mientras duermo. Es la presencia de Dimitri, no mi propia fuerza, lo que evita que pueda hacer algo terrible.

Edmund me mira a los ojos.

—Su voluntad de mantener con usted a Dimitri es una prueba de su compromiso. Su madre, como también antes la mayor parte de las puertas, según he oído decir, lo intentó sola. Viajar por el plano astral con el consentimiento de las almas, permitir ser utilizadas por Samael..., bueno, es un placer para la mayoría de las puertas. Una vocación. Sin embargo, usted no lo siente así, ¿no es cierto?

Hago un gesto con la cabeza.

—Yo quiero renegar de las almas. Renegar de Samael —suspiro—. Pero mi voluntad se debilita, como yo, cada día que pasa. Con cada tormento nocturno. Un año es mucho tiempo. Después de Beltane, me vería obligada a esperar doce meses hasta el siguiente. Es un riesgo que no puedo asumir. Prefiero sacrificarme a mí misma en el Vacío y obligar a Samael a esperar a otro ángel. Entonces, al menos, tú y los demás quedaríais a salvo.

—Yo también lo he pensado mucho —aparta la vista para concentrarse en algo que tiene delante—. Será difícil encontrar un sentido a este mundo si le sucede algo a usted, aunque comprendo que necesite proteger a quienes ama. No puedo reprochárselo ni intentar disuadirla cuando yo me he pasado la vida haciendo lo mismo.

Sigue con la espalda bien derecha y con rostro impasible. En mi pecho aflora el afecto y me llena el corazón hasta tal punto que me cuesta hablar de ello.

—Gracias, Edmund. Sé que, suceda lo que suceda, puedo contar contigo para que te ocupes de tía Virginia.

Su gesto de asentimiento es tan imperceptible que casi ni lo veo. Continuamos cabalgando y ya no volvemos a hablar de ello.



El viaje, que Dimitri y yo podríamos haber hecho en tres días cabalgando deprisa, se hace más largo con un grupo tan grande. La forma de montar de Elena nos impide ir más rápido, lo mismo que la frágil salud de tía Virginia. Pero no se lo reprocho. Pase lo que pase, es un alivio para mí marchar hacia mi destino en lugar de esperar

pasivamente a que Alice cambie de parecer.

Al tercer día, nos encontramos justo a mitad de camino hacia Avebury. Tía Virginia está cansada y acampamos mientras el sol aún está alto, ya que pensamos que es más prudente permitirnos un descanso extra y retomar el viaje por la mañana. Trato de no pensar en que faltan tan solo cuatro días para Beltane, aunque se trata de una realidad imposible de ignorar. Mi mente me dice que sería sensato tener en cuenta otras alternativas, contemplar la posibilidad de que no llegemos a tiempo.

Pero no. Destierro esa idea de mi cabeza. Lo conseguiremos. Tenemos que hacerlo.

Con el campamento montado y los caballos acomodados, Elena se retira a su tienda a descansar, mientras Sonia, Luisa y Brigid se reúnen bajo un fresco y frondoso árbol para estudiar tres hojas de papel. No tengo necesidad de preguntarles para saber que están memorizando las palabras del ritual, que les entregamos antes de salir de Londres. No les va a resultar fácil recitar en latín, pero parece más seguro que emplear una traducción correcta en inglés.

Yo no necesito estudiarlo. El ritual ya me resulta tan familiar como mi propio nombre. Así que decido aprovechar lo concentradas que están en las extrañas palabras para convencer a Dimitri de que monte guardia mientras me baño en un arroyo de tranquilas aguas no muy lejos del campamento.

Después de decirle a Gareth adónde vamos, Dimitri y yo nos escapamos del campamento y nos dirigimos al agua. No hay ruidos en el bosque, salvo los producidos por el ir y venir de pequeños animales y por el movimiento de los pájaros de un árbol a otro. Hablamos mientras caminamos por un sendero oculto entre las largas ramas de los árboles y doy gracias por el consuelo que nos proporciona nuestra mutua compañía. Por primera vez en días siento cierta paz.

Unos instantes más tarde, cuando por fin salimos de entre los árboles, vamos a parar a una orilla en pendiente que va a dar al agua. La corriente serpenteante del riachuelo hace que me lata más aprisa el corazón, pero ignoro mi miedo y me vuelvo hacia Dimitri sonriendo.

—Gracias —le digo mirando el infinito color castaño de sus ojos.

—De nada —me sonrío perezosamente, sin moverse.

—Haga el favor de esperar allí, caballero —le digo, alzando juguetonamente las cejas y señalando con la cabeza en dirección a los árboles.

—¿Y si prometo no mirar?

Suspiro tratando de reprimir una sonrisa.

—Te agradezco enormemente el esfuerzo, Dimitri, pero me temo que tienes que marcharte. Ya es bastante escandaloso tenerte en mi habitación de guardia estando los dos completamente vestidos, pero tenerte tan cerca estando desnuda podría provocarle un síncope a tía Virginia.

Se inclina hasta quedarse tan solo a unas pulgadas de mi cara.

—Entonces, si no fuera por Virginia, ¿me dejarías quedarme?

Le doy un empujoncito amistoso.

—Bueno, eso no lo sabrás nunca.

—Sí que lo sabré, Lia —sostiene mi mirada un momento más con sus ojos encendidos de deseo. Después se da la vuelta para regresar al camino por el que hemos venido—. No estaré lejos.

Sus palabras resuenan en mi mente, haciendo que me ruborice incluso estando a solas en el bosque. Espero hasta que desaparece de mi vista. Luego me quito los pantalones de montar y la blusa y los dejo en un gran peñasco junto al agua. No estoy segura de dónde me espera Dimitri exactamente, pero tengo la certeza de que está lo bastante cerca como para oírme en caso de que necesite ayuda. No puedo evitar pensar en lo mucho que han cambiado las cosas: ahora me preocupa más mi integridad física que el hecho de meterme desnuda en el agua cristalina de un río a la vista de cualquiera que pudiera pasar por casualidad. Por supuesto, es bastante improbable que alguien lo haga, pero me siento como una desvergonzada.

El agua helada me estremece y casi chilló cuando sumerjo la cabeza, decidida a pasar el mal trago de una vez. Al nadar hacia el centro del río tengo cuidado de mantenerme lo bastante cerca de la orilla como para poder alcanzarla sin dificultad. Me tranquiliza que la corriente se mueva tan despacio. Mientras fluye perezosa a mi lado con un pequeño y feliz gorgoteo, echo la cabeza atrás dejando que mi pelo flote tras de mí.

El agua sobre mi piel desnuda es una delicia a pesar de lo fría que está. Nunca me había sentido tan bien un baño, nunca había notado el agua deslizarse por mi cuerpo desnudo. Pienso en Dimitri y en su promesa de permanecer cerca. Qué fácil sería llamarle. Se me pone la carne de gallina en los brazos y en los muslos al imaginar su piel desnuda sobre la mía en el agua, sus brazos rodeando mi cuerpo desnudo.

Me pongo en pie sobre el fondo pedregoso del río y alejo esa idea de mi mente. Me siento temeraria. Como si no tuviese nada que perder. Pero no quiero entregarme a Dimitri de esta manera. No quiero degradarme ni a mí misma ni a nuestro amor entregándome a él sin tener la mente despejada.

Paso las manos por la superficie del agua, alisándola con las palmas en un esfuerzo por aclarar mis ideas. Y, entonces, lo veo.

Al principio creo estar imaginándome el peculiar brillo del agua, esa extraña distorsión.

Pero no.

Mientras contemplo la superficie del agua, se hace visible una figura cabalgando por un bosque no muy distinto a este en el que me estoy bañando. El dorado cabello del hombre brilla tanto al sol que casi puedo sentirlo. Más que verlos, presiento que le

siguen muchos más.

Alguien delante de él trata de escapar.

Es la guardia de Samael en plena caza, con el terrorífico hombre que casi me capturó en Chartres encabezando la partida. Asomando por el cuello abierto de su camisa, se ve la marca de la serpiente enroscada en su cuello. Su rostro es una máscara de expresión vengativa y recuerdo su aullido gutural en el exterior de la catedral cuando le clavé en la garganta el puñal de mi madre antes de refugiarme dentro de la iglesia.

El corazón empieza a palpitarme con fuerza. Dejo a un lado mi pánico para tratar de determinar si es una visión del pasado, del presente o del futuro. Por la brillante luz del sol, bien podría tratarse de otro día o simplemente de otro bosque, pues el cielo que tengo encima está salpicado de grandes nubes primaverales y no se muestra tan despejado como el de mi visión, por el que pasa tanta luz.

Pero eso es todo cuanto logro descifrar. Sé que no está solo y sé que tanto él como el resto de la guardia persiguen a alguien que va a caballo. Siguiendo este planteamiento hasta su lógica conclusión, solo se me ocurre una persona a la que puedan estar persiguiendo: yo.

Vadeo el río en dirección a la orilla, salgo del agua y cojo la toalla que me he traído para secarme. Tras envolverme con ella, agarro mi ropa y me dirijo hacia los árboles.

—¿Dimitri? ¿Estás ahí? —hablo más bajo de lo que lo habría hecho hace quince minutos. Es difícil no volverse paranoica sabiendo que puede que nos esté persiguiendo la guardia.

Dimitri apenas tarda un momento en aparecer bajo los árboles que hay a lo lejos. Algo en mi expresión debe de haberle alarmado, pues salva el resto del camino corriendo y se planta frente a mí unos segundos más tarde.

Me coge de los hombros y me abraza antes de hablar.

—¿Estás bien? —se echa hacia atrás con expresión alarmada—. ¿Qué ha pasado?

El agua me gotea desde el nacimiento del pelo sobre la cara. Noto los regueros que bajan por mi piel mientras trato de buscar las palabras. No quiero decirlas, pero, al final, no puedo hacer otra cosa.

—Es la guardia. Ya vienen.



—¿Qué podemos hacer? —pregunta Brigid mientras estamos sentados alrededor de la hoguera.

Yo estoy al lado de Dimitri, con el pelo aún húmedo y goteando sobre mi blusa. Les he contado a todos lo que he visto, evitando en todo momento los ojos de tía Virginia. No es ningún secreto que se culpa a sí misma por lo despacio que avanzamos.

—No tenemos muchas opciones —consternado, Edmund pasea arriba y abajo con el ceño fruncido.

—Pero ¿y si no nos persiguen a nosotros? —pregunta Elena al otro lado del fuego.

Luisa le dedica una mirada furibunda, así que respondo antes de que lo haga ella sin morderse la lengua.

—Puede que no seamos nosotros a quienes persigan, pero cuando se tiene una visión en el agua... —intento pensar en la manera más sencilla de describírselo a alguien que nunca ha cultivado esa habilidad—. Bueno, o bien tú puedes provocar una visión sobre algo en particular o bien se te envía una especie de mensaje. Esto último es lo que ocurrió, apareció sin más. Y, normalmente, cuando se da ese caso, significa que la visión tiene algo que ver contigo.

Los ojos de Elena no se apartan de mi rostro.

—Sí, ¿pero cómo podemos tener la certeza?

Luisa, que está enfrente de Elena, pone los brazos en jarras.

—¿A quién van a perseguir si no, sobre todo teniendo en cuenta que ya habían perseguido antes a Lia?

Intervengo, tratando de mantener la voz calmada, antes de que Luisa se ponga grosera de verdad.

—Probablemente, lo más razonable sea suponer que vienen a por nosotros, Elena.

Se queda callada un momento antes de asentir con la cabeza.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta Sonia.

—Podemos cabalgar más rápido y sin descanso —propone Gareth—. Intentar llegar antes que ellos a Avebury.

Evito mirar a los ojos a tía Virginia. Ella no podría soportar esa marcha.

—No funcionará —replica Dimitri.

Gareth vuelve a abrir la boca para rebatirle, pero Dimitri continúa antes de que Gareth tome de nuevo la palabra.

—Tenemos que llegar antes que ellos para poder realizar el ritual. No podemos llegar y hacerlo de inmediato. Tenemos que conseguir alojamiento y mantener a salvo la zona, debemos asegurarnos de tener acceso al centro del círculo para que la piedra atrape los primeros rayos del sol del amanecer de Beltane.

—Tiene razón —afirma Edmund—. Tenemos que deshacernos de ellos antes de llegar a Avebury y poner entre nosotros la distancia suficiente para disponer al menos de unas horas de ventaja.

Según estudiamos nuestras alternativas, el silencio se hace más pesado. Yo podría recurrir a mis dotes adivinatorias y reproducir de nuevo la visión en busca de más detalles, pero no quiero enfurecer a los Grigori con el uso de la magia prohibida. Tener espontáneamente una visión es una cosa, pero provocarla podría considerarse como un uso no autorizado de mi poder y, aunque soy la auténtica heredera del título de señora de Altus, los Grigori están rodeados de un misterioso poder que aún no me atrevo a poner a prueba.

Miro a mis compañeros alrededor del fuego y me detengo en Brigid mientras una idea toma forma en mi cabeza. Recuerdo la casita del guarda en Loughcrew. La casita de su padre.

Levanto la vista hacia Dimitri.

—¿Dónde nos hospedaremos en Avebury?

—¿Qué? —mueve la cabeza confuso ante mi inesperada pregunta—. Bueno, Elspeth me comentó que había una posada. Dijo que era pequeña, pero que sería mejor que acampar al aire libre. Tenía planeado conseguir unas habitaciones allí.

Me pongo en pie y paseo de un lado a otro mientras la idea se enraíza y toma forma en mi cabeza.

—¿Gareth?

Él hace un ademán con la cabeza.

—¿Sí, mi señora?

—¿Serías capaz de encontrar tú solo el camino a Avebury?

Responde sin dudarlo:

—Conozco este país como la palma de mi mano.

Me vuelvo hacia Dimitri.

—Gareth podrá llegar más rápido a Avebury sin nosotros. ¿Y si él se adelanta para reservar la posada y asegurar el área de alrededor? Así, al menos, tendremos ciertas seguridades cuando lleguemos, pues una vez allí, puede encargarse de nuestro alojamiento y de buscar el lugar ideal para realizar el ritual.

—Eso suponiendo que podamos escapar de las almas —interviene Elena.

Contengo la irritación que me produce que siempre tenga que ser ella la voz negativa.

—Sí. Si no lo logramos, terminarán atrapándonos. Pero mandar a Gareth por delante nos dará cierta garantía de seguridad y tiempo para preparar el ritual —dejo caer las manos a los lados, la resignación amenaza con dar al traste con la pequeña esperanza que había sentido apenas un momento antes—. No es mucho, pero no se me ocurre ninguna otra cosa.

Gareth se pone en pie.

—Me marcho de inmediato.

—Yo voy contigo —Brigid se planta a su lado, sorprendiéndonos a todos.

Gareth mueve la cabeza. Me pregunto si los demás también se percatarán del pesar que refleja su mirada.

—No puedo permitirlo.

Brigid levanta la barbilla.

—Tú no eres quién para permitirme nada. Es decisión mía. Monto tan rápido como tú y puedo ayudarte a prepararlo todo en la posada cuando lleguemos. Además, así Dimitri y Edmund tendrán una mujer menos de la que preocuparse.

No sé si será por el destello de rebeldía de sus ojos o por la lógica de su argumento, pero Gareth asiente ligeramente en su dirección.

—Entonces, recoge tus cosas. Nos marcharemos ahora mismo y haremos todas las millas que podamos antes de que caiga la noche.

Los observo dirigirse a las tiendas, reprimiendo una abrumadora frustración. No me apetece que me dejen atrás mientras yo avanzo despacio por el bosque. Querría ir volando a Avebury a lomos de Sargento, no aguardar a que otros me preparen el camino.

Pero no voy a abandonar a tía Virginia. Su debilidad la convierte en una diana para la guardia. No podría vivir en paz conmigo misma si le sucediese algo por haber corrido yo a ponerme a salvo. Y mientras ayudamos a Gareth y a Brigid a montar en sus caballos y nos despedimos de ellos, empiezo a comprender que el sacrificio tiene muchas caras. Esperar cuando deseo actuar es una de ellas. Haré este sacrificio en nombre de la profecía, como ya he hecho tantos otros antes.

Poco menos de una hora después de mi visión, Gareth y Brigid ya se han ido. Me vuelvo de espaldas al ruido de los cascos de sus caballos, intentando no pensar en el soldado de pelo rubio camino de Avebury, cada vez más cerca, espoleado por su

deseo de venganza por lo que le hice en Chartres y por la lealtad hacia Samael, la bestia.



—¿Tienes miedo?

La voz de Sonia me sobresalta a pesar de que habla bajo, mientras se sienta a mi lado sobre un tronco, junto al fuego.

—¿Qué haces despierta? —le pregunto—. Creí que os habíais ido todos a acostar.

—Estás cambiando de tema —replica sonriendo.

Le devuelvo la sonrisa, muy a mi pesar.

—En realidad, no. Me ha sorprendido verte levantada tan tarde, eso es todo.

—Bueno, los demás se durmieron enseguida y, como yo no paraba de darle vueltas a la cabeza, no he podido hacer lo mismo. Como Dimitri está de guardia, pensé en hacerte compañía. ¿Te importa?

Muevo la cabeza.

—Pues claro que no.

—Entonces, ¿estás asustada? —vuelve a preguntar.

No tengo que preguntarle a qué se refiere. Estamos a tan solo dos días de Avebury y al final de nuestro viaje. Pronto habrá acabado todo, de una forma o de otra.

Echo un vistazo al fuego y contemplo cómo se desmorona un trozo de leña en la lumbre, levantando chispas bajo el cielo nocturno.

—Un poco, aunque no tanto como esperaba. Supongo que, pase lo que pase, deseo que termine todo de una vez.

La veo asentir por el rabillo del ojo, pero no me atrevo a mirarla, pues una extraña melancolía se ha apoderado de mí. Hemos recorrido un camino muy largo juntas.

Me coge de la mano.

—Necesito decirte una cosa, Lia. ¿Quieres mirarme?

Me vuelvo hacia ella, agradecida por la cálida presión de su mano en la mía.

—Eres la mejor amiga que he tenido nunca, la mejor amiga que tendré jamás —le brillan los ojos mientras continúa—. Te creo lo bastante fuerte como para sobrevivir al ritual de Avebury, pero... no podía dejar pasar la ocasión de que supieras lo mucho que significas para mí, lo mucho que te aprecio.

Asiento y le aprieto la mano. La emoción amenaza con sobrepasar los límites de mi corazón.

—Yo siento lo mismo. No habría compartido los pasados meses con nadie mejor que contigo —me inclino hacia ella hasta que nuestras frentes se tocan y nos

quedamos así durante unos instantes antes de que me incorpore—. Deberíamos intentar dormir. Vamos a tener que hacer acopio de todas nuestras fuerzas para aguantar la persecución de la guardia.

Sonia asiente y se pone en pie a mi lado. Y mientras nos encaminamos a las tiendas, sin quererlo, siento un tremendo alivio.

Ha sido un acierto comenzar con las despedidas.



No voy conscientemente a los otros mundos. Hacerlo sería un disparate, estando tan cerca de Beltane y del momento en que habré de convocar a la bestia para ordenar su destierro.

Sin embargo, me encuentro en las estériles planicies de otro mundo que asocio más que nada con Alice. No me sorprende, a pesar de no haberlo hecho intencionadamente. Durante todo el camino a Avebury no he dejado de pensar en Alice. No puedo evitar recordar nuestra conversación en el parque, recordar el destello de duda en los ojos de Alice, por breve que fuera, y preguntarme si hice cuanto pude, si tal vez Alice está más cerca de cambiar de lado de lo que imaginaba.

Conozco bien las normas de los otros mundos. O bien se va voluntariamente al plano astral o se es convocado por alguien. Pero cuando me encuentro parada en medio de los campos —negros, grises y de un fuerte color violeta al fondo— no estoy segura de lo que me ha traído a la desolación de este plano. Es cierto que estaba pensando en Alice y que solo ella podría hacerme buscarla. Es posible que me haya convocado. Pero entonces tendría que estar aquí para encontrarse conmigo.

Giro en un pequeño círculo para observar la vacía extensión de altas hierbas sobre un fondo de árboles negros a lo lejos. Es un mundo silencioso. Los pájaros no pían. No se oye ruido de animales entre las hierbas. Tampoco los árboles, mecidos por un viento que ni siquiera puedo sentir, hacen ruido alguno.

Espero durante lo que se me antoja una eternidad mientras noto cómo se me forma un nudo en el estómago. Sea cual sea el motivo por el que me encuentro aquí, a Alice no se la ve por ninguna parte y no me puedo permitir esperar mucho tiempo. No es fácil evitar ser detectado por las almas en los otros mundos y no pienso permitir que me lleven al Vacío. Aún no. No de este modo. Si he de ser desterrada allí, será durante el ritual en Avebury.

Y no pienso ir sin luchar.

Recorro con la vista los campos por última vez, esperando ver a mi hermana aproximándose desde cualquier dirección. Es la primera vez que me siento

decepcionada por su ausencia en el plano astral, pero no dispongo de tiempo para reflexionar sobre este extraño giro de los acontecimientos. Mi decepción está demasiado ensombrecida por el desasosiego, así que cierro los ojos y me obligo a regresar al mundo físico, preguntándome todo el rato por Alice, preguntándome dónde estará y qué la mantendrá alejada del plano astral, que ya constituía su dominio antes incluso de que yo fuera consciente de su existencia.



Cabalgamos tan rápido como podemos al día siguiente, aunque no tanto como yo querría. Edmund va en cabeza, tirando de nosotros todo lo que puede, dada la inexperiencia de Elena como amazona y la fatiga evidente de tía Virginia.

Falta muy poco para Beltane. Yo he caído en un estado de hiperconciencia. Tengo los nervios en tensión, a pesar de que no siento la urgencia que me dominaba mientras huía de la guardia en Francia. Resulta difícil llevar mi cuerpo tan al límite cuando apenas me permito dormir a intervalos entre pesadillas en las que las almas —y cada vez más el mismo Samael— me dan caza. Me persiguen mucho después de haber despertado, pues ya no se limitan a representar simples destellos de mi captura final. Ahora es diferente. En estas pesadillas Samael me da la bienvenida.

En ellas yo le doy la bienvenida.

Representan uno de mis mayores temores: no tener fuerzas suficientes, permitir que me utilicen para desatar el más absoluto caos.

No quiero que los demás sientan que han confiado por completo en alguien que duda de su capacidad para luchar, de modo que mantengo mis temores en secreto.

Hemos aminorado la marcha para buscar un claro donde acampar por la noche. Tía Virginia se queda atrás para cabalgar a mi lado. Obviamente, tiene algo que decirme, pero durante un rato montamos en silencio hasta que por fin empieza a hablar.

—Lo siento, Lia.

La miro sorprendida.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué?

Me percató de lo débil que está por su suspiro.

—Por insistir en venir, por ralentizar la marcha en un momento en que no puedes permitírtelo.

—No seas boba. Elena es diez veces más lenta. Habría dado lo mismo si te

hubieses quedado en Londres. De todos modos, viajaríamos al mismo paso —le sonrío—. Y me consuela tenerte aquí.

«Además, puede que sean los últimos días que pasemos juntas —pienso—. Doy gracias por todos estos momentos».

Mi tía vuelve la vista hacia los árboles que nos rodean.

—Puede que no sea posible cerrar la puerta sin Alice, pero, como hermana y antigua guardiana, me gustaría estar contigo en el círculo de fuego. Me gustaría prestar mi poder, el poco que me queda, para cerrar la puerta. Por eso insistí en venir.

No le respondo de inmediato. Es imposible olvidar la sensación que he tenido en mis sueños sobre el ritual de Avebury. La sensación de ser dividida en dos, de ser partida por la mitad por Samael mientras intenta utilizarme para entrar en este mundo. La oscuridad se cierne sobre mi alma cuando lo recuerdo. No deseo que tía Virginia pase por algo así.

—Es peligroso. El poder de Samael es... Bueno, lo he sentido en mis pesadillas estas últimas semanas y no creo que le siente bien a tu salud.

Una sonrisa ilumina sus ojos. Por un momento veo en ella la sombra de mi madre.

—Lia, ¿crees que no conozco los riesgos? Es cierto que ni en el caso de tu madre ni en el mío había tantas cosas en juego. Nosotras solo éramos la guardiana y la puerta, como lo fueron cientos de hermanas antes que nosotras. Tú eres el ángel de la puerta, y eso conlleva mucha dificultad. Mucha más de la que pueda imaginarme —sus ojos, tan verdes como los míos, tienen una expresión cada vez más seria—. Pero no aspiro nada más que a eso y, aunque he legado mi título de guardiana a Alice, aún poseo cierto poder. No quiero vivir pensando que me mantuve al margen mientras tú te enfrentabas sola a esto —sonríe de nuevo—. Somos más que tía y sobrina, hija. Somos hermanas de la profecía. Y es mi deber estar a tu lado.

Hay un brillo desconocido en sus ojos que delata convicción y una fuerza oculta. Sé que no voy a rechazarla. No quiero ser responsable de que pierda esa luz.

—De acuerdo. Bienvenido sea tu poder, tía Virginia.

Ella inclina ligeramente la cabeza y yo lo entiendo como una señal de deferencia hacia mi posición como potencial señora de Altus.

—Gracias.

Agacho la cabeza a modo de respuesta y recito en silencio la oración que me viene a la cabeza: «Que los dioses, los Grigori y las hermanas estén con nosotros».



Esa noche me resulta más difícil dejar que Dimitri salga de mi tienda. Cuando trata

de sentarse, le atraigo hacia mí y me pego a él encima de las mantas. Acurrucando mi cabeza bajo su barbilla, trato de olvidarme de todo, salvo de su aliento en mi pelo, de su corazón palpitando bajo mi oído.

A pesar de no haber habido ninguna señal de la guardia, sé que se encuentran cerca. No sabría decir si es que de verdad están más cerca o si, en realidad, están infiltrados en mi consciencia, pero el caso es que acechan en las sombras de mis pensamientos más íntimos.

Noto el peso de su seducción incluso en mis horas de vigilia. Resulta insidioso, pues no se me presenta como una coacción evidente. Más bien empiezo a sentir que he estado equivocada todo este tiempo, que he tentado al destino y que he hecho que todo se desequilibre al luchar contra mi papel como puerta, para el que estaba destinada.

—¿Qué pasa? —me pregunta al cabo de un rato.

—Nada —miento.

Su pecho se hincha al inspirar hondo.

—No te creo, pero estaré aquí por si cambias de idea y quieres hablar de ello.

Le agarro en cuanto comienza a moverse.

—No te vayas.

—No me voy a ninguna parte, Lia. Me quedaré aquí mismo —inclina la cabeza y toca con su boca la mía—. Pero tienes que dormir todo lo que puedas. Mañana llegaremos a Avebury. Vas a necesitar todas tus fuerzas.

Siento alivio cuando se acomoda entre las mantas, aparentemente sin intención de moverse de aquí. A ninguno de los dos nos preocupa lo que piense nadie. Me atrae hacia sí, especialmente cariñoso, y me parece entender que también él está empezando a despedirse.

Me quedo tendida a oscuras durante un buen rato, con mi cabeza sobre su pecho, mientras su respiración se vuelve poco a poco más lenta y regular. No ha dormido como es debido desde que se empeñó en vigilarme por las noches y no tengo valor para despertarle. Estoy aquí, en sus brazos. Eso es preferible a que permanezca despierto y alerta al otro lado de la tienda, mientras yo estoy sola, intentando dormirme. Froto la cara contra la suave tela de su camisa, disfrutando de esa sensación. El subir y bajar de su pecho resulta relajante. Al poco rato mis párpados se vuelven pesados. Es maravilloso estar tumbada a oscuras con Dimitri, saber que se encuentra cerca. Y momentos antes de caer en la nada del sueño, no siento ningún miedo.



Incluso soñando, sigo en brazos de Dimitri. En un estado de semiinconsciencia, que es lo más cerca que llego a estar del sueño, doy gracias por el regalo de su presencia. Aún siguen ahí, bajo mi oído, los latidos de su corazón, mientras me dejo llevar por el sueño en la oscuridad de la tienda.

Bum-bum. Bum-bum. Bum-bum.

Es una nana y yo me permito flotar en la oscuridad, pensar tan solo en los brazos de Dimitri rodeándome, en la reconfortante solidez de su pecho bajo mi oído. Ya no estamos sobre el duro suelo, bajo el techo de lona de la tienda, sino rodeados de seda escarlata y de lujosos almohadones de terciopelo. Suelto un suspiro de satisfacción cuando mis propios latidos se amplifican, palpitando al mismo ritmo que los suyos. Una mano comienza a acariciarme el pelo.

—Sí —me susurra—. Sí.

Su mano viaja de mi cabeza a mi cuello y se detiene en el punto en el que late con fuerza mi pulso bajo la piel. Sus dedos se quedan ahí, como deleitándose con el calor de la sangre que se mueve por mis venas. Luego continúan su trayectoria por la curva de mis hombros, por la piel de mis brazos.

Estiro el brazo paralelamente al suyo. Nuestras manos descansan palma con palma. Entrelazamos los dedos. Nunca me había sentido tan contenta. Tan a salvo. Tan segura de mi sitio.

Incluso cuando sus dedos abandonan los míos, deslizándose ligeramente por mi palma hasta mi muñeca, sigo sin querer moverme. Solo su piel hace saltar una alarma en algún lugar de mi subconsciente. No es suave y cálida, como suele serlo, ni está encallecida a causa de tantas horas de llevar las bridas, las correas, el rifle.

Es... distinta.

Seca y fría.

Hasta ahora no había prestado atención al revoloteo. Es un pequeño ruido, un susurro, pero cuando levanto la cabeza para buscar su origen, no veo nada. En mi sueño, de pronto, Dimitri ha crecido tanto que su cuerpo me impide ver. Trato de apartarle a un lado, de ver su rostro, pero cuanto más le empujo, más se arrima a mí. Una oleada de pánico invade mi corazón cuando empiezo a comprender.

El aleteo es más fuerte. Al principio suena como un pequeño grupo de pájaros levantando el vuelo en el aire, luego como toda una bandada. Empujo con todas mis fuerzas, retrocedo tambaleante y él deja de agarrarse a mi cuerpo.

Mi mirada se desliza hacia arriba, más allá de la maciza forma cincelada, hacia su rostro.

Qué rostro tan hermoso. Es el rostro de un dios.

Pero no.

Es el rostro de un dios tan solo por un instante. Solo hasta que un trémulo resplandor lo deforma en algo vil, algo horrendo. Sus mandíbulas son descomunales,

sus dientes afilados destellan y parecen un espejismo, un borroso recuerdo de aquel rostro masculino y hermoso.

Pero son sus alas lo que me cautiva. Apenas entrevistas en aquella ocasión en que vi a Samael junto al río en un sueño, ahora las despliega agitándolas con fuerza. Se extienden a lo alto y a lo ancho a ambos lados de la extraña figura.

No puedo apartar la vista. No quiero apartarla. Contienen una promesa de consuelo, de liberación. Entregarme a su seguridad ni siquiera puede considerarse una decisión. Ni siquiera me lo pienso. Simplemente, doy un paso adelante y suspiro aliviada cuando las sedosas alas me envuelven.

Experimento un pánico momentáneo. Noto cómo se debilita el cordón astral mientras los retazos de mi conciencia humana se resisten a agarrarse a este plano. Mi forma física parece ya muy lejana, pero yo opongo resistencia, pues algo me dice que estoy siendo retenida, que Samael me tiene presa, que no podré regresar a mi cuerpo, que cuando Dimitri despierte por la mañana, mi cuerpo no será más que una cáscara vacía.

Sin embargo, mi oposición no dura mucho. El alivio prometido por las sedosas alas de Samael, su corazón palpitando al mismo ritmo que el mío..., todo eso es demasiado para que mi apático espíritu pueda luchar en su contra.

Entonces, noto otro tirón del cordón astral, una llamada a ocupar mi sitio en el mundo que siempre ha sido el mío. Yo me resisto mientras avanzo hacia la bestia, hacia la única paz que puedo reclamar como mía.

Después me abandono del todo.



Me parece imposible poder sentir aún más vergüenza. Pero al día siguiente, después de que Dimitri me despertara del sueño durante el cual estuve completamente dispuesta a entregarme a Samael, me siento más desgraciada que nunca. No importa que los demás no estén al corriente de los detalles. Soy perversa. Y mientras cabalgamos en dirección a Avebury, el odio hacia mí misma crece en proporciones enormes, hasta que empiezo a creer que después de todo no merezco la oportunidad de cerrar la puerta.

Durante toda la mañana miro a Dimitri esperando ver piedad en sus ojos y yo intento mostrar fortaleza, pues sé que odiaré más esa piedad que escuchar cualquier crítica suya.

Pero mis temores no se cumplen.

Sus ojos, tan solo llenos de amor y resolución, están tan despejados como el cielo

azul claro que hay sobre nosotros.

Sin embargo, eso no merma la confusión que se ha infiltrado en mi alma desde que desperté, pues, aunque es evidente que Dimitri sigue siendo el mismo de siempre, me lleva la mayor parte del día desterrar el recuerdo de su rostro transformándose en el terrorífico semblante de la bestia.

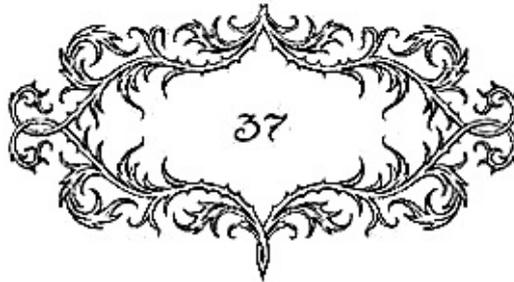
Poco después de nuestro descanso para comer, percibo lo próximos que estamos ya de Avebury. Lo noto por una pequeña vibración en mis huesos, que aumenta hasta un débil zumbido cuando aparecen ante nuestra vista las sombrías piedras grises, de pie como soldados en círculos concéntricos. Siento un dolor en la marca de la muñeca, como un lento latido, y echo un vistazo al medallón al notar la llamada del lugar sagrado desde el centro del Jorgumand.

Nos detenemos varias veces entre los árboles en busca de señales que pudieran indicarnos que la guardia ha llegado antes que nosotros. La atracción que siente mi cuerpo hacia Avebury es cada vez más fuerte. Solo mi fuerza de voluntad hace que me resista a la necesidad de seguir adelante.

Por fin, nos dirigimos a la casita situada en el centro.

El vientre de la serpiente.

Y aunque está todo en calma, no lo identifico con la paz del inminente cierre de la puerta, sino que me parece la constatación del principio del fin.



La puerta de la casa se abre antes de que lleguemos hasta ella. Se me alegra el corazón al ver a Gareth salir al porche. Un instante después aparece tras él Brigid, limpiándose las manos en un delantal que lleva atado a la cintura. Nos saluda animadamente con la mano y una brillante sonrisa estalla en su cara.

—¡Lia! —sale del porche antes de que nos detengamos del todo—. ¡Estábamos tan preocupados!

—¿Va todo bien? —le pregunta Dimitri a Gareth.

Este asiente.

—Solo estamos nosotros, entrad. Vamos a comer algo y os lo contaremos todo.

Dimitri se vuelve en la silla de montar hacia mí. Sé que procura estar cerca por si necesito ayuda, pero le agradezco que no me la ofrezca. Por muy cansada que esté, necesito ser capaz de arreglarme yo sola para las pequeñas cosas del día a día.

Desmonto y me vuelvo a mirar a Brigid. Me fijo en su gesto de alarma cuando ve mi aspecto. Trato de ponerme más derecha, de sonreír un poco más cuando la miro a los ojos.

—Nos vendría bien comer algo. Y, si es posible, un poco de agua para lavarnos.

Los demás también desmontan, Edmund ayuda a tía Virginia y, luego, Brigid nos conduce dentro de la casa mientras los hombres se ocupan de los caballos.

El interior de la casa es pequeño y lúgubre, aunque no del todo inhóspito. Pasamos por delante de una habitación que parece ser el salón y Brigid nos lleva hasta unas sencillas escaleras en el centro de la casa. Al final de las escaleras, nos enseña a tía Virginia y a mí nuestras habitaciones. Luisa escoge una para compartirla con Sonia, y Brigid le muestra a Elena la que van a compartir ellas. Nos ponemos de acuerdo para lavarnos y cambiarnos antes de reunirnos con Brigid abajo, en la pequeña cocina.

Media hora después encuentro a las llaves sentadas alrededor de una rústica mesa.

Brigid sirve el té.

—¿Dónde está tía Virginia? —pregunto mientras me siento al lado de Sonia.

—Dijo que quería descansar y que nos verá a la hora de cenar —Luisa habla en tono amable. Me doy cuenta de lo mal que se me debe de dar ocultar mi preocupación—. Está bien, Lia, ya verás. Unas pocas horas de descanso le vendrán de maravilla.

Cojo una taza desportillada de las hábiles manos de Brigid y sorbo el té caliente para evitar responder.

—Bueno —Luisa toma un sorbo de su taza, mirando a Brigid por encima del borde con una taimada sonrisa—, ¿habéis estado solos tú y Gareth en esta casa tan grande?

Las mejillas de Brigid se tiñen de un pálido rosa mientras sirve más té.

—No es tan grande.

Luisa enarca las cejas.

—Me importa un comino esta estúpida casa, Brigid. ¡De verdad! Preferiría enterarme de lo que habéis hecho estos dos últimos días.

—¡Luisa! —exclama Sonia, entornando los ojos—. No seas tan descarada.

Luisa le da un entusiasta mordisco a una de las galletas que hay en la mesa.

—No te hagas la inocente. Estás deseando saberlo tanto como yo.

Intento no reírme. Después de todo, quizás sea mejor que no esté aquí tía Virginia.

Por fin, Brigid se sienta y se pone en el regazo el trapo de cocina.

—No llevamos aquí mucho tiempo. Llegamos ayer por la mañana. Primero tuvimos que negociar con los dueños de la posada y para cuando terminaron de hacer el equipaje y se marcharon, ya era de noche. Desde entonces nos hemos pasado el tiempo vigilando por si aparecía la guardia y preparándolo todo para vuestra llegada. Parece que la casa no recibe muchos huéspedes. Necesitaba una buena limpieza.

Me pregunto si estará pensando en su posada de Loughcrew, tan bien cuidada, pues percibo un brillo de orgullo en sus ojos.

—¿Qué les dijisteis a los dueños? —la voz de Elena llega con suavidad desde el otro lado de la mesa. Entonces me doy cuenta de que no recuerdo cuándo la había oído hablar por última vez. Siento lástima por un momento, al darme cuenta de lo fácilmente que se ha adaptado Brigid a nosotras, mientras que Elena aún se mantiene al margen de nuestro grupo.

Brigid se encoge de hombros y de nuevo aparecen dos manchas de color en sus mejillas.

—Gareth les dijo que éramos recién casados y que necesitábamos intimidad. Les pagó bien para que se marcharan cuanto antes.

Luisa suelta una descarada carcajada.

—¡Seguro!

Sonia le da un manotazo en el brazo.

—¡Por Dios, Luisa! —levanta la vista hacia Brigid, reprimiendo una sonrisa—. Lo siento mucho, Brigid. A veces no sé lo que le pasa.

Una sonrisa aflora en los labios de Brigid.

—Fue bastante bonito tener la casa para nosotros solos.

—¡Claro! —Luisa casi chilla—. ¡Exijo detalles!

Todas estallamos en risas excepto Elena, que no nos dispensa más que una simple sonrisa. Pero lo que impide que Brigid continúe son las pisadas que se aproximan a la cocina. Un instante después aparece Gareth en el umbral.

—Los caballos están... —se interrumpe al ver nuestras caras, vueltas todas al unísono hacia él mientras nos los imaginamos a él y a Brigid solos en la posada—. ¿Qué?

Brigid se ruboriza, se levanta para recoger los platos y las tazas del té, y las demás prorrumpimos en carcajadas. Hasta Elena se ríe entre dientes tapándose la boca con la mano. Por unos momentos me olvido de que estamos en Avebury.

Me olvido de cómo palpitan mis venas, del susurro del medallón en mi muñeca, de la llamada de Samael.

Por unos momentos casi me olvido de que puede que estos sean los últimos días en los que aún soy dueña de mi alma.

Casi lo olvido.



No soy la única que trata de olvidar, así que pasamos la velada en agradable camaradería, como si nos hubiéramos propuesto no hablar de la profecía solo por esta noche. Sonia y yo ayudamos a preparar la cena, mientras Elena y Luisa juegan a las cartas en la desgastada mesa de la cocina. Gareth y Dimitri encienden el fuego y van en busca de vino; emergen victoriosos del sótano casi una hora más tarde, sosteniendo en alto cuatro botellas polvorientas de un líquido color rubí.

La preocupación de Edmund es lo único que nos recuerda nuestra misión. Coge el rifle para hacer un barrido de la zona a intervalos regulares, mientras tía Virginia permanece sentada en el porche con una manta sobre los hombros para protegerse del fresco de la noche.

Muy pronto, la mesa está puesta. La comida humea en las fuentes, el vino está servido y nosotros sentados, unidos por un mismo propósito. Observo encantada a Elena cuando empieza a reírse con Sonia y Luisa, y a Gareth tratando cariñosamente a Brigid, lo cual la hace sonreír y sonrojarse.

Una paz inmensa se instala en mi corazón mientras contemplo a estas personas de las que tanto cariño recibo, estas personas a las que he llegado a querer tanto. De pronto estoy segura de que a todos les irá bien, independientemente de lo que a mí me suceda. Sobrevivirán y serán felices. Saldrán adelante, reirán y amarán.

Es todo cuanto quiero saber, todo cuanto necesito saber. Me confirmo en que mi decisión de venir a Avebury sin Alice ha sido correcta y, mientras miro alrededor de la mesa, me convengo de que mi sacrificio, si es que estoy llamada a llevarlo a cabo, significará la continuación de todo lo bueno que hay en el mundo.

Solo cuando miro a Dimitri me asalta alguna duda, pues, aunque esboza una sonrisa e intenta reír, veo sombras en sus ojos. Sería una vanidad por mi parte pensar que no va a salir adelante sin mí, que no va a encontrar la felicidad en ninguna parte. No obstante, me causan inquietud su tenso mentón y la tristeza de sus ojos. No deseo dejarle solo.

Estiro el brazo y le aparto el pelo de la frente, sin importarme si tía Virginia o cualquier otro de los que están aquí me toman por atrevida. Los ojos de Dimitri se encuentran con los míos, el deseo y el amor arden como fuego en sus profundidades. Sé que si hubiese algo en el mundo capaz de hacerme cambiar de opinión, sería él.



Me hundo más en el agua caliente, enormemente agradecida por que Brigid haya encontrado esta bañera en el cuarto de atrás de la casa. Que calentara una olla tras otra de agua y que la acarreará hasta mi pequeño cuarto ha sido un lujo y estoy tratando de convencerme de que me lo merezco.

Mañana por la noche, a estas horas, estaremos preparándonos para el ritual, suponiendo que la guardia no nos alcance antes. Puede que esta sea mi última noche entre los vivos.

Trato de dejar en blanco mi mente, de concentrarme en el roce del agua sobre mi piel, en sentir el frío metal contra mi espalda y las pequeñas corrientes del aire más fresco del exterior de la bañera sobre mi cara. Solo funciona un momento, antes de que el rostro de Dimitri llene la oscuridad de mi mente. Le veo tal como estaba durante la cena, con sus ojos rebosantes de la misma necesidad que ha crecido incesantemente en mi propia alma, en mi propio cuerpo. Siento un revoloteo agradable y prometedor en mi vientre cuando pienso en él.

—¿Quieres que me vaya hasta que hayas terminado? —su voz proviene de la puerta.

Vuelvo la cabeza para mirarle. Está apoyado en la pared de la habitación, la

puerta está cerrada. No me sorprende verle allí. Me he acostumbrado a su sigilo, a sus inesperadas apariciones.

Dentro de mi cabeza una voz me dice que debería pedirle que se marche. Esa voz me recuerda que, sin duda, es una indecencia permitir la entrada de un caballero en la habitación estando desnuda en la bañera. Pero es una voz diminuta. Apenas un susurro. Es la voz de la Lia que fui y jamás volveré a ser esa Lia.

Sin pensarlo lo más mínimo, me levanto. El agua chorrea por mi cuerpo mientras estoy de pie en la bañera, completamente expuesta a la vista de Dimitri. Sus ojos se oscurecen aún más y se convierten en negros pozos de deseo, mientras su mirada baja por mis pechos, por mi estómago, por mis muslos.

—Extiéndela, por favor.

—¿Me quieres acercar esa toalla, por favor?

Tarda un momento en seguir mi brazo hasta la toalla que está en el extremo de la cama, pero por fin va a por ella. Aproximándose a mí, me la tiende a cierta distancia, como si no se atreviese a acercarse demasiado.

—Extiéndela, por favor.

La sorpresa nubla sus ojos, pero lo hace y espera a que yo salga de la bañera. Aún mojada, camino hacia él. Sus brazos se cierran alrededor de mí, la toalla suave y caliente cae sobre mi piel. Durante un instante, nos quedamos inmóviles. Es imposible no pensar en que los musculosos brazos de Dimitri están separados de mi piel desnuda tan solo por el fino material de una vieja toalla.

—¿Me ayudas a secarme? —le pregunto pegada a sus hombros.

Él retrocede y abre despacio la toalla. Oigo cómo inspira cuando mira mi cuerpo desnudo. Resulta sorprendentemente fácil permanecer impertérrita delante de él.

No deja de mirarme a los ojos mientras me frota suavemente los hombros con los extremos de la toalla. Continúa por mis brazos hasta mis pechos. Su tacto levanta poderosas oleadas de deseo por todo mi cuerpo. Tras apartar los ojos de mi cara, se agacha de rodillas ante mí y pasa la toalla por mi estómago, por la curva de mis caderas, hasta la suave piel del interior de mis muslos. Me encanta que lo haga tan despacio. No tengo prisa por ocultarme a los ojos de Dimitri. De pronto, mi cuerpo parece el mayor de los secretos que he guardado, y ya no quiero tener secretos para Dimitri nunca más.

Sus manos son pacientes y cuidadosas. Su deseo, tan poderoso como el mío, puede palparse en la habitación. Cuando termina, se incorpora sosteniendo aún la toalla. Capto la pregunta en sus ojos y le respondo cogiéndolo de la mano.

—Ven —tiro de él en dirección a la cama—. Ven y tumbate conmigo.

Él no habla mientras me instalo en su brazo doblado. Mis manos tocan la carne caliente que queda al descubierto entre los cordones de su camisa. Mis dedos viajan hacia abajo. Desato los cordones hasta que están todos abiertos. Echo hacia atrás la

tela, dejo su pecho al descubierto y me tiendo sobre él para besar los músculos que se tensan bajo su piel sorprendentemente suave.

Apoyo la barbilla en mis manos y le miro a los ojos.

—Te quiero. Debes recordarlo.

Dimitri tira de mí para llevarme hasta su boca tan repentinamente que me quedo sin aliento. En un instante estoy debajo de él, mi cabeza se hunde en la almohada mientras su cuerpo se pega contra el mío. Me acaricia la cara y me mira a los ojos con tal ferocidad que casi me asusta.

—Márchate de aquí conmigo, Lia. Vente conmigo esta noche. Te protegeré de las almas el tiempo que haga falta. Juntos intentaremos poner a Alice de nuestro lado.

Enlazo mis brazos alrededor de su cuello y tiro de él hasta que nuestros labios vuelven a encontrarse y nuestra pasión rebasa los límites del dulce beso. Finalmente, me aparto.

—Tengo que hacerlo, Dimitri. No quiero vivir en un mundo donde tenga que esconderme hasta en sueños de las almas. Y lo que es más importante, no deseo vivir en un mundo donde mis amigas, las llaves, tengan que hacer lo mismo. Un mundo en el que tienes que comprometer tu lealtad hacia los Grigori para protegerme a mí —se dispone a protestar, pero coloco con suavidad mis dedos sobre su boca para detenerle. Luego le miro a los ojos para que sepa que estoy convencida de lo que voy a decir—. Así es como debe ser, Dimitri. Por favor, no desperdiciemos nuestro tiempo juntos hablando otra vez de ello. Quédate aquí conmigo ahora. Quédate conmigo y no olvides que, pase lo que pase mañana, seré tuya esta noche y siempre.

Me incorporo para pegar mis labios a los suyos. Luego me abro a él, disfrutando del movimiento de su piel desnuda sobre la mía.

Y no me arrepiento.



Pasamos el día en un taciturno silencio. Sonia, Luisa, Elena, Brigid, tía Virginia y yo jugamos a las cartas con desgana e intentamos leer pasajes de los escasos libros polvorientos que se alinean en las baldas, mientras los hombres se turnan para salir a vigilar la zona. A la hora de la cena aún no hay señales de la guardia y, aunque eso me alivia, no me cabe la menor duda de que están ahí afuera. No sé cuándo llegarán, pero sé que van a venir.

Al caer la noche me retiro a mi habitación con Dimitri para preparar el ritual. Estoy doblando mis cosas en silencio, empaquetándolas para que se las lleven de vuelta a Londres en caso de que yo no sobreviva a esta noche, cuando oigo la voz de Dimitri detrás de mí.

—He estado esperando el momento adecuado para darte esto —me vuelvo hacia él y me entrega un paquete envuelto en papel marrón liso—. Probablemente, confiaba en que no se presentase la ocasión, pero ya no me puedo mentir más a mí mismo.

No cojo el paquete de inmediato, sino que me lo quedo mirando, temerosa de tocarlo, como si hacerlo fuera a desencadenar una serie de acontecimientos irreversibles. Pero, por supuesto, es una tontería. Hace mucho tiempo que esos acontecimientos se desencadenaron y ya no puedo hacer nada para detenerlos.

Cojo el paquete y me quedo sorprendida por su peso.

—¿Qué es?

Dimitri se sienta en la cama a mi lado. Su peso hace que el colchón se hunda con tanta contundencia que resbalo hacia él y nuestros cuerpos se tocan.

—Algo que te servirá de consuelo esta noche. Ábrelo.

Tiro del sencillo cordón del paquete y le doy la vuelta hasta que encuentro el borde del papel. Cuando se lo quito, queda al descubierto un grueso montón de seda de un intenso color violeta. Al tocarlo, la brizna de un recuerdo, poderoso aunque casi inconsistente, se abre paso en mi mente como el vestigio de un hermoso sueño.

—No... no lo entiendo.

Una risilla ahogada escapa de su garganta con un trasfondo de melancolía.

—Eres un desastre recibiendo regalos. Termina de abrirlo y lo descubrirás.

Deposito el paquete en la cama y tiro de la tela que ha quedado encima. Debajo hay algo más, pero lo dejo donde está de momento y sacudo el montón de seda que tengo en mis manos hasta que se despliega un reluciente océano de color púrpura que se derrama en pliegues sobre el suelo. Me pongo de pie y lo aparto un poco de mí para verlo mejor. Entonces lo comprendo.

—¡Oh! Pero... —me vuelvo hacia Dimitri con la emoción oprimiéndome la garganta, hasta que me obligo a reponerme para poder hablar—. ¿Cómo lo has conseguido?

Hace una seña con la cabeza indicando el paquete que está encima de la cama.

—Creo que hay una nota que lo explica.

Dejo la prenda en la cama para ponerme a buscar entre el montón de tela y el papel marrón. Por fin, veo un grueso trozo de papel. No reconozco la letra escrita a mano. Me dirijo hacia la chimenea para poder leerlo con cierta intimidación. Quien lo haya escrito lo ha hecho solo para mí.

A mis ojos les cuesta poco habituarse al elegante sesgo de la escritura, pero en cuanto empiezo a leer, contengo la respiración.

Queridísima Lia:

Es extraño que algo tan pequeño pueda cambiarlo todo, ¿no es cierto? Tu presencia en Altus ha sido eso para mí. Aunque no estuviste aquí más que unos pocos días, tu amistad ha sido una bendición. Pienso a menudo en ti.

Sé que se acerca la hora de que te enfrentes con Samael y sus almas, y sé que lo haces a favor de las hermanas, de las que te precedieron y de las que te seguirán. Así pues, parece justo que nos tengas contigo de alguna manera. Como no podré estar en Avebury durante el ritual, espero que halles consuelo y fuerzas en la capa de nuestra comunidad. Espero que te traiga recuerdos de Altus y de mí. Espero que te recuerde que estamos contigo, aunque solo sea en espíritu.

Tu pueblo y tu isla te necesitan, mi señora, mi amiga.

Aguardamos tu regreso con impaciencia.

UNA

Me quedo mirando fijamente las palabras después de haberlas leído. Me trasladan a otro lugar. Por un instante puedo sentir la brisa que se levanta del mar, transportando con ella el aroma de los naranjales de Altus.

—Si Una pudiera, estaría aquí —dice Dimitri desde la cama.

Me vuelvo para mirarle con una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

Cruzo la habitación hasta llegar al paquete y cojo la primera túnica antes de continuar con las otras.

—Hay seis. Una para mí, otra para cada una de las llaves y otra para tía Virginia —aún estoy asombrada por la amabilidad de Una.

Dimitri asiente.

—Son las túnicas que usaban las hermanas de Altus en las antiguas fiestas y ritos.

—Son preciosas —estrecho la seda violeta contra mi pecho, como si hacerlo me conectase con la fuerza de las hermanas de Altus—. Tienes que agradecerérselo a Una de mi parte.

Dimitri se pone en pie y me atrae a sus brazos, aplastando la túnica entre nosotros.

—Cuando todo esto termine, podrás decírselo tú misma.

Su voz enronquece con la emoción. Yo no digo nada. Simplemente, me quedo quieta en el círculo protector de sus brazos, dejándole por el momento fingir que mi supervivencia es una conclusión que hay que dar por hecho, y no el acto de fe que ambos sabemos que es.

Espero que la noche pase con rapidez. Pero eso solo ocurre cuando no se desea. En cambio, ahora las horas pasan con una enorme lentitud. Dimitri y Edmund van a intervalos regulares a explorar el lugar donde se encuentran las piedras de Avebury. Aún no hay señal alguna de la guardia, pero eso no me tranquiliza.

En realidad, saber que todavía no han llegado me causa aún mayor inquietud. Anhele montar a lomos de Sargento y patrullar con los hombres, pero ni me molesto en preguntar. Tan solo me dirían que es demasiado peligroso, que debo quedarme dentro de la casa hasta el momento de la ceremonia. Sin embargo, no puedo evitar pensar que preferiría morir sobre mi caballo en los campos abiertos de Avebury y a manos de la guardia que sola y confinada en el Vacío.

Pero eso significaría que no podría tratar de cerrar la puerta, y esa alternativa no existe.

Para cuando el reloj de la mesa da las tres de la mañana, estoy deseando que pase todo. Estoy cansada de esperar, de hacerme preguntas.

Estoy sentada en el pequeño sofá con Dimitri, apoyada en él, acurrucada en su brazo, cuando se inclina para susurrarme al oído:

—Creo que va siendo hora de que coja la piedra.

Me separo de él para incorporarme. No hay necesidad de hablar. Dimitri se encargará de colocar la piedra para el ritual al sol del amanecer, mientras yo espero dentro con las llaves y tía Virginia hasta que se acerque la hora de la salida del sol. Todo está dispuesto.

Noto los ojos de los demás mientras me quito del cuello la cadena, de cuyo extremo pende la pesada piedra. Se la tiendo a Dimitri sin más ceremonias. Mantengo su mirada hasta que se levanta y hace un gesto con la cabeza a Edmund y a Gareth, que salen de la casa. Cuando ellos se van, no hablamos en el vacío dejado por su

ausencia.



No me resulta fácil evitar sentirme como si fuera camino de mi propia ejecución. Cerca de la puerta de la casa esperamos las llaves, tía Virginia y yo a que nos digan que es el momento de reunirnos alrededor del fuego. Desde la ventana veo las altas llamas que lamen el cielo.

Ya casi no me queda tiempo.

Levanto la mano derecha, me quito el medallón y lo sujeto fuerte con la izquierda. Desde que tuve el sueño sobre Avebury en el que el medallón me abrasaba la piel, sé que ese es el último requisito de la profecía, la prueba final. Debo llevar el medallón sobre mi marca para cerrar la puerta.

Eso significa que podría abrirla si fracaso.

Pero es necesario. Tengo que hacerlo, así que coloco el deslustrado disco dorado encima del Jorgumand de mi piel. Mi alma parece expandirse, casi suspirar en voz alta cuando el símbolo grabado del medallón se aloja sobre la réplica de mi muñeca. Durante un instante me parece una locura haberlo impedido con tanto ahínco todo este tiempo, teniendo la paz tan cerca.

Aparto este pensamiento de mi cabeza y dejo caer nuevamente la mano. Unos dedos cogen los míos y, cuando me doy la vuelta inclinando la cabeza para ver más allá de la capucha de mi túnica, veo la elegante nariz de Luisa y sus carnosos labios asomando bajo su capucha de seda.

Se vuelve hacia mí y me habla en voz tan baja que me pregunto si podrá oír la alguien aparte de mí.

—Lia... yo... —me mira a los ojos con una triste sonrisa—. Bueno, eres muy valiente. Pase lo que pase, sé que vencerás. En este mundo o en el siguiente. Espero que puedas llevarme contigo en cualquiera de ellos.

—Gracias, Luisa. Espero que tú hagas lo mismo —le agradezco su franqueza. Es la única vez que alguien ha admitido abiertamente que es probable que muera y, de algún modo, es un alivio no tener que fingir. Aun así, no tengo valor para devolverle la sonrisa, pues sé que no es cierto, no soy valiente. Estoy casi temblando de miedo y no paro de reprimir las ganas que tengo de escapar a lomos de Sargento mientras hablamos. Deseo correr y esconderme de la guardia, de las almas y de Samael tan lejos como pueda.

Solo la verdad me evita hacerlo. Y la verdad es que ya estoy muerta viviendo de esta manera. No tengo lugar adonde escapar. Mientras la puerta permanezca abierta,

Samael y las almas me encontrarán.

Luisa me aprieta la mano. Ambas nos volvemos hacia la puerta cuando se abre. En ella aparece Edmund a contraluz, con el fuego a lo lejos.

—Es la hora —dice acompañándose con un gesto de la cabeza—. Queda menos de una hora hasta la salida del sol y, aunque no quiero que se quede desprotegida, no me atrevo a esperar más.

Se me forma un nudo en la garganta a causa del miedo, pero asiento y franqueo la puerta abierta. Las demás siguen mis pasos. Oigo sus pisadas sobre las piedras del pequeño sendero que nos lleva desde la casita hasta las hierbas silvestres de los campos. Luego, todo queda en silencio mientras seguimos a Edmund hasta el fuego, cercado por las llamas más pequeñas de unas antorchas que lo circundan. Alzo la cabeza hacia el cielo color añil y me fijo en la débil luz que asoma por el Este. Ese es el reloj que regirá el ritual y mi futuro, y me pregunto cuánto tardará en salir el sol para iluminar la piedra.

Al prestar atención a la oscura figura de Dimitri, cuya silueta se proyecta ante el fuego, me percato aliviada de la sombra del rifle en su mano. Le he pedido que no intervenga excepto para mantener alejada a la guardia de mi cuerpo mientras esté en los otros mundos, porque no me cabe la menor duda de que allí es adonde debo ir. Y no soy más que una persona, así que no podré mantener mis facultades en dos lugares al mismo tiempo. En caso de que estalle la batalla aquí mientras yo me encuentro en los otros mundos, será tarea de los demás combatir en ella.

Según me aproximo al fuego, mis sentidos se agudizan. Siento la hierba fresca bajo mis pies y una renovada satisfacción por haber decidido no llevar calzado. Noto la energía de Avebury en la corriente que discurre bajo mi piel, más intensa aún conforme me acerco a las piedras que están a lo lejos. Parece importante que esté conectada al suelo sagrado y me tranquiliza la vibración que siento como un hormigueo en la planta de los pies. Extraeré fuerzas de cualquier fuente disponible, hasta de la piedra de víbora, ahora fría, que llevo al cuello. Puede que no contenga ya ningún poder espiritual, pero es una parte de tía Abigail y, por débil que sea su presencia, me sirve de consuelo.

La mirada de Dimitri no se aparta de la mía mientras cruzo el círculo de las antorchas y me detengo frente a él. Quisiera más que nada poder borrar la pena y la resignación de sus ojos.

Pero todo cuanto puedo hacer es dejar que perciba firmeza en mi voz.

—Estoy lista.

Él asiente y aparta sus ojos de los míos para señalar hacia el fuego que se encuentra a unos cuantos pies de distancia.

—Está todo preparado. El ritual no requiere fuego, pero nos facilitará a Edmund y a mí echar un vistazo a los alrededores, por si se aproximase alguien. Hemos...

—¿No es arriesgado usar fuego si no es uno de los requisitos del ritual? —
interrumpe Elena.

Dimitri suspira con cansancio.

—El fuego es una parte sagrada en muchos rituales antiguos, pero también se emplea simplemente para iluminar. Mientras se cumplan los demás requisitos, Lia podrá convocar a Samael.

«Pero no se cumplen los demás requisitos —pienso—. No tenemos a Alice».

Me pregunto si los demás estarán pensando lo mismo, aunque no tiene sentido decir obviedades. Ya no hay vuelta atrás.

Dimitri vuelve a contemplar el fuego y alza la vista hacia un alto trípode de madera.

—Hemos colocado la piedra encima de un montón de leños para que así pueda captar mejor la luz del sol naciente. Ahora tenéis que formar un corro, unir las manos y recitar las palabras del ritual mientras esperáis a que el sol dé sobre la piedra.

No va a ser tan sencillo como parece, pues aunque la escasa luz que asoma a lo lejos ya empieza a extenderse por el cielo, la oscuridad que nos cubre apenas pierde cierta intensidad.

Me vuelvo hacia las demás. Las miro por turnos: a Elena, a Brigid, a Luisa, a Sonia y a tía Virginia.

—Gracias por estar aquí conmigo. ¿Empezamos?



Al principio me siento algo cohibida. Las palabras del ritual suenan más extrañas en mi lengua que en mi cabeza. Las llaves y yo no siempre las recitamos sincronizadamente, a veces nos atrancamos con ellas en el círculo que formamos alrededor del fuego y de la piedra situada encima de él. Percibo con claridad a un lado la fresca mano de tía Virginia en la mía y al otro la de Sonia, ligeramente húmeda.

Frente a mí, al otro lado de las llamas, Brigid se concentra en las palabras. Elena y Luisa están situadas a cada uno de sus lados. Levanto la vista al cielo solo una vez. Me doy cuenta con indiferencia de que la luz aumenta a medida que el sol continúa su ascensión. Después cierro los ojos para concentrarme en las palabras del ritual, para recitarlas al mismo ritmo que las llaves y mi tía, para convocar a la bestia. Las palabras empiezan a salir más rítmicamente. Nuestra coordinación mejora conforme repetimos el texto del ritual una y otra vez. El mundo físico parece comenzar a distanciarse. Por fin, mi única conexión con él son mis pies, que tocan el suelo de Avebury, mientras las pulsaciones de la antigua energía de esta tierra trepan por mis piernas, por mi estómago y mis brazos hasta que todo mi cuerpo parece vibrar con ella. Pienso en Altus, deseando conectar con algo tan antiguo como la profecía y oler el embriagador aroma a naranjas mezclado con el aire salobre que surge del mar. Estoy segura de oír las olas rompiendo abajo, tan cerca que me parece estar en uno de los acantilados de Altus.

Cuando abro los ojos, ya no se trata de un pensamiento. Estoy flotando en el éter que hay entre el mundo físico y los otros mundos. Y me entrego a él. A las primigenias palabras que salen de nuestros labios. Al calor del fuego sobre mi rostro. Al sagrado suelo que pisan mis pies.

Mis ojos parecen abrirse a la fuerza a causa de una luz cegadora que ilumina el espacio que hay tras mis párpados. Entonces, veo la piedra encendida por un solo

rayo solar que acaba de asomar por encima del horizonte. Un zumbido emana del centro del círculo y se extiende hacia fuera cuando la piedra, aparentemente encendida por dentro, cambia de color. Ya no es una piedra apagada y gris, sino una esfera verde incandescente. No soy capaz de apartar mis ojos de ella, pese a que mi boca continúa moviéndose con las palabras del ritual, como si se tratase de una silenciosa plegaria. La piedra contacta conmigo, me llama hasta llevarme a un placentero estado bastante similar al deseo. Es como ir soltando las amarras que me atan y disfruto enormemente de esa libertad.

Sin embargo, solo dura un instante. Segundos más tarde una luz cegadora sale de la piedra y se desliza hacia nosotras devorando hambrienta el terreno que se encuentra entre la piedra y nuestro carro. Cierro los ojos, pero la luz sigue estando ahí, iluminando la oscuridad detrás de mis párpados momentos antes de que perciba otras imágenes fugaces.

James y yo junto al río en Birchwood, ambos con un aspecto increíblemente joven e indiferente.

Henry con su sonriente rostro vuelto hacia mí mientras nos reímos con un libro en las manos en el salón.

Luisa, Sonia y yo poniendo juntas nuestras muñecas, nuestra piel lisa rubricada por marcas casi idénticas.

Yo misma sobre el risco con vistas al lago donde mi madre sacrificó su vida en nombre de la profecía.

Y, por fin, el rostro de Dimitri, su cuerpo moviéndose sobre el mío e iluminado por la luz del fuego en mi pequeño cuarto de Avebury.

Luego no hay más que oscuridad. Siento un enorme alivio mientras floto por ella preguntándome si estaré muerta. Pero, claro, no puede ser tan fácil. Un momento después abro los ojos y me encuentro a mí misma en la playa en la que conocí por primera vez las peculiaridades de los otros mundos y el poder del pensamiento. El océano fluye avanzando y retrocediendo a mis pies, la línea de cuevas rocosas bloquea cuanto queda a la izquierda de mi vista excepto la playa.

Al mirar alrededor, tengo un momento de duda. Ahora que me encuentro aquí, no estoy del todo segura de lo que he de hacer para terminar con la profecía. Después de todo lo que ha sucedido, después de todas las veces que he tratado de evitar ser detectada por las almas en los otros mundos, parece extraño que ahora vaya en su busca, pero creo que eso es lo que tengo que hacer. Si solo tuviera que desear que se cerrara la puerta, ya lo habría logrado. Me encuentro aquí, en los otros mundos, gracias a la piedra, al ritual y a las llaves. Solo puedo suponer que ellas siguen cogidas de mis manos en el mundo físico, que continúan entonando las palabras del ritual. Esa es la parte que les corresponde a ellas y ahora me doy cuenta con renovada claridad de que la mía consiste en convocar a la bestia, a pesar de que no haya pasado

un solo momento en estos últimos dos años en que no me haya negado a ello.

Sé de inmediato que la playa no es un buen lugar para hacerlo, con el agua a un lado y las cuevas al otro. Tampoco quisiera encontrarme con las almas en el Vacío, pues si bien es verdad que puede que mi destino sea ser sepultada allí, no quiero ponérselo tan fácil a Samael.

No, debería encontrarme con ellas, con él en terreno conocido. Y en cuanto lo pienso, sé exactamente adónde ir. Recuerdo lo que Sonia me dijo hace mucho tiempo, cuando viajar por el plano astral aún era extraño y desconocido para mí: «Los pensamientos son poderosos en el plano astral, Lia».

Pienso en Birchwood. En las ondulantes colinas que se extienden en todas direcciones. En los bosques que alfombran los campos y en el río que fluye detrás de la gran casa de piedra. En el camposanto donde reposa el cuerpo de Henry, junto a los de mi padre y mi madre.

Me resulta reconfortante y doloroso al mismo tiempo. Un final perfecto para la profecía.

Un instante después estoy en el aire, volando sobre las cuevas pegadas a la playa, las dunas de arena y las posidonias que dan paso a llanuras de color gris verdoso y que pronto se convierten en extravagantes praderas verdes. Hay muchas criaturas debajo de mí; todas corren en dirección contraria a la de mi vuelo, como si huyesen de un fuego. Ni siquiera los animales quieren estar en el lugar adonde me dirijo. Solo yo vuelo hacia la bestia, todos los demás se alejan de ella.

Pero no me queda tiempo para darle vueltas a esta idea. Comienzo a descender a tierra y me maravillo una vez más del poder del plano astral: con solo pensar en la persona a la que deseas ver o en el asunto que deseas tratar, te trasladas únicamente por la fuerza del pensamiento.

Al tocar el suelo, espero notar en mi piel las mullidas hierbas primaverales, pero algo basto me raspa las plantas de los pies. Miro abajo y me sorprende ver que la hierba está parda y seca. Lo entiendo cuando levanto la vista hacia el paisaje gris y negro que me rodea. Aunque parecen los alrededores de Birchwood, me doy cuenta de que son los campos adonde fui convocada en una ocasión para reunirme con Alice.

Hay más cosas desprovistas de vida aparte de la hierba y los árboles. Hasta al mismo aire parece faltarle el oxígeno, como si fuese un mundo abandonado, como si en los otros mundos todos supieran que nada bueno puede desarrollarse aquí y hubiesen decidido escapar. Me vuelvo trazando un pequeño círculo para buscar alguna señal de las almas.

Al principio las oigo. No, las siento.

Comienza como un rumor en el suelo bajo mis pies, como si un animal grande viniese hacia mí a toda velocidad y fuese a aparecer entre los árboles en cualquier momento. Los latidos de mi corazón se aceleran. Aguardo y escucho. No me

sorprendo cuando por fin me doy cuenta de que se trata de ruido de cascos de caballos en la distancia. Por el ruido está claro que son muchísimos. Muchos más que nunca. La bestia no ha dudado en enviar a todos y cada uno de sus fieles para la captura final y el destierro de quien es capaz de hacerle pasar al mundo del que procedo.

Sus caballos se aproximan con tal rapidez que la velocidad de los perros infernales parece lenta en comparación. Me vuelvo hacia la fila de árboles de donde procede el mayor ruido, preparándome para la aparición de las almas y sus corceles. Por el sonido es obvio que vienen por todas las direcciones, pero solo me es posible fijar la vista en una zona cada vez. Un instante más tarde me alegro de la elección que he hecho.

Las almas salen en tropel del bosque con los brazos en alto y empuñando feroces espadas de color rojo incandescente. Me había olvidado de lo inmensas que son, pues en el mundo físico un miembro de la guardia no rebasa el tamaño de un hombre normal. En cambio, las almas tienen un tamaño equivalente a dos hombres mortales y cabalgan en monturas que harían parecer diminuto a Sargento. No aminoran la marcha ni se lo piensan al verme plantada en el campo, sino que avanzan con renovado vigor, como si trataran de apresarme antes de que escape.

Pero yo no hago nada. No me preocupa no llevar encima mi arco ni cualquier otra clase de defensa física. Ese momento ya pasó. Ahora soy yo quien las llama para que acudan a mí.

Y para luchar con la fuerza que me legaron mis antecesoras de la comunidad.

Tía Abigail. Tía Virginia. Mi madre.

Ahora ya da lo mismo. Han llegado a mi altura de golpe, apareciendo en tropel por todas partes, cercándome hasta que a sus ojos no soy más que un animalillo. Cuando estoy completamente acorralada, las almas perdidas, tantas por todas partes que no consigo ver hasta dónde llegan, levantan sus espadas al unísono. De sus gargantas emerge un aullido gutural y, aun sin palabras, lo identifico como un grito de victoria.

Incapaz de ocultar mi miedo, comienzo a temblar. Son enormes, sus cuerpos descomunales son masas de músculos tensados bajo los jirones de su ropa, sus rostros victoriosos se muestran aterradores y horriblos bajo las enmarañadas barbas.

Se cierran sobre mí y acercan más sus caballos. Los gigantescos animales muestran sus dientes, tratando de mordirme. Las almas los contemplan evidentemente complacidas. Comienzo a pensar que voy a evitar ir al Vacío, que voy a morir aquí mismo, pateada por los cascos de los caballos hasta la muerte, antes de tener siquiera la ocasión de cerrar la puerta.

Pero, entonces, noto de pronto como si los latidos de mi corazón se multiplicasen. Al principio es una sensación lejana, por lo que no estoy segura de qué se trata, pero

al momento empieza a intensificarse. Noto cómo se aproxima tanto desde fuera como desde dentro de mi cuerpo, hasta que me rodea del todo, cuerpo y alma. La multitud de las almas perdidas se abre espacio por un lado, mientras levantan sus espadas e inclinan la cabeza. La intensidad de mis latidos aumenta conforme las almas se hacen a un lado para dejar pasar a la bestia.

Se alza ante mí, vestida de negro. Como las almas, es de un tamaño aterrador. Aunque su semblante es atractivo, me viene a la cabeza un breve recuerdo de aquel momento en el plano astral en el que su rostro se metamorfoseó en el de la terrorífica bestia que me estuvo persiguiendo por los bosques durante mi viaje, intentando darme zarpazos con sus uñas afiladas como cuchillas. No debo olvidarlo. No me debo dejar arrullar por su falso y cautivador rostro, por los latidos que tratan de acompasarse a los míos.

Permanece amenazante ante mí. Si me embistiese, quedaría reducida a escombros bajo sus pies. Sin embargo, no se acerca a caballo, sino que me sorprende bajando al suelo con un movimiento rápido, mucho más grácil que el de cualquier mortal a pesar de su corpulencia.

—Señora, me honras con tu presencia —su voz suena retorcida y distorsionada, como si se tratara de un animal que extrajera el sonido del cuerpo de otro.

Trago saliva, obligándome a mantener firme mi voz.

—No te estoy haciendo tal honor. Vengo en nombre de la comunidad para cerrar la puerta y desterrarte para siempre del mundo físico —sueno como una chiquilla, incluso a mí me lo parece, pero es todo lo que se me ocurre.

Se me acerca a grandes zancadas. Sus botas hacen temblar el suelo bajo mis pies y parecen reverberar más allá del mundo en el que nos encontramos.

—No tienes a la guardiana.

Levanto la barbilla.

—Tal vez, pero he decidido cerrar la puerta, tal y como dice la profecía que estoy en mi derecho de hacer.

Sus ojos se estrechan a medida que se acerca. Me fijo en que son casi dorados en el centro y que los rodea un anillo de color rojo.

—Eres testaruda, señora —su voz parece penetrar por mis poros y abrirse paso por mi cuerpo. Oigo el susurro de sus alas a su espalda—. Solo encontrarás la paz si te liberas de tus falsas ideas.

Se me acerca aún más, deteniéndose a un paso de mí, mientras sus ojos taladran los míos. El mundo que me rodea comienza a desenfocarse. El campo muerto, las almas... se desvanecen a medida que su espeluznante voz se cuele por mis venas y conforme sus palabras se extienden con un repulsivo siseo.

—Tu sitio está conmigo, señora, como bien sabesss. Así lo sientesss.

Sus alas se abren con una tremenda sacudida, desplegándose de lado a lado hasta

que hacen desaparecer incluso a las almas que están detrás. Las alas son una invitación, las suntuosas plumas relucen como ónices pulidos comunicándome paz y seguridad de parte de Samael y, más importante aún, de parte de mí misma.

Muevo la cabeza, aferrándome al recuerdo de mi primitivo propósito.

—No, no es verdad.

Pero el latido del corazón ha aumentado dentro de mi cabeza. Ya no late independientemente del mío. Ahora nuestros corazones palpitan en una perfecta sincronía y noto que mi determinación comienza a desvanecerse.

—Ssssí —dice, dando un último paso hacia mí. Me toca la mejilla con el dorso de su mano enguantada—. Es natural que sientas que nos complementamos. No tienes por qué avergonzarte de ello. Naciste para dejarme pasar al mundo físico, para reinar a mi lado.

Sacudo la cabeza para negarlo de nuevo, pero la apatía se extiende como niebla desde mi mente hasta que todo cuanto dice parece tener sentido. Una reconfortante sensación de certeza se instala en mis hombros cuando sus alas se pliegan a mi alrededor, rodeándome de calor y suavidad. Los latidos suenan más fuerte. Ahora no hay más que un corazón —el nuestro— que late unido.

Y es todo tan sencillo.

Somos uno, tal como establece la profecía. No le he convocado para rechazarlo. Hacerlo solo me ha acarreado tristeza, pérdida y oscuridad, todas las cosas que buscaba evitar al negarle la entrada.

Me acomodo en sus sensuales alas y restriego la piel de mi mejilla contra sus plumas, permitiendo que mis propios latidos se sincronicen aún más con los suyos. Instantes después, mi alma parece desgarrarse en dos.

Al gritar, levanto la cabeza del velludo pecho de la bestia. Un tirón del cordón astral que me conecta con mi cuerpo me arranca de su abrazo hasta que de nuevo me desplazo dando vueltas por la silenciosa oscuridad. Mi caída parece interminable. Acto seguido, tomo conciencia del sonido de voces lejanas que cantan al unísono palabras que me resultan extrañas y familiares al mismo tiempo. El tacto de algo sólido a mi espalda me dice que ya no estoy cayendo. Entonces abro los ojos con esfuerzo, como si despertara de un largo sueño.

Las figuras que están de pie a mi alrededor aparecen retorcidas y distorsionadas, el lugar en el que deberían estar sus rostros está negro y vacío. Me cuesta un momento dar un sentido a esas figuras con túnicas y capuchas, pero enseguida lo recuerdo: son las llaves. Aún siguen recitando las palabras del ritual. Yo estoy tendida en el suelo cerca del fuego. He roto el círculo. Recuerdo el deseo de la bestia cuando otro desgarrón destroza mi cuerpo haciendo que grite en medio de la noche. La muñeca me arde como si estuviese en llamas. Levanto el brazo con esfuerzo y me pregunto si realmente la marca se estará fusionando con el medallón, abrasándome la

piel al convertirse ambos en uno.

Arrojo mis brazos al aire a ambos lados de mi cuerpo a modo de gesto de rendición, pero entonces me doy cuenta de que la bestia está pasando. Está pasando a través de mí y me dejo llevar por el dolor, liberándome de la carga de tener que luchar. Me agarro a la efímera paz y a la razón de ser que siento mientras sus alas me rodean.

Comienzo a hundirme en ese alivio cuando llega a mis oídos el ruido de unos cascos de caballos. Pienso que son las almas, que acuden para ayudar a Samael, que vienen a conducirme a mi bien ganada serenidad por servirles de puerta.

Pero ese ruido no proviene de la parte distante de mí que continúa en los otros mundos. No. Estos caballos están aquí, al otro lado el corro de figuras cubiertas de túnicas. Vuelvo la vista hacia ellos, aún débil para levantar la cabeza.

Oigo voces masculinas tras las figuras sin rostro que me rodean. Las voces masculinas son interrumpidas por una femenina más allá del círculo.

Esa voz se impone sobre las demás.

—¡Dejadme pasar! Tengo que ayudar a mi hermana.

De repente, Alice está aquí. Se arrodilla a mi lado y coge mi mano entre las suyas. Veo otras figuras a caballo fuera del corro. Veo aparecer en la oscuridad el rostro del guardián rubio, distorsionado por mi propio dolor y por el parpadeo del fuego, que contempla a Alice con expresión iracunda.

Ahora lo sé. El guardián nos perseguía. Nos han estado persiguiendo todo este tiempo. Pero no era a mí a quien trataban de detener. Esta vez no.

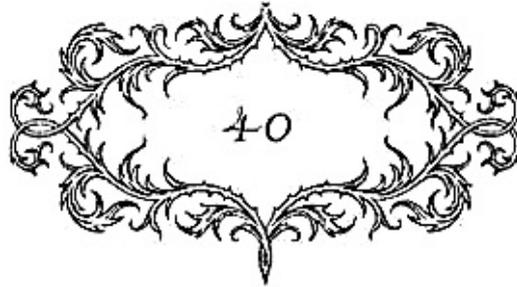
Era a mi hermana.

—¿Estás conmigo, Lia? ¿Estás allí o aquí? —trato de abrir la boca para hablar, pero no consigo que las palabras salgan de mi garganta. Ella continúa sin esperar a que le conteste—. No importa. Estés donde estés, no le escuches. Es todo mentira.

Se deja caer a mi lado en el suelo, se estira y me coge de la mano. Sus ojos rebosan tristeza y algo más que no había visto en ellos desde hacía mucho tiempo: amor.

—¿Crees que así podré ser buena otra vez?

No me da tiempo a contestar. En cuanto su mano toca la mía, noto otro fuerte tirón y ruedo como una peonza por la oscuridad, pero esta vez en compañía de mi hermana.



—¡Tú! —Samael escupe la palabra por su boca. Sus oscuras alas se agitan, levantando una furiosa corriente de aire. Vuelve a estar sobre su montura, a unos cuantos pies de distancia de donde Alice y yo nos encontramos en el campo seco.

Ella no me mira cuando habla.

—Tenemos que repetir juntas el ritual, Lia.

Comienza a cantar las palabras, como hicimos las llaves y yo antes de que fuera transportada a los otros mundos: «*Sacro orbe ab angelis occidentibus effecto potestatem sororem societatis convocamus Custos Portaque ut Diabole saeculorum te negaramus in aeternum. Porta se praecludat et totus mundus tuus a tua iracundia fiat*».

Me cuesta un poco entender las palabras de Alice a causa de mi confusión, pero enseguida comienzo a repetir el ritual con ella. Nuestras voces se levantan hacia Samael y sus almas, abriéndose paso a través del extraño silencio de los campos muertos. Las almas se mueven sobre sus monturas mientras recitamos más alto y más fuerte nuestras palabras. Sus caballos comienzan a retroceder a pesar de las órdenes y los azotes de sus dueños, las almas.

Los ojos dorados de Samael se topan con los míos, sus cercos colorados están incandescentes.

—Cometes un grave error, señora.

La fortaleza se muestra en mi voz cuando la levanto en compañía de mi hermana. Siempre he sabido que seríamos más fuertes juntas. Me pregunto si ahora también lo sabrá Alice.

El viento arrecia con fuerza. Ahora lo oigo y lo siento. Se levanta a nuestro alrededor como una nube, envolviéndonos a la bestia, a Alice y a mí hasta que quedamos rodeados por nuestro propio ciclón. Los cabellos me fustigan la cara y tengo que luchar para mantener mi cuerpo erguido.

Samael vuelve la mirada hacia Alice.

—Pagarás cara tu traición —aunque no grita por encima del viento, le oigo perfectamente.

Alice sostiene su mirada sin acobardarse, repitiendo incesantemente el ritual.

Un instante después se oye un terrorífico crujido encima de nuestras cabezas. Levanto los ojos para mirar y, en cierto modo, no me sorprende ver una enorme grieta en el cielo de los otros mundos. Los ojos de Samael siguen los míos y su semblante comienza a transformarse en algo completamente distinto.

Un monstruo.

Una bestia.

Posa sus diabólicos ojos, ahora enteramente rojos, en Alice.

—Si yo me voy, tú vendrás conmigo.

Durante un momento tengo la sensación de estar contemplando una visión en el agua. Su figura resplandece, sus ropas se desgarran en jirones mientras su cuerpo aumenta y aumenta de tamaño, liberándose de la tela que cubría su forma humana. La figura que emerge no es la forma suavemente musculada de un hombre. Es retorcida, deforme y precisamente cuando estoy pensando que no puedo apartar la vista de esa aterradora transformación, su rostro resplandece y la línea de la mandíbula se ensancha para revelar unos dientes increíblemente afilados. Se levantan al punto, afilados y finos como espadas, y nos lanza de repente un explosivo rugido. Su vengativa mirada está fija en Alice.

A pesar de que ella no interrumpe apenas su recitación, yo sí que siento por primera vez miedo por mi hermana. A pesar de todo lo que ha sucedido, de todo lo que ha hecho, no quiero verla confinada en el Vacío.

Al ver la determinación que muestra en la tensión de su mandíbula, continúo recitando el ritual al mismo ritmo que ella. Tras otro horripilante crujido, la grieta del cielo crece de tamaño y todo parece inclinarse bajo mis pies. Samael lanza una rápida mirada hacia arriba antes de coger las riendas de su caballo. El animal se levanta sobre sus patas traseras, lanzando una larga sombra sobre todo cuanto tiene a su alrededor momentos antes de que Samael fije su mirada en nosotras y se nos eche encima.

—Pase lo que pase, no dejes de recitar el ritual hasta que no estés de vuelta y a salvo en nuestro mundo, Lia. Prométemelo o todo esto no habrá servido para nada.

Hago una pausa para prepararme para gritar por encima del viento que aúlla.

—Te lo prometo.

Continuamos nuestro canto en perfecta sincronía mientras Samael galopa hacia nosotras con los ojos fijos en Alice. Ya no siento los latidos de su corazón palpitando al mismo compás que el mío, aunque mis propios latidos aumentan de intensidad a medida que se acerca. No sé qué se oye más, si los chillidos del viento o el

estruendoso ruido de Samael al aproximarse, pero recuerdo mi promesa y no interrumpo mi cántico a pesar de que lo tenemos justo delante de nosotras. Tampoco cuando se agacha más para agarrar a mi hermana al pasar. Trata de arrancarla de mi lado y yo agarro su mano tan fuerte como el día en que me salvó de morir en el río, en Birchwood.

Pero no sirve de nada. Mi fuerza no constituye impedimento alguno para Samael, que arranca a Alice de mis manos. La arroja a la parte delantera de su caballo y cierra alrededor de ella sus grandes alas hasta que desaparece completamente de mi vista. Después, aparta el caballo de mí y comienza a dirigirse hacia el bosque.

No llega muy lejos.

Apenas un instante después, su caballo parece aminorar la marcha antes de detenerse del todo. Veo al animal luchando por mantener el equilibrio ante una fuerza invisible. Se encabrita y relincha justo antes de ser levantado en vilo hacia la grieta abierta en el cielo con la bestia y mi hermana aún sobre su lomo.

Desde el suelo veo a la bestia y a su corcel resistiéndose a la fuerza que los arrastra a la grieta del cielo. Pero sea cual sea esa fuerza que los empuja, la fuerza que mi hermana y yo hemos conjurado, es más poderosa que Samael.

Y, entonces, desaparecen.

—¡Alice! —mi voz recorre los campos, ahora silenciosos como la muerte.

Miro hacia atrás, hacia las almas y me sorprende comprobar que ya no están. El viento se ha calmado y se ha cerrado de golpe la grieta del cielo. Parece como si nunca hubiese estado allí. Oigo un tintineo metálico en el suelo, cerca de mis pies y cuando me inclino a mirar, veo el medallón caído en la hierba. Lo cojo y le doy la vuelta esperando ver la marca grabada sobre su superficie.

Se ha borrado.

Cuando levanto la muñeca, casi espero que también haya desaparecido la marca de mi piel, pero sigue ahí, igual que desde la muerte de mi padre.

Al tocar la suave superficie del medallón, reflexiono sobre si he de llevármelo conmigo. Ha sido parte de vivencias maravillosas y aterradoras y me resisto a abandonarlo.

Sin embargo, también estoy orgullosa de haber vencido el poder que tenía sobre mí. Así que lo dejo caer otra vez al suelo. Miro a mi alrededor y pienso en mi hermana, esperando que el poder del plano astral me lleve hasta ella, como ha ocurrido siempre. La imagino en el Vacío, en la playa, en alguno de los siete mundos que he visto, pero ninguno de ellos me impulsa hacia ella, sino que me sumerjo de nuevo en la oscuridad y caigo hasta que mi alma entra en mi cuerpo y vuelvo a encontrarme tendida al lado del cuerpo sin vida de Alice en los campos de Avebury.

Mi espalda se arquea por el dolor que me causa respirar. Doy algunas boqueadas y me quedo allí tumbada un momento antes de reunir las fuerzas necesarias para

incorporarme al lado de mi hermana. Tras deslizar un brazo bajo su cuello, levanto su torso hasta mi regazo.

—¡Alice! Vuelve, Alice. Lo conseguiste. Las dos lo conseguimos —me resulta extraño que las palabras salgan de mi boca, mi garganta chilla a modo de protesta, como si no hubiese hablado durante mucho tiempo. Me sorprende ver lágrimas cayendo sobre el rostro de mi hermana. Me sorprende que pueda llorar por ella—. Vuelve. James te espera —mi voz se vuelve más áspera, como si pudiera obligarla a regresar a su cuerpo con mi rabia—. Lo hiciste por él, ¿no es cierto? ¿No es así?

—Lia —Dimitri se inclina a mi lado y me pone una mano en el brazo—. Se ha ido, Lia. Hizo lo que debía.

—No —muevo la cabeza, mis lágrimas se deslizan más deprisa aún mientras estrecho con fuerza el cuerpo de mi hermana—. No es justo. No puede haberse ido. No después de haber cumplido con su papel de guardiana, después de haberme salvado a mí, después de habernos salvado a todos.

—Lia —el tono de su voz es amable.

Muevo la cabeza. No pienso mirarle a los ojos. Si lo hago, todo será verdad.

Miro a Luisa, a Sonia, a tía Virginia... Todas están a mi alrededor.

—Se va a poner bien, ¿verdad? Lleva su tiempo recuperarse de un viaje astral. Solo está dormida.

Luisa se arrodilla en la hierba a mi lado y me habla con calma. No quiero ver el alivio que hay en su rostro.

—Ya pasó, Lia. Lo conseguiste. Le cerraste la puerta a Samael.

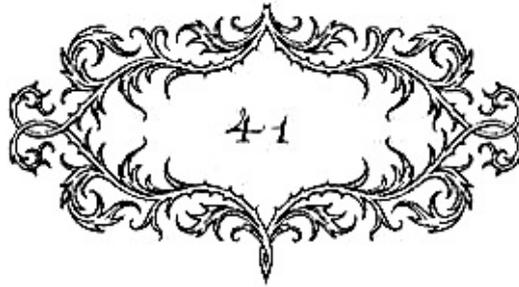
Muevo la cabeza, meciéndome adelante y atrás con Alice en mis brazos, tratando de ahuyentar las palabras de Luisa.

Pero Dimitri no va a permitirme que me esconda de la verdad.

—Mírame, Lia —su tono es autoritario. Levanto la cabeza sin soltar el cuerpo exánime de Alice—. Ella sabía lo que estaba haciendo. Escapó de la guardia todo el camino hasta llegar aquí. Solo se marcharon cuando cerrasteis la puerta. Alice comprendió el sacrificio que estaba haciendo. Sabía que no conseguiría salir con vida. Era lo que quería.

—Quería volver a ser buena —las palabras me salen entrecortadas por un sollozo.

—Sí —asiente él—. Quería volver a ser buena.



El sol es un guerrero que lucha con valentía contra las nubes aceradas que lo rodean. Creo que es adecuado que el día no sea ni sombrío ni luminoso, como si hasta el cielo no supiese qué sentir por la muerte de Alice.

James es una presencia silenciosa a mi izquierda. Estamos en el pequeño cementerio familiar de la colina, la tierra recién removida está apilada en un montículo a nuestros pies y la lápida de granito se encuentra rígidamente erguida en la cabecera de la tumba. Dimitri y los demás han regresado a la casa para que James y yo podamos despedirnos a solas de mi hermana.

No estoy segura de cómo comenzar. Quiero que James comprenda la profundidad del amor y del sacrificio de Alice, pero no estoy muy segura de que entienda la verdad de la profecía. A nuestro regreso de Avebury traté de explicárselo todo, pero mi versión de la muerte de Alice parecía rebotar contra la superficie de su gesto impenetrable. Desde entonces no ha hecho ni una sola pregunta.

Supongo que todo es más sencillo para James. Los detalles no le importan. Solo sabe que Alice se ha ido y que lo mismo podría haberme sucedido a mí.

Por fin vuelvo la mirada hacia su agradable rostro y le digo lo único que realmente necesita saber.

—Alice te amaba y quiso ser digna de tu amor.

Escucho cómo inspira aire.

Se vuelve para mirarme con el sombrero en la mano.

—¿Fue culpa mía?

Niego con la cabeza.

—Pues claro que no. Alice hizo lo que quería, como siempre. Aunque lo hubieses intentado, no podrías haberla detenido. Ninguno de nosotros podría haberlo hecho.

Suspira y se vuelve de nuevo hacia la lápida asintiendo con desgana.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Lo que siempre he hecho. Trabajar en la tienda con mi padre, catalogar libros, intentar encontrarle sentido a todo lo que ha pasado —ladea la cabeza para mirarme una vez más—. ¿Y tú? ¿Volverás alguna vez?

—No lo sé. Este lugar... —contemplo las ondulantes colinas que rodean el cementerio, los campos cubiertos de flores silvestres— me trae tantos recuerdos... —me vuelvo para mirarle—. Supongo que el tiempo dirá si puedo soportarlos.

Él asiente; hay comprensión en su mirada.

—Si alguna vez decides que eres capaz de ello, espero que vengas a hacerme una visita. Me gustaría saber qué tal te va.

—Gracias, James —trato de sonreír—. Lo haré.

Tras ponerse el sombrero, se inclina hacia delante y se agacha para besarme en la mejilla. Percibo esa mezcla única de aromas que siempre acompañan a James — libros, polvo y tinta— e instantáneamente me devuelve a la época en que tenía quince años.

—Adiós, Lia.

Parpadeo para alejar las lágrimas que me empañan los ojos.

—Adiós, James.

Luego se aleja caminando, su figura se hace cada vez más pequeña a medida que baja por la colina. Me quedo mirándole hasta que desaparece.

Después vuelvo la cabeza y contemplo las otras sepulturas. Ahí están las tumbas de mis padres, las hierbas silvestres forman una exuberante alfombra bajo los lirios blancos que he puesto allí esta mañana. También están ahí las sucias estelas, ligeramente inclinadas, de las tumbas de los padres de mi padre.

Pero es la tumba de Henry la que atrae mi mirada. Me encamino hacia ella, nada sorprendida de que unas flores silvestres de color violeta se hayan apoderado del césped que cubre el lugar de su descanso final. Pienso en su corazón generoso, en su discreta fortaleza y no me parece casual que las flores que adornan su tumba sean del color de la comunidad de las hermanas.

El color de Altus.

Imagino a Henry corriendo bajo un deslumbrante cielo en el último mundo, al fin libre, como cualquier otro chico. Él, por encima de todos, se merece esa paz. Me llevo la mano a los labios antes de tocar con los dedos el lugar en el que su nombre está grabado en la estela.

—Adiós, Henry. Tú valías más que todos nosotros.

El pasado es el recuerdo de un serpenteante camino que me trae a este tiempo y lugar. Es un camino que continúa adentrándose en el futuro, pues hoy no solo es un día lleno de despedidas.

Es un nuevo comienzo.

Recuerdo el día en que Dimitri y yo estábamos en la cubierta del barco que nos trajo de Inglaterra a Nueva York con el mar extendiéndose ante nosotros más allá de lo que alcanzaba nuestra vista. No le miraba a él. Tenía la mirada perdida en el agua cuando le dije, lo más calmada que pude, que aceptaría el cargo de señora de Altus y que sería su compañera a todos los efectos. Él se agachó sonriente para besarme en los labios con la tierna ferocidad a la que me tiene acostumbrada desde nuestra estancia en Avebury. Cuando se apartó, vi en sus ojos todo el amor y la certeza del mundo, como si nunca hubiese tenido la más mínima duda de que tomaría tal decisión o de que viviría para hacerlo.

Pero en el futuro pensaré otro día. Regreso hasta la tumba de Alice sabiendo que tal vez sea la última vez que estoy ante ella. Mis ojos se posan en el epitafio tallado en la lisa superficie de la lápida:

Alice Elizabeth Milthorpe,
hermana, hija, guardiana.
1874-1892

Aunque se ha ganado los tres títulos, siento un momentáneo remordimiento por lo poco emotivo de la inscripción. Sigo sin saber qué hacer con mi hermana, qué sentir respecto a su carrera hasta Avebury y su sacrificio final para ayudarme a cerrar la puerta. Creí que mis sentimientos se aclararían con el tiempo, pero mis emociones siguen aún nubladas por muchas cosas que he de destilar y convertir en algo más simple, algo a lo que pueda ponerle un nombre.

Me vienen imágenes de nosotras antes de la profecía, cuando corríamos por los campos que rodean Birchwood; Alice siempre era demasiado rápida para mí y le traía sin cuidado que yo no lograra alcanzarla. Nos veo a las dos tumbadas juntas en nuestro cuarto infantil, nuestros rizos enmarañados sobre la almohada mientras nos quedábamos dormidas. Nos veo flotando, mano con mano, en el mar donde aprendimos a nadar; nuestros cuerpos infantiles eran un fiel reflejo el uno del otro. Lo veo todo y sé que, por muchas cosas que llegue a comprender en este mundo, Alice siempre será un hermoso misterio.

Y me alegro de no tenerlo resuelto. Puedo amarla con toda esa hermosa oscuridad que la envuelve.

Paseo mis manos por el borde de la lápida de granito una vez más antes de marcharme. Luego bajo por la ladera cubierta de hierba en dirección a Birchwood Manor y sé, al menos, que solo una cosa importa.

Alice era mi hermana.

Y, después de todo, no éramos tan distintas.

AGRADECIMIENTOS

Contar esta historia en su totalidad me ha costado cinco años e innumerables personas han participado en esa labor. Es imposible agradecerse a todas, pero, al menos, lo intentaré.

En primer lugar, quiero darle las gracias a mi agente, Steven Malk. Que creyeras en esta historia desde el principio hizo todo lo demás posible. Tu constante fe en mí y en las muchas historias que me quedan por contar es un regalo de inconmensurable valor. Gracias por estar a mi lado cuando llevaba razón, por decírmelo sin rodeos cuando me equivocaba y por apoyar todos mis esfuerzos con tu confianza y destreza.

Le doy las gracias a mi brillante editora, Nancy Conescu, por ser una de las personas a las que esta historia le gusta tanto como a mí. Tu increíble talento me ha enriquecido con conocimientos que siguen sirviéndome para ser mejor escritora. Es tu voz firme y comprensiva la que oigo en mi cabeza cuando escribo historias en el teclado. Nunca podré agradecerte demasiado haber compartido conmigo este viaje.

Deseo darle las gracias a Alison Impey por no haberse dado nunca por vencida con las cubiertas y por proporcionarme tantas posibilidades sorprendentes.

Les doy las gracias a Kate Sullivan, a Megan Tingley, a Andrew Smith, a Melanie Chang, a Lisa Sabater, a Jessica Bromberg, a Lauren Hodge y a los componentes de Little, Brown Books for Young Readers por trabajar tanto y sacar a la luz los libros de la profecía con un formato tan elegante.

Gracias a Lisa Mantchev, a Jenny Draeger, a Tonya Hurley y a Georgia McBride, amigas que me han soportado durante largas noches y angustiosos interludios. Gracias también a los apasionados lectores y escritores que frecuentan mi página web y me hacen compañía en la Red, en especial, a Devyn Burton, Catherine Haines, Adele Walsh, Kaiden Blake y Sophie y Katie de Mundie Moms.

Le doy las gracias especialmente a Dan Russo por asegurarse de que mi latín fuese correcto; a Jenny y a su madre, Janet, por ayudarme a navegar por los paisajes de la Inglaterra rural; y a Gail Yates y Laura McCarthy por proporcionarme toda la información histórica de Irlanda.

Gracias a Morgan y a Anthony, miembros vitalicios de la pandilla Zink. Y a Layla, la perfecta compañera de un escritor.

No me bastan las palabras para darle las gracias a mi madre, Claudia Baker, por su apoyo y empeño en la difícil tarea de entenderme y aceptarme. Cuando pienso en las cosas por las que me siento más agradecida, tú eres la primera.

Por último, les doy las gracias al amor y a la luz de mi vida: a Kenneth, a Rebekah, a Andrew y a Carolina. Todo es por vosotros y para vosotros.

Y también quiero daros las gracias a vosotros, queridos lectores, que lo hacéis todo posible por la continuada lectura de mis historias. Nunca valoraré lo bastante la fe que depositáis en mí.



MICHELLE ZINK (Nueva York, 1969). Es una escritora estadounidense dedicada a la literatura juvenil, siempre con grandes dosis de fantasía, generada a través del uso de mitos y leyendas.

Es conocida por su trilogía de fantasía gótica *La profecía de las hermanas*. *La profecía de las hermanas* (2009) dio inicio a la serie, y fue elegido como uno de los *Booklist's* Top 10 de entre las novelas debut de 2009 y como uno de los mejores libros de la Biblioteca Pública de Chicago para jóvenes lectores.

Completan la trilogía: *El ángel del caos* (2010), y *El ritual de Avebury* (2011). En 2012 publicó *Tentación de ángeles*, también traducida al español.